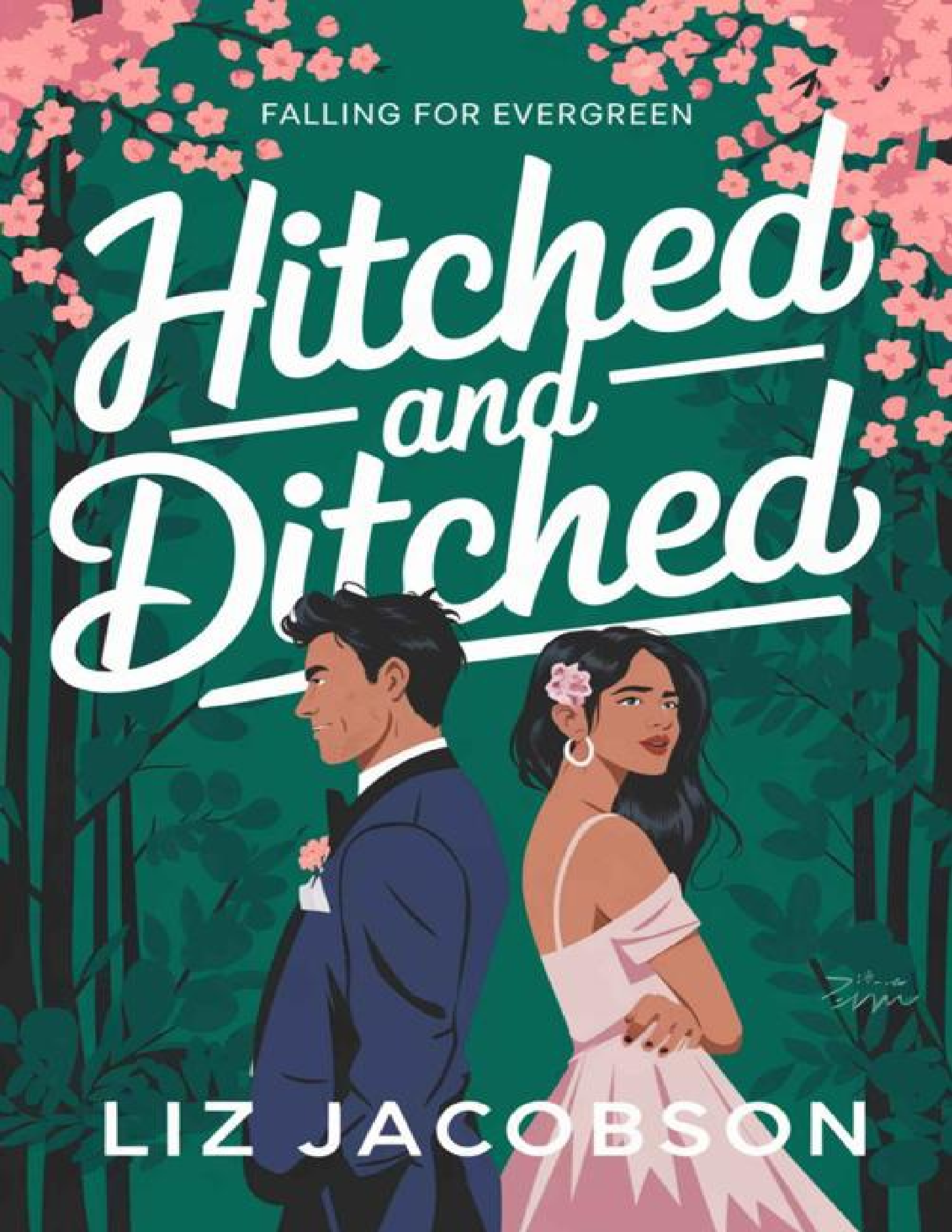
FALLING FOR EVERGREEN

Hitched and Ditched



LIZ JACOBSON

Hitched and Ditched

Falling for Evergreen

Libro 1

Liz Jacobson

Copyright 2025 por Liz Jacobson.

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto en los casos permitidos por la ley de derechos de autor de EE. UU.

La historia, todos los nombres, personajes e incidentes retratados en esta producción son ficticios. No se pretende ni debe inferirse identificación alguna con personas reales (vivas o fallecidas), lugares, edificios y productos.

Acerca de este libro

Ella construye historias de amor. Él las destroza. Cuando sus negocios rivales se enfrentan al otro lado de Main Street, seguro que saltan chispas.

Diez años después de haber sido abandonada en el altar, la agencia de búsqueda de pareja de Zoe Miller es el orgullo de Evergreen Falls con una tasa de éxito del 95%. Ella ha forjado la vida perfecta, si no contamos su inexistente vida amorosa y el hecho de que ordena alfabéticamente su especiero.

Ryan Hayes ayuda a las personas a terminar relaciones con dignidad. Cuando regresa a su ciudad natal y abre su consultorio de rupturas justo enfrente de la oficina de Zoe, no solo se enfrenta a su error pasado, sino que lo mira a la cara todas las mañanas. Nunca le dijo a Zoe la verdadera razón por la que se fue, y ahora su rivalidad profesional está reavivando sentimientos que es mejor dejar enterrados.

Cuando la pareja perfecta de Zoe comienza a buscar los servicios de Ryan, hacen una apuesta acalorada: ella le encontrará a su pareja ideal para demostrar que el amor existe y, si tiene éxito, él cerrará su negocio. Pero a medida que colaboran a regañadientes, sus filosofías opuestas comienzan a complementarse en lugar de entrar en conflicto.

Mientras todo el pueblo observa cómo se desarrolla su segunda oportunidad, descubrirán que algunas parejas no son perfectas en el papel; son perfectamente imperfectas en la realidad. En cuestiones del corazón, a veces las mejores parejas son aquellas por las que vale la pena luchar... incluso cuando ya te han casado y abandonado antes.

Capítulo 1

Zoe

Las parejas perfectas no ocurren por accidente. Es lo que siempre les digo a mis clientes, y después de seis años en el negocio, tengo las pruebas para demostrarlo. Se necesita instinto, perspicacia psicológica y una habilidad casi sobrenatural para ver conexiones que otras personas no perciben.

También, hojas de cálculo. Muchísimas hojas de cálculo.

—Esta parte es mi favorita —digo, deslizando la carpeta sobre mi antiguo escritorio de caoba. El portafolio de cuero lleva el logotipo dorado en relieve de Perfect Pairs Matchmaking: dos corazones entrelazados que me llevó siete iteraciones de diseño perfeccionar—. Su evaluación de compatibilidad.

Frente a mí, Daniel se inclina hacia adelante, sus dedos dudosos mientras tocan la carpeta. Tiene treinta y cuatro años, es arquitecto, de mirada amable y con el hábito nervioso de ajustarse las gafas. El clásico tipo que analiza todo en exceso. Exactamente el tipo que necesita mis servicios.

—¿Y esto es... científico? —pregunta, sin abrirla todavía.

Sonrío, señalando la pared detrás de mí donde sesenta y tres fotografías enmarcadas de parejas felices nos contemplan. Cada marco contiene dos fotos: la primera cita que organicé y el día de su boda. Mi muro de trofeos. Mi tasa de éxito del 95% en color vivo.

—Es una mezcla de ciencia e intuición —explico, observando su expresión escéptica—. El cuestionario que completó abarca todo, desde preferencias de estilo de vida hasta estilos de comunicación y valores. Pero la magia ocurre en la interpretación.

Finalmente abre la carpeta, y sus cejas se alzan mientras examina la primera página.

—Hay gráficos.

—Soy minuciosa.

—Y según esto, mi pareja ideal es alguien que...

Termino su frase, habiendo memorizado su perfil:

—Alguien creativo pero con los pies en la tierra. Emocionalmente expresivo pero no dramático. Alguien que te desafíe intelectualmente pero que comparta tus valores fundamentales sobre familia y comunidad. Alguien que te haga reír.

Daniel levanta la mirada, sorprendido.

—Eso es... exactamente correcto.

Por supuesto que lo es. Soy muy buena en mi trabajo.

—Su nombre es Lydia —digo, sacando una fotografía de una mujer con cabello rizado y una amplia sonrisa—. Es ilustradora de libros infantiles que se mudó a Evergreen Falls el año pasado. Es voluntaria en la hora del cuento de la biblioteca los sábados, adora la comida

tailandesa, y busca a alguien que entienda que su proceso creativo a veces significa que pierde la noción del tiempo.

No le digo que he estado esperando tres meses para encontrar la pareja adecuada para Lydia, rechazando a otros dos clientes potenciales porque mi instinto me decía que no eran los indicados. No le digo que me desperté a las tres de la mañana la semana pasada con la certeza de que él y Lydia estaban destinados a estar juntos. Algunas partes del proceso de emparejamiento es mejor mantenerlas misteriosas.

Daniel estudia la foto, y algo se suaviza en su expresión. Luego exhala un suspiro que no me había dado cuenta que estaba conteniendo.

—Es como si hubieras entrado en mi cerebro y extraído exactamente lo que he estado buscando pero no podía expresar —su voz contiene una nota de asombro—. ¿Cómo haces esto?

Me permito una pequeña sonrisa de satisfacción. Este momento, esta revelación, es el motivo por el que hago lo que hago.

—¿Cuándo puedo conocerla? —pregunta, con los ojos brillantes de anticipación.

—He organizado un encuentro para tomar café en The Roasted Bean este sábado al mediodía. Solo un café, sin presiones, cuarenta y cinco minutos como máximo. Si va bien, ambos me lo harán saber, y yo organizaré una cena formal.

Asiente, devolviendo cuidadosamente la foto a la carpeta.

—¿Y si no funciona?

—Entonces lo intentaremos de nuevo —digo con confianza practicada—. Pero funcionará.

Después de que Daniel se marcha, actualizo su expediente en mi portátil, añadiendo notas sobre su reacción al perfil de Lydia. Mi oficina queda en silencio, excepto por el suave tictac del reloj de péndulo en la esquina, un regalo de inauguración de mi madre cuando abrí este espacio.

El edificio victoriano que alberga Perfect Pairs Matchmaking fue una sombrerería en la década de 1890. Restauré los suelos originales de madera, conservé el techo de hojalata prensada y pinté las paredes de un suave color rosado que hace que todos parezcan sonrojarse ligeramente. Es un sutil truco psicológico: las personas asocian los signos físicos de atracción con sentir atracción realmente.

Me levanto para estirarme, captando mi reflejo en el ornamentado espejo sobre el sofá vintage donde las parejas suelen sentarse durante sus consultas conjuntas. Mi cabello castaño rojizo se está escapando de su recogido bajo, y coloco un mechón detrás de mi oreja. Profesional, impecable, accesible: esa es la imagen que he cultivado cuidadosamente. La casamentera perfecta.

Nadie necesita saber que no he tenido una cita en tres años.

O que el último hombre que amé me dejó plantada en el altar.

—Entonces, hemos finalizado lo de las flores y la degustación del pastel es la próxima semana —dice Ellie Howe, hojeando su carpeta de planificación de bodas. Está codificada por colores, con pestañas y organizada con precisión militar. Una mujer según mi corazón.

—Y el depósito para el lugar ya está pagado —añade su prometido Greg, con el brazo descansando casualmente sobre el respaldo del sofá que comparten. Su postura es relajada, pero algo en sus ojos no coincide. Una tensión en los bordes.

Hago una anotación en mi bloc. Podrían ser los normales nervios prenupciales. O podría ser algo más.

—Excelente —digo, añadiendo una sonrisa tranquilizadora—. Todo parece estar encajando

perfectamente para junio.

Ellie y Greg son mi emparejamiento estrella de hace dos años: la maestra de jardín de infancia y el contable que conectaron por su amor mutuo por la organización y las películas de acción de los años ochenta. Sobre el papel, son perfectos. En persona, la química fue instantánea. Deberían ser mi mayor historia de éxito.

Entonces, ¿por qué noto el espacio entre ellos en el sofá? ¿La forma en que Ellie agarra su carpeta con demasiada fuerza? ¿La manera en que la sonrisa de Greg no llega a sus ojos?

—¿Zoe? —me insta Ellie, y me doy cuenta de que me he quedado mirando fijamente.

—Lo siento —disimulo con suavidad—. Solo estaba pensando en lo lejos que habéis llegado desde esa primera cita en Harvest Table. ¿Recuerdas lo nerviosa que estabas, Ellie?

Ella se ríe, pero suena forzado.

—Me cambié de ropa cuatro veces.

—Y yo llegué treinta minutos antes —añade Greg—. Me quedé en el coche ensayando temas de conversación.

Intercambian miradas que deberían ser cálidas con el recuerdo compartido, pero en cambio se sienten... cautelosas. Algo no va bien.

—Bueno —digo—, como vuestra casamentera oficial, estoy contractualmente obligada a hacer un seguimiento antes del gran día. ¿Cómo os sentís ambos? ¿Alguna preocupación? ¿Pies fríos? —Mantengo un tono ligero, como si estuviera bromeando, pero observo cuidadosamente.

Hay un momento, solo una fracción de segundo, donde ambos se congelan. Luego Greg se ríe.

—Ninguno por aquí. Listo para hacerlo oficial.

—Yo también —acepta Ellie rápidamente. Demasiado rápido.

Hago otra anotación.

—Sabéis —digo—, es completamente normal tener dudas o preocupaciones antes de una boda. No significa que algo vaya mal.

—Estamos bien —dicen al unísono, e intercambian otra de esas extrañas miradas.

Mientras Ellie vuelve a su carpeta, noto que le falta su anillo de compromiso. Ella me sorprende mirando y rápidamente esconde su mano izquierda bajo la carpeta.

—Lo están ajustando —explica sin que se lo pregunte, con voz ligeramente más aguda de lo normal—. Estaba un poco suelto.

Greg mira su reloj, la tercera vez en quince minutos.

Llevo el tiempo suficiente en esto para saber cuándo las parejas están ocultando algo. Pero también sé que presionar demasiado puede poner a las personas a la defensiva. Ellie y Greg son adultos. Si tienen problemas que resolver, necesitan hacerlo ellos mismos.

Aun así, mientras los acompaño a la puerta, programando su próxima revisión para el mes siguiente, no puedo quitarme la sensación de que algo no está bien. Mi emparejamiento perfecto podría ser menos perfecto de lo que pensaba.

—Les enviaré por correo electrónico las recomendaciones de proveedores que discutimos —digo, sosteniendo la puerta.

Mientras caminan por la acera, noto que no van de la mano. El teléfono de Greg suena y él se aleja para contestar, dándole la espalda a Ellie, quien lo observa con una expresión complicada antes de abrir su propio teléfono. Cuando cree que nadie la está mirando, su sonrisa desaparece por completo, reemplazada por lo que solo puede describirse como resignación.

Cierro la puerta, apoyándome contra ella. Mis instintos rara vez se equivocan sobre la compatibilidad. Así que, o bien pasé por alto algo fundamental con estos dos, o algo ha

cambiado desde que los emparejé.

En cualquier caso, no augura nada bueno para mi historial perfecto.

—Necesitas acostarte con alguien.

Casi me atraganto con mi chai latte.

—¡Tessa!

Mi mejor amiga sonríe sin arrepentimiento desde el otro lado de la mesa, sacudiéndose la harina de las manos. Incluso en su hora de almuerzo, Tessa Chen lleva consigo el dulce aroma de su pastelería: vainilla, canela y el más leve indicio de chocolate. Sus pequeñas manos, cubiertas de harina, siempre están en movimiento, actualmente desmenuzando un croissant de chocolate con precisión quirúrgica.

—¿Qué? Han pasado, ¿cuánto? ¿Tres años? ¿Cuatro? Eso es un largo período de sequía para alguien que se gana la vida con las conexiones románticas.

Miro alrededor de la pastelería Sweet Beginnings, aliviada de encontrar las otras mesas vacías. La hora del almuerzo ha terminado, dejándonos solo a nosotras dos en el acogedor rincón junto a la ventana que da a la calle principal.

—Mi situación sentimental no tiene nada que ver con mis habilidades profesionales —digo, tomando otro sorbo.

—Ajá. Y un chef que nunca prueba su propia comida es totalmente creíble.

—Eso es diferente y lo sabes.

Tessa se inclina hacia adelante, sus ojos oscuros serios bajo su flequillo recto.

—Zo, ayudas a otras personas a encontrar el amor todos los días. ¿No lo quieres para ti misma?

Algo se retuerce en mi pecho. Por supuesto que lo quiero. Lo he querido desde que tuve edad suficiente para entender qué era el amor. Lo quería tanto que planeé toda una vida con un hombre que desapareció la semana antes de nuestra boda, dejando solo una nota que decía: No puedo. Lo siento.

Sin explicación. Sin cierre. Solo diez años preguntándome qué estaba tan mal en mí que ni siquiera pudo despedirse cara a cara.

—Tengo una suscripción a Netflix y un vibrador —digo con ligereza—. ¿Qué más podría necesitar una mujer moderna?

Tessa pone los ojos en blanco.

—¿Conexión humana? ¿Intimidad emocional? ¿Alguien que ayude con los platos?

—Te tengo a ti para la intimidad emocional, y tengo un lavavajillas.

—No es lo mismo y lo sabes —Tessa se limpia el chocolate de los dedos—. ¿Qué hay del nuevo veterinario que se mudó al pueblo? ¿El Dr. Cómo-se-llame? Vino a la pastelería ayer y compró una docena de cupcakes para su personal. Lindo, soltero, ama a los animales...

—No me interesa.

—¿O el nuevo profesor de inglés en el instituto? Mamá dice que está divorciado, sin hijos, cita poesía en conversaciones casuales...

—Definitivamente no me interesa.

—O...

—Tessa —dejo mi taza con más fuerza de la necesaria—. Agradezco la intención, pero estoy bien. De verdad. Tengo el negocio, mis clientes, este pueblo... Soy feliz.

Ella me lanza una mirada que dice que no me cree ni por un segundo.

—El negocio te mantiene ocupada, te lo concedo. Pero no puedes esconderte detrás de ese escritorio para siempre.

—No me estoy escondiendo —protesto—. Estoy... estratégicamente posicionada.

Eso le saca una carcajada.

—Bien. Mantén tu posición estratégica. Pero uno de estos días, algún hombre te va a tomar por sorpresa, y toda tu cuidadosa planificación no significará nada.

—Poco probable —digo—. Soy extremadamente vigilante.

Tessa se encoge de hombros, cambiando de tema.

—¿Has tenido noticias de esa revista de Portland? ¿La que quería presentar mis pasteles de boda?

—No, y es extraño. Parecían tan interesados el mes pasado —frunzo el ceño, recordando el entusiasta correo electrónico del editor de estilo de vida.

—Está bien. ¿Quién necesita la atención? —Tessa se ocupa de reorganizar los sobres de azúcar en su recipiente—. La pastelería ya está bastante ocupada.

Estudio a mi amiga cuidadosamente. Para alguien que afirma no querer atención, parece extrañamente decepcionada.

—Sabes —digo—, ampliar tu alcance no sería algo malo. Tus diseños son increíbles. Más personas deberían verlos.

Tessa hace un sonido ambiguo.

—Tal vez. Hablando de expansión, ¿sabías que por fin alguien está alquilando ese espacio vacío frente a tu oficina?

Parpadeo ante el abrupto cambio de tema.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Vi gente moviendo muebles esta mañana. Parece que vas a tener un nuevo vecino.

Miro por la ventana hacia mi oficina al otro lado de la calle. Efectivamente, hay actividad en el local vacante que ha estado desocupado desde que la librería cerró el año pasado. Un pequeño camión de mudanzas está estacionado afuera, y alguien está llevando lo que parece ser mobiliario de oficina.

—Hmm —digo, con la curiosidad despertada—. Me pregunto qué va a ser.

—Quizás un competidor —bromea Tessa—. Otro casamentero instalándose en tu territorio.

Me río.

—¿En Evergreen Falls? Apenas hay suficiente negocio para un casamentero —recojo mi bolso y me levanto—. Debería volver. Tengo una consulta a las dos.

Afuera, el aire de diciembre lleva el frío suficiente para enrojecer mejillas y narices, pero el sol de Texas evita que sea verdaderamente frío. La calle principal está decorada para las fiestas, con guirnaldas colgadas entre farolas y luces parpadeantes en los escaparates de todas las tiendas.

Me detengo frente a mi oficina, estudiando la actividad en el local vacante. Los transportistas profesionales están llevando muebles de oficina elegantes y modernos, todos de líneas limpias y colores neutros, lo opuesto a mi estética vintage y romántica. A través de las ventanas recién limpiadas, puedo vislumbrar a alguien dirigiendo la colocación de un escritorio, aunque no puedo distinguir los detalles.

Un nuevo negocio en el pueblo siempre es una noticia emocionante. En una comunidad de este tamaño, todos se interconectan rápidamente. Debería ser acogedora, independientemente de lo que estén vendiendo.

Practico mi sonrisa de vecina, que según Tessa parece más que estoy reprimiendo un estornudo que expresando calidez genuina. Las cortesías sociales nunca han sido mi fuerte, irónico para alguien en mi profesión, pero soy mucho mejor analizando relaciones que

participando en ellas.

Mientras cruzo la calle hacia mi oficina, me hago una nota mental para preparar una canasta de bienvenida. Quizás algunas de las pastelerías de Tessa, un certificado de regalo para The Roasted Bean y una pequeña guía de negocios locales. Profesional, amistoso, discreto.

Los transportistas se mueven, y por un momento vislumbro una figura alta en el interior, de espaldas a la ventana. Algo en la postura de esos hombros me envía una extraña oleada de reconocimiento. La forma en que está parado con su peso ligeramente desplazado hacia la derecha, una mano descansando casualmente en su bolsillo; es una postura que no he visto en una década, pero que mi cuerpo recuerda instantáneamente.

Mi corazón se salta un latido, luego se acelera para ponerse al día.

No. No puede ser.

Se gira antes de que pueda ver claramente su rostro, desapareciendo en la parte trasera del local, pero el breve vistazo me deja inesperadamente perturbada. Por un momento, tengo veintidós años otra vez, esperando en una iglesia con mi vestido blanco, mi futuro extendiéndose ante mí como una promesa a punto de romperse.

Sacudo la cabeza, molesta conmigo misma. No es él. No puede ser él. Mi cerebro está haciendo conexiones donde no existen, un riesgo ocupacional de la casamentería profesional.

Aun así, mientras abro la puerta de mi oficina, no puedo evitar mirar de nuevo hacia el local al otro lado de la calle, preguntándome qué nuevo elemento está a punto de añadirse al cuidadoso ecosistema de Evergreen Falls.

Cualquier cosa, o quienquiera que sea, estoy segura de que no alterará mi vida perfectamente ordenada.

Capítulo 2

Ryan

Algunas personas piensan que mi trabajo es cruel—que soy un rompecorazones profesional, un mercenario que se beneficia del dolor ajeno. No entienden que cada final puede ser digno si se maneja con cuidado. A veces, lo más amable que puedes hacer es ayudar a alguien a soltar.

—¿Entonces lo llamarás esta noche? —pregunto, entregándole a Judith una ficha con puntos escritos con mi pulcra caligrafía—. Recuerda, apégate al guion tanto como sea posible. Cuando surjan las emociones —y surgirán— vuelve a estos puntos clave.

Judith asiente, su cabello plateado captando la luz del atardecer que se filtra por mi ahora vacía oficina en Chicago. A sus sesenta y siete años, es mi última cliente en esta ciudad. Después de ocho años, estoy cerrando este capítulo de mi vida.

—He estado con él durante veintitrés años —dice, con voz temblorosa mientras recorre mi escritura con un dedo de manicura impecable—. Pero tienes razón. No me ha visto realmente en al menos diez de ellos.

Me inclino hacia adelante en mi silla.

—Esto no se trata de culpar, Judith. Richard no es un villano, ni tú tampoco. A veces las relaciones completan su ciclo natural.

—Como las estaciones —murmura, repitiendo la metáfora que usé en nuestra primera sesión.

—Exactamente. Y la primavera no puede llegar hasta que termine el invierno —He dicho estas palabras docenas de veces a diferentes clientes, pero todavía las creo—. Mereces la oportunidad de florecer de nuevo.

Una lágrima se desliza por su mejilla, pero está sonriendo.

—¿Sabes? Mis amigas pensaron que estaba loca al acudir a un "consultor de rupturas". Dijeron que era morboso. Pero esto ha sido... sanador, de alguna manera. Me has ayudado a encontrar las palabras.

Le entrego un pañuelo de la caja casi vacía sobre mi escritorio.

—Eso es todo lo que hago, Judith. El valor siempre fue tuyo.

Después de que se marcha, me quedo de pie junto a la ventana con vista a Michigan Avenue, observando su pequeña figura navegar por la concurrida acera. Chicago ha sido buena conmigo. Clean Break Consultations creció de una idea desesperada a un negocio exitoso, con artículos en revistas locales y una lista de clientes que me mantuvo cómodamente ocupado.

Pero cuando papá llamó hace tres semanas, su voz inusualmente frágil después de su ataque cardíaco, supe que era hora de volver a casa. Era momento de enfrentar Evergreen Falls —y a Zoe— después de diez años huyendo.

Los de la mudanza se llevaron la mayoría de mis cosas ayer. Todo lo que queda son algunas

cajas etiquetadas, mi escritorio y la silla que Judith acaba de dejar vacía. Sin toques personales —siempre he mantenido mi oficina neutral, un lienzo en blanco donde los clientes pueden proyectar sus historias sin distracciones.

Levanto la última caja, simplemente etiquetada "ARREPENTIMIENTOS" con marcador negro. Dentro hay archivos que no pude digitalizar —notas de mis primeros días, investigaciones sobre cardiomiopatía genética y, enterrada en el fondo, una pequeña caja de terciopelo que contiene un anillo de compromiso que nunca recuperé de Zoe.

La ironía no pasa desapercibida. Ayudo a otros a hacer rupturas limpias, pero la mía fue la más desordenada de todas —una nota dejada en su almohada una semana antes de nuestra boda, luego silencio. Porque no podía soportar ver su rostro cuando le dijera que podría morir joven como su padre.

Cierro la caja de golpe. Hoy no se trata del pasado. Se trata de avanzar, incluso si eso significa retroceder geográficamente. Clean Break Consultations está a punto de convertirse en el negocio más controvertido de Evergreen Falls.

Y yo estoy a punto de convertirme en el hombre más odiado del pueblo. Otra vez.

La carretera se extiende ante mí, las tierras agrícolas de Illinois dan paso a Missouri, luego Arkansas, los kilómetros rodando bajo mis neumáticos mientras ensayo conversaciones en mi cabeza. He estado haciendo esto durante horas, imaginando cada posible encuentro.

—Hola, señora Chen, sí, he vuelto al pueblo. De hecho, estoy abriendo un negocio. No, no estoy casado. Sí, sé que su hija Tessa todavía me odia por lo que le hice a su mejor amiga...

Agarro el volante con más fuerza, cambiando a una nueva conversación imaginaria.

—Alcalde Porter, me alegra verlo. Entiendo si quiere denegar mi licencia comercial dado lo que sucedió, pero le aseguro que mis servicios son legítimos y éticos...

Resoplo ante esa. Incluso en mi imaginación, suena patético.

El GPS anuncia que estoy a tres horas de Evergreen Falls, y mi estómago se tensa. Bajo la ventanilla, dejando que el aire de diciembre —más cálido ahora que me dirijo al sur— despeje mi mente. Texas. Casi en casa, aunque no se ha sentido como un hogar desde que me fui.

La verdad es que solo hay una conversación que importa, y es la que no puedo ensayar. ¿Qué le dices a la mujer a quien lastimaste para proteger? ¿Cómo explicas que tu diagnóstico llegó justo después de que ella enterrara a su padre, que no podías soportar convertirla en viuda antes de que fuera esposa?

—Hola, Zoe, ¿me recuerdas? ¿El tipo que te dejó plantada en el altar? ¡Sorpresa! ¡No estoy muerto! ¡Solo emocionalmente atrofiado y terrible para las despedidas!

Golpeo la palma contra el volante, el agudo dolor radiando por mi brazo. El dolor físico es casi un alivio en comparación con el nudo de ansiedad en mi pecho. Nada de esto está saliendo bien, ni siquiera en la privacidad de mi propio coche.

El cartel de Evergreen Falls aparece en el horizonte —población 12.482, aunque dudo que ese número se haya actualizado desde que me fui. Tomo la salida, la memoria muscular guiándome por calles familiares que apenas han cambiado. El cine donde Zoe y yo tuvimos nuestra primera cita todavía tiene la misma marquesina. El roble en la plaza del pueblo donde le propuse matrimonio aún extiende sus ramas hacia el cielo.

Mientras paso por Perfect Pairs Matchmaking, se me corta la respiración. El edificio victoriano ha sido pintado de un suave rosa rubor, con un discreto letrero dorado que presenta dos corazones entrelazados. Por supuesto que Zoe elegiría algo clásico y romántico. Por supuesto que su negocio estaría prosperando.

Y al otro lado de la calle se encuentra mi futura ubicación —un local moderno con grandes

ventanales y líneas limpias. El lugar perfecto para Clean Break Consultations, con su estética elegante y minimalista. El contrapunto perfecto a la visión romántica de Zoe.

La simetría no es accidental. Si soy honesto conmigo mismo —lo cual intento ser estos días — elegí esa ubicación deliberadamente. No solo para provocarla, aunque probablemente haya algo de eso también. Sino porque los finales y los comienzos son dos caras de la misma moneda. Porque algunas relaciones necesitan terminar antes de que puedan comenzar otras nuevas.

Porque algunas personas necesitan enfrentar sus mayores errores directamente.

La casa de papá se ve más pequeña de lo que recuerdo. El hogar de estilo colonial donde crecí se encuentra en una calle tranquila a tres cuadras de la plaza del pueblo, su pintura blanca comenzando a desprenderse alrededor de las contraventanas. El roble en el jardín delantero ha crecido, sus ramas ahora alcanzando el techo como brazos protectores.

Me quedo sentado en la entrada durante un largo momento, reuniendo valor. La última vez que vi a mi padre fue hace dos Navidades, cuando vino a Chicago en lugar de lidiar con los chismes que mi presencia en Evergreen Falls generaría. Nuestra relación siempre ha sido complicada —a veces más como médico y paciente que como padre e hijo— pero es el único progenitor que me queda.

La puerta principal se abre antes de que pueda llamar, y ahí está —el Dr. James Hayes, respetado médico del pueblo durante treinta y cinco años, luciendo más frágil de lo que esperaba. Su cabello plateado es más fino, sus ojos azules —tan parecidos a los míos— hundidos en su rostro pálido. Pero su postura sigue siendo militar, un vestigio de su tiempo como médico del ejército.

Mi pecho se tensa ante la evidencia visible de su mortalidad. Ha envejecido más en estos últimos dos años que en la década anterior, el reciente ataque cardíaco tallando nuevas líneas en su rostro.

—¿Planeabas quedarte en ese coche toda la noche? —pregunta, con voz más áspera de lo que sugeriría la preocupación en sus ojos.

—Solo admiraba tu jardinería —respondo, señalando los arbustos descuidados que enmarcan el porche—. Veo que realmente dejas que las cosas crezcan salvajes.

Resopla, retrocediendo para dejarme entrar.

—El ataque al corazón fue hace tres semanas, no ayer. No soy un inválido.

La casa huele igual —antiséptico mezclado con café y libros viejos, con ese peculiar olor a humedad de un lugar que ha sido habitado por la misma persona durante décadas. Las revistas médicas siguen apiladas en la mesa de café. El retrato de mi madre todavía cuelga sobre la chimenea, aunque ella se fue cuando yo tenía doce años, incapaz de soportar ser la esposa de un médico en un pueblo pequeño. Sus ojos —marrones, no azules como los de papá y los míos— me siguen mientras dejo mi bolsa de viaje.

—Te ves cansado —dice papá, con tono de evaluación médica.

—Conduje directamente desde Chicago.

Asiente, llevándome a la cocina donde esperan dos tazas de café. Ha calculado mi hora de llegada con precisión. Siempre el diagnosticador.

—Tu antigua habitación está lista —dice, deslizando una taza hacia mí—. Aunque supongo que buscarás tu propio lugar pronto.

—Tengo un alquiler a corto plazo preparado para comenzar mañana. Y el local está casi listo —Tomo un sorbo de café, perfectamente preparado como me gusta —negro con un azúcar. Siempre ha sido atento a los detalles, incluso cuando luchaba con las conexiones emocionales—. ¿Cómo está el corazón?

—Funcionando adecuadamente —Golpea su pecho—. El nuevo régimen de medicación está funcionando bien. Los inhibidores de la ECA que han desarrollado en los últimos cinco años son notablemente efectivos para retrasar la progresión —mejores que los disponibles cuando te diagnosticaron.

Ahí está —el elefante en la habitación. Mi cardiomiopatía genética, heredada de él, descubierta durante un examen físico de rutina en mi último año de universidad. La bomba de tiempo en mi pecho que me hizo dejar a Zoe.

—Eso es... bueno saberlo —digo—. Las opciones de tratamiento han mejorado.

—Significativamente —Sus ojos se encuentran con los míos, clínicos pero no desagradables —. Tu último chequeo en Chicago mostró estabilización, ¿correcto?

Asiento.

—El Dr. Lambert dice que estoy respondiendo bien al tratamiento. Pronóstico mucho mejor que hace diez años.

La boca de papá se tensa en los bordes —lo más cercano que llega a mostrar emoción.

—La ciencia médica avanza. Las decisiones tomadas basadas en información obsoleta podrían necesitar reevaluación.

Miro fijamente mi café. Esto es lo más cerca que llegará a discutir lo que pasó con Zoe. La elección que hice basada en mi diagnóstico, en verlo luchar solo después de que mamá se fue, en el miedo de hacer pasar a Zoe por lo que ya había experimentado con su padre.

—No estoy aquí para reabrir viejas heridas —digo finalmente.

—¿No? —Su ceja se arquea—. Establecer tu negocio frente al suyo parece bastante intencionado.

No puedo discutir eso.

—Es una ubicación privilegiada.

—En un pueblo con exactamente una calle principal, supongo que las opciones eran limitadas —Su tono es seco pero no crítico—. ¿La has visto ya?

—No. Pero todo el pueblo sabrá que he regresado después de la reunión de la asociación empresarial de mañana —Apuro mi café, dejando la taza con un clic decisivo—. Esta vez no me estoy escondiendo.

Papá me estudia durante un largo momento.

—No, supongo que no —Se levanta lentamente, una mano apoyándose en la mesa—. Tu negocio —ayudar a la gente a terminar relaciones— ¿es un trabajo legítimo?

—Lo es —digo—. No todos consiguen su final feliz. Algunas personas necesitan ayuda para encontrar las palabras adecuadas para despedirse.

Asiente, con expresión pensativa.

—¿Y tú has encontrado las palabras correctas, Ryan? ¿Para ella?

La pregunta queda suspendida entre nosotros. Pienso en las explicaciones que he ensayado durante diez años, todas las cosas que debería haber dicho en lugar de dejar una nota y desaparecer.

—No —admito—. Pero estoy trabajando en ello.

Los de la mudanza llegan a las ocho de la mañana siguiente, descargando muebles elegantes en el local vacío. Los dirijo con eficiencia —escritorio de cristal cerca de la pared del fondo, sillas minimalistas dispuestas para privacidad, calendario digital de pared que muestra solo códigos de clientes para proteger la confidencialidad.

Clean Break Consultations siempre ha enfatizado la discreción. En Evergreen Falls, eso será aún más crucial. En Chicago, mis clientes eran desconocidos anónimos. Aquí, serán vecinos,

amigos de amigos, personas cuyas vidas personales son de conocimiento común.

Coloco mis credenciales en la pared —título de psicología, certificación de asesoramiento, artículos sobre mi trabajo en servicios de transición de relaciones. El término "consultor de rupturas" incomoda a la gente. He aprendido a usar un lenguaje más aceptable sin dejar de ser honesto sobre lo que hago.

—¿Dónde quiere esto, señor Hayes? —Un empleado de la mudanza sostiene un pequeño jardín zen, el único artículo personal que mantengo en mi espacio profesional.

—En el escritorio —respondo, enderezando la declaración de misión enmarcada en la pared: "Todo final merece dignidad".

Al mediodía, la oficina está tomando forma —líneas limpias, colores neutros, una atmósfera de calma profesional. A través de las ventanas, puedo ver a personas que reducen la velocidad al pasar, con curiosidad evidente en sus expresiones. Las noticias viajan rápido en Evergreen Falls. A estas alturas, probablemente la mitad del pueblo sabe que he vuelto.

Mientras coloco tarjetas de presentación en su soporte, un destello de color al otro lado de la calle llama mi atención. Cabello castaño rojizo, un abrigo color crema, una figura grácil que se detiene en la acera frente a Perfect Pairs Matchmaking. Zoe.

Incluso a esta distancia, incluso después de diez años, la reconocería en cualquier parte. Está mirando mi local, su postura endureciéndose mientras lee el cartel temporal en la ventana. No puedo ver claramente su expresión, pero puedo imaginarla —sorpresa, quizás enojo, definitivamente cautela.

Por un momento, nuestras miradas casi se encuentran a través del cristal. Luego ella gira abruptamente, desapareciendo en su propia oficina, la puerta cerrándose firmemente tras ella.

Exhalo lentamente, dándome cuenta de que he estado conteniendo la respiración. Mañana en la reunión de la asociación empresarial, nos enfrentaremos correctamente por primera vez en una década. No más esconderse detrás del cristal y la distancia.

El instalador del letrero llega, fijando cuidadosamente mi logotipo en la ventana —un diseño simple y elegante en tonos gris y azul apagados. Clean Break Consultations. Debajo, en texto más pequeño: "Especialista en Transición de Relaciones".

Al otro lado de la calle, Zoe Miller ayuda a la gente a encontrar el amor. A partir de mañana, yo les ayudaré a dejarlo ir. Dos caras de la misma moneda, enfrentadas a través de la Calle Principal.

Capítulo 3

Zoe

Los folletos con códigos de colores son perfectos. Los apilo cuidadosamente en mi portafolio de cuero, enderezando los bordes hasta que se alinean con precisión militar. Treinta copias para treinta empresarios, ordenadas por prioridad de información: planes de expansión en azul, proyección comunitaria en verde y testimonios en rosa. Paso mis dedos por el papel suave, formándose una pequeña sonrisa de satisfacción en las comisuras de mi boca. Al menos esto es algo que puedo controlar.

La organización me calma. Siempre ha sido así, un rasgo que me sirvió enormemente cuando planeaba mi propia boda, justo hasta el momento en que descubrí que mi prometido había desaparecido, dejando solo una patética nota en mi almohada.

Cierro los ojos con fuerza, alejando el recuerdo de aquel día. Diez años es mucho tiempo para alimentar una herida. Ya debería estar completamente sanada.

Y lo estaba, hasta que Ryan Hayes regresó a Evergreen Falls ayer, instalando su elegante negocio justo enfrente del mío como una especie de broma cósmica.

—Está bien —digo en voz alta a mi oficina vacía—. Esto no cambia nada.

Me aliso la parte delantera de mi vestido cruzado verde esmeralda —elegido específicamente porque Tessa una vez me dijo que me hace ver "competente como el demonio y también sexy"— y evalúo mi reflejo en el espejo antiguo. Mi cabello está recogido en un moño bajo, profesional pero no severo. Un delicado colgante de corazón de oro —un regalo de mi madre— descansa en mi garganta.

La mujer en el espejo parece pulida, exitosa y completamente indiferente al regreso de su ex prometido. Perfecto.

Nadie necesita saber que pasé la noche anterior alternando entre limpiar mi apartamento por rabia y desplazarme por el sitio web del negocio de Ryan, buscando pistas sobre la vida que ha vivido sin mí.

La reunión de la Asociación de Empresarios de Evergreen Falls es un ritual mensual que normalmente disfruto. Hoy, se siente como marchar a la batalla. Ensayo conversaciones potenciales en mi cabeza mientras reúno mis materiales.

Si alguien menciona a Ryan: "Sí, estoy al tanto del nuevo negocio. Evergreen Falls da la bienvenida a todos los emprendedores".

Si Ryan me habla directamente: "Hola, Ryan. Bienvenido de vuelta al pueblo. Te deseo éxito". Entregado con una sonrisa que no llega a los ojos.

Si alguien pregunta sobre nuestra historia: "Eso fue hace mucho tiempo. Ambos hemos avanzado profesionalmente".

Todo técnicamente cierto, completamente neutral, y sin revelar absolutamente nada sobre la

tormenta que se desata dentro de mí.

Miro mi reloj: cuarenta y cinco minutos hasta la reunión. Tiempo suficiente para caminar las tres cuadras hasta el Ayuntamiento, encontrar un asiento estratégico y revisar mis notas una última vez.

Mientras cierro con llave la puerta de mi oficina, no puedo evitar mirar hacia el otro lado de la calle. La instalación del letrero está completa ahora, el elegante logo gris y azul que declara "Clean Break Consultations" al mundo. Debajo, un texto más pequeño dice "Especialista en Transición de Relaciones".

Resoplo a pesar de mí misma. "Especialista en transición de relaciones". Esa es ciertamente una forma de presentar a un "destructor profesional de hogares".

Cuadrando los hombros, me dirijo hacia el Ayuntamiento, repasando mentalmente mi presentación con cada paso. Soy Zoe Miller, empresaria exitosa. Soy imperturbable, profesional y he superado completamente a Ryan Hayes.

Si lo repito suficientes veces, quizás se vuelva realidad.

El Ayuntamiento de Evergreen Falls no ha cambiado en cien años: techos altos, vigas de madera y paredes revestidas con fotografías históricas del pueblo a través de las décadas. El aroma a pulidor de limón y madera vieja llena el aire, mezclándose con el persistente aroma a café de la reunión matutina del comité de turismo. Siempre he encontrado este espacio reconfortante, esta conexión tangible con el pasado.

Hoy, se siente como una trampa.

Me he posicionado cerca del frente, con los folletos perfectamente apilados frente a mí, la laptop abierta en mis diapositivas de presentación. El antiguo radiador en la esquina silba y rechina, haciendo que la habitación esté incómodamente cálida a pesar del frío otoñal del exterior. Me muevo en mi silla de madera, uno de esos asientos antiguos con respaldos ornamentadamente tallados que lucen hermosos pero se clavan en tu columna después de diez minutos.

La alcaldesa Porter está en el podio, revisando sus notas mientras los empresarios van entrando, saludándose con la familiaridad natural de un pueblo pequeño.

—¿Te has enterado? —susurra la señora Abernathy de la floristería, no tan discretamente, al señor Jenkins de la ferretería—. Ryan Hayes ha vuelto al pueblo. Está abriendo algún tipo de negocio de asesoramiento.

—¿Después de lo que le hizo a Zoe? Qué atrevimiento —responde el señor Jenkins, mirando en mi dirección.

Finjo estar absorta en mis notas, aunque mis mejillas arden. Esto es exactamente lo que temía: convertirme en el centro del chisme, mi historia personal servida para el consumo público.

De repente, la sala se vuelve más silenciosa, las conversaciones se reducen a murmullos. No necesito levantar la vista para saber quién ha entrado. El cambio en la energía es palpable, como una caída en la presión barométrica antes de una tormenta.

Cuando finalmente levanto los ojos, Ryan está de pie en la entrada, vestido con un traje gris carbón que se ajusta perfectamente a su figura atlética. Su cabello oscuro es más corto que cuando lo conocí, con sutiles hilos plateados en las sienes que de alguna manera lo hacen más atractivo de lo que era a los veintitrés. Su mandíbula está más definida ahora, y finas líneas se arrugan en las comisuras de sus ojos, evidencia de sonrisas que no estuve allí para ver. Una pequeña cicatriz sobre su ceja derecha es nueva, y me encuentro preguntándome sobre la historia detrás de ella.

Nuestras miradas se cruzan a través de la habitación y, por una fracción de segundo, soy

transportada al laboratorio de química de primer año, sintiendo esa misma sacudida eléctrica de reconocimiento. Entonces la alcaldesa Porter llama al orden en la reunión, rompiendo el hechizo.

Bajo la mirada a mi computadora, con los dedos temblando ligeramente mientras toco el mousepad para activar la pantalla. Puedo sentir la presencia de Ryan mientras toma asiento varias filas detrás de mí, el peso de su atención como un toque físico entre mis omóplatos.

—Bienvenidos a todos —comienza la alcaldesa Porter—. Tenemos una agenda completa hoy, incluyendo actualizaciones del comité del festival de vacaciones y el proyecto de embellecimiento del centro. Pero primero, me gustaría dar la bienvenida a nuestro nuevo empresario en Evergreen Falls.

Mi estómago se hunde. Esperaba esto, por supuesto, pero no justo al comienzo de la reunión.

—Muchos de ustedes ya lo conocen —continúa la alcaldesa Porter—, pero para aquellos que no, Ryan Hayes ha regresado a Evergreen Falls para abrir Clean Break Consultations. Ryan, ¿te gustaría presentarte y contarnos sobre tu negocio?

Mantengo mi expresión neutral, aunque mi pulso se acelera. Deliberadamente, tomo una respiración lenta y profunda por la nariz y exhalo a través de los labios ligeramente separados, una técnica que mi terapeuta me enseñó durante esos primeros meses devastadores después de que Ryan se fuera.

Ryan se levanta y se mueve hacia el frente de la sala. Se abrocha la chaqueta del traje con una elegancia casual que parece sin esfuerzo, aunque reconozco las señales sutiles de su nerviosismo: el ligero tensamiento alrededor de sus ojos, la forma en que su pulgar roza contra su dedo índice.

—Gracias, alcaldesa Porter —dice, su voz más profunda de lo que recuerdo—. Es bueno estar de vuelta en Evergreen Falls después de diez años fuera. Para aquellos que no me conocen, soy un especialista en transición de relaciones. Ayudo a las personas a navegar finales difíciles con dignidad y respeto.

—¿Entonces eres un abogado de divorcio? —grita alguien.

Ryan sonríe pacientemente.

—No, no soy abogado. Proporciono apoyo emocional y práctico para personas que necesitan terminar relaciones pero no saben cómo. A veces eso significa entrenar a alguien para una conversación difícil. Otras veces significa ayudarles a procesar el duelo después de una ruptura o divorcio.

—¿Ayudas a la gente a romper? —pregunta la señora Chen, con tono incrédulo. La madre de Tessa siempre ha sido protectora conmigo, considerándome una segunda hija.

—Ayudo a las personas a honrar la verdad de sus situaciones —responde Ryan con calma —. No toda relación está destinada a durar para siempre. Cuando las personas saben que una relación necesita terminar pero se quedan por miedo o culpa, nadie gana. Mi objetivo es ayudar a crear un cierre que permita a ambas partes seguir adelante con dignidad.

Ya no puedo contenerme más. Las palabras brotan antes de que pueda detenerlas.

—Es una interpretación interesante sobre beneficiarse del desamor.

La sala queda en silencio. Todos los ojos se vuelven hacia mí, incluidos los de Ryan. Su expresión es una mezcla de resignación y algo que podría ser arrepentimiento.

—Entiendo por qué podrías verlo así, Zoe —dice—. Pero creo que mi trabajo es complementario a servicios como el tuyo. Tú ayudas a las personas a encontrar amor, y a veces yo les ayudo a dejarlo ir cuando ya no les sirve.

—¿Complementario? —Me pongo de pie, incapaz de permanecer sentada con la adrenalina corriendo por mis venas—. Literalmente estás estableciendo un negocio para deshacer lo que yo

hago. Emparejo a las personas basándome en compatibilidad genuina y valores compartidos. Tengo un 95% de tasa de éxito. ¿Cuál es tu tasa de éxito, Ryan? ¿Cuántas relaciones has destruido?

La alcaldesa Porter se aclara la garganta.

—Quizás podamos...

—No destruyo relaciones —interrumpe Ryan, con un destello de genuina ira en sus ojos—. Ayudo a personas que ya están sufriendo a encontrar un camino hacia adelante. No todas las parejas son perfectas, sin importar cuán cuidadosamente se formaron.

La pulla aterriza exactamente como estaba previsto. Pienso en Ellie y Greg y su tensa interacción en mi oficina ayer.

—Algunas relaciones necesitan trabajo —contraataco—. El compromiso significa quedarse incluso cuando es difícil. Algo que no entenderías.

Una inhalación colectiva llena la sala. He ido demasiado lejos, dejando que la historia personal se filtrara en el debate profesional. La mandíbula de Ryan se tensa, pero mantiene su compostura.

—Tienes razón en que el compromiso importa —dice, con voz mesurada—. Pero también la honestidad. A veces lo más compasivo que podemos hacer es reconocer cuando una relación ha llegado a su fin.

—¿Y tú eres el árbitro de cuándo eso sucede? —pregunto, cruzando los brazos.

—No. Cada persona toma su propia decisión. Yo solo les ayudo a encontrar el valor para expresar su verdad.

—Qué conveniente. Cuando se pone difícil, simplemente marcharse. Escribir una nota, alejarse y llamarlo "expresar tu verdad".

Las palabras quedan suspendidas en el aire entre nosotros, crudas y reveladoras. He dicho demasiado, he expuesto la herida que he tratado tanto de ocultar.

La alcaldesa Porter avanza decisivamente.

—Gracias, Ryan, por presentar tu negocio. Ahora, pasemos a nuestra agenda regular. Zoe, ¿creo que vas a presentar tus planes de expansión hoy?

Parpadeo, momentáneamente desorientada por el cambio repentino.

—Sí. Por supuesto.

Distribuyo mis folletos en piloto automático, moviéndome a través de mi presentación con eficiencia practicada. Hablo sobre mis planes para expandir Perfect Pairs Matchmaking a pueblos vecinos, para lanzar un podcast sobre compatibilidad en relaciones, para organizar reuniones mensuales de solteros en The Roasted Bean.

Todo el tiempo, siento la mirada de Ryan sobre mí, firme y reflexiva. Cuando termino, el aplauso parece distante, como si lo estuviera escuchando bajo el agua.

El resto de la reunión pasa como en una nebulosa. Tomo notas mecánicamente, sonrío en los momentos apropiados y contribuyo a las discusiones sobre el festival de vacaciones. Pero por dentro, todavía estoy cara a cara con Ryan, palabras que hemos guardado durante diez años amenazando con derramarse entre nosotros.

Cuando la alcaldesa Porter finalmente levanta la sesión, recojo mis materiales rápidamente, esperando escapar antes de que alguien pueda acercarse a mí con preguntas sobre la tensión obvia.

Demasiado tarde. Ryan aparece junto a mi silla mientras cierro mi computadora.

—¿Podemos hablar? —pregunta en voz baja—. ¿En privado?

Todos mis instintos me gritan que me niegue, que mantenga la distancia que me ha

protegido todos estos años. Pero los empresarios a nuestro alrededor están observando con curiosidad indisimulada, y alejarme ahora solo alimentaría sus chismes.

—Bien —digo secamente—. Cinco minutos.

Encontramos un nicho cerca de la parte posterior del salón, parcialmente oculto por una exhibición sobre la fundación de Evergreen Falls. Lo suficientemente cerca para ser vistos —manteniendo la propiedad— pero lo suficientemente lejos para que nuestra conversación permanezca privada. El sol de la tarde tardía se inclina a través de las ventanas orientadas al oeste, proyectando el rostro de Ryan en una luz dorada que suaviza sus rasgos.

Ryan está de pie con las manos en los bolsillos, un gesto tan familiar que hace que mi pecho duela. Se ve mayor, más asentado en sí mismo, pero sus ojos son del mismo azul claro que solía hacerme sentir como si me estuviera ahogando de la mejor manera posible.

—Lamento lo de antes —dice—. No pretendía crear una confrontación pública.

—Estableciste un negocio de rupturas frente a mi agencia de emparejamiento —Arqueo una ceja—. ¿Qué esperabas exactamente?

Exhala lentamente.

—Buen punto. La ubicación no fue... completamente coincidencial.

—No me digas.

—Pero mi negocio es legítimo, Zoe. Lo que hago ayuda a las personas.

Lo estudio, tratando de reconciliar al chico que amé con este hombre frente a mí. La cicatriz sobre su ceja se arruga ligeramente cuando frunce el ceño, y noto una nueva intensidad en su mirada, una profundidad que no estaba allí antes.

—Realmente crees eso, ¿verdad?

—Así es —Su convicción parece genuina—. No toda relación debería salvarse. Algunas personas permanecen juntas por miedo, obligación o inercia, haciéndose miserables a sí mismas y a sus parejas en el proceso.

—Y tú llegas para liberarlas.

—Les ayudo a encontrar claridad —corrige—. La decisión siempre es suya.

Permanecemos en un silencio cargado por un momento, el peso de nuestra historia personal presionando contra la fachada profesional de nuestra conversación. El sonido distante del tráfico en la calle principal se filtra a través de las ventanas, junto con el alegre repique de la torre del reloj que marca las cuatro.

—¿Por qué volviste, Ryan? —finalmente pregunto, la cuestión que ha estado ardiendo en mí desde que vi su silueta a través de la ventana ayer.

—Mi padre tuvo un ataque al corazón hace tres semanas.

Algo dentro de mí se ablanda ligeramente. El Dr. Hayes siempre fue amable conmigo, a su manera reservada.

—¿Está bien?

—Se está recuperando. Pero fue lo suficientemente grave como para hacerme reevaluar algunas cosas —Ryan duda, luego añade—: Incluyendo si era hora de dejar de huir de mi pasado.

—Qué noble de tu parte —digo, la suavidad endureciéndose de nuevo—. Diez años después.

—Me merecía eso.

—Te mereces mucho peor.

Su boca se crispó.

—Probablemente.

A pesar de todo, me encuentro luchando contra una sonrisa. Este siempre fue nuestro ritmo:

su autodepreciación desarmando mi ira. Me detengo antes de que se forme la sonrisa.

—Tu presentación fue impresionante —dice Ryan, cambiando de tema—. Los planes de expansión, el podcast... has construido algo extraordinario aquí.

—Gracias —Su cumplido no debería importar, pero lo hace—. Tu... concepto también es interesante. Aunque agradecería que mantuvieras tus "transiciones de relación" lejos de mis parejas exitosamente emparejadas.

—No cazo clientes, Zoe —Su expresión se vuelve seria—. Solo ayudo a personas que vienen a mí directamente.

—¿Como Ellie y Greg? —Las palabras escapan antes de que pueda detenerlas.

Los ojos de Ryan se ensanchan.

—¿Vinieron a ti?

—Son una de mis parejas. Comprometidos. Se casan en junio —Cruzo los brazos—. O lo estaban.

El entendimiento amanece en su rostro.

—No me he reunido con ellos. Pero si están teniendo dudas...

—Están teniendo los nervios prenupciales normales. Nada que no pueda resolverse con comunicación adecuada y compromiso.

—Si tú lo dices —Su tono es neutral, pero algo en sus ojos me desafía.

—Debería irme —digo, repentinamente agotada por el esfuerzo de mantener mi compostura —. Tengo clientes esta tarde.

—Por supuesto —Ryan retrocede, dándome espacio—. Por lo que vale, creo que este pueblo es lo suficientemente grande para ambos negocios.

Recojo mi portafolio, enderezando mis hombros.

—Supongo que veremos. Aunque si quieres que te recomiende una buena empresa de mudanzas para cuando esta aventura inevitablemente fracase, estaré encantada de ayudar.

Es mezquino y poco profesional, pero el destello de dolor en sus ojos me da una satisfacción hueca.

—Adiós, Ryan —digo, alejándome antes de que pueda responder.

—Por ahora —me llama suavemente.

Finjo no oír.

—Debería haber traído palomitas —dice Tessa, deslizando un plato con un croissant de chocolate aún caliente a través del mostrador hacia mí—. Eso fue mejor que cualquier programa de telerrealidad que haya visto.

Sweet Beginnings Bakery está vacía excepto por nosotras, el momento tranquilo de media tarde le da a Tessa tiempo para cerrar el frente mientras su asistente se encarga de la cocina. El aroma a vainilla y canela me envuelve como una manta reconfortante, mezclándose con el rico aroma del café recién molido. El ventilador de techo vintage gira perezosamente sobre nuestras cabezas, agitando el aire cálido y haciendo que el menú manuscrito de la pizarra se balancee ligeramente. Ni siquiera las legendarias pastelerías de Tessa pueden calmar la agitación dentro de mí.

—Fue un desastre —gimo, dejando caer mi frente sobre el frío mármol del mostrador—. Perdí completamente mi compostura profesional frente a toda la asociación empresarial. La alcaldesa Porter probablemente piensa que soy inestable, y el comité de vacaciones reconsiderará mi propuesta para el festival de invierno.

—Mantuviste el tipo —corrige Tessa, saltando al taburete a mi lado. Su delantal tiene una mancha de harina que intenta quitar distraídamente—. Y honestamente, ¿se lo merecía.

Establecer su negocio justo enfrente del tuyo después de lo que hizo? Eso requiere valor.

Levanto la cabeza, rompiendo un pedazo del croissant sin verlo realmente.

—Dice que es porque su padre tuvo un ataque al corazón.

—¿El doctor Hayes? —Tessa frunce el ceño—. Mamá no mencionó eso.

—Aparentemente fue hace tres semanas.

—Y le tomó diez años y una emergencia familiar mostrar su cara en este pueblo otra vez —Tessa resopla—. Qué héroe.

Mastico el croissant pensativamente, el rico chocolate derritiéndose en mi lengua.

—Se ve... bien —admito a regañadientes.

—Por supuesto que sí. Así es como funciona el universo. Los hombres basura siempre mejoran con el tiempo —Tessa me estudia con ojos entrecerrados—. ¿Pero cómo estás realmente?

La pregunta me toma por sorpresa. He estado tan concentrada en mantener mi fachada pública que no he examinado completamente lo que estoy sintiendo.

—No lo sé —digo—. Enojada. Confundida. Desequilibrada.

—Todas reacciones completamente normales al ver al tipo que te dejó plantada en el altar repentinamente reaparecer como tu némesis empresarial —Tessa extiende la mano para apretar la mía—. Sería raro que no estuvieras alterada.

—Solo odio que todavía pueda afectarme así —susurro—. Diez años, Tess. He construido una vida entera sin él. Tengo éxito. Soy feliz. Y luego entra, y de repente tengo veintidós años otra vez, preguntándome qué hice mal.

—No hiciste nada malo —dice Tessa—. Él es quien huyó. Él es quien no tuvo la decencia de terminar las cosas cara a cara.

—Lo sé —Lo sé intelectualmente. Pero las viejas heridas tienen una manera de reabrirse cuando menos se espera—. Su negocio realmente suena legítimo. Realmente cree que está ayudando a las personas.

—Tal vez lo esté haciendo —reconoce Tessa a regañadientes—. Pero eso no excusa lo que te hizo.

—No, no lo hace —Enderezo mi columna, la determinación reemplaza la incertidumbre—. Y de todos modos no importa. Ahora somos conocidos de negocios, nada más. Dos profesionales con diferentes filosofías sobre las relaciones.

Tessa me da una mirada que dice que no me cree ni por un segundo.

—Ajá. Y por eso casi lo incineraste con la mirada cuando dijo que no todas las parejas son perfectas.

—¡Estaba insinuando que mi modelo de negocio es defectuoso!

—Estaba presionando tus botones —corrige Tessa—. Y funcionó.

Abro la boca para protestar, luego la cierro de nuevo. Tiene razón, por supuesto. Ryan sabía exactamente cómo provocarme, y caí completamente.

—La cuestión es —continúa Tessa, más suavemente ahora—, no estarías tan molesta si realmente lo hubieras superado.

—Eso no es justo —protesto—. Cualquiera estaría molesto en esta situación.

—Cierto. Pero no todos lo mirarían de la manera en que tú lo hiciste.

—¿De qué manera?

Tessa inclina la cabeza, considerando.

—Como si estuvieras viendo un fantasma. Como si estuvieras furiosa y con el corazón roto y quizás un poco aliviada, todo a la vez.

Bajo la mirada a mi croissant medio comido, incapaz de encontrar sus ojos.

—Eso es ridículo.

—¿Lo es? —Tessa espera hasta que levanto la mirada de nuevo—. Zo, has pasado diez años preguntándote por qué se fue. Ahora ha vuelto, y parte de ti —una parte muy pequeña, probablemente masoquista— siente curiosidad.

—No tengo curiosidad —insisto, aunque la protesta suena débil incluso para mis propios oídos—. He seguido adelante. Completamente.

—¿Entonces por qué no has salido en serio con nadie desde él?

La pregunta golpea como un golpe físico. Rara vez discutimos mi inexistente vida amorosa con este nivel de franqueza.

—He tenido citas —digo, incapaz de mantener el tono defensivo fuera de mi voz.

—Tres primeras citas en el último año. Sin segundas —Tessa cuenta con los dedos—. El veterinario que ama a los perros rescatados. El profesor de literatura que citaba a Shakespeare. El diseñador gráfico con la motocicleta vintage. Todos tipos perfectamente agradables con los que encontraste razones para no volver a ver.

—No eran adecuados para mí.

—Nadie es nunca adecuado para ti —dice Tessa—. Porque ninguno de ellos es él.

Quiero discutir, insistir en que está equivocada. Pero las palabras se atascan en mi garganta, porque en el fondo, temo que pueda tener razón. No es que todavía quiera a Ryan —no puedo, no debo—, sino que he estado comparando a todos los demás con un estándar imposible, comparándolos con una relación que ahora existe solo en la memoria.

Por un momento, estoy de vuelta en el quiosco junto al lago, la lluvia cayendo a nuestro alrededor mientras Ryan se arrodillaba, su cabello pegado a su frente, ambos riendo y llorando a la vez. "No quiero esperar ni un día más para preguntarte esto", había dicho, con agua corriendo por su rostro. El anillo había captado la luz de una farola distante, pero sus ojos habían brillado aún más.

—No importa —digo, alejando el recuerdo—. Incluso si tuviera curiosidad, que no la tengo, nada ha cambiado. Me dejó sin una explicación real. Me hirió de la peor manera posible. Eso no es algo que simplemente superas porque él decide volver al pueblo una década después.

Tessa asiente.

—Tienes razón. Y por lo que vale, creo que te comportaste bien hoy, considerando todas las circunstancias.

—¿En serio? Porque siento que me comporté como una completa idiota.

—Nah. Fuiste feroz. Profesional pero protectora con tu negocio —De repente sonríe—. ¿Y la cara que puso cuando mencionaste la empresa de mudanzas? Invaluable.

A pesar de todo, me río.

—Eso fue bastante satisfactorio.

—¿Ves? Pequeñas victorias —Tessa desliza el resto del croissant más cerca de mí—. Ahora como tus sentimientos. Órdenes del médico.

Mientras doy otro bocado, me permito reconocer lo que he estado tratando de ignorar desde ayer: el regreso de Ryan me ha sacudido más profundamente de lo que quiero admitir. No solo por nuestra historia, sino porque verlo de nuevo me ha obligado a confrontar preguntas que he pasado diez años evitando.

¿Por qué se fue realmente? ¿Qué ha estado haciendo todo este tiempo? Y lo más preocupante de todo: ¿por qué una parte de mí todavía se preocupa?

—Una cosa es segura —digo, limpiando el chocolate de mis dedos—. Evergreen Falls acaba

de volverse mucho más complicado.

Tessa levanta un brindis imaginario.

—Por los pueblos pequeños y los grandes dramas. Que sobrevivamos a ambos con nuestra dignidad intacta.

—Y nuestros negocios —añado.

Capítulo 4

Ryan

Algunas personas dicen que el grafiti es arte. No estoy convencido de que el garabato "HOTEL DEL DESAMOR" en la ventana de mi nueva oficina califique como tal, especialmente cuando gotea como lágrimas por el cristal. El rotulador rojo lavable fue al menos considerado: fácil de quitar pero con máximo impacto visual para la multitud matutina de la Calle Principal.

Sumerjo otra toalla de papel en el cubo de agua jabonosa y froto una letra H particularmente terca. El sol de la mañana se refleja en las burbujas de jabón, enviando pequeños arcoíris bailando por la acera. Sería casi bonito si no fuera tan simbólico de mi regreso a casa.

—¡Buenos días, rompecorazones!

Me giro para encontrar a la Sra. Chen —la madre de Tessa y dueña del restaurante chino dos puertas más abajo— observándome con los brazos cruzados. Su expresión es severa pero no del todo hostil.

—Buenos días, Sra. Chen —respondo, manteniendo un tono agradable—. Un día hermoso, ¿verdad?

Ella resopla.

—No tan hermoso cuando tienes que limpiar vandalismo. Deberías denunciarlo.

—Solo es rotulador. No hay daño real.

—Ese no es el punto —me estudia con ojos entrecerrados—. Sabes por qué alguien hizo esto, ¿verdad?

Mantengo su mirada firmemente.

—Tengo una idea.

—Diez años es mucho tiempo, Ryan Hayes —descruzó los brazos, suavizando ligeramente su postura—. Pero algunas heridas no sanan tan rápido.

Asiento, entendiendo que ya no estamos hablando de mi ventana.

—Lo sé.

—Bien —me señala con un dedo—. Recuérdalo.

Con esa críptica despedida, continúa por la acera, deteniéndose para hablar con otro comerciante mientras señala hacia mi tienda.

Y así comienza. La red de susurros de Evergreen Falls, más eficiente que cualquier algoritmo de redes sociales. Para la hora del almuerzo, todos en el pueblo sabrán sobre el grafiti, con diversas interpretaciones sobre si lo merecía o no.

Termino de limpiar la ventana y retrocedo para inspeccionar mi trabajo. Limpia de nuevo, transparente, revelando el interior minimalista que he diseñado para Clean Break Consultations. Paredes grises, muebles elegantes, plantas en macetas estratégicamente colocadas tanto por estética como por privacidad. Nada parecido al ambiente cálido y romántico de Perfect Pairs

Matchmaking al otro lado de la calle.

Como si fuera invocada por mis pensamientos, un movimiento capta mi atención. A través de nuestras ventanas opuestas, veo a Zoe llegando a su oficina con una pila de carpetas en los brazos. Se detiene en su puerta, llave en mano, luego gira ligeramente, su mirada encontrándose con la mía a través de la distancia entre nosotros.

Por un momento, quedamos congelados en este enfrentamiento no intencionado, con la Calle Principal extendiéndose entre nosotros como territorio neutral. Se ve profesional y bien arreglada con un vestido color burdeos que resalta los tonos caoba de su cabello, pero hay tensión en sus hombros que no estaba ahí ayer por la mañana, antes de que supiera que había regresado.

Levanto mi mano en un pequeño saludo antes de pensarlo mejor. Ella me mira un instante más y luego se da la vuelta deliberadamente, abriendo su puerta y desapareciendo dentro sin saludar.

Es justo. Después de la confrontación de ayer en la reunión de la asociación de comerciantes, tengo suerte de que no haya venido a ayudar a quien pintó mi ventana.

Vuelvo adentro, dejando el cubo junto a la puerta. Mi teléfono vibra con un mensaje de Marcus: "Me enteré de la decoración de tu ventana. ¿Necesitas refuerzos?"

Escribo una respuesta rápida: "Ya limpié. Aunque me vendría bien un café".

Su respuesta es inmediata: "Voy para allá. ¿Con evidencia fotográfica para la posteridad?"

"Demasiado tarde", respondo. "Evidencia destruida".

Dentro, continúo con la instalación que comencé ayer. Mis credenciales ya están en la pared: título de psicología, certificación de asesoramiento, artículos sobre mi trabajo en servicios de transición relacional. Hoy estoy organizando mis sistemas digitales: software de programación de citas, base de datos de clientes (anonimizada por privacidad), sistema de facturación.

La campana sobre la puerta suena —un sonido al que tendré que acostumbrarme en este entorno de pueblo pequeño después de años de notificaciones electrónicas en mi oficina de Chicago— y un hombre mayor mira dentro con timidez.

—¿Ya está abierto? —pregunta, mirando alrededor del espacio a medio terminar.

—No oficialmente hasta la próxima semana —digo—, pero me encantaría hablar si desea información.

Entra completamente, agarrando su sombrero con manos desgastadas.

—Eres el chico Hayes, ¿verdad? ¿El hijo del Dr. Hayes?

—Sí, señor. Ryan Hayes.

—Eso pensé. Te pareces a él —asiente para sí mismo—. Soy Walter Jenkins. Tu padre ha sido mi médico durante treinta años.

El nombre me resulta familiar.

—¿Tiene alguna relación con Greg Jenkins, de la ferretería?

—Mi sobrino —una sonrisa surca su rostro—. Buen muchacho, Greg. Siempre lo fue. Está a punto de casarse pronto, según he oído.

Mi estómago se tensa ante la conexión. Greg Jenkins, parte de la pareja que Zoe mencionó ayer, los que le preocupa que puedan estar teniendo problemas de relación. Mantengo mi expresión neutral.

—¿En qué puedo ayudarlo hoy, Sr. Jenkins?

Gira su sombrero entre sus manos.

—Bueno, tenía curiosidad sobre qué hace aquí exactamente. Escuché algunos comentarios después de la reunión de ayer. ¿Algo sobre ayudar a la gente con... finales?

Señalo las sillas dispuestas en la esquina.

—¿Quiere sentarse? Estaré encantado de explicarle.

Asiente, acomodándose en uno de los sillones modernos con sorprendente facilidad para un hombre de su edad. Tomo el asiento frente a él, manteniendo una distancia profesional mientras permanezco conversacional.

—Clean Break Consultations ayuda a las personas a navegar por transiciones difíciles en las relaciones —explico—. A veces eso significa apoyar a alguien que necesita terminar una relación pero no sabe cómo tener esa conversación. Otras veces, significa ayudar a alguien a procesar el duelo después de una separación o divorcio.

El Sr. Jenkins asiente pensativamente.

—Entonces eres como un... ¿cómo lo llaman? ¿Un experto en desacoplamiento consciente?

Sonrío a pesar de mí mismo.

—Algo así, sí. Aunque prefiero "especialista en transición relacional".

—Palabras elegantes para ayudante de rupturas —dice, pero no hay juicio en su tono—. Ojalá hubieras estado por aquí hace cincuenta años. Podría habernos ahorrado a mi primera esposa y a mí mucho dolor.

Esto me sorprende.

—No sabía que estuvo casado antes.

—Oh, sí. Me casé con Ellie justo después de la secundaria. Una chica dulce, pero éramos demasiado jóvenes, queríamos cosas diferentes. Permanecimos miserables juntos durante siete años antes de finalmente separarnos —sacude la cabeza—. En aquel entonces, el divorcio era una desgracia. Nadie te ayudaba a superarlo. Solo susurros a tus espaldas.

—Lamento que haya pasado por eso —digo, genuinamente conmovido por su franqueza.

—Historia antigua —agita una mano con desdén—. Me casé con mi Catherine seis meses después. Estuvimos juntos cuarenta y tres años hasta que falleció la primavera pasada —sus ojos se vuelven distantes por un momento—. A veces hay que terminar un capítulo antes de poder comenzar el siguiente. ¿Es eso lo que ayudas a hacer?

—Exactamente —digo, agradecido por su perfecta síntesis—. No todos los finales son un fracaso. A veces es el comienzo de algo mejor para ambas personas.

Se levanta, ajustándose el sombrero de nuevo.

—Bueno, podría haber algo de cierto en eso. Todo el pueblo está alborotado porque estás frente al lugar de emparejamiento de la señorita Miller. Menuda coincidencia.

Su mirada perspicaz me dice que no cree que sea una coincidencia más de lo que yo lo creo.

—El local estaba disponible —digo.

—Mmm-hmm —se dirige a la puerta, luego se detiene—. Sabes, mi sobrino Greg y su prometida... son buenos chicos. Pero últimamente... —duda—. Bueno, a veces me pregunto si se están casando porque quieren o porque creen que deberían.

Mantengo mi expresión cuidadosamente neutral.

—Si alguno de ellos quisiera hablar, mi puerta está abierta.

Asiente, pareciendo satisfecho.

—Es bueno tenerte de vuelta en el pueblo, Hayes. Perspectivas diferentes evitan que un lugar se estanque —con eso, sale a la luz del sol matutino, dejándome con la clara impresión de que no todos en Evergreen Falls están en mi contra después de todo.

—Te faltó un punto —dice Marcus, señalando una tenue mancha roja cerca de la esquina de la ventana.

—Gracias por la ayuda —respondo secamente, tomando un sorbo del café que trajo: negro con un azúcar, justo como me gusta.

Marcus Parker sonríe, sin arrepentimiento. No ha cambiado mucho en la década desde la universidad: sigue siendo alto y de hombros anchos, con una sonrisa fácil que hace que todos se sientan como su mejor amigo. Su cervecería, Evergreen Brewing Company, se ha convertido en una especie de institución del pueblo en los cinco años desde que la abrió.

—Tenía que documentar el momento —dice, desplazándose por su teléfono para mostrarme las fotos que tomó del grafiti antes de que terminara de limpiar—. Tu primera bienvenida oficial de regreso a Evergreen Falls.

—Podría haber sido peor. Al menos usaron rotulador lavable.

—Cierto. Un vandalismo muy considerado —se apoya contra el mostrador, observando mientras desempaco una caja de tarjetas de presentación—. Entonces, la reunión de ayer salió exactamente como se esperaba, ¿eh?

Hago una mueca.

—¿Tan obvio es?

—Tío, es de lo único que habla la gente. "¿Viste cómo Zoe Miller puso en su lugar a Ryan Hayes?" "¿Oíste lo que le dijo?" —adopta un tono chismoso que me hace poner los ojos en blanco—. La mitad del pueblo piensa que te lo merecías, la otra mitad solo disfruta del drama.

—¿Y tú en qué mitad estás?

Marcus reflexiona un momento.

—En la mitad que sabe que hay más en esta historia de lo que los demás se dan cuenta.

Él es la única persona en el pueblo que conoce toda la verdad: que dejé a Zoe debido a mi diagnóstico de cardiomiopatía, no por insensibilidad o miedo al compromiso. Ha guardado mi secreto todos estos años, una lealtad que no tomo a la ligera.

—Hablando de que hay más en la historia —digo, pasándome una mano por el cabello corto y oscuro—, acabo de tener una cancelación. Uno de mis primeros clientes potenciales se echó atrás esta mañana. Dijo que la amiga de su esposa es cliente de Zoe y no sería "apropiado" usar mis servicios.

—Ya estás sintiendo los efectos de la política de pueblo pequeño —dice Marcus, negando con la cabeza—. Esperaba algo de resistencia, pero no tan rápido.

—La gente lo aceptará. O no lo hará, y construirás una base de clientes de pueblos vecinos —se encoge de hombros—. De cualquier manera, estás haciendo lo que crees. Eso cuenta para algo.

Asiento, agradecido por su apoyo inquebrantable. Marcus se quedó en Evergreen Falls después de la universidad mientras yo escapé a Chicago, y a veces envidio lo fácilmente que se reintegró a la vida de pueblo pequeño.

—Entonces —dice con estudiada naturalidad—, ¿cómo fue verla de nuevo?

La pregunta me toma desprevenido, aunque no debería. Por supuesto que quiere saber sobre Zoe. Todos quieren.

—Exactamente tan difícil como esperaba —admito—. Me odia, lo cual es justo. Tiene éxito, lo cual es... bueno —la última palabra sale más nostálgica de lo que pretendía.

—Está soltera, sabes —dice Marcus, observando atentamente mi reacción.

—No es por eso que estoy aquí.

—¿No lo es? ¿Al menos en parte?

Me ocupo organizando bolígrafos en un portaplumas, evitando su mirada.

—Estoy aquí porque mi padre tuvo un ataque al corazón y necesitaba ayuda. Y porque era hora de dejar de huir de mi pasado. Eso no significa que espere nada de Zoe.

—Pero todavía la amas.

La franqueza de su pregunta me hace pausar. Levanto la mirada para encontrarlo observándome con comprensión en sus ojos.

—Nunca dejé de hacerlo —admito en voz baja, la confesión es liberadora y aterradora al mismo tiempo—. Pero eso no me da ningún derecho a alterar su vida. Estoy aquí para hacer enmiendas si puedo, no para pedir un perdón que no merezco.

—Sí, porque ese tipo de enojo viene de la completa indiferencia —dice Marcus con una mirada conocedora.

Alzo la mirada bruscamente.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Solo que nadie se altera tanto por alguien que ya no le importa —da un trago a su café—. No te enfureces con extraños, Ryan. Te enfureces con personas que todavía tienen el poder de lastimarte.

El pensamiento es simultáneamente esperanzador y terrible. No quiero tener el poder de lastimar a Zoe. Nunca lo quise. Por eso me fui como lo hice: una ruptura limpia parecía más amable que ver cómo perdía lentamente a alguien más que amaba debido a una enfermedad cardíaca, como había perdido a su padre.

Por supuesto, ahora sé que mi enfoque fue catastróficamente erróneo. Mi diagnóstico no era la sentencia de muerte que pensé a los veintitrés años. La ciencia médica ha avanzado. Las opciones de tratamiento han mejorado. Y nos robé a ambos diez años que podríamos haber tenido juntos.

—¿Recuerdas cuando la conocimos? —pregunta Marcus, interrumpiendo mis pensamientos —. Química 101, primer año.

El recuerdo surge fácilmente, vívido a pesar de los años transcurridos. Zoe Miller, con su cabello caoba recogido en una práctica cola de caballo, siguiendo meticulosamente las instrucciones del laboratorio mientras yo adoptaba un enfoque más... creativo.

—Lo estás haciendo todo mal —había dicho, con exasperación en su voz mientras me veía mezclar químicos en un orden diferente al prescrito.

—Estoy experimentando —había respondido con una sonrisa arrogante—. ¿No es ese el punto de la química?

—El punto es seguir el protocolo y obtener los resultados esperados.

—¿Dónde está la diversión en los resultados esperados?

Había puesto los ojos en blanco, pero capté la sonrisa que intentó ocultar.

—No todo tiene que ser divertido. Algunas cosas solo necesitan hacerse correctamente.

—Aburrido —había bromeado.

Poco sabía entonces que nuestros enfoques opuestos —su cuidadosa planificación y mi espontaneidad— crearían una química propia que definiría los siguientes cuatro años de nuestras vidas.

—Tierra llamando a Ryan —dice Marcus, agitando una mano frente a mi cara—. Te quedaste en las nubes.

—Solo recordaba —digo—. Éramos diferentes incluso entonces. Yo rompiendo reglas, ella siguiéndolas al pie de la letra.

—Los opuestos se atraen —dice encogiéndose de hombros—. Siempre ha sido así, siempre lo será.

—Sí, bueno, a veces los opuestos también implosionan espectacularmente.

—Cierto. Pero a veces vale la pena intentarlo de nuevo —se aparta del mostrador—. Hablando de intentarlo de nuevo, debería volver a la cervecería. Tenemos el lanzamiento de una

nueva IPA esta noche.

—Gracias por el café. Y por el apoyo moral.

—Cuando quieras —se detiene en la puerta—. Solo dale tiempo, tío. Roma no se construyó en un día, y la confianza tampoco se reconstruye en uno.

Después de que se va, vuelvo a mi trabajo de instalación, pero mi concentración se ha esfumado. A través de la ventana, puedo ver a Zoe reunida con un cliente, su expresión animada mientras explica algo, gesticulando con manos elegantes. Incluso desde esta distancia, puedo ver su pasión por su trabajo, su creencia en las conexiones que crea.

No somos tan diferentes, realmente. Ambos creemos en ayudar a las personas a navegar por relaciones: ella desde el principio, yo desde el final. Dos caras de la misma moneda, enfrentados al otro lado de la Calle Principal. Mi enfoque no se trata solo de facilitar las rupturas; se trata de reconocer que a veces terminar una relación con honestidad y cuidado es lo más amoroso que puedes hacer por ambas personas involucradas. Se trata de crear espacio para nuevos comienzos, incluso si esos comienzos no se incluyen mutuamente.

Solo espero que algún día ella también pueda verlo así.

La casa de mi padre está silenciosa cuando llego para cenar, la luz del porche proyectando un resplandor cálido contra el anochecer. El familiar crujido del tercer escalón me hace sonreír a pesar del peso del día. Algunas cosas nunca cambian, a diferencia de todo lo demás en mi vida, aparentemente.

Encuentro a mi padre en la cocina, cortando metódicamente verduras con precisión quirúrgica. No levanta la vista cuando entro, pero sé que es consciente de mi presencia.

—Hay cerveza en el refrigerador —dice, deslizando zanahorias picadas en una olla esperando—. O agua, si prefieres. Con tu medicación...

—El alcohol ocasional está bien —interrumpo, sacando una botella—. El Dr. Lambert dijo que el alcohol moderado no está contraindicado con el régimen actual.

Papá asiente, aceptando la evaluación médica. Nuestra relación siempre ha sido filtrada a través de la lente de paciente y médico, incluso cuando la medicina es emocional más que física.

—Me enteré de lo de tu ventana —dice, pasando al apio—. Un comportamiento infantil.

—Ya lo limpié. No se hizo daño.

—Hmm —el cuchillo continúa su trabajo rítmico—. ¿Y la reunión de la asociación comercial? He tenido tres pacientes que la mencionaron hoy.

Me apoyo contra la encimera, dando un trago a la cerveza.

—Más o menos lo que esperaba. Confrontación pública, conversación privada, nada resuelto.

—Sabías en lo que te metías cuando elegiste esa ubicación.

No es una pregunta, pero respondo de todos modos.

—Sí.

Papá deja de cortar, mirándome directamente por fin. Sus ojos azules, tan parecidos a los míos, están cansados pero agudos. A los sesenta y tres años, su cabello se ha vuelto completamente plateado, pero todavía se mantiene con la misma dignidad precisa que siempre ha tenido. El ataque al corazón lo ha dejado un poco más delgado, de aspecto más frágil, aunque odiaría oírme decir eso.

—¿Era necesario ubicarte directamente en su línea de visión? ¿No habría servido igual de bien otro lugar?

—Probablemente —admito—. Pero estoy cansado de esconderme, papá. De huir. Si voy a estar de vuelta en Evergreen Falls, necesito enfrentar lo que hice directamente.

Me estudia por un largo momento, luego vuelve a su tarea.

—Tu madre siempre decía que tenías un don para lo dramático. Parece que tenía razón en eso, al menos.

La mención casual de mi madre duele más de lo que debería. Se fue cuando yo tenía doce años, incapaz de soportar ser la esposa de un médico en un pueblo pequeño donde sus pacientes siempre eran lo primero. Papá rara vez habla de ella.

—¿Cómo te sientes? —pregunto, cambiando de tema—. ¿Algún dolor en el pecho hoy?

—Ninguno. Presión arterial estable en 125 sobre 80. Pulso 68 y regular —recita sus signos vitales con desapego clínico—. El nuevo inhibidor de la ECA está funcionando bien. Mejor que lo que estaba disponible cuando te diagnosticaron.

Esto es lo más cerca que jamás llega a reconocer que mi pronóstico hoy es dramáticamente mejor de lo que era hace diez años cuando tomé la decisión de dejar a Zoe. Que con la medicación y el monitoreo adecuados, podría vivir una vida normal: información que no tenía entonces.

—Es... bueno saberlo —digo.

—La ciencia médica avanza —responde, raspando el apio en la olla—. Las decisiones tomadas basadas en información desactualizada podrían necesitar reevaluación.

Lo miro, sorprendido por lo más cercano a un consejo sobre relaciones que me ha ofrecido.

—¿Estás diciendo que debería decirle a Zoe la verdad? ¿Sobre por qué me fui?

—Estoy diciendo que los criterios diagnósticos y los protocolos de tratamiento evolucionan. Las decisiones deberían basarse en datos actuales —se limpia las manos con un paño de cocina —. Profesionalmente hablando.

—¿Y personalmente?

Duda, algo vulnerable parpadea en su rostro.

—Personalmente, te he visto cargar con esta carga durante diez años. Ha afectado cada aspecto de tu vida. Tu trabajo ayudando a otros a terminar relaciones con compasión... es admirable, pero también es una penitencia, ¿no es así?

La observación cae como un golpe físico. Nunca lo había articulado de esa manera, ni siquiera para mí mismo, pero tiene razón. Toda mi carrera se ha construido en torno a ayudar a otros a hacer mejor lo que yo hice tan mal: terminar relaciones con honestidad y dignidad.

—Comencé Clean Break porque vi de primera mano lo dañino que puede ser un final mal manejado —admito, pasando el dedo por la condensación de la botella de cerveza—. Pero es más que solo penitencia. Realmente creo que a veces lo más amable que podemos hacer es ayudar a las personas a seguir adelante cuando una relación no funciona. No todas las historias de amor tienen un final feliz, y hay valor en hacer que el final sea lo menos doloroso posible.

Papá asiente lentamente.

—Una filosofía nacida de la experiencia personal.

—¿No es cierto eso para la mayoría del trabajo de la vida?

—Quizás —vuelve a remover la sopa—. Pero no respondiste a mi pregunta sobre decirle la verdad a Zoe.

Miro fijamente mi cerveza, considerando.

—No sé si la verdad marcaría alguna diferencia ahora —digo—. Algunas heridas no sanan solo porque finalmente expliques cómo ocurrieron.

Papá vuelve a la estufa, removiendo la olla de lo que ahora reconozco como su sopa de verduras característica.

—Tal vez. Pero los secretos se infectan, Ryan. Infectan todo a su alrededor. Como médico,

lo he visto innumerables veces.

Cenamos en relativo silencio después de eso, la conversación cambiando a temas más seguros: los nuevos horarios de la cervecería, el próximo festival de vacaciones del pueblo, las renovaciones del centro médico que papá ha estado defendiendo durante años.

Mientras limpiamos después, papá se detiene con un plato en la mano.

—Nunca te dije esto, pero respeté tu decisión de marcharte en lugar de cargarla con tu diagnóstico. Fue equivocada, pero vino de un lugar de amor —enjuaga el plato metódicamente —. Lo que no pude entender fue por qué te fuiste como lo hiciste: sin explicación, sin cierre.

Las palabras me toman por sorpresa. Nunca habíamos discutido esto tan directamente.

—Pensé que sería más fácil para ella odiarme que verme morir —digo, la verdad que he llevado durante una década finalmente expresada en voz alta—. La enfermedad de su padre... la destruyó. No podía soportar la idea de hacerla pasar por eso de nuevo.

—¿Y ahora? —pregunta papá, dejando momentáneamente a un lado su desapego clínico—. ¿Ahora que sabes que es probable que vivas una vida normal con un manejo adecuado?

Coloco el último plato en el armario, ganando tiempo para encontrar las palabras correctas.

—Ahora me doy cuenta de que cometí un error catastrófico de juicio. Nos robé a ambos años que podríamos haber tenido juntos. Pero eso no significa que pueda deshacer el daño.

Papá asiente, una rara comprensión en sus ojos.

—La primera regla de la medicina: primum non nocere. Primero, no hacer daño.

—¿Y la segunda regla?

—Si se ha hecho daño, haz todo lo que esté en tu poder para sanarlo —se seca las manos con una toalla—. Incluso si la curación parece imposible.

Más tarde, mientras me dirijo arriba a mi vieja habitación, noto algo en la mesa del pasillo que no estaba ahí esta mañana: mi anuario de la escuela secundaria, abierto en las fotos de último año. La foto de Zoe me sonríe, su rostro de dieciocho años capturando la seria inteligencia y el calor oculto del que me enamoré en la universidad.

No es una coincidencia. Papá no cree en coincidencias.

Cierro el anuario pero me lo llevo a mi habitación. El espacio se siente más pequeño de lo que recuerdo, la cama individual apenas adecuada para mi estructura adulta. Pósters de bandas que ya no escucho todavía adornan las paredes. Es una cápsula del tiempo de la persona que era antes: antes de la universidad, antes de Zoe, antes de que mi diagnóstico lo cambiara todo.

Tumbado en la cama demasiado pequeña, mirando al techo donde estrellas fosforescentes aún forman constelaciones, considero las palabras de mi padre. Los secretos se infectan. Las elecciones necesitan reevaluación cuando nueva información está disponible.

Pero, ¿y si la nueva información llega diez años demasiado tarde? ¿Y si el daño ya está hecho?

Al otro lado del pueblo, Zoe probablemente está en su propia casa, quizás todavía enojada por nuestra confrontación, quizás ya dejándola atrás. ¿Alguna vez se pregunta por la verdadera razón por la que me fui? ¿Saberlo marcaría alguna diferencia para ella ahora?

No tengo respuestas, solo preguntas que me han seguido durante una década. Pero por primera vez, no estoy huyendo de ellas. Estoy aquí, en Evergreen Falls, donde mi pasado y mi presente han colisionado de maneras que nunca anticipé.

Mañana, continuaré estableciendo mi negocio, enfrentando el juicio del pueblo y navegando por esta nueva realidad donde Zoe está simultáneamente tan cerca e imposiblemente distante. Esta noche, simplemente existiré en este espacio intermedio, donde viejas heridas y nuevas posibilidades cuelgan en un equilibrio perfecto y precario.

Capítulo 5

Zoe

—No estoy diciendo que quiera verlo muerto. Solo digo que no me molestaría si de repente le entraran unas ganas irrefrenables de mudarse a la Antártida.

Aprieto la manga pastelera con más fuerza de la necesaria, y un grueso remolino de buttercream se eleva sobre el cupcake de chocolate frente a mí. La cocina de la pastelería Sweet Beginnings huele a vainilla y chocolate, un contraste reconfortante con la ira que burbujea bajo mi piel.

Tessa se apoya contra la batidora industrial, con los brazos cruzados, observándome con diversión apenas disimulada.

—La Antártida quizás no sea lo suficientemente lejos. ¿Tal vez Marte?

—Sería demasiado bueno para él —termino el cupcake con un floreo y alcanzo el marcador comestible. Con cuidadosa caligrafía, escribo "ERES TÚ, NO YO" sobre el glaseado. Se une al creciente ejército de cupcakes pasivo-agresivos que cubren la encimera de acero inoxidable: "ADIÓS FELICIA", "ESTADO DE RELACIÓN: ELIMINADA" y mi favorito personal, "LO SIENTO, PERO NO LO SIENTO".

—Son sorprendentemente profesionales para ser cupcakes de ruptura —observa Tessa, cogiendo el que acabo de terminar—. Podríamos añadirlos al menú. "¿Has tenido un mal día? Envíale a tu ex un mensaje que pueda comerse".

—No estoy pensando en Ryan —digo, alcanzando otro cupcake.

Tessa resopla.

—Claro. Y yo no estoy de pie en mi pastelería a las nueve de la noche viendo cómo mi mejor amiga procesa su crisis emocional a través del glaseado.

—No es una crisis —me concentro en crear una espiral perfecta—. Es una respuesta completamente racional a que tu ex prometido abra un negocio de rupturas frente a tu agencia de emparejamiento. Cualquier persona razonable estaría molesta.

—Absolutamente —Tessa asiente, demasiado rápido—. Totalmente normal pasar la noche haciendo cupcakes con mensajes cada vez más amargos mientras insistes en que lo has superado por completo.

Le lanzo una mirada fulminante, pero sin verdadero enfado. Por esto amo a Tessa: me señala mis tonterías, pero nunca de una manera que me haga sentir juzgada. Ha sido mi brújula emocional desde que éramos niñas, equilibrando mi tendencia a sobrepensarlo todo con su perspectiva directa.

—Lo he superado —insisto, alcanzando el colorante alimentario rojo—. Esto no tiene que ver con mis sentimientos. Se trata de que él está intentando deliberadamente socavar mi negocio. Todo lo que he construido. Mi reputación en este pueblo.

—Mmm-hmm —Tessa salta sobre la encimera, balanceando sus piernas cubiertas de harina —. ¿Entonces cuál es el plan de acción? ¿Además de hornear con ira?

Dejo la manga pastelera y saco un bloc de notas de mi bolso, abriéndolo para revelar una lista escrita con mi pulcra caligrafía.

—Uno: documentar cada historia de éxito para contrastar con su enfoque centrado en el fracaso. Dos: aumentar el acercamiento a la comunidad para reforzar el impacto positivo del emparejamiento. Tres: desarrollar una campaña de marketing específica que destaque el éxito en relaciones a largo plazo.

—Vaya —dice Tessa, levantando las cejas—. Realmente has sacado tu lado Zoe Miller al completo. Secciones codificadas por colores y todo.

—Estoy siendo estratégica —respondo, ignorando el rubor que puedo sentir subiendo por mi cuello—. Esto es negocio, no personal.

—Si es solo negocio, ¿por qué estás haciendo cupcakes que dicen "tu madre nunca te quiso" a las nueve de la noche?

Antes de que pueda responder, la campanilla sobre la puerta trasera de la pastelería suena. Ambas nos giramos para ver a mi madre entrar, cargando una pila de libros. Su cabello castaño rojizo —del mismo tono que el mío pero con elegantes hebras plateadas— está recogido en su característico moño bajo, y todavía lleva puesto su cárdigan de bibliotecaria a pesar de haber terminado su turno.

—Aquí estás —dice Margaret Miller, dejando los libros en el mostrador—. Tessa, estos acaban de llegar. Pensé que podrías quererlos esta noche en lugar de esperar hasta mañana.

—¿Las técnicas de repostería francesa? —Tessa salta del mostrador, su rostro iluminándose —. ¡Eres la mejor, Margaret!

La mirada de mi madre se desplaza hacia la fila de cupcakes, y sus cejas se elevan ligeramente.

—Interesante tema de decoración.

—Zoe está procesando algunos sentimientos —dice Tessa con una sonrisa burlona.

—Estoy bien —insisto, alcanzando otro cupcake—. Solo estoy ayudando a Tessa a probar nuevos diseños.

Mamá me da su mirada de bibliotecaria, esa que dice que ve perfectamente a través de cualquier ficción que estoy tratando de vender.

—Escuché que Ryan Hayes ha vuelto al pueblo.

—Abriendo una consultoría de rupturas justo frente a la oficina de Zoe —añade Tessa servicialmente—. Qué dramático, ¿verdad?

Espero que mi madre se indigne en mi nombre. En lugar de eso, asiente pensativamente.

—¿Cómo está él?

—¡Mamá! —La palabra sale más afilada de lo que pretendía—. Me abandonó una semana antes de nuestra boda. Con una nota. Una nota. Y ahora ha vuelto, instalándose directamente frente a mi negocio, básicamente declarándome la guerra profesional, ¿y tú preguntas cómo está?

Ella sostiene mi mirada con firmeza.

—La gente comete errores, Zoe. A veces terribles. Eso no los convierte en personas terribles.

La miro con incredulidad.

—¿De qué lado estás?

—Del tuyo, siempre —toca mi mano suavemente—. Pero cargar con esa ira durante diez años no te ha hecho más feliz, ¿verdad?

Me aparto, agarro la manga pastelera y ataco un nuevo cupcake con renovado vigor.

—Esto no se trata de felicidad. Se trata de principios. De consecuencias por las acciones.

—¿Y crees que vivir con lo que sea que lo alejó no fue consecuencia suficiente?

Escribo la palabra "TRAICIONADA" en perfectas letras de bloque a través de la parte superior del cupcake, presionando con tanta fuerza que la punta de la manga deja marcas en el bizcocho debajo.

—No sé qué "lo alejó" —digo, haciendo comillas con los dedos cubiertos de glaseado—. Porque nunca tuvo la decencia de decírmelo. Solo "No puedo. Lo siento." Seis palabras para terminar cuatro años juntos.

Mamá suspira, su expresión suavizándose.

—A veces las personas se van no porque quieran, sino porque creen que deben hacerlo.

—Esa es una excusa conveniente.

—No es una excusa. Solo una perspectiva —toma uno de los libros de poesía que trajo, pasando sus dedos sobre la gastada cubierta con inesperada ternura—. La vida rara vez es tan blanca o negra como quisiéramos que fuera.

—Pensarías diferente si hubieras sido tú la abandonada en el altar.

—Quizás —vuelve a dejar el libro—. Pero sé lo que es amar a alguien y perderlo. A veces... a veces me pregunto si saber que viene lo hace más fácil.

La tranquila vulnerabilidad en su voz me toma por sorpresa. Ahora está hablando de papá, que murió de insuficiencia cardíaca cuando yo tenía dieciséis años. Raramente hablamos de aquellos dolorosos meses finales cuando sabíamos que se estaba muriendo pero no podíamos detenerlo.

—Eso fue diferente —digo, suavizando mi voz—. Papá no eligió irse.

—No, no lo hizo —me mira a los ojos—. Y tal vez eso es algo a considerar. Hay diferentes tipos de elecciones en este mundo, Zoe. A veces lo que parece abandono desde un ángulo podría ser protección desde otro.

La críptica declaración flota en el aire entre nosotras. Antes de que pueda preguntar qué significa, ella mira su reloj.

—Debería irme a casa. Mañana tengo turno temprano —aprieta mi hombro—. Solo... trata de no dejar que esto te consuma, cariño. Lo que sea que haya pasado hace diez años, no vale la pena sacrificar tu paz actual.

Después de que se va, Tessa y yo permanecemos en silencio, el único sonido es el zumbido del refrigerador.

—Tu madre está extrañamente zen con todo este asunto —dice finalmente Tessa—. Esperaba más mamá osa, menos Dalai Lama.

Miro fijamente el cupcake frente a mí, las letras enfadadas de repente pareciendo infantiles.

—Yo tampoco lo entiendo. Ella me vio desmoronarme después de que él se fue. Me sostuvo durante semanas de llanto. ¿Y ahora habla de perspectivas y perdón?

Tessa se encoge de hombros.

—Quizás sabe algo que nosotras no.

—¿Como qué?

—Ni idea. Pero es Margaret Miller. Conoce todo lo que sucede en este pueblo desde su centro de mando en la biblioteca.

No puedo evitar sonreír ante eso. Mamá parece tener una conciencia sobrenatural de la dinámica del pueblo desde su posición en el mostrador de circulación de la biblioteca. Aun así, su reacción me molesta. Esperaba una condena universal hacia Ryan, no reflexiones filosóficas

sobre el perdón.

—Toma —dice Tessa, empujando un cupcake fresco hacia mí—. Uno más para terminar. Que valga la pena.

Tomo la manga pastelera, dudando. Luego, con cuidadosa precisión, escribo un simple "¿POR QUÉ?" en elegante caligrafía.

Porque esa es la pregunta que me ha atormentado durante diez años. La que nunca ha sido respondida. Y quizás la única que realmente importa.

—Deberías descansar un poco —dice Tessa, tomando suavemente la manga de mi mano—. La consulta para la fiesta de aniversario de los Wilson es mañana, ¿verdad?

Asiento, recordando de repente a la pareja que había sido unida por mi servicio hace tres años y que ahora planeaba su celebración de aniversario.

—Gracias por recordármelo. Y por dejarme destrozar tu cocina.

Tessa hace un gesto desdeñoso con la mano.

—Por favor. Tus sesiones de terapia con cupcakes son lo más destacado de mi semana. Aunque... —duda, mirando su delantal cubierto de harina—, probablemente podría necesitar un descanso de ser la panadera de apoyo emocional de todos de vez en cuando.

La miro con sorpresa. Tessa siempre ha parecido tan contenta en su papel como terapeuta repostera del pueblo.

—Sabes que también puedes hablar conmigo, ¿verdad? No solo sobre mi drama.

Sonríe, con un destello de algo vulnerable cruzando su rostro antes de descartarlo con un encogimiento de hombros.

—Lo sé. Ahora vete a casa antes de que empieces a escribir manifiestos con glaseado sobre mis encimeras.

Mi apartamento es exactamente 847 pies cuadrados de espacio perfectamente controlado. Cada objeto tiene su lugar, cada superficie está limpia, cada planta prospera. Es una manifestación física del orden que intento mantener en mi vida, un escudo contra el caos de emociones que mantengo cuidadosamente contenidas.

Esta noche, ese orden está bajo asedio.

Después de colgar mi abrigo y quitarme los zapatos en su lugar designado junto a la puerta, me dirijo directamente a mi portátil. Tenía la intención de revisar las notas para la consulta de mañana, pero en su lugar me encuentro escribiendo "Ryan Hayes especialista en salidas de relaciones" en la barra de búsqueda.

Mi portátil permanece abierto en la mesa de café, rodeado de notas dispersas, impresiones y tazas de té vacías. El reloj marca las 1:17 AM, pero dormir parece imposible. En cambio, estoy profundamente sumida en una madriguera de investigación, aprendiendo todo lo que puedo sobre los "especialistas en salidas de relaciones" y la emergente industria de apoyo para rupturas.

Cuanto más leo, más frustrada me siento. Hay credenciales reales para esto. Directrices éticas. Organizaciones profesionales. El modelo de negocio de Ryan no es alguna operación pasajera; es un campo legítimo con investigación respaldando su enfoque.

Odio que tenga cierto sentido.

Navego hasta el sitio web profesional de Ryan, que ya he examinado seis veces esta noche. Los testimonios son sorprendentemente conmovedores: personas describiendo cómo su orientación les ayudó a terminar relaciones tóxicas, cómo su apoyo les ayudó a superar el divorcio, cómo su enfoque preservó amistades que de otro modo podrían haberse destruido en rupturas caóticas.

"Las transiciones en las relaciones son tan importantes como los inicios de relaciones", dice

su declaración de misión. "Cada final merece dignidad".

—Fácil de decir cuando dejas una nota y desapareces —murmuro, cerrando la pestaña con más fuerza de la necesaria.

Según su biografía profesional, Ryan pasó siete años trabajando con una práctica de asesoramiento de relaciones en Seattle antes de aventurarse en su campo especializado. Ha aparecido en Psychology Today e incluso dio una charla TEDx titulada "El Arte del Adiós". La miniatura lo muestra en el escenario con un traje gris carbón, luciendo confiado y sereno mientras se dirige a una audiencia sobre la importancia de los finales saludables en las relaciones.

La idea de que Ryan se haya convertido en una autoridad respetada en rupturas después de lo que me hizo es enfurecedor. ¿Alguna vez le dijo a esa audiencia sobre dejar a su prometida con nada más que una nota? ¿Mencionó que su experiencia en "finales saludables" provino de la experiencia de primera mano con lo contrario?

Me alejo de la mesa y camino por la pequeña sala de estar, mi reflejo captado en la ventana que da a la calle principal. Desde aquí, apenas puedo distinguir el contorno tenue de mi oficina y, frente a ella, el nuevo espacio de Ryan. Incluso en la oscuridad, parecen estar observándose mutuamente, encerrados en una confrontación silenciosa.

El recuerdo surge sin advertencia: de pie en la suite nupcial de la iglesia con mi vestido de novia, el velo ya colocado, cuando mi hermano llamó a la puerta. La expresión en su rostro me lo dijo todo antes de que pronunciara una palabra. Ryan no vendría. Había dejado una nota en mi almohada en casa, que mamá encontró mientras recuperaba mi "algo prestado".

Recuerdo la humillación de enfrentar a doscientos invitados, mi voz quebrándose mientras les decía que se fueran a casa. El doloroso proceso de devolver regalos, cancelar proveedores, explicar a parientes lejanos lo que había sucedido. Lo peor fue devolver el servidor de pastel grabado a la boutique donde nos habíamos registrado, las miradas compasivas de la vendedora que me reconoció por nuestro anuncio de compromiso en el periódico local.

Durante meses después, no podía caminar por la calle principal sin sentir los ojos de todos sobre mí, sus susurros siguiéndome como sombras. Pobre Zoe Miller, abandonada en el altar. ¿Qué hizo mal? ¿Qué estaba mal con ella?

Sacudo la cabeza, disipando los recuerdos. Eso fue hace diez años. He construido una vida desde entonces: un negocio exitoso, una posición respetada en la comunidad, una independencia cuidadosamente construida que no depende de la presencia o aprobación de nadie más. Ya no soy esa devastada chica de veintidós años.

Moviéndome a mi escritorio, saco un bloc legal nuevo y comienzo una nueva lista titulada "Ventaja Competitiva de Perfect Pairs". Describo cada ventaja que mi enfoque tiene sobre el de Ryan, cada historia de éxito que puedo destacar, cada testimonio que puedo presentar en mi marketing. Los Wilson serán perfectos: una pareja que podría haberse separado sin mi orientación pero que ahora está celebrando su tercer aniversario.

Esbozo una campaña que contrasta la alegría del nuevo amor con el dolor de la separación, posicionándome firmemente del lado de la esperanza en lugar de la resignación. Si Ryan va a prometer finales dignos, yo le recordaré a todos los felices comienzos que podrían perderse al rendirse demasiado pronto.

Mientras trabajo, mis ojos se desvían hacia el cajón inferior de mi escritorio. Está cerrado con llave, y lo ha estado durante años. Me digo a mí misma que mantengo la llave escondida para proteger documentos importantes. Pero eso no es del todo cierto.

Antes de poder reconsiderarlo, recupero la llave de detrás de la foto enmarcada de Tessa y

yo en la inauguración de su pastelería. El cajón se abre con un suave siseo, revelando una pequeña caja de madera que afirmé haber tirado hace mucho tiempo.

Dentro están los restos de una relación que definió mis primeros veinte años: entradas de cine, una flor prensada de nuestro primer San Valentín, un informe de laboratorio de química donde fuimos compañeros por primera vez, y debajo de todo, una pequeña caja de terciopelo que contiene el anillo de compromiso que nunca devolví y Ryan nunca pidió.

No abro la caja del anillo. No necesito hacerlo. Todavía puedo imaginar el sencillo diamante de corte esmeralda en su banda de oro blanco, el que Ryan dijo que le recordaba a mis ojos en cierta luz: claros y brillantes con profundidades ocultas. En aquel momento, fue lo más romántico que alguien me había dicho jamás.

Ahora solo parece una frase más de alguien que nunca quiso decir lo que dijo.

Cierro la caja y la devuelvo al cajón, guardando esos recuerdos junto con los recordatorios físicos. Mi mirada cae sobre el bloc legal donde he estado mapeando mi respuesta estratégica al negocio de Ryan.

Esto no es personal. Es profesional. Se trata de proteger lo que he construido, lo que creo. El amor vale la pena luchar por él. Las relaciones requieren trabajo. Compromiso significa quedarse incluso cuando es difícil.

Todas las cosas en las que Ryan no creyó lo suficiente como para intentarlo.

Vuelvo a mi portátil y comienzo a diseñar una nueva campaña promocional con renovada determinación. Si Ryan Hayes piensa que puede volver tranquilamente a Evergreen Falls y socavar todo lo que represento, está a punto de descubrir exactamente cuán equivocado está.

El techo de mi dormitorio tiene setenta y ocho pequeñas grietas en el yeso. Lo sé porque las he contado muchas veces en noches de insomnio como esta. Normalmente, contarlas me ayuda a conciliar el sueño. Esta noche, nada parece calmar mis pensamientos acelerados.

Son las 3:24 AM, y he estado en la cama durante casi dos horas sin siquiera aproximarme al sueño. Las suaves sábanas de algodón se sienten demasiado cálidas, luego demasiado frías mientras me agito inquieta. La luz de la luna proyecta sombras familiares a través de mis paredes azul pálido, convirtiendo las formas ordinarias de mis muebles en siluetas fantasmales.

Cada vez que cierro los ojos, veo a Ryan, no como era hace diez años, sino como es ahora. Mayor, con sutiles hebras plateadas en las sienes que de alguna manera lo hacen más apuesto de lo que era a los veintitrés. Su mandíbula más definida, finas líneas arrugándose en las comisuras de sus ojos cuando habla. La pequeña cicatriz sobre su ceja derecha que no estaba allí antes, haciéndome preguntarme sobre la historia detrás de ella.

Me giro de lado, golpeando mi almohada para darle una forma más cómoda. Mi teléfono brilla con un nuevo mensaje de texto.

Tessa: ¿Todavía despierta pensando demasiado en todo?

Sonrío a pesar de mí misma. Me conoce demasiado bien.

Yo: No. Durmiendo pacíficamente como una persona normal.

Tessa: Mentirosa. Prácticamente puedo oír tu cerebro trabajando desde el otro lado del pueblo.

Yo: Vale. Completamente despierta. Pero estoy BIEN.

Tessa: Claro que sí. Solo recuerda, terapia de cupcakes disponible en cualquier momento.

Yo: Gracias. Me voy a dormir ahora. En serio.

Tessa: Buena suerte con eso. ❤

Dejo mi teléfono y vuelvo a mirar al techo, las grietas formando patrones que he memorizado durante años de contemplación a medianoche. En mi mesita de noche, pilas de

libros revelan mis hábitos de lectura: textos profesionales sobre psicología de relaciones y teoría de la comunicación se mezclan con novelas románticas gastadas que nunca admitiría que adoro.

Los géneros contrastantes representan perfectamente los dos lados de mi personalidad: la profesional práctica que cree en métricas de compatibilidad y evaluaciones de personalidad, y la romántica oculta que todavía quiere creer en las almas gemelas a pesar de todo.

En la oscuridad, puedo admitir lo que nunca he dicho en voz alta: una parte de mí siempre ha querido saber por qué Ryan se fue. No solo el hecho de que lo hiciera, sino por qué. ¿Qué fue tan terrible que ni siquiera pudo enfrentarme? ¿Qué cambió en esos últimos días antes de nuestra boda?

Una opresión familiar agarra mi pecho, la misma constricción que he sentido durante una década cada vez que me permito preguntarme sobre sus razones. Mi garganta se siente seca, y trago con dificultad contra la sensación.

Durante diez años, he vivido con esa pregunta sin respuesta. He construido teorías, analizado nuestras conversaciones finales en busca de pistas que podría haber pasado por alto, incluso brevemente me pregunté si se había enamorado de alguien más. Pero nunca lo he sabido con certeza, y el no saber ha sido su propio tipo especial de tortura.

Ahora está de vuelta, trayendo todas esas preguntas con él. Y por mucho que quiera mantener mi distanciamiento profesional, tratarlo simplemente como un competidor comercial en lugar del hombre que rompió mi corazón, no puedo negar la corriente de curiosidad bajo mi ira.

No es que importe. Incluso si conociera la razón, no cambiaría lo que pasó. No borraría la humillación, el dolor, los años de cuestionar mi propio valor. Algunas traiciones son demasiado profundas para que las explicaciones las curen.

Me doy la vuelta de nuevo, reacomodando las cobijas. Mañana, continuaré construyendo mi respuesta estratégica al negocio de Ryan. Protegeré a mis clientes, defenderé mi enfoque hacia las relaciones y demostraré que Perfect Pairs Matchmaking representa algo en lo que vale la pena creer: que el amor, cuando está adecuadamente emparejado, puede perdurar.

Y si a veces, en los momentos más tranquilos de la noche, todavía me pregunto por el porqué, eso queda entre yo y estas setenta y ocho grietas del techo. Ryan Hayes no tiene derecho a saber cuánto importa todavía esa pregunta para mí. No tiene acceso a ninguna parte de mi corazón o mente.

Porque he trabajado demasiado duro y he llegado demasiado lejos para dejar que vuelva a importarme.

Capítulo 6

Ryan

Lo primero que noto sobre Walter Jenkins es que sus manos nunca dejan de moverse. Giran el borde de su gastado sombrero fedora en constantes movimientos circulares mientras se sienta frente a mí en mi recién amueblada sala de consultas. La luz de la mañana se filtra a través de las persianas minimalistas, reflejándose en su alianza matrimonial—aún presente a pesar de ser viudo desde hace casi un año, según el formulario de admisión que completó.

La habitación huele ligeramente a pintura fresca y al café que preparé más temprano, su calidez una elección deliberada para crear comodidad en un espacio diseñado para conversaciones difíciles. Los sillones de cuero—suaves pero estructurados—se enfrentan entre sí con la distancia justa para ser profesional sin resultar frío.

—Entonces, señor Jenkins —digo, manteniendo mi voz suave pero profesional—, mencionó que está teniendo problemas con una transición en su vida.

Sus manos curtidas pausan momentáneamente su inquietud. —Llámame Walter, hijo. Lo de señor Jenkins me hace sentir como si estuviera en el consultorio del médico.

Sonrío, relajándome ligeramente en mi silla. —Walter será.

—He vivido en Evergreen Falls toda mi vida —comienza, con la mirada fija en algún punto por encima de mi hombro izquierdo—. Catherine, mi esposa, siempre quiso mudarse a Florida. Clima más cálido para su artritis. Pero yo me negué. Mis amigos están aquí, mi rutina. La liga de bolos los miércoles. El restaurante donde saben exactamente cómo me gustan los huevos.

Asiento, haciendo una breve anotación. —¿Y ahora?

—Hace once meses que se fue —su voz se quiebra ligeramente—. Cáncer. Ni siquiera llegamos a nuestro cincuenta aniversario.

—Lamento su pérdida.

Walter hace un gesto desdeñoso con la mano, aunque sus ojos revelan su dolor. —El asunto es que nuestra hija vive en Tampa. Tiene dos niños, mis nietecitos. No deja de pedirme que me mude allí. Dice que la casa de huéspedes está lista.

—Y ha decidido ir —digo, reconociendo el patrón. No es raro que los grandes cambios vitales sigan a una pérdida.

—Sí —parece casi culpable—. Siento que debería hacerlo por Catherine, ¿sabes? Lo que ella siempre quiso. Pero mi liga de bolos... —se interrumpe, girando nuevamente el sombrero.

—Le preocupa decírselo a sus amigos —sugiero.

Walter asiente, con alivio cruzando su rostro al sentirse comprendido. —Llevo treinta años jugando a los bolos con los mismos tipos. Fueron los portadores del féretro en el funeral de Catherine. ¿Cómo les digo que me voy?

Me inclino hacia adelante, golpeando suavemente mi bolígrafo contra el bloc de notas. —

Permítame preguntarle algo, Walter. Si uno de sus amigos se mudara para estar más cerca de su familia, ¿se enfadaría con él?

—Claro que no —dice inmediatamente—. La familia es lo primero.

—¿Y querría que fueran felices?

—Pues claro.

—Entonces quizás esté subestimando a sus amigos —digo—. La amistad verdadera no termina por la distancia. Se adapta.

Walter considera esto, el movimiento constante de sus manos disminuyendo ligeramente. —Tal vez. Pero lo difícil es decirlo. Encontrar las palabras.

—Por eso está aquí —giro a una página nueva en mi cuaderno—. Trabajemos en lo que quiere decir. No exactamente un guion, sino algunos puntos clave que le resulten naturales.

Durante los siguientes cuarenta minutos, elaboramos el enfoque de Walter. Invitará a su equipo de bolos a tomar unas cervezas después de su juego habitual, explicará su decisión, enfatizará que no está desapareciendo, solo reubicándose. Propondrá una videollamada regular durante sus tragos semanales posteriores al juego.

—Y tal vez —sugiere Walter, entusiasmándose con la idea—, podrían venir a visitarme en febrero. Cuando hace más frío aquí. Mostrarles las playas, el sol.

—Eso es perfecto —estoy de acuerdo—. No está terminando la relación, solo cambiando su forma.

Practicamos la conversación, con yo interpretando el papel de su amigo más resistente. Walter tropieza al principio, disculpándose demasiado, minimizando sus propias necesidades. Pero gradualmente, encuentra su voz: directa, honesta, pero amable.

—¿Crees que entenderán? —pregunta después de nuestro tercer ensayo, viéndose más confiado que cuando llegó.

—Lo creo. Y aunque haya cierta decepción inicial, la amistad verdadera sobrevivirá al ajuste —cierro mi cuaderno—. Recuerde, Walter, no está traicionando a nadie al tomar esta decisión. Está honrando la memoria de su esposa y construyendo un nuevo capítulo cerca de su familia. Eso es algo digno de celebrar, no de disculparse.

Walter se levanta, colocándose el sombrero en la cabeza con renovado propósito. —¿Sabes? Cuando escuché qué tipo de negocio estabas abriendo, pensé que era la cosa más extraña. ¿Quién necesita ayuda para despedirse? Pero resulta que yo sí —extiende su mano—. Gracias.

La estrecho firmemente. —Para eso estoy aquí.

Al llegar a la puerta, Walter hace una pausa. —Mi sobrino Greg, el dueño de la ferretería, se va a casar pronto. Con una simpática maestra de jardín de infancia.

La mención me toma desprevenido. Greg Jenkins, parte de la pareja que Zoe había mencionado en la reunión de la asociación empresarial.

—He oído hablar de ello —digo.

Walter me estudia con ojos perspicaces. —A veces me pregunto si se están casando porque quieren o porque creen que deberían. Los he estado observando en las cenas familiares. Algo parece... fuera de lugar.

Mantengo mi expresión neutral. —Las relaciones pueden ser complicadas.

—Vaya que sí —Walter se acomoda el sombrero con más firmeza—. Si alguno de ellos quisiera hablar, ¿dónde te encontrarían?

—Justo aquí —digo, señalando mi oficina—. Mi puerta siempre está abierta.

Después de que Walter se va, me quedo de pie junto a la ventana, observándolo bajar por Main Street. A través del cristal, puedo ver la oficina de Zoe al otro lado de la calle, su silueta

visible mientras se mueve en el interior. Está reunida con un cliente, sus gestos animados visibles incluso desde esta distancia.

Noto cómo se coloca el cabello detrás de la oreja cuando está haciendo una observación importante, un hábito que tiene desde la preparatoria. Diez años ausente, y todavía recuerdo sus gestos como si estuvieran codificados en mi ADN. Mientras yo confío en el análisis sereno para guiar a los clientes a través de transiciones relacionales, Zoe siempre ha sido puro entusiasmo e intuición, entregándose completamente al proceso de crear conexiones.

Me pregunto qué pensaría de mi sesión con Walter. ¿Vería valor en ayudar a alguien a encontrar las palabras adecuadas para crear una transición compasiva? ¿O solo vería a alguien que ayuda a terminar conexiones en lugar de crearlas?

Apartándome de la ventana, me recuerdo que no importa lo que Zoe piense de mis métodos. Creo en lo que hago. Ayudo a las personas a honrar su verdad, incluso cuando esa verdad es difícil de expresar.

Sin embargo, mientras me preparo para mi próxima cita, no puedo evitar sentir el peso de su desaprobación desde el otro lado de la calle, una atracción gravitacional de la que nunca me he escapado por completo, incluso después de diez años huyendo.

La cocina de papá huele a sopa de verduras y desinfectante, una combinación que definió mi infancia. Revuelve la olla con precisión quirúrgica, sus movimientos económicos y practicados. A los sesenta y tres años, el Dr. James Hayes todavía se mantiene con el porte militar que adquirió durante sus años como médico del Ejército, aunque su reciente ataque al corazón lo ha dejado ligeramente más delgado de lo que recuerdo.

La cocina permanece sin cambios: revistas médicas apiladas ordenadamente junto a libros de cocina en el estante, el antiguo calendario de pared todavía marcado con horarios de guardia y turnos hospitalarios. La única adición nueva es un pastillero en la encimera, sus compartimentos un colorido recordatorio de la mortalidad de mi padre.

—¿Va bien el negocio? —pregunta, sin levantar la vista de la olla humeante.

Pongo la mesa para dos, recordando qué cajón guarda las cucharas y qué armario contiene los vasos. Algunas memorias musculares nunca se desvanecen, incluso después de una década ausente.

—Tuve mi primera consulta oficial hoy —respondo—. Salió bien.

—Hmm —papá sirve la sopa en los tazones con movimientos metódicos—. ¿Y cómo es exactamente una "consulta exitosa" en tu línea de trabajo? ¿Alguien deja a su cónyuge? ¿Cancela una boda?

Tomo el tazón que me ofrece, reconociendo el escepticismo en su tono. —En realidad, ayudé a un hombre mayor a encontrar las palabras adecuadas para decirle a su liga de bolos que se muda a Florida para estar cerca de su hija. Difícilmente el escenario destructivo que estás imaginando.

Papá se sienta frente a mí, con las cejas ligeramente levantadas. —Interesante. No habría pensado que la gente necesitara asistencia profesional para tales conversaciones.

—La mayoría de las conversaciones difíciles se beneficiarían de la preparación —digo, probando la sopa. Está buena, rica y caliente, con la misma mezcla de hierbas que ha usado desde que era niño—. Encontrar las palabras correctas no es fácil, especialmente cuando hay emociones involucradas.

—Tu madre ciertamente lo encontró bastante simple —dice papá secamente—. Una nota en la mesa de la cocina, y veinte años de matrimonio quedaron concluidos.

La mención casual de mi madre cae como un puñetazo. Se fue cuando yo tenía doce años,

incapaz de soportar ser la esposa de un médico en un pueblo pequeño donde sus pacientes siempre eran lo primero. El paralelismo con cómo dejé a Zoe no se me escapa, aunque nunca lo he reconocido en voz alta.

—Quizás ella se habría beneficiado de mis servicios —digo, intentando usar el humor para desviar la incómoda comparación.

Papá no sonríe. —Tal vez. Aunque dudo que incluso tu experiencia pudiera haber cerrado la brecha entre lo que ella quería y lo que yo podía dar.

La admisión —más vulnerable que cualquier cosa que típicamente comparte— flota en el aire entre nosotros. Por un momento, vislumbro el dolor que aún lleva, cuidadosamente contenido bajo su exterior clínico.

—¿Hubo señales? —pregunto, la pregunta escapando antes de que pueda reconsiderarla—. Antes de que se fuera, quiero decir.

Papá deja su cuchara, considerando. —En retrospectiva, ciertamente. Su creciente inquietud. Comentarios sobre sentirse invisible. Pero yo estaba centrado en mis pacientes, en construir mi consulta —me mira directamente a los ojos—. En proporcionarte estabilidad a ti.

—Lo sé —digo, y es cierto. Cualesquiera que fueran sus fallos como esposo, papá hizo lo mejor que pudo como padre, a su manera reservada—. Hiciste lo que creías correcto.

—Como lo hiciste tú, supongo —dice, cambiando el terreno de la conversación—. Cuando te fuiste de Evergreen Falls. Cuando dejaste a Zoe.

Mi apetito desaparece. —Eso fue diferente.

—¿Lo fue? —Papá me estudia con la misma mirada analítica que usa con los pacientes—. Recibiste noticias médicas que cambiaron tu vida. Tomaste una decisión unilateral sobre lo que sería mejor para alguien más, sin consultarles. Te fuiste sin una explicación adecuada.

—Pensé que me estaba muriendo —digo, con voz baja—. Acababa de ser diagnosticado con la misma condición que casi te mató. Los tratamientos no estaban tan avanzados entonces. No podía soportar hacerla ver a otra persona que amaba deteriorarse, no después de perder a su padre de la misma manera.

—¿Y una nota fue la mejor solución que pudiste idear? —La pregunta no contiene juicio, solo genuina curiosidad.

Miro fijamente mi sopa, incapaz de encontrar sus ojos. —Pensé que un corte limpio sería más amable. Que me odiaría y seguiría adelante más rápidamente —me río sin humor—. Claramente, me equivoqué en esa parte.

—Claramente —papá está de acuerdo—. Aunque tuviste éxito en un aspecto: ciertamente parece odiarte bastante eficazmente.

—Gracias por esa evaluación, Dr. Hayes.

Papá suspira, suavizándose ligeramente. —Ryan, no estoy juzgando tus decisiones. Dios sabe que he cometido suficientes errores propios. Pero como tu padre y como alguien que entiende nuestra condición médica compartida, debo preguntar: ¿cuál es tu plan ahora?

—¿Mi plan?

—Has vuelto al pueblo donde todos te conocen como el hombre que abandonó a Zoe Miller. Has establecido un negocio directamente frente al suyo. Tu salud se ha estabilizado con el tratamiento. Seguramente tienes algún objetivo estratégico más allá de simplemente dirigir una consultoría de rupturas.

La franqueza de su pregunta me toma por sorpresa. —Regresé porque tuviste un ataque al corazón —digo.

—Sí, hace tres semanas. Me estoy recuperando bien. Inténtalo de nuevo.

Aparto mi tazón, frustrado por su persistencia. —Bien. Volví porque estaba cansado de huir. Porque he pasado diez años ayudando a otras personas a manejar finales difíciles mientras huía del desastre que hice del mío propio. Porque tal vez es hora de que enfrente las consecuencias de mis acciones.

—¿Y Zoe? ¿Qué esperas que suceda allí?

—Nada —digo rápidamente. Demasiado rápido—. No espero perdón. No lo merezco.

Papá me estudia por un largo momento. —Nunca le contaste sobre tu diagnóstico, ¿verdad?

—No.

—¿No crees que merecía saber la verdad? ¿Tomar su propia decisión?

Niego con la cabeza, resurgiendo el viejo dolor. —Su padre murió de insuficiencia cardíaca cuando ella tenía dieciséis años. Pasó su último año viéndolo deteriorarse, teniendo ataques de pánico cada vez que él tenía un mal día. No podía hacerla pasar por eso nuevamente.

—Así que decidiste por ella —observa papá—. Tal como yo decidí por ti sobre tantas cosas. Tal como tu madre decidió por ambos cuando se fue.

El paralelismo aterriza con incómoda precisión. Nunca lo había considerado de esa manera, que al tratar de proteger a Zoe, estaba repitiendo el mismo patrón de toma de decisiones unilaterales que había dado forma a mi propia vida.

—Estaba tratando de ser amable —digo.

—Creo que lo estabas siendo —dice papá, su voz más suave que antes—. Pero la amabilidad sin honestidad raramente es tan misericordiosa como imaginamos.

Terminamos la cena en relativo silencio, sus palabras persistiendo en mis pensamientos. Después de limpiar, papá hace una pausa con un paño de cocina en la mano.

—Que tu madre se fuera fue lo más difícil que jamás había experimentado —dice—. Pero no saber por qué, eso fue casi peor que el abandono mismo. La mente humana anhela un cierre narrativo, Ryan. Sin él, creamos nuestras propias explicaciones, a menudo mucho más dañinas que la verdad.

Asiento, comprendiendo el peso de lo que está diciendo. —Pensaré en eso.

—Bien —cuelga el paño con movimientos precisos—. Ahora, cuéntame más sobre esta consulta de hoy. El hombre Jenkins... ¿era Walter, de mi partida de póker de los jueves?

Mi apartamento temporal sobre la ferretería está escasamente amueblado pero es funcional: una cama, un escritorio, una pequeña cocina y una vista de Main Street que se siente tanto como vigilancia como penitencia. Desde aquí, puedo ver tanto mi oficina como la de Zoe, ambas oscuras ahora casi a las once de la noche.

Los pisos de madera crujen bajo mis pies mientras recorro el pequeño espacio. Una pila de cajas sin desempacar se encuentra en la esquina; no me he comprometido a establecerme por completo todavía, como si una parte de mí aún esperara huir del pueblo nuevamente. El único toque personal es una fotografía enmarcada de mi graduación universitaria, con Marcus y yo con nuestros birretes y togas, con los brazos sobre los hombros del otro. No hay fotos de antes de que dejara el pueblo; esos recuerdos todavía son demasiado crudos para exhibirlos.

Me siento en el borde de la cama, desplazándome por los correos electrónicos en mi teléfono. El sitio web del negocio ya ha generado varias consultas, la mayoría de pueblos vecinos en lugar de Evergreen Falls mismo. No es sorprendente: la gente podría sentirse más cómoda buscando mis servicios donde hay menos posibilidades de encontrarse con sus ex en el supermercado después.

Mi teléfono vibra con un mensaje de Marcus: Malas noticias, amigo. Revisa tu calendario de citas. Greg y Ellie acaban de reservar una consulta.

Se me cae el alma a los pies mientras abro mi aplicación de programación. Efectivamente, hay una nueva cita para mañana por la tarde: "Greg y Ellie - Evaluación de relación".

Respondo: ¿Estás seguro de que son ellos? ¿Los clientes de Zoe?

Marcus: Positivo. El tío de Greg, Walter, es un cliente habitual de la cervecería. Estuvo antes hablando sobre recomendar tus servicios a su sobrino que "tiene dudas sobre la boda". Pueblo pequeño, ¿recuerdas?

Hundo la cabeza entre las manos. De todos los clientes potenciales en Evergreen Falls, tenían que ser ellos: la pareja perfecta de Zoe, la pareja comprometida que específicamente mencionó en la reunión de la asociación empresarial. Atenderlos sería un desafío directo a su negocio, como declarar una guerra profesional.

Pero rechazarlos violaría mi propia ética profesional. Si realmente tienen dudas sobre su relación, merecen apoyo para explorar esos sentimientos honestamente, independientemente de quién los emparejó inicialmente.

Respondo a Marcus: ¿Qué debo hacer?

Su respuesta llega rápidamente: Lo que siempre haces. Ayudar a las personas a expresar su verdad. Aunque Zoe te asesine después.

Seguido inmediatamente de: ¿Quieres que prepare tu lista de reproducción para el funeral por si acaso?

A pesar de todo, sonrío. Muy útil, gracias.

Marcus: Para eso estoy. En serio, si vienen a ti, necesitan ayuda. Ignorar eso no hará que la pareja de Zoe sea más exitosa.

Tiene razón, por supuesto. Mi obligación es con las personas que buscan mi ayuda, no con preservar el récord perfecto de Zoe o evitar más conflictos con ella. Si Greg y Ellie tienen dudas sobre su boda, merecen un espacio para explorar esos sentimientos sin juicio.

Miro por la ventana hacia Perfect Pairs Matchmaking. La lámpara antigua en la ventana de la oficina de Zoe —la que siempre deja encendida como parte de su "ambiente romántico"— proyecta un suave resplandor sobre la acera vacía. Me pregunto si ya sabe sobre la cita de Greg y Ellie, si ya se está preparando para lo que percibirá como mi traición.

La idea de lastimarla nuevamente, incluso profesionalmente, retuerce algo doloroso en mi pecho. Ya puedo imaginar la confrontación: Zoe irrumpiendo en mi oficina, con los ojos ardiendo de acusación, exigiendo saber por qué estoy interfiriendo con sus clientes. El molino de rumores del pequeño pueblo trabajará horas extra, enfrentándonos como adversarios profesionales, lo que solo reforzará su creencia de que regresé específicamente para socavarla.

Pero rechazar a personas que necesitan ayuda tampoco es la respuesta.

Le envío un mensaje a Marcus una vez más: Los veré mañana. Pero algo me dice que esto no va a terminar bien.

Su respuesta es un simple gif de un incendio en un contenedor de basura, lo que parece bastante acertado.

Esta situación refleja mi pasado con Zoe de una manera incómoda: una vez más, estoy tomando una decisión que creo correcta pero que inevitablemente la lastimará. La diferencia es que esta vez, no estoy huyendo de las consecuencias. Esta vez, estaré aquí para enfrentar cualquier repercusión que surja.

Suspirando, pongo mi teléfono en el cargador y me preparo para dormir. Mañana traerá una confrontación que no espero con ansias, pero que quizás es inevitable. Zoe y yo hemos estado en curso de colisión desde el momento en que decidí regresar a Evergreen Falls.

Solo espero que cuando el polvo se asiente, ambos podamos recordar que ingresamos a estas

profesiones para ayudar a las personas a encontrar su verdad, aunque nuestros métodos y perspectivas no podrían ser más diferentes.

Mientras me deslizo hacia el sueño, las palabras de mi padre resuenan en mi mente: "La amabilidad sin honestidad raramente es tan misericordiosa como imaginamos". Durante diez años, me he dicho a mí mismo que dejar a Zoe fue un acto de protección, de amor desinteresado. Pero, ¿y si en realidad fue solo otra forma de cobardía, eligiendo el silencio sobre el camino más desordenado y vulnerable de la verdad?

La pregunta me sigue en sueños inquietos, donde busco a Zoe a través de interminables corredores, las palabras que necesito decir atrapadas en mi garganta, siempre a un giro de encontrarla.

Capítulo 7

Zoe

La organización perfecta es mi superpoder. La disposición precisa de los expedientes de clientes, clasificados por colores según su estado de relación, me da paz. Cada carpeta documenta un viaje desde el primer encuentro hasta el amor duradero. En un mundo donde los corazones son impredecibles, mis sistemas proporcionan la ilusión de control.

Hoy, esa ilusión está a punto de hacerse añicos.

Estoy actualizando el archivo de aniversario de los Wilson cuando mi puerta de la oficina se abre. Ellie Howe está en la entrada, su rostro normalmente alegre ahora marcado por la preocupación. Aprieta su carpeta de planificación de bodas contra su pecho como si fuera una armadura.

—¡Ellie! —cierro el archivo y señalo el sofá—. ¿Está todo bien?

Se sienta con cautela en el borde del cojín, los nudillos blancos alrededor de la carpeta.

—No se trata de las flores, Zoe.

Algo en su tono hace que mi estómago se tense. Tomo la silla frente a ella, manteniendo mi sonrisa profesional mientras catalogo las señales de advertencia: anillo de compromiso ausente, cola de caballo desordenada en lugar de su estilo pulido habitual, círculos oscuros bajo sus ojos.

—Sea lo que sea, podemos solucionarlo —digo con confianza practicada—. Los nervios prenupciales son completamente normales.

Ellie coloca la carpeta sobre la mesa de café, sus manos temblando ligeramente.

—Greg y yo... hemos estado hablando. Mucho.

—La comunicación es la base de toda relación sólida —digo automáticamente.

—Ese es el problema —me mira directamente a los ojos—. No hemos estado comunicándonos. No realmente. No sobre las cosas que importan.

Me inclino hacia adelante, cambiando al modo de resolución de problemas.

—Entonces abordemos eso. Puedo recomendarles un excelente terapeuta de parejas que...

—Hemos programado una consulta con Ryan Hayes.

Las palabras me golpean como un golpe físico. Lucho por mantener mi expresión profesional mientras mi mente corre. Ryan. Tomando a mis clientes, mi pareja perfecta, mi historia de éxito.

—Ya veo —me enorgullece que mi voz se mantenga firme—. ¿Puedo preguntar por qué?

Ellie mira sus manos.

—Su tío Walter lo sugirió. Dijo que Ryan le ayudó a descubrir cómo decirle a su liga de bolos que se muda a Florida —levanta la mirada, casi disculpándose—. Greg y yo, no estamos seguros de querer las mismas cosas ya. Necesitamos a alguien que nos ayude a decidir... si debemos seguir adelante con la boda.

Mi garganta se tensa.

—¿Y no crees que yo pueda ayudar con eso?

—No es eso —Ellie juguetea con el borde de su manga—. Eres increíble uniendo a las personas. Pero si estamos pensando en... no estar juntos... se sentía incorrecto pedírtelo a ti.

—¿Porque piensas que solo me interesan las parejas exitosas?

—¿No es así? —señala mi muro de historias de éxito—. Noventa y cinco por ciento de tasa de éxito. Todos en el pueblo saben lo orgullosa que estás de eso.

Quiero discutir, pero las palabras se me atascan en la garganta, porque tiene razón. He construido mi identidad alrededor de crear parejas perfectas, no desmantelarlas.

—Nuestra cita con Ryan es esta tarde —continúa Ellie, con voz suave—. Quería decírtelo en persona. Merecías al menos eso.

—Agradezco tu honestidad —digo mecánicamente—. Sea cual sea vuestra decisión, les deseo felicidad a ambos.

Ellie asiente, el alivio inundando sus rasgos. Se levanta para irse, luego duda.

—Por lo que vale, no habríamos tenido estos dos años juntos sin ti, Zoe. Viste algo entre nosotros que quizás no hubiéramos encontrado por nuestra cuenta. Eso cuenta para algo, incluso si...

No termina el pensamiento, pero no es necesario. Incluso si termina.

Después de que se va, permanezco perfectamente quieta, respirando profundamente. Luego, cuando estoy segura de que se ha ido, me levanto y comienzo a caminar, mi calma cuidadosamente construida evaporándose con cada paso.

No unos clientes cualquiera: Ellie y Greg. Mi pareja escaparate. La pareja cuyas fotos de boda habrían sido la pieza central de mi muro de éxitos. Ahora potencialmente convirtiéndose en la primera grieta en mi registro perfecto, y a manos de Ryan.

A través de mi ventana, puedo ver Clean Break Consultations al otro lado de la calle. Ryan es visible a través de su propia ventana, sonriendo y estrechando la mano de un cliente. La luz de la tarde atrapa su cabello, resaltando esos hilos plateados en sus sienes.

Mi pecho arde con una confusa mezcla de ira y algo más que me niego a nombrar. ¿Cómo se atreve a volver a Evergreen Falls, establecerse directamente frente a mí y comenzar a desmantelar mi trabajo?

Antes de poder pensarlo mejor, agarro mi bolso y me dirijo a la puerta.

La calle principal está llena de compradores por la tarde, pero apenas los noto mientras me dirijo a la oficina de Ryan. La campana sobre su puerta suena cuando la empujo, interrumpiendo su despedida a un cliente de cabello gris.

—Gracias por tu ayuda, Ryan —está diciendo el hombre, aferrando una tarjeta en manos desgastadas.

—Lo harás bien, Walter —le asegura Ryan—. Solo habla desde el corazón.

Walter se gira, sorprendido de encontrarme en la entrada.

—Vaya, hola, señorita Miller. No la he visto desde la reunión del comité del Día del Fundador.

—Señor Jenkins —logro decir, reconociendo al tío de Greg. Las estrechas conexiones de la vida en un pueblo pequeño de repente se sienten sofocantes.

—Ya me iba —dice Walter, mirando entre Ryan y yo con curiosidad no disimulada—. Ustedes probablemente tienen... cosas que discutir.

La campana suena de nuevo cuando sale. La oficina de Ryan está meticulosamente organizada: muebles elegantes y modernos en tonos grises apagados, plantas en macetas

estratégicamente colocadas, sus credenciales expuestas detrás de un escritorio minimalista de cristal. Es lo opuesto a mi cálida estética vintage, y odio que se vea tan profesional.

—Zoe —dice Ryan, su voz cautelosa—. ¿Puedo ayudarte con algo?

—Puedes empezar explicando por qué te reúnes con mis clientes esta tarde —digo, cruzando los brazos.

—Greg y Ellie se pusieron en contacto conmigo para una consulta. No los busqué yo.

—Se van a casar en junio —digo—. Son una de mis parejas más compatibles. No necesitan tus servicios.

—Según ellos, sí los necesitan —el tono de Ryan es suave pero firme—. Tienen preocupaciones que quieren explorar en un espacio neutral.

—¿Y no podías remitirlos de vuelta a mí? —Mi fachada profesional se está agrietando rápidamente—. ¿No podías sugerir que hablaran con la persona que realmente conoce sus factores de compatibilidad?

—Eso no sería ético —Ryan se mueve detrás de su escritorio—. Si vienen a mí, es porque necesitan una perspectiva diferente.

—¿Una perspectiva que asume que las relaciones son desechables? —Me acerco, elevando mi voz—. ¿Que cuando las cosas se ponen difíciles, la respuesta es alejarse?

—Eso no es lo que hago —hay un destello de genuina ira en sus ojos azules—. Ayudo a las personas a navegar transiciones difíciles con honestidad. A veces eso significa terminar relaciones, pero solo cuando continuar causaría más daño que sanación.

—¿Y estás calificado para hacer esa determinación por mis clientes? —Prácticamente estoy gritando ahora—. ¿Tú, de todas las personas, te consideras un experto en cuándo terminar relaciones?

La mandíbula de Ryan se tensa.

—Mi historia personal no invalida mi experiencia profesional.

—No, solo la hace espectacularmente irónica —replico—. El hombre que dejó a su prometida con una nota ahora cobra a la gente por consejos sobre cómo romper "compasivamente".

A través de la ventana, la gente está frenando en la acera, algunos mirando abiertamente. Un adolescente saca su teléfono, probablemente grabando para las redes sociales. La señora Peterson de la floristería ni siquiera finge no estar mirando, dando un codazo a su asistente y susurrando detrás de su mano.

—Cometí errores —dice Ryan, con voz baja—. Terribles. Vivo con esas consecuencias cada día. Pero eso no significa que no pueda ayudar a otros.

—Qué noble —digo, goteando sarcasmo—. ¿Y es solo coincidencia que tus primeros clientes resulten ser mi pareja más pública?

—Estoy tratando de construir mi propio negocio —contraataca Ryan—. Greg y Ellie vinieron a mí porque necesitan ayuda. Eso es lo que hago.

—Lo que haces es destruir lo que otros han construido —digo, las palabras quemando—. Lo hiciste hace diez años, y lo estás haciendo de nuevo ahora.

—Eso no es justo, Zoe.

—¿Justo? —Me río duramente—. ¿Fue justo dejarme plantada en el altar? ¿Fue justo desaparecer durante una década y luego instalarte frente a mi negocio?

Mi brazo gesticulante golpea el borde de un pequeño jardín zen en su escritorio, enviándolo volando. Golpea su silla, que rueda hacia atrás contra un archivador, que derriba una pila de libros, que choca contra una planta en maceta. El efecto dominó termina con un chapoteo de

agua y tierra en el suelo inmaculado.

Ambos miramos el desastre. Una risita escapa de alguien que mira por la ventana antes de que rápidamente se aleje.

—¿Te sientes mejor? —pregunta Ryan, con una ceja levantada.

—No —admito, la mortificación reemplazando la ira—. Lo siento por tu planta.

—Está bien —agarra pañuelos y se arrodilla para limpiar la tierra—. No sabía que eran tus clientes cuando programaron la cita. Solo me di cuenta después.

—Y tomaste la cita de todos modos —me arrodillo para ayudar, nuestras manos evitando cuidadosamente el contacto.

—Sí —me mira a los ojos—. Porque merecen apoyo, independientemente de quién los haya emparejado.

Algo en su mirada firme desencadena una idea, impulsiva pero repentinamente clara.

—Hagamos una apuesta —digo, las palabras saliendo atropelladamente.

Ryan hace una pausa.

—¿Una apuesta?

—Te encontraré tu pareja perfecta —me enderezo, creciendo en convicción—. Alguien que te haga creer en el amor duradero nuevamente. Si tengo éxito, cierras tu negocio y te vas del pueblo.

—¿Y si fracasas? —pregunta, levantándose para enfrentarme.

—Entonces reconoceré públicamente que mi filosofía de emparejamiento es defectuosa. Que a veces las relaciones deben terminar, y tus servicios tienen valor.

Ryan me estudia, la sorpresa dando paso a algo parecido a la admiración.

—¿Hablas en serio?

—Completamente —extiendo mi mano—. ¿Tenemos un trato?

Él duda, luego toma mi mano extendida. Su palma está cálida contra la mía, ligeramente áspera con callosidades que no recuerdo. El contacto envía una corriente eléctrica por mi brazo que firmemente atribuyo a la adrenalina.

—Trato —dice, sus dedos persistiendo un momento demasiado largo—. Pero tengo condiciones.

—Por supuesto que las tienes —murmuro, retirando mi mano.

—Quiero participar en el proceso de emparejamiento. Si voy a salir con alguien, debería tener algo que decir.

—Bien. Crearé un cuestionario integral sobre tus preferencias.

—Y un límite de tiempo —añade—. Tres meses.

—De acuerdo. Tres meses para probar que el amor duradero existe, incluso para alguien decidido a no encontrarlo.

La boca de Ryan se tuerce en esa media sonrisa que solía conocer tan bien.

—¿Realmente crees que puedes emparejarme con mi pareja perfecta en tres meses?

—Tengo un noventa y cinco por ciento de tasa de éxito —le recuerdo—. Y estoy muy motivada para verte hacer las maletas.

—Entonces espero con ansias el desafío, Zoe Miller —extiende su mano nuevamente para un apretón formal—. Que gane la mejor filosofía de relaciones.

Mientras nuestras manos se conectan por segunda vez, no puedo evitar la sensación de que acabo de tomar la decisión más inteligente o más estúpida de mi vida profesional.

—¿Que hiciste QUÉ?

El grito de Tessa es lo suficientemente fuerte como para que los clientes en la parte delantera

de la Pastelería Sweet Beginnings probablemente lo escuchen, a pesar de la puerta cerrada de la cocina donde estamos agrupadas. Me mira con los ojos muy abiertos, con una capa de harina en la mejilla.

—Desafié a Ryan a una apuesta —repito, caminando entre las batidoras industriales—. Si puedo encontrarle su pareja perfecta en tres meses, cierra su negocio y se va del pueblo. Si no puedo, admito públicamente que mi filosofía de emparejamiento es defectuosa.

—¿Has perdido la cabeza? —Tessa abandona su masa para agarrarme por los hombros—. ¿Estás apostando tu reputación profesional a emparejar al tipo que te dejó plantada en el altar? ¿El tipo que literalmente se gana la vida ayudando a las personas a romper?

Cuando lo plantea así, realmente suena una locura. Me hundo en un taburete, repentinamente agotada.

—Lo sé. Estaba tan enojada al verlo ahí, a punto de aconsejar a Ellie y Greg, y algo en mí se quebró.

Tessa suspira, volviendo a su masa con más fuerza de la necesaria. Desliza un croissant de chocolate hacia mí.

—Raciones de emergencia. Come esto mientras proceso el hecho de que ahora estás comprometida a encontrar un alma gemela para el hombre que te rompió el corazón.

Doy un mordisco, el rico chocolate distrayéndome momentáneamente.

—Puedo hacer esto. Soy buena emparejando personas.

—Eres excepcional emparejando personas que quieren ser emparejadas —corrige Tessa—. Ryan es lo opuesto a tu cliente típico.

—Lo que solo lo hace más desafiante —ahora estoy calentándome con la idea, mi naturaleza competitiva superando el pánico—. Si puedo emparejar a Ryan Hayes, el hombre más fóbico al compromiso de Texas, puedo emparejar a cualquiera.

—¿Y estás segura de que esto es solo para demostrar tu superioridad profesional? —los ojos de Tessa se estrechan—. ¿No para mantenerlo en tu órbita un poco más de tiempo?

—¿Qué? ¡No! —protesto, quizás demasiado rápido—. Lo quiero fuera. Fuera de Evergreen Falls.

—Mmm-hmm —el zumbido escéptico de Tessa habla por sí solo—. Así que tu plan es pasar tres meses analizando sus preferencias, organizándole citas, y haciendo informes con él después. Mucho tiempo uno a uno. Totalmente el comportamiento de alguien que no quiere tener nada que ver con él.

Me ruborizo, odiando que tenga razón. La apuesta me obligará a pasar mucho más tiempo con Ryan de lo que es emocionalmente aconsejable.

—No importa —digo firmemente—. Esto es sobre negocios, no sentimientos. Me niego a dejar que socave todo lo que he construido.

—Si tú lo dices —Tessa se sacude la harina de las manos—. Entonces, ¿cuál es el plan de juego para la Operación: Emparejar al Inemparejable?

A pesar de todo, sonrío ante su frase.

—Primero, un cuestionario integral de compatibilidad. Luego revisaré mi base de datos de clientes para posibles coincidencias, aunque probablemente necesite expandirme más allá de Evergreen Falls.

—Podrías buscar en pueblos vecinos —sugiere Tessa, calentándose al desafío—. Austin no está tan lejos. Muchas mujeres profesionales que podrían atraer al nuevo y mejorado Ryan.

—Buen pensamiento —saco mi teléfono y comienzo a tomar notas—. También necesitaré entrevistarlo extensamente. La gente cambia en una década.

—¿Y si la pareja perfecta resultas ser tú? —pregunta Tessa en voz baja.

Me congelo, mi dedo suspendido sobre la pantalla de mi teléfono.

—Eso no tiene gracia.

—No estoy bromeando —su expresión es seria—. Ustedes dos tuvieron algo real una vez. Química, compatibilidad, valores compartidos. Los cimientos que hacen que tus emparejamientos tengan éxito. ¿Qué pasa si todas tus evaluaciones apuntan de vuelta a ti misma?

—No lo harán —digo—. Somos personas completamente diferentes ahora. Él rompe relaciones; yo las construyo. Somos opuestos en todas las formas que importan.

—Y los opuestos se atraen —contraataca Tessa—. Es prácticamente la base de la comedia romántica.

—Esto no es una película, Tess. Es mi vida. Y Ryan Hayes no va a tener una segunda oportunidad para arruinarla —me levanto, recogiendo mi bolso con renovada determinación—. Voy a volver para empezar ese cuestionario. Esta apuesta se trata de probar mi filosofía profesional, nada más.

De vuelta en Perfect Pairs Matchmaking, creo una nueva carpeta etiquetada "Operación: Demostrar que Ryan está equivocado" en marcador rojo negrita. Dentro, coloco un cuestionario en blanco, una lista de posibles parejas y un borrador de programación para los próximos tres meses.

Mientras trabajo, no puedo evitar mirar al otro lado de la calle donde Ryan es visible en la ventana de su oficina, preparándose para su reunión con Ellie y Greg. Nuestros ojos se encuentran brevemente a través del cristal, un momento de conexión que me inquieta más de lo que me gustaría admitir.

Esta apuesta es puramente profesional, me recuerdo firmemente. Una forma de proteger mi negocio y reputación. El hecho de que me obligue a entender al hombre que me abandonó, eso es solo un efecto secundario desafortunado. No la razón real por la que mi corazón late más rápido de lo que lo ha hecho en años.

Para nada.

Capítulo 8

Ryan

Todavía puedo sentir el peso de la mirada de Zoe a través de la ventana mientras Greg y Ellie llegan para su consulta. Cada pareja con la que trabajo trae su propia energía, pero esta se siente particularmente cargada, sabiendo que son clientes de Zoe, su "pareja perfecta", ahora sentados en mi oficina cuestionando su compatibilidad.

Greg y Ellie se acomodan en mi sofá de cuero, con unos cuidadosos quince centímetros de espacio entre ellos. La mano de Greg se mueve hacia la de Ellie antes de retirarse a su propia rodilla. Ellie retuerce el dedo anular desnudo de su mano izquierda, la pálida franja de piel donde debería estar su anillo de compromiso cuenta su propia historia.

—Gracias por reunirse con nosotros —comienza Greg. Es un hombre de constitución sólida con ojos amables, el tipo de persona que probablemente ayuda a los vecinos a mover muebles sin que se lo pidan—. Últimamente hemos estado... luchando.

—Eso es quedarse corto —dice Ellie con una risa forzada. Es menuda, con ojos observadores de artista, su energía de maestra de jardín de infancia temporalmente contenida—. Estamos a tres meses de nuestra boda y de repente cuestionamos todo.

Asiento, manteniendo mi expresión neutral y atenta. —¿Por qué no empezamos hablando sobre qué los trajo aquí? No hay juicios en este espacio.

Ellie y Greg intercambian miradas, una negociación silenciosa sobre quién debería hablar primero.

—Me han ofrecido un puesto de profesor en Houston —dice finalmente Greg—. Es un ascenso significativo: jefe de departamento en una escuela privada. Estaría loco si no lo aceptara.

La fuerte inhalación de Ellie me dice que esta no es una información completamente nueva, pero las heridas aún están frescas.

—¿Cuándo recibiste esta oferta? —pregunto.

—Hace tres semanas. La acepté el viernes pasado. —Mira fijamente sus manos—. Todavía no he descubierto cómo decírselo a nuestras familias.

—Ni a mí, realmente —añade Ellie en voz baja—. No toda la verdad, al menos.

Hago una nota en mi bloc. —¿Y cómo te sientes con respecto a mudarte a Houston, Ellie?

Ella se mueve, metiendo una pierna debajo de ella. —Ese es el problema. Debería ser comprensiva. Es una gran oportunidad para Greg. Pero...

—¿Pero? —la animo cuando duda.

—He estado escribiendo una novela —admite, como si confesara un crimen—. Acabo de recibir interés de una pequeña editorial local. Quieren ver el manuscrito completo. Si me mudo a Houston, perdería mi conexión con la comunidad literaria local que he construido. El editor que está interesado en mi trabajo.

Greg parece genuinamente sorprendido. —Nunca dijiste que se estaba volviendo serio. Pensé que era solo un pasatiempo.

—Porque siempre lo trataste de esa manera —responde Ellie, con un tono afilado infiltrándose en su voz—. Cada vez que hablaba de mi escritura, sonreías y asentías como si fuera una niña mostrándote un dibujo hecho con crayones.

Observo el colapso de comunicación que ocurre en tiempo real. Dos personas que se preocupan la una por la otra pero han dejado de escucharse verdaderamente.

—Lo que estoy escuchando —digo—, es que ambos tienen sueños individuales que parecen tirar en direcciones diferentes. Greg, tu avance profesional te lleva a Houston. Ellie, tu carrera como escritora está arraigada aquí. ¿Es correcto?

Ambos asienten, el alivio de ser comprendidos visible en sus posturas.

—Y debajo de eso —continúo—, parecen haber algunos problemas de comunicación. Expectativas sobre compartir información importante y apoyarse mutuamente en sus ambiciones.

Durante los siguientes cuarenta minutos, los guío a través de una conversación estructurada, no sobre terminar su relación, sino sobre decirse sus verdades mutuamente. Greg admite que ha temido que Ellie se resintiera por mudarse para favorecer su carrera. Ellie confiesa que ha estado manteniendo sus éxitos de escritura en secreto para evitar crear problemas.

Greg, con su reflexivo estilo de enseñanza, explica su visión para el departamento que dirigiría. —Quiero desarrollar un plan de estudios que involucre a estudiantes que han sido dejados atrás por los métodos de enseñanza tradicionales —dice, con pasión iluminando sus ojos —. Ellie, siempre estás hablando de representación en la literatura. Esta escuela atiende principalmente a estudiantes de minorías que necesitan educadores que se preocupen.

Ellie alcanza su mano. —Nunca me contaste esa parte. —Su energía creativa parece reavivarse mientras considera las posibilidades—. Podría terminar mi novela en cualquier lugar. Tal vez Houston también tenga grupos de escritura.

—La pregunta no es si son compatibles —les digo mientras nuestro tiempo se acaba—. Es si están dispuestos a construir una vida que honre los sueños de ambos. Eso requiere honestidad, compromiso y apoyo mutuo.

Se marchan con expresión pensativa más que resuelta, lo cual suele ser el mejor resultado para una primera sesión. No todas las transiciones de relaciones terminan en separación; a veces conducen a una conexión más fuerte y auténtica.

Mientras los veo caminar por la acera a través de mi ventana, noto que van tomados de la mano. Un pequeño gesto, pero significativo.

Al otro lado de la calle, la luz de la oficina de Zoe sigue encendida. Me pregunto qué pensaría ella de esta sesión. ¿Lo vería como un intento mío de separar a su pareja perfecta, o reconocería que les estoy ayudando a comunicarse mejor? La ironía no se me escapa: estoy enseñando a otros a tener las conversaciones honestas que no pude tener con ella hace diez años.

Greg y Ellie doblan la esquina, desapareciendo de la vista. Hago algunas notas finales en su expediente y luego lo cierro, consciente de que mi próximo desafío será explicarle a Zoe que su pareja perfecta podría necesitar más trabajo del que sus estadísticas habían calculado.

—Así que me estás diciendo —dice Marcus, deslizando una pinta fresca a través de la barra pulida— que ahora estás comprometido a dejar que tu ex prometida te encuentre una nueva novia?

Evergreen Brewing Company vibra con la energía del miércoles por la noche: locales poniéndose al día después del trabajo, el suave tintineo de vasos y el murmullo de conversaciones creando un reconfortante ruido blanco. La cervecería de Marcus se ha convertido

en el lugar de reunión no oficial del pueblo, con sus paredes de ladrillo expuesto, relucientes tanques de cobre para elaborar cerveza y grifos rotativos de cervezas artesanales nombradas según puntos de interés locales.

Paso mi mano por mi cabello, aún húmedo por la ducha rápida que tomé después del trabajo, y ajusto el cuello de mi camisa azul. —¿Esto qué es? Es nuevo —pregunto, señalando el líquido ámbar que acaba de servirme.

—IPA Mala Decisión —responde con una sonrisa—. Creada especialmente para ti. Inicio amargo, notas intermedias cuestionables, final sorprendentemente complejo. Muy parecido a tus decisiones de vida.

—Hilarante. —La pruebo de nuevo. A pesar del nombre, es excelente, lupulada pero equilibrada—. Y sí, eso es exactamente lo que te estoy diciendo. Zoe me retó a una apuesta después de descubrir que Greg y Ellie se estaban reuniendo conmigo.

Marcus se apoya en la barra, su delantal de dueño de cervecería cubierto de granos. —¿Y en lugar de decirle que era una idea terrible, dijiste...?

—Dije que sí. —Me encojo de hombros—. Parecía la forma más sencilla de desactivar la situación en ese momento.

—La forma más sencilla —repite Marcus con escepticismo—. De desactivar la situación. Fue aceptar que ella busque a tu alma gemela.

Cuando lo pone de esa manera, sí suena una locura.

—Estaba molesta por una consulta que tuve con sus antiguos clientes —explico, observando cómo se forma la condensación en mi vaso—. Piensa que estoy tratando de socavar su negocio.

—¿No lo estás haciendo? ¿Un poco? —Marcus levanta una ceja—. Te instalaste directamente frente a ella.

Abro la boca para protestar, luego la cierro de nuevo. —Es complicado.

—Siempre lo es con ustedes dos. —Limpia la barra distraídamente—. ¿Cuáles son los términos de esta apuesta ridícula?

—Si encuentra mi "pareja perfecta" en tres meses, cierro mi negocio y me voy del pueblo. Si falla, ella reconoce públicamente que su filosofía de emparejamiento es defectuosa y que algunas relaciones deberían terminar.

Marcus silba. —Apuestas altas. ¿Realmente planeas irte si ella gana?

La pregunta queda suspendida entre nosotros. ¿Lo haré? La idea de dejar Evergreen Falls otra vez se asienta como una piedra en mi estómago. A pesar de todo, estar de vuelta se siente correcto de una manera que Chicago nunca logró.

—No creo que llegue a eso —digo en lugar de responder directamente—. Encontrar la pareja perfecta de alguien en un pueblo pequeño como este, especialmente alguien que no está buscando pareja... Las probabilidades no están a su favor.

—A menos que te empareje consigo misma —dice Marcus casualmente, moviéndose para rellenar el vaso de otro cliente.

Me atraganto con mi cerveza. —Eso no... ella no podría...

—Relájate. —Regresa, divertido por mi reacción—. Solo digo que, estadísticamente hablando, si ejecuta tus datos a través de su milagroso algoritmo de emparejamiento o lo que sea, existe la posibilidad de que ustedes dos todavía sean compatibles.

—Somos personas completamente diferentes ahora —protesto—. Ella crea relaciones; yo ayudo a terminarlas. Somos opuestos en todo lo que importa.

—Y los opuestos se atraen. —Marcus sonríe—. Esa es prácticamente la base de la comedia romántica.

—Esto no es una película, Marc. Es mi vida. Y Zoe Miller no está interesada en darme una segunda oportunidad. —Bebo la mitad de mi cerveza de un largo trago—. Además, me odia. Con razón.

Marcus me estudia por un largo momento. —Entonces, si estás tan convencido de que esta apuesta es imposible de ganar, ¿por qué aceptarla?

Miro fijamente mi vaso, considerando. —Tal vez quiero entender su proceso. Ver qué la hace tan exitosa en la creación de parejas.

—Seguro, eso es definitivamente. Pura curiosidad profesional. —El sarcasmo de Marcus es lo suficientemente espeso como para untarlo en una tostada—. No tiene nada que ver con pasar tiempo con ella, aprender en quién se ha convertido, tal vez encontrar una manera de explicar por qué te fuiste.

Lo miro con enfado. —Pensé que los camareros debían dispensar sabiduría, no señalar el autoengaño de sus amigos.

—Contengo multitudes —dice Marcus encogiéndose de hombros—. Entonces, ¿cómo es tu pareja perfecta? Por si necesito empezar a evaluar candidatas yo mismo.

La pregunta me toma por sorpresa. ¿Cómo es mi pareja perfecta? Mi mente inmediatamente evoca a Zoe, no como es ahora, profesional y reservada, sino como era a los veintidós años, riéndose bajo la lluvia cuando le propuse matrimonio, su cabello castaño rojizo pegado a su cara, ojos brillantes de alegría y amor.

—No lo sé —digo—. Alguien que me desafíe. Que vea el mundo de manera diferente a mí. Alguien apasionada por su trabajo, organizada pero no rígida. Intuitiva sobre las personas.

Me detengo, dándome cuenta de que estoy describiendo a Zoe. La mirada conocedora de Marcus confirma que él también lo ha notado.

—Alguien que no sea de Evergreen Falls —añado apresuradamente—. Alguien que entienda que las relaciones a veces terminan, y eso está bien.

—Ajá. —Marcus rellena mi cerveza—. Buena suerte con esa lista de requisitos extremadamente específica y para nada cargada.

—Hablando de cargado —digo, alejando la conversación de territorio peligroso—, ¿cómo está aguantando mi corazón con toda esta cerveza?

La expresión de Marcus se suaviza. —¿Tu miocardiopatía todavía te está dando problemas?

Me encojo de hombros. —Ahora es manejable. El régimen de medicación que me recetaron mantiene la arritmia bajo control. No como hace diez años, cuando no estaban seguros si llegaría a los treinta. —Tomo otro sorbo de cerveza—. El doctor dice que una cerveza no me matará, pero probablemente debería parar ahí.

—Menos mal que solo te cobré por una, entonces —dice Marcus con un guiño.

Un grupo de clientes lo llama, dejándome solo con mis pensamientos y mi cerveza irónicamente nombrada. Saco mi teléfono y encuentro un correo electrónico de Zoe esperando en mi bandeja de entrada: el cuestionario de compatibilidad que prometió, junto con una breve nota fríamente profesional estableciendo nuestra primera reunión oficial mañana para discutir mis "objetivos y preferencias de relación".

Miro fijamente la pantalla, un complejo remolino de emociones surgiendo en mi pecho. Mañana, me sentaré frente a la mujer que dejé plantada en el altar para decirle lo que busco en una pareja. Lo absurdo de la situación sería cómico si no fuera tan dolorosamente real.

—¿Cómo te está tratando la IPA Mala Decisión? —pregunta Marcus, regresando para ver cómo estoy.

Levanto la mirada de mi teléfono con una sonrisa irónica. —Haciendo honor a su nombre.

Mi apartamento se siente especialmente vacío esta noche, el silencio roto únicamente por el ocasional crujido del viejo edificio y el tráfico distante en la Calle Principal. Me siento en mi pequeño escritorio, con el cuestionario de compatibilidad de Zoe abierto en la pantalla de mi portátil, el cursor parpadeando acusadoramente desde el primer campo en blanco.

"Describe a tu pareja ideal en tres palabras."

Miro fijamente la pregunta, con los dedos suspendidos sobre el teclado. ¿Cómo respondo esto sin revelar demasiado o demasiado poco? La tentación de sabotear el proceso es fuerte: crear un perfil imposible de emparejar que asegure el fracaso de Zoe.

Escribo: "Aventurera. Independiente. Nómada."

Luego lo borro, frunciendo el ceño. Eso no es honesto. Ni siquiera es lo que quiero.

Intento de nuevo: "Estable. Compatible. Disponible."

Eso es peor: clínico y distante, como si estuviera pidiendo una planta de interior en lugar de describir a una posible compañera de vida.

Borrar.

"Honesta. Desafiante. Amable."

Miro fijamente las tres palabras. Se sienten verdaderas, pero incompletas. El cuestionario continúa con preguntas cada vez más específicas:

"¿Prefieres noches tranquilas en casa o reuniones sociales?"

"¿Qué papel juega tu carrera en tu vida?"

"¿Qué tan importante es la apariencia física para ti en una pareja?"

"¿Quieres tener hijos algún día?"

Cada pregunta se siente como navegar por un campo minado. Sé que Zoe analizará cada respuesta, buscando patrones y preferencias que pueda emparejar. Una parte de mí quiere despistarla, enumerar preferencias tan específicas que nadie en Evergreen Falls podría posiblemente coincidir.

Me encuentro escribiendo que amo los deportes extremos (no es cierto), prefiero viajar constantemente (agotador) y no tengo interés en establecerme (claramente falso en este punto de mi vida). Describo a alguien que ama la vida en la ciudad, odia los pueblos pequeños y quiere vivir en el extranjero, creando efectivamente una pareja que sería lo opuesto a Zoe en todos los sentidos.

Luego me detengo, asqueado conmigo mismo. Esto no es quien soy profesional o personalmente. Ayudo a las personas a expresar su verdad, pero aquí estoy, falsificando deliberadamente la mía. Si voy a participar en esta apuesta, al menos debería ser honesto. Además, Zoe merece algo mejor que mis mezquinos intentos de manipulación, incluso en una competencia.

Borro todo y comienzo de nuevo, esta vez respondiendo con sinceridad:

"Valoro las tardes tranquilas con conversaciones significativas, aunque disfruto de reuniones sociales ocasionales con las personas adecuadas."

"Mi carrera es importante para mí, pero no a expensas de las relaciones personales. Creo en ayudar a las personas a través de transiciones difíciles con compasión y honestidad."

"La atracción física importa, pero la conexión importa más. Me atraen la inteligencia, la profundidad emocional y la amabilidad genuina."

"Una vez quise tener hijos. Estoy abierto a la posibilidad, aunque mi enfermedad cardíaca complica esa decisión."

Me detengo en la última respuesta, mi mano instintivamente elevándose para descansar contra mi pecho. El diagnóstico de miocardiopatía a los veinticinco años había destrozado más

que solo mi relación con Zoe; había alterado toda la trayectoria de mi vida. En aquel entonces, los médicos habían sido pesimistas sobre mi pronóstico, sugiriendo que podría no vivir más allá de los cuarenta. ¿Cómo podría haberme casado con Zoe sabiendo que podría dejarla como una joven viuda? ¿Cómo podría haberle pedido que renunciara a sus sueños de tener hijos cuando el embarazo podría ser peligroso para una pareja con mi condición?

Pero la medicina ha avanzado en diez años. Mi plan de tratamiento actual ha estabilizado mi condición. Las arritmias que alguna vez me enviaban regularmente a urgencias ahora ocurren raramente. Mi esperanza de vida ha mejorado significativamente, aunque cualquier posible pareja aún necesitaría entender la realidad de amar a alguien con una enfermedad cardíaca crónica.

Zoe no sabe nada de esto. Ella solo sabe que la dejé con una nota. Pero se siente deshonesto omitir un factor tan significativo en cualquier relación potencial. Lo dejo ahí.

Mientras trabajo en el cuestionario, me encuentro reflexionando sobre lo que realmente quiero en este punto de mi vida. No solo en una pareja, sino en general. Regresar a Evergreen Falls fue sobre enfrentar mi pasado, pero también me ha obligado a considerar mi futuro. ¿Qué estoy construyendo aquí? ¿Qué tipo de vida quiero?

Llego a una pregunta que me deja helado: "¿Qué cualidades o comportamientos específicos son motivos de ruptura para ti en una relación?"

Esta toca una fibra sensible. Escribo lentamente: "Falta de disposición para discutir temas difíciles. Incapacidad para aceptar que a veces las relaciones necesitan terminar. Negación de realidades de salud." Hago una pausa, luego añado: "Necesito a alguien que pueda aceptar que la vida es impredecible y que a veces las decisiones dolorosas son necesarias."

La pregunta final dice: "¿Qué lecciones has aprendido de relaciones pasadas que influyen en lo que buscas ahora?"

Miro fijamente el campo en blanco durante mucho tiempo, el cursor parpadeando pacientemente. Finalmente, escribo:

"He aprendido que la honestidad, incluso cuando es dolorosa, es más amable que el engaño con buenas intenciones. Que huir de conversaciones difíciles causa más daño que enfrentarlas. Que tomar decisiones por otra persona, sin importar cuán protectora sea la intención, les roba su autonomía. Busco a alguien con quien pueda ser completamente honesto, incluso cuando es difícil, especialmente cuando es difícil."

Reviso mis respuestas, sintiéndome extrañamente expuesto. Este cuestionario revela más sobre mí de lo que he compartido con nadie en años, y lo estoy enviando a la persona a la que más he herido en el mundo. La ironía no se me escapa.

Mi dedo se cierne sobre el botón de enviar mientras considero una última vez si seguir adelante con esto. La apuesta parecía lo suficientemente simple cuando Zoe la propuso, pero ahora me estoy dando cuenta de la complejidad emocional involucrada. Durante los próximos tres meses, analizaré posibles parejas, tendré citas y le informaré a Zoe sobre mis perspectivas románticas. Es una receta para la confusión, el dolor y posiblemente reabrir heridas que apenas se han cicatrizado.

Y sin embargo, hago clic en enviar.

El correo electrónico desaparece en el éter digital, llevando consigo mis respuestas honestas sobre lo que quiero en una pareja. Respuestas que, si Zoe lee con suficiente atención, podrían revelar que la persona que estoy describiendo guarda un notable parecido con ella.

Cierro mi portátil y me muevo hacia la ventana, mirando hacia la Calle Principal. La luz en la oficina de Zoe todavía está encendida, un cálido resplandor contra la oscuridad. ¿Está ella allí

ahora, trabajando hasta tarde? ¿Leerá mi cuestionario esta noche y comenzará a buscar en su base de datos mi pareja perfecta?

¿Qué pensará cuando vea al hombre en que me he convertido reflejado en esas respuestas?

Me alejo de la ventana y me preparo para dormir, consciente de que mañana marca el comienzo del capítulo más extraño hasta ahora en mi complicada historia con Zoe Miller. Durante los próximos tres meses, la mujer que dejé plantada en el altar estará tratando de encontrarme el amor con alguien más.

Y a pesar de todo, una pequeña parte traidora de mí espera que fracase.

Capítulo 9

Zoe

El archivo perfectamente organizado en mi escritorio se burla de mí. "Operación: Demostrar que Ryan está equivocado", escrito con rotulador rojo en la parte superior, contiene su cuestionario completado, mis métricas estándar de compatibilidad y una serie de preguntas de seguimiento cada vez más específicas que me ayudarán a encontrar su pareja perfecta. Todo prolijamente dispuesto en un sistema codificado por colores diseñado para mantener la distancia profesional.

Si tan solo mis emociones pudieran archivarse con la misma facilidad.

Hojeo nuevamente el cuestionario de Ryan, cada respuesta honesta me inquieta más que la anterior. Esperaba evasivas, quizás incluso respuestas saboteadoras deliberadamente elaboradas para hacer imposible la compatibilidad. En cambio, encontré una vulnerabilidad para la que no estaba preparada.

—Una vez quise tener hijos. Estoy abierto a la posibilidad, aunque mi condición cardíaca complica esa decisión.

¿Condición cardíaca? Las palabras saltan de la página, exigiendo atención. ¿Qué condición cardíaca? ¿Cuándo se desarrolló esto? ¿Es grave? Preguntas que no tengo ninguna razón profesional para hacer inundan mi mente, seguidas inmediatamente por la vergonzosa revelación de que me importan las respuestas.

No debería importarme. No personalmente. Esto es negocio.

—He aprendido que la honestidad, incluso cuando duele, es más amable que el engaño bienintencionado. Que huir de las conversaciones difíciles causa más daño que enfrentarlas.

La ironía de esta declaración, viniendo de un hombre que me dejó con nada más que una nota de seis palabras, es casi insoportable. Y, sin embargo, hay algo en la frase que sugiere un arrepentimiento genuino, no solo tópicos.

Mi teléfono vibra con un mensaje de Tessa: "T menos 10 minutos hasta que comience la Operación Masoquismo. ¿Necesitas entrega de pastelería de emergencia?"

Sonrío a pesar de mí misma.

Yo: "Estoy bien. Modo profesional activado".

Tessa: "Claro que sí. Solo recuerda, si necesitas escapar, envíame la palabra clave 'EVACUACIÓN' y te llamaré con una emergencia de panadería".

Yo: "¿Qué tipo de emergencia de panadería requeriría mi experiencia específica?"

Tessa: "No sé. ¿Un soufflé rebelde? ¿Un levantamiento de mazapán? Improvisaré".

Dejo mi teléfono a un lado, apreciando su preocupación pero decidida a no necesitarla. Hoy se trata de recopilar información —clínica, práctica— que me ayudará a encontrar la pareja de Ryan y ganar nuestra apuesta. Nada más.

La campana sobre mi puerta suena precisamente a las diez en punto. Ryan Hayes siempre ha sido puntual, un rasgo que una vez compartimos y admiramos el uno en el otro. Me enderezo en mi silla, alisando arrugas inexistentes de mi vestido cruzado verde esmeralda, y fijo mi sonrisa profesional en su lugar.

—Buenos días —digo en voz alta, firme y controlada.

Ryan aparece en la puerta de mi oficina, y por un momento me impresiona la extraña dualidad en él —tan familiar y a la vez tan diferente. Su camisa azul hace resaltar sus ojos, los mismos ojos que una vez conocí mejor que los míos propios. Pero hay nuevas líneas en las comisuras, una gravedad en su expresión que no estaba ahí antes.

—Buenos días, Zoe —dice, vacilando en el umbral como si no estuviera seguro de su bienvenida—. Gracias por hacerme un hueco.

Señalo la silla frente a mi escritorio en lugar del más íntimo sofá de dos plazas donde normalmente realizo las consultas de parejas. La distancia es clave.

—Estoy tratando esto como cualquier otra reunión con un cliente —digo, sacando mi tablilla —. Cuanta más información detallada tenga, mejor compatibilidad podré conseguir.

Ryan se acomoda en la silla, su postura relajada pero alerta.

—Tiene sentido. Aunque dudo que la mayoría de tus clientes sean personas que conoces desde la clase de química en la universidad.

—Te sorprenderías —respondo, decidida a mantener las cosas profesionales—. Pueblo pequeño. He emparejado a varias personas con las que fui al instituto.

—¿Con éxito?

—Noventa y cinco por ciento de tasa de éxito —le recuerdo, haciendo clic con mi bolígrafo tal vez con más fuerza de la necesaria—. Comencemos aclarando algunas de tus respuestas al cuestionario.

Durante los siguientes veinte minutos, mantengo una estricta distancia profesional, haciendo preguntas estándar de seguimiento sobre sus preferencias de estilo de vida, satisfacción profesional y hábitos sociales. Ryan responde reflexivamente, dándome puntos de datos útiles sin revelar nada demasiado personal.

Luego llegamos a la sección sobre valores relacionales, y el cuidadoso límite que he establecido comienza a tambalearse.

—Escribiste que valoras "la comunicación honesta incluso cuando es dolorosa" —digo, manteniendo un tono neutro—. ¿Puedes elaborar sobre cómo es eso para ti?

Ryan se mueve en su silla, sus dedos golpeando ligeramente el reposabrazos.

—Creo que las relaciones fracasan cuando las personas ocultan su verdad por miedo o un intento equivocado de proteger a la otra persona. En mi trabajo, veo el daño que surge de evitar conversaciones difíciles hasta que es demasiado tarde.

No puedo evitarlo.

—Perspectiva interesante viniendo de alguien que dejó una nota en lugar de tener una conversación.

En el momento en que las palabras salen de mi boca, me arrepiento. Esto no se trata de nuestro pasado. Se trata de encontrar su pareja. Profesional, no personal.

Ryan no se inmuta.

—Punto justo —dice en voz baja—. No practiqué lo que ahora predico. Ese fracaso ha dado forma a todo mi enfoque sobre las transiciones en las relaciones. Aprendí por las malas que el silencio causa más dolor que la honestidad, sin importar cuán difícil sea.

Su admisión me toma por sorpresa. Esperaba defensividad, quizás evasión, no este tranquilo

reconocimiento del fracaso.

—Ya veo —digo, haciendo una anotación que en realidad no tiene nada que ver con sus criterios de compatibilidad—. Continuando. Mencionaste una condición cardíaca en tu cuestionario. Eso es algo que una posible pareja necesitaría entender. ¿Puedes contarme más al respecto?

Algo parpadea en la expresión de Ryan —sorpresa, quizás, o vacilación.

—Es cardiomiopatía genética —dice después de un momento—. Me diagnosticaron a los veinticinco. Afecta al músculo cardíaco, haciendo más difícil bombear sangre de manera efectiva. Puede causar arritmias, insuficiencia cardíaca en casos graves.

Escribo esto, mi bolígrafo de repente pesado en mi mano. Veinticinco. Justo antes de nuestra boda. El momento no pasa desapercibido para mí, pero aparto el pensamiento.

—¿Y el pronóstico? Para fines de compatibilidad —añado rápidamente.

Los ojos de Ryan se encuentran con los míos, y veo un destello de algo más profundo —una sombra de lo que debe haber sido un miedo genuino en aquel entonces. Toma un respiro lento antes de responder.

—Cuando me diagnosticaron por primera vez, los médicos no estaban... optimistas —dice cuidadosamente—. Había complicaciones que no estaban seguros de cómo abordar. Los protocolos de tratamiento no eran tan avanzados entonces. Estaba enfrentando una posible insuficiencia cardíaca antes de los cuarenta, posiblemente necesitando un trasplante. —Hace una pausa, sus dedos tocando inconscientemente su pecho—. Ahora las cosas están mucho mejor. Nuevos medicamentos, mejor monitoreo. Con un manejo adecuado, puedo vivir una vida relativamente normal, aunque ciertas actividades siguen estando restringidas. Hace diez años, sin embargo... —Niega ligeramente con la cabeza—. La perspectiva era lo suficientemente sombría como para hacerme reevaluar todo.

Hace diez años. Las palabras quedan suspendidas entre nosotros, cargadas de significado tácito. Quiero preguntar más —¿fue por esto que se fue?— Pero esa no es una pregunta profesional. Es personal, y no puedo permitirme lo personal ahora mismo.

—Entiendo —digo de nuevo, pasando al siguiente punto en mi lista—. Mencionaste que disfrutas "conversaciones significativas sobre intereses compartidos". ¿Qué intereses son más importantes para ti ahora?

Ryan parece relajarse ante el cambio de tema.

—Todavía me encanta el senderismo, explorar nuevos lugares. He desarrollado un aprecio por el café artesanal —peligro de vivir en Chicago durante años. Leo más que antes, principalmente psicología y filosofía, pero también ficción que explora la condición humana.

—¿Algún autor específico?

—Irvin Yalom para psicología. Para ficción, últimamente me ha interesado Kazuo Ishiguro. Ah, y todavía tengo debilidad por la poesía de Mary Oliver.

Casi se me cae el bolígrafo.

—¿Ahora lees a Mary Oliver?

Sonríe, una expresión genuina que llega a sus ojos.

—Sus perspectivas sobre la naturaleza y la transitoriedad me hablan. "Dime, ¿qué planeas hacer con esta única vida salvaje y preciosa?".

—De "El día de verano" —digo automáticamente. Es uno de mis poemas favoritos, uno que descubrí años después de nuestra ruptura durante mi propio proceso de sanación. La idea de que Ryan y yo independientemente encontramos consuelo en las palabras de la misma poeta me inquieta.

—Siempre tuviste un excelente gusto literario —dice, y por un momento, estamos de vuelta en nuestro apartamento universitario, debatiendo libros a través de la mesa de la cocina, apasionados y comprometidos.

Me aclaro la garganta, volviendo a mi tablilla.

—Hablemos de tus patrones de relación desde... en los últimos años.

La expresión de Ryan se vuelve pensativa.

—He salido con gente, aunque nada serio. La mayoría de las relaciones terminaron debido a objetivos de vida o estilos de comunicación incompatibles.

Hace una pausa, su mirada se desvía hacia la ventana antes de volver a mí con una franqueza inesperada.

—Con honestidad, una parte de mí ha sido reacia a comprometerme por completo, sabiendo que mi situación de salud añade complicaciones. Cuando te enfrentas a la mortalidad de una manera en que la mayoría de las personas de tu edad no lo hacen, cambia cómo abordas las relaciones. No quieres ser una carga para alguien, pero tampoco quieres perder el tiempo en conexiones que no son significativas.

La vulnerabilidad en su admisión me toma por sorpresa. Esta no es la respuesta calculada de alguien tratando de sabotear mi proceso de compatibilidad —es una verdad cruda, ofrecida sin expectativas.

—Eso es comprensible —digo, sorprendida por mi propia sinceridad—. Los desafíos de salud afectan significativamente la dinámica de las relaciones.

Dudo, mi bolígrafo suspendido sobre la tablilla. Una pequeña voz me advierte que no cruce el límite profesional que he establecido, pero algo en la honestidad de Ryan exige reciprocidad. Tomo aire, luego añado:

—La insuficiencia cardíaca de mi padre también moldeó cómo veo las relaciones. Ver a mi madre cuidarlo me mostró que el amor no se trata solo de los momentos fáciles.

Me muerdo el labio, sorprendida por mi propia revelación. Esto no estaba en mi guion. No debería estar compartiendo reflexiones personales durante una consulta profesional.

—Tus padres tenían un matrimonio hermoso —dice Ryan suavemente—. Recuerdo cómo tu padre siempre llamaba a tu madre su "estrella constante". Incluso cuando estaba enfermo.

El recuerdo me golpea con una fuerza inesperada —papá en su cama de hospital, alcanzando la mano de mamá, su voz débil pero sus palabras fuertes: "Ahí está mi estrella constante". ¿Cómo es que Ryan recuerda ese detalle cuando yo misma casi lo he olvidado?

—Sí, lo tenían —logro decir, revolviendo mis papeles para ocultar mi emoción—. Volviendo a tus preferencias. Mencionaste que buscas a alguien que "te desafíe intelectualmente pero comparta tus valores fundamentales sobre familia y comunidad". ¿Puedes ampliar esos valores fundamentales?

Ryan se inclina hacia adelante, su expresión sincera.

—Creo en estar presente para las personas —ser confiable y presente, especialmente durante tiempos difíciles. Valoro la autenticidad por encima del desempeño social. Y creo que las relaciones, incluso cuando terminan, deben manejarse con dignidad y respeto.

—Has mencionado la dignidad varias veces —observo, haciendo otra anotación—. Eso parece central en tu filosofía.

—Lo es —asiente—. Todos merecen que su humanidad sea honrada, especialmente durante transiciones vulnerables. Esa es la base de mi trabajo.

Me encuentro asintiendo. A pesar de nuestros modelos de negocio opuestos, no puedo discutir con este principio.

—Eso no es tan diferente de mi enfoque, en realidad. Creo que todos merecen ser realmente vistos y valorados por quienes son —esa es la base de una compatibilidad exitosa.

Ryan sonríe de nuevo, esa expresión cálida que solía hacer que mi corazón se saltara un latido.

—No somos tan opuestos como nuestros negocios podrían sugerir, ¿verdad? Ambos intentando ayudar a las personas a honrar sus auténticos seres, solo que desde diferentes extremos del espectro de relaciones.

—Supongo que sí —admito a regañadientes—. Aunque todavía creo que la mayoría de las relaciones pueden funcionar con la base correcta y el compromiso con el crecimiento.

—Y yo creo que algunos finales son necesarios para nuevos comienzos —responde, pero sin hostilidad—. Somos perspectivas complementarias, de cierta manera.

—Perspectivas complementarias que hicieron una apuesta —le recuerdo, tratando de recuperar mi base profesional—. Hablando de eso, ¿has leído "Los siete principios para hacer que el matrimonio funcione" de Gottman?

—Por supuesto —responde Ryan inmediatamente—. "Maestros de las relaciones" versus "desastres de las relaciones", definidos no por la ausencia de conflicto sino por cómo lo navegan. La proporción mágica de cinco interacciones positivas por cada una negativa.

—Exactamente —digo, sorprendida por su familiaridad inmediata con la investigación sobre relaciones que solo recientemente he integrado en mi proceso de compatibilidad—. He encontrado que los principios de Gottman son notablemente precisos para predecir la compatibilidad a largo plazo.

—Aunque el modelo de apego de Van Epp ofrece un contrapunto interesante —añade Ryan —. La secuencia de cómo construimos relaciones —conocer, confiar, depender, comprometerse, tocar— importa tanto como los factores de compatibilidad mismos.

—¿También has leído a Van Epp? —no puedo ocultar mi sorpresa—. No sabía que los especialistas en finalización de relaciones estudiaban la teoría del apego tan a fondo.

—¿Cómo puedo ayudar a las personas a terminar relaciones con dignidad si no entiendo cómo se forman y mantienen? —pregunta Ryan, con la mirada firme—. Nuestros campos no están tan separados como podrías pensar.

Por un momento, somos colegas académicos en lugar de rivales comerciales o ex amantes, compartiendo un genuino intercambio intelectual. Es el tipo de conversación que he echado de menos —desafiante, atractiva, con alguien que entiende tanto la teoría como la práctica de la conexión humana.

La realización me devuelve bruscamente a mi propósito. No estoy aquí para encontrar puntos en común con Ryan Hayes. Estoy aquí para recopilar información para poder encontrar su pareja perfecta y ganar nuestra apuesta.

—Bien —digo enérgicamente—, creo que tengo suficiente información preliminar para comenzar el proceso de emparejamiento. Necesitaré revisar nuestra base de datos y posiblemente contactar con conexiones en pueblos vecinos. Evergreen Falls es encantador pero limitado en su grupo de citas.

Ryan se recuesta, aparentemente divertido por mi repentino regreso a los negocios.

—Lo que tú consideres mejor. Tú eres la experta.

—El siguiente paso típicamente involucraría observarte en un entorno social —continúo, consultando mis notas—. Ver cómo interactúas con otros puede revelar preferencias y patrones que quizás no reconozcas conscientemente.

—Tiene sentido. ¿Qué tenías en mente?

Echo un vistazo a mi calendario.

—El Mercado de Primavera de Agricultores es este sábado. Atrae a personas de varias comunidades circundantes, lo que me daría una muestra más amplia para evaluar factores potenciales de compatibilidad.

—¿Quieres que compre productos mientras analizas mi potencial de citas? —pregunta Ryan, con un indicio de su antigua sonrisa burlona jugando en la comisura de su boca.

—Quiero observar tus interacciones sociales naturales —aclaro, ignorando el aleteo en mi estómago ante su sonrisa—. Es un procedimiento estándar.

—Muy bien entonces. Mercado de Agricultores el sábado. —Se levanta, recogiendo su chaqueta—. Gracias por tu minuciosidad, Zoe. Puedo ver por qué tu tasa de éxito es tan impresionante.

En la puerta, hace una pausa.

—Por lo que vale, aprecio tu disposición a aceptar esta apuesta. Sé que no puede ser fácil, dada nuestra historia.

—Es solo negocio —digo—. Encontrar parejas compatibles es lo que hago.

Ryan asiente, su expresión ilegible.

—Por supuesto. Nos vemos el sábado.

Después de que se va, me quedo inmóvil en mi escritorio, el aroma de su colonia persistiendo ligeramente en el aire. Mi fachada profesional cuidadosamente construida se desmorona mientras proceso lo que acaba de suceder.

La entrevista reveló mucho más que preferencias de citas. Me mostró vislumbres de un Ryan que nunca conocí —reflexivo, introspectivo, dispuesto a reconocer sus errores. Un hombre que lee poesía y teoría de relaciones, que habla sobre dignidad y honestidad con convicción genuina.

Y la condición cardíaca. El momento de su diagnóstico —justo antes de nuestra boda— no puede ser coincidencia. ¿Podría haber sido por eso que se fue? El pensamiento echa raíces, imposible de desalojar.

Me vuelvo hacia mi computadora, abriendo mi base de datos de clientes para comenzar el proceso de emparejamiento. Objetivamente, las preferencias de Ryan son claras: alguien inteligente, emocionalmente maduro, guiado por valores, cómodo con su situación de salud. Alguien que lo desafíe intelectualmente pero comparta sus creencias fundamentales sobre estar presente para las personas.

Alguien, susurra mi mente traicionera, notablemente parecido a mí.

Aparto el pensamiento. Esto no se trata de nosotros. Se trata de encontrar a alguien más para él, ganar la apuesta y proteger mi negocio.

En una nueva página de mi cuaderno, comienzo a listar posibles coincidencias de mi base de datos —mujeres de Austin, San Antonio, incluso Dallas que podría valer la pena contactar. Mujeres profesionales con carreras flexibles a quienes no les importaría su ubicación en un pueblo pequeño. Mujeres con experiencia en cuidados que no se intimidarían por sus desafíos de salud.

Pero mientras trabajo, no puedo sacudirme la conversación sobre Mary Oliver, sobre Gottman y Van Epp, sobre dignidad y autenticidad. No puedo olvidar la forma en que sus ojos se suavizaron cuando mencionó el matrimonio de mis padres, recordando detalles que yo misma casi había perdido.

El Ryan Hayes que entrevisté hoy es a la vez familiar y extraño —el hombre que una vez amé y un desconocido que apenas estoy comenzando a entender. Y a pesar de cada límite profesional que he establecido, a pesar de diez años de ira y dolor, me encuentro curiosa acerca

de en quién se ha convertido.

Esta apuesta acaba de volverse infinitamente más complicada de lo que anticipé.

El sol de última hora de la tarde se inclina a través de las ventanas de mi oficina, proyectando largas sombras a través de los antiguos pisos de madera. He estado en mi escritorio durante horas, revisando perfiles, tomando notas y tratando de ignorar la voz molesta en mi cabeza que sigue volviendo a un detalle particular de mi entrevista con Ryan.

Condición cardíaca. Diagnosticado a los veinticinco. Justo antes de nuestra boda.

El momento es demasiado perfecto para ser coincidencia, pero no puedo conectar los puntos exactamente. ¿Por qué una condición cardíaca llevaría a alguien a abandonar a su prometida sin explicación? ¿No tendría más sentido apoyarse en tu pareja durante un diagnóstico así?

A menos que...

La realización me golpea con tanta fuerza que me aparto de mi escritorio, las ruedas de la silla chirriando contra el suelo. Mi padre murió de insuficiencia cardíaca cuando yo tenía dieciséis años. Pasé su último año en un estado constante de ansiedad, sobresaltándome con cada tos, monitoreando su medicación, despertándome en la noche para comprobar si aún respiraba.

¿Podría Ryan haber estado tratando de evitarme esa experiencia de nuevo? El pensamiento es simultáneamente indignante y desgarrador.

Sacudo la cabeza, frustrada conmigo misma. Estoy creando narrativas basadas en información incompleta —exactamente lo que advierto a mis clientes que no hagan. Ryan me dejó con una nota. Eso es el hecho que conozco con certeza. Todo lo demás es especulación.

Mi teléfono vibra con un mensaje de Tessa: "¿Informe de estado? ¿Todavía viva o la entrevista te ha llevado a la locura?"

Considero cómo responder. La verdad —que la entrevista fue inesperadamente agradable, que Ryan parece haber madurado de formas que nunca anticipé, que estoy comenzando a cuestionar la narrativa que he construido sobre nuestra ruptura— se siente demasiado vulnerable para compartir, incluso con Tessa.

Yo: "Entrevista completa. Recopilando datos. Comenzando proceso de emparejamiento."

Tessa: "Eso es muy profesional y completamente poco informativo. ¿Respondió las preguntas o trató de sabotear el proceso?"

Yo: "Fue sorprendentemente cooperativo. Casi demasiado honesto."

Tessa: "Interesante... ¿Y cómo TE sientes acerca de todo esto?"

Miro fijamente su pregunta, dedos suspendidos sobre el teclado. ¿Cómo me siento? Confundida. Inquieta. Curiosa de maneras en que no debería estarlo.

Yo: "Enfocada en ganar la apuesta. Nada más."

Tessa: "Claro, Jan. Y yo solo estoy horneando cupcakes casualmente, no probando bajo estrés nuevas recetas para esa revista de comida que podría llamar."

Sonrío ante su desvío y amor por The Brady Bunch. Las propias inseguridades de Tessa sobre su carrera de repostería han quedado en segundo plano para apoyarme a través de esta situación con Ryan, un sacrificio que me prometo abordar una vez que esta apuesta quede atrás.

Yo: "Vamos al Mercado de Agricultores el sábado. Procedimiento estándar de observación social."

Tessa: "Oh genial, una cita pública donde todo el pueblo puede mirar. Eso NO alimentará NINGÚN chisme."

Yo: "No es una cita. Es una evaluación profesional."

Tessa: "Sigue diciéndote eso. Estaré en mi puesto con rollos de canela frescos si necesitas una intervención de azúcar de emergencia."

Dejo mi teléfono a un lado y vuelvo a mi base de datos. La coincidencia potencial más prometedora hasta ahora es Olivia Reed, una consultora corporativa de Austin que viaja frecuentemente por trabajo pero está buscando establecerse. Es inteligente, independiente y tiene experiencia saliendo con alguien con problemas de salud —su ex pareja tenía diabetes.

Creo un perfil preliminar para ella, anotando puntos de compatibilidad potencial con Ryan. En papel, tienen sentido. Ella es atractiva, exitosa y comparte su curiosidad intelectual. Valora la honestidad y la comunicación directa. No se intimidaría por su condición cardíaca.

Entonces, ¿por qué la idea de presentarlos me llena de tanta incomodidad?

Mientras miro el perfil de Olivia, un rubor de calor sube desde mi cuello hasta mis mejillas, seguido por una extraña sensación hueca en mi estómago. La realización golpea con una fuerza inesperada —la mujer que estoy describiendo, esta supuesta pareja perfecta, comparte un inquietante número de cualidades conmigo. El éxito profesional, los intereses intelectuales, incluso la experiencia con la condición cardíaca de un ser querido...

Cierro mi laptop con más fuerza de la necesaria y me muevo hacia la ventana, presionando mis dedos contra mis sienes para despejar el repentino mareo. Al otro lado de la calle, las luces de la oficina de Ryan todavía están encendidas. Puedo verlo en su escritorio, cabeza inclinada sobre el papeleo, sorprendentemente similar a mi propia postura hace minutos. Por un momento, me permito reconocer la naturaleza paralela de nuestro trabajo —ambos tratando de ayudar a las personas a navegar relaciones, solo que desde extremos opuestos del espectro.

La idea de la "observación" del sábado envía otro aleteo a través de mi estómago que me niego a identificar como anticipación. Esto es negocio, me recuerdo severamente. Un medio para un fin. Una forma de proteger mi reputación profesional y hacer que Ryan Hayes se marche de una vez por todas.

Sin embargo, mientras lo observo a través de la ventana, no puedo evitar preguntarme si encontrar su pareja perfecta podría resultar más complicado —y más personalmente doloroso— de lo que anticipé cuando propuse esta apuesta.

Porque el Ryan Hayes que entrevisté hoy no es el villano que lo he pintado durante diez años. Es un hombre complejo y reflexivo que podría haber tenido razones para irse que nunca consideré. Razones que, si bien no excusan sus acciones, al menos podrían explicarlas.

Capítulo 10

Ryan

Llevo veinte minutos contemplando mi armario. Veinte minutos completos de mi vida adulta decidiendo qué ponerme para ir a un mercado de agricultores donde mi ex-prometida me "observará" con fines profesionales. En esto me he convertido.

—No es una cita —murmuro al apartamento vacío, sacando una camiseta henley azul, volviéndola a guardar, y sacándola nuevamente—. Es una evaluación profesional.

Pero si es solo profesional, ¿por qué me he cambiado de camisa tres veces?

El sol matutino se filtra por las ventanas de mi apartamento, iluminando el escaso mobiliario de mi hogar temporal sobre la ferretería. El lugar todavía se siente provisional, con cajas a medio desempacar, nada en las paredes excepto una única fotografía enmarcada de mi graduación universitaria con Marcus. Como si no estuviera completamente comprometido a quedarme, incluso mientras lucho por mantener mi negocio aquí.

Finalmente me decido por la henley azul y unos vaqueros oscuros: casual pero arreglado. Profesional sin parecer que me esfuerzo demasiado. El tipo de atuendo que dice: "Solo estoy siendo observado con fines de emparejamiento, nada que ver aquí".

Mi teléfono vibra con un mensaje de Marcus: "Buena suerte en tu cita que no es cita. Recuerda mantener contacto visual pero NO DEMASIADO contacto visual. Las mujeres odian eso. ¿O quizás les encanta? No recuerdo."

Pongo los ojos en blanco y respondo: "No es una cita. Es una observación profesional. Por la apuesta."

Su respuesta es inmediata: "Claro que sí. Y yo solo hago cerveza, no estoy creando arte líquido. Sigue diciéndote eso, Hayes."

Dejo el teléfono, ignorando su siguiente cadena de emojis sugestivos. Marcus tiene buenas intenciones, pero no entiende la complejidad de la situación. ¿Cómo podría? Ni siquiera estoy seguro de entenderla yo mismo.

La entrevista de ayer con Zoe me dejó más inquieto de lo que esperaba. Las preguntas cuidadosas, la distancia profesional que mantuvo, los breves momentos en que su compostura flaqueó y vislumbré a la mujer que una vez conocí tan bien... todo se combinó en un confuso cóctel emocional que todavía estoy tratando de procesar.

Miro mi reloj. Treinta minutos hasta que deba encontrarme con Zoe en el mercado de agricultores. Agarro mi cartera y las llaves, luego me detengo ante la pequeña caja de madera en mi mesita de noche. Dentro está la medicación que tomo diariamente para mi miocardiopatía—las pastillas que mantienen mi corazón latiendo con un ritmo relativamente normal, que han extendido mi esperanza de vida desde el sombrío pronóstico de hace diez años.

Me trago las pastillas con un vaso de agua, un recordatorio diario de la mortalidad que se ha

vuelto tan rutinario como cepillarme los dientes. Luego me dirijo a la puerta, deteniéndome solo para mirarme una vez más en el espejo.

—Solo una observación —le recuerdo a mi reflejo—. Nada más.

Mi reflejo no parece convencido.

El Mercado de Agricultores de Evergreen Falls transforma la plaza del pueblo cada sábado desde marzo hasta noviembre. Carpas blancas bordean el perímetro, llenas de productos locales, artesanías hechas a mano y alimentos artesanales. El aire primaveral trae los aromas entremezclados de fresas frescas, palomitas de maíz y cornejos en flor.

Llego temprano, un hábito que nunca he dejado, y encuentro un banco cerca de la fuente central para esperar a Zoe. A mi alrededor, el pueblo vibra con energía de fin de semana—familias con niños, parejas tomadas de la mano, ancianos moviéndose a su propio ritmo entre los coloridos puestos.

Este es el Evergreen Falls que recuerdo, la comunidad que una vez se sintió como mi hogar antes de que huyera de él. Allí está la señora Peterson arreglando flores en su puesto, el señor Jenkins vendiendo artículos de ferretería (sin duda vigilándome después de nuestra consulta), y Tessa Chen montando una exhibición de pasteles que me hace agua la boca desde nueve metros de distancia.

Estoy tan absorto observando el paisaje familiar-pero-cambiado que no me doy cuenta de que Zoe se acerca hasta que está justo frente a mí.

—Llegaste temprano —dice, y por un momento olvido responder porque, bueno, porque se ve hermosa.

La Zoe profesional usa vestidos estructurados y tacones sensatos, su pelo castaño rojizo típicamente recogido en un estilo práctico. La Zoe de fin de semana lleva vaqueros que le quedan perfectamente y un suéter verde que resalta las motas doradas de sus ojos, su cabello cayendo en ondas sueltas alrededor de sus hombros. Se ve más joven, más relajada, más como la Zoe que solía conocer.

—Tú también —consigo decir finalmente, poniéndome de pie rápidamente—. Viejos hábitos.

—Algunas cosas nunca cambian —coincide, y hay un toque de calidez en su voz antes de enderezar los hombros y cambiar al modo profesional—. Entonces, el plan es simple. Caminaremos por el mercado y observaré cómo interactúas en un entorno social. Me ayuda a identificar patrones y preferencias que quizás no reconozcas conscientemente.

—¿Como qué? —pregunto, genuinamente curioso sobre su proceso.

—Como si te sientes más atraído hacia ciertos tipos de vendedores. Si te relacionas más con extrovertidos o introvertidos. Cómo respondes a diferentes estilos de comunicación. —Saca una pequeña libreta—. Intenta actuar con naturalidad.

Me río. —Nada hace que alguien actúe con naturalidad como que le digan que actúe con naturalidad.

Una sonrisa tira de la comisura de su boca antes de que la suprima. —Buen punto. Solo... haz lo tuyo. Finge que no estoy analizando cada uno de tus movimientos.

—Sin presión alguna —digo con sarcasmo, pero empiezo a caminar hacia los puestos del mercado—. Guía el camino, Profesora Miller.

Comenzamos nuestro recorrido por el mercado, deteniéndonos en varios puestos. Intento ignorar la mirada atenta de Zoe y sus ocasionales anotaciones, concentrándome en cambio en los vendedores y sus productos. En el puesto de miel, charlo con el apicultor sobre el trastorno del colapso de las colonias. En el puesto de verduras, discuto sobre variedades de tomates de

herencia con un entusiasta agricultor.

Nubes oscuras comienzan a formarse en el horizonte mientras nos movemos entre los puestos, pero ninguno de los dos las menciona todavía.

—Tienes más conocimiento sobre agricultura de lo que recuerdo —comenta Zoe mientras nos alejamos de un puesto que vende mermeladas caseras.

—Chicago tiene mercados de agricultores increíbles —explico—. Me metí en el movimiento de alimentos locales allí, en parte por los beneficios ambientales, en parte porque cocinar se convirtió en una especie de terapia para mí.

—¿Ahora cocinas? —Suena genuinamente sorprendida—. ¿El hombre que una vez hizo sonar la alarma de humo haciendo ramen instantáneo?

Me río, recordando el incidente de nuestro apartamento universitario. —La gente cambia, Zoe. Puedo hacer un risotto que te haría llorar.

—Afirmación atrevida —dice, pero ahora está sonriendo, una sonrisa auténtica que llega a sus ojos—. ¿Qué más te enseñó Chicago?

—A apreciar la arquitectura. A navegar el transporte público sin sufrir una crisis. A reconocer cuándo un fan de los Cubs necesita espacio versus cuándo necesita consuelo.

—Habilidades esenciales para la vida —coincide, y por un momento, somos solo dos personas disfrutando de una conversación, no ex-prometidos involucrados en una apuesta profesional.

El momento se rompe cuando Zoe de repente se congela, con los ojos muy abiertos. —Rápido, detrás de las manzanas —susurra, agarrando mi brazo y arrastrándome detrás de una imponente exhibición de frutas.

—¿Qué estamos...? —empiezo, pero ella me chista, asomándose alrededor de la pirámide de manzanas.

—Olivia Reed —susurra—. Posible candidata. Consultora corporativa de Austin. Estaba planeando presentártela, pero no todavía. No he preparado los parámetros de introducción.

Echo un vistazo por el otro lado de la exhibición y veo a una elegante morena examinando quesos artesanales en un puesto cercano. Es objetivamente atractiva, vestida profesionalmente incluso para un mercado de sábado, y completamente sin interés para mí.

—¿Entonces nos estamos escondiendo porque...?

—Porque no he establecido las condiciones adecuadas para el encuentro —explica Zoe, como si esto debiera ser obvio—. Las primeras impresiones son cruciales en las posibles parejas. El ambiente, el momento, el contexto... todo importa.

—Has pensado mucho en esto —observo, divertido por su intensidad.

—Literalmente es mi trabajo —me recuerda, todavía observando a Olivia como una fotógrafa de fauna siguiendo una especie elusiva—. Bien, se está moviendo hacia el puesto de cerámica. Si rodeamos por detrás del...

Zoe retrocede, su codo conectando con el borde de la exhibición de manzanas. Me lanzo hacia adelante, tratando de estabilizarla, pero es demasiado tarde. La pirámide cuidadosamente organizada colapsa, enviando manzanas rebotando y rodando en todas direcciones. Una Honeycrisp particularmente entusiasta rueda hasta las botas de diseñador de Olivia Reed.

—Oh, Dios —gime Zoe mientras el granjero se apresura, su expresión oscilando entre preocupación e irritación.

—Lo siento muchísimo —digo, ya arrodillándome para recoger la fruta dispersa—. Fue un accidente. Ayudaremos a limpiar.

Zoe se une a mí en el suelo, sus mejillas casi tan rojas como las manzanas que estamos

recogiendo. —Esto es humillante —murmura, alcanzando una Granny Smith fugitiva debajo de una mesa.

—Considéralo una retribución kármica por la planta que tiraste en mi oficina —susurro, lo que me gana una mirada fulminante que rápidamente se disuelve en una risa reticente.

Durante los siguientes minutos, gateamos por el mercado, recogiendo manzanas de lugares cada vez más improbables. Encuentro una anidada entre jabones artesanales. Zoe recupera otra desde dentro de una maceta vacía. El granjero nos observa con resignación divertida mientras reconstruimos su exhibición.

—Bueno —dice Zoe cuando finalmente terminamos, quitándose la suciedad de las rodillas —, creo que podemos decir con seguridad que Olivia Reed ya ha formado su primera impresión de ti.

Miro hacia donde la mujer en cuestión nos observa con diversión apenas disimulada antes de seguir su camino. —¿No exactamente la sofisticada presentación que habías planeado?

—No exactamente, no. —Zoe se coloca un mechón de cabello detrás de la oreja, un gesto tan familiar que hace que mi pecho duela de nostalgia—. Aunque tus habilidades de manejo de crisis fueron reveladoras.

—¿Reveladoras profesionalmente, o...?

—Inmediatamente asumiste la responsabilidad y te enfocaste en soluciones en lugar de excusas —dice, volviendo al modo de evaluación—. Eso dice algo sobre tu carácter.

—O simplemente que he tenido práctica limpiando mis desastres —digo, más seriamente de lo que pretendía.

Nuestras miradas se encuentran, y por un momento, el aire entre nosotros se siente cargado de palabras no dichas. Luego un trueno distante rompe el silencio.

—¿Fue eso...? —Zoe mira hacia el cielo ahora oscurecido.

—Un trueno —confirmo, sintiendo la primera gota de lluvia golpear mi mejilla—. Las nubes se han estado formando por un tiempo.

El cielo se abre sin más aviso, la lluvia cayendo en cortinas. Los asistentes al mercado se dispersan, los vendedores corren a cubrir sus mercancías, y Zoe y yo quedamos atrapados en el diluvio.

—¡El quiosco! —grita sobre el aguacero, señalando la estructura blanca en el centro de la plaza. Corremos hacia el refugio, uniéndonos a un puñado de otros refugiados de la lluvia acurrucados bajo su techo protector.

Es solo cuando estamos allí, recuperando el aliento, que me doy cuenta de dónde estamos. El quiosco. Donde le propuse matrimonio a Zoe hace diez años, bajo la lluvia, arrodillado con el agua empapando mis pantalones, la cajita del anillo casi resbalándose de mis dedos.

Por la forma en que Zoe se tensa a mi lado, ella también se ha dado cuenta.

La lluvia golpea contra el techo del quiosco, creando una cortina de agua alrededor de la estructura que da la ilusión de privacidad a pesar de las pocas personas que comparten nuestro refugio. Zoe y yo nos mantenemos ligeramente apartados de los demás, ninguno de los dos reconociendo la importancia de nuestra ubicación.

—Tanto para la observación profesional —dice finalmente, escurriendo agua del borde de su suéter—. A menos que quieras que anote que huyes de la lluvia como una persona normal.

—Estoy lleno de sorpresas —respondo, tratando de mantener un tono ligero—. Como mi extenso conocimiento sobre tomates de herencia.

Una pequeña sonrisa tira de sus labios. —Todavía estoy procesando esa. Junto con la revelación de que cocinas. —Duda, luego añade—: ¿Qué más me perdí en diez años?

La pregunta se siente como una puerta abriéndose, solo una rendija, hacia un territorio que hemos estado evitando. Considero mi respuesta cuidadosamente.

—Aprendí a jugar ajedrez, aunque no muy bien. Desarrollé aprecio por el jazz. Corrí una media maratón antes de que mi cardiólogo me lo desaconsejara. —Hago una pausa, observando su reacción—. Extrañé este lugar más de lo que esperaba.

—Evergreen Falls tiene una forma de meterse bajo tu piel —coincide, mirando hacia la plaza empapada por la lluvia—. Pensé en irme, después... después de todo. Mi madre sugirió que podría necesitar un nuevo comienzo.

—¿Por qué te quedaste? —pregunto, genuinamente curioso.

Ella considera esto, distraídamente enrollando un mechón de cabello húmedo alrededor de su dedo. —Terquedad, al principio. Me negué a ser expulsada de mi hogar. Luego se trató de construir algo significativo aquí. Demostrar que podía crear un negocio exitoso en el lugar donde experimenté mi mayor fracaso.

—Tu negocio no es solo exitoso —digo—. Es excepcional. Lo que has construido, Zoe... es importante para la gente. Les ayudas a encontrar conexión en un mundo que hace que las relaciones auténticas sean cada vez más raras.

Me mira, con sorpresa evidente en su expresión. —Eso es... gracias.

—Lo digo en serio. —Me apoyo contra la barandilla del quiosco, viendo cómo la lluvia crea charcos en el camino—. En Chicago, vi a tanta gente atrapada en el aislamiento, convenciéndose de que lo preferían a la vulnerabilidad de la conexión. Lo que tú haces —ayudar a la gente a encontrar su pareja— es un trabajo significativo.

—¿Incluso si crees que algunas relaciones están destinadas a terminar? —pregunta, la pregunta directa pero no hostil.

—Especialmente entonces —respondo—. El hecho de que algunos viajes tengan puntos finales no hace que el trayecto carezca de valor.

Me estudia, con la cabeza ligeramente inclinada. —Eso es realmente bastante poético.

—Otra cosa que te perdiste: desarrollé una vena filosófica. —Sonrío, luego reúno coraje para preguntar—: ¿Y tú? ¿Qué me habría perdido yo en diez años?

Zoe mira la lluvia durante un largo momento antes de responder. —Aprendí a hacer jardinería, aunque mi tasa de éxito con las verduras no coincide con mis estadísticas de emparejamiento. Me metí en las carreras de distancia, me ayuda a aclarar mi mente cuando los casos son complicados. Me he convertido en la asesora no oficial de relaciones para la mitad del pueblo, lo que es halagador y ocasionalmente agotador. —Hace una pausa—. Y finalmente leí todas las novelas de Jane Austen, no solo Orgullo y prejuicio.

—¿Cuál es tu favorita ahora? —pregunto, recordando cómo solía defender a Elizabeth Bennet y al señor Darcy como la pareja literaria definitiva.

—Persuasión —dice sin vacilar—. Trata sobre segundas oportunidades y volverse más sabio con el tiempo. Sobre dos personas que se encuentran nuevamente después de años separados, habiendo cambiado pero todavía encajando de alguna manera. —Se detiene abruptamente, como si de repente escuchara los paralelismos en sus propias palabras.

Un silencio incómodo cae entre nosotros, roto solo por el constante tamborileo de la lluvia y el trueno distante.

—He pensado en ti. A lo largo de los años. Me he preguntado cómo te iba, si eras feliz —admito, mi voz más baja ahora.

—¿Por qué no llamaste? ¿O escribiste? —La pregunta sale apenas por encima de un susurro.

—¿Habrías respondido? —pregunto suavemente.

Ella no responde inmediatamente, lo cual es respuesta suficiente. Luego dice: —No lo sé. Quizás no al principio. Pero después... todavía tenía preguntas. Todavía...

Se interrumpe cuando instintivamente miro mi reloj, un hábito cuando las conversaciones se vuelven demasiado intensas. Su expresión se cierra inmediatamente.

—Siento aburrirte con la historia de mi vida —dice, su tono enfriándose—. Estoy segura de que tienes cosas más importantes que hacer que rememorar el pasado.

—No, Zoe, eso no es... —empiezo, pero ella ya se está alejando, creando distancia física para igualar el distanciamiento emocional.

—La lluvia está amainando —observa, con la máscara profesional firmemente de vuelta en su lugar—. Deberíamos regresar. He reunido suficientes datos observacionales por hoy.

Quiero explicar que no estaba comprobando la hora porque estuviera aburrido —todo lo contrario. Estaba haciendo lo que siempre hago cuando me siento vulnerable: crear una distracción, una escapatoria momentánea. Pero el momento ha pasado, la puerta que se estaba abriendo ahora firmemente cerrada de nuevo.

Caminamos de regreso hacia el mercado en silencio, la lluvia reducida a una suave llovizna. Los vendedores están saliendo de sus refugios, reorganizando exhibiciones humedecidas por el repentino chaparrón. La vida reanudando su ritmo normal después de la breve interrupción.

—Compilaré mis notas y comenzaré a organizar presentaciones con posibles candidatas la próxima semana —dice Zoe cuando llegamos al borde de la plaza. Su voz es puramente profesional ahora, como si nuestra conversación en el quiosco nunca hubiera sucedido—. Tengo varias candidatas que se alinean con tus preferencias declaradas.

—Genial —respondo, aunque la idea de salir con alguien que Zoe ha seleccionado me llena con una extraña combinación de temor y resignación—. Esperando con interés.

Asiente, ya desplazándose por su teléfono. —Te enviaré un correo electrónico con los detalles. Gracias por tu cooperación hoy.

—Zoe —digo, incapaz de dejarla irse así—. Sobre lo que pasó en el quiosco...

—Nada pasó en el quiosco —interrumpe, finalmente encontrando mis ojos—. Nos pilló la lluvia. Hablamos de libros y pasatiempos. Todo muy informativo para mi proceso de emparejamiento.

Reconozco el mecanismo de defensa por lo que es—el mismo que he empleado durante años. Retirándose a la distancia profesional cuando la intimidad emocional se vuelve demasiado amenazante.

—Por supuesto —acepto, sin querer presionarla más—. Puramente profesional.

Asiente, aparentemente aliviada. —Debería irme. Muchos datos que procesar.

La veo alejarse, su postura recta y confiada, sin revelar nada de la mujer que casi se abrió a mí minutos atrás. La mujer que ahora lee Persuasión en lugar de Orgullo y prejuicio, que encuentra significado en historias de segundas oportunidades y crecimiento a lo largo del tiempo.

Mientras me dirijo hacia mi apartamento, me sorprende darme cuenta de que ninguna posible pareja que Zoe encuentre podría compararse con lo que una vez tuvimos—con lo que todavía podríamos tener si ambos pudiéramos bajar nuestras defensas el tiempo suficiente para ser honestos el uno con el otro.

Por primera vez desde que acepté esta apuesta, me encuentro esperando que ella fracase en encontrar mi pareja perfecta. Porque estoy cada vez más seguro de que ya la he conocido, y la dejé ir una vez en un intento equivocado de protegerla.

No cometeré ese error de nuevo.

Capítulo 11

Zoe

Las parejas perfectas no suceden por accidente. Ese es mi lema empresarial, mi mantra y el fundamento de mi índice de éxito del noventa y cinco por ciento. Crear las condiciones ideales para el romance es tanto una ciencia como una forma de arte, una que he pasado años dominando.

Por eso actualmente estoy comparando datos astronómicos con pronósticos meteorológicos y estadísticas de reservas de restaurantes para determinar la noche óptima para la primera cita de Ryan con Olivia Reed.

—Martes a las siete —murmuro, haciendo una anotación en mi agenda codificada por colores—. Cielo despejado, luna nueva, veinte grados. El ambiente más tranquilo de The Harvest Table entre semana promueve la conversación sin silencios incómodos.

Estoy siendo minuciosa. Profesional. Este nivel de detalle es lo que diferencia a Perfect Pairs Matchmaking de las citas improvisadas por aficionados. No tiene absolutamente nada que ver con la extraña sensación hueca en mi pecho cada vez que me imagino a Ryan sentado frente a Olivia, riéndose de sus anécdotas corporativas, siendo cautivado por su inteligencia perfeccionada con un MBA.

Mi mirada se desvía hacia la ventana, donde se puede ver la oficina de Ryan al otro lado de la calle. Está en su escritorio, con el teléfono pegado a la oreja, gesticulando mientras habla. Hay una intensidad concentrada en su postura, una tranquila confianza que no estaba ahí hace diez años.

Me sorprendo mirándolo fijamente y rápidamente aparto la vista, reorganizando los archivos ya perfectamente ordenados sobre mi escritorio.

Esto se está volviendo ridículo. He estado distraída desde la "observación" en el mercado de agricultores hace dos días. La distancia profesional nunca había sido difícil para mí antes; habitualmente guío a los clientes a través de conversaciones intensamente personales sobre sus preferencias románticas sin pestañear. Pero algo sobre estar con Ryan en ese quiosco, con la lluvia creando un mundo privado a nuestro alrededor, me ha dejado inquieta.

—Persuasión —murmuro, molesta por mi propia confesión literaria. De todas las novelas de Austen que podía nombrar como mi favorita, tuve que elegir la que trata sobre el amor perdido y las segundas oportunidades. Prácticamente le entregué un mapa de mi vulnerabilidad emocional.

Acerco el expediente de Olivia Reed hacia mí, revisando sus impresionantes credenciales. Consultora corporativa especializada en transiciones organizacionales. MBA de Wharton. Se ofrece como voluntaria en una organización benéfica para enfermedades cardíacas. Es inteligente, exitosa y físicamente atractiva de esa manera pulida y profesional que habla de membresías de Pilates y rutinas costosas para el cuidado de la piel.

Es perfecta para Ryan.

La odio un poco, lo cual es completamente poco profesional y no es en absoluto el objetivo de este ejercicio.

—Concéntrate, Zoe —me digo a mí misma, sacando mi agenda profesional para diseñar el escenario ideal para la primera cita.

7:00 PM: Llegada a Harvest Table (Ryan llega primero, establece un ambiente cómodo)

7:05 PM: Olivia llega (puntual pero no demasiado ansiosa)

7:05-7:15 PM: Conversación inicial (clima, trayecto al restaurante - temas neutrales)

7:15-7:30 PM: Selección de aperitivos (plato compartido fomenta la cooperación)

7:30-8:00 PM: Discusión de antecedentes (facilitada por vino cuidadosamente seleccionado - el Pinot Noir ha demostrado ser más efectivo para solteros profesionales)

8:00-8:45 PM: Plato principal (los temas deben progresar a valores, metas, aspiraciones futuras)

8:45-9:15 PM: Postre (oportunidad para revelaciones más personales)

9:15-9:30 PM: Despedida cómoda (si el clima lo permite, un breve paseo a los coches permite una conclusión natural)

Miro fijamente la línea de tiempo, frustrada por la incómoda opresión en mi garganta. Esto es lo que hago: crear condiciones óptimas para el romance. Soy buena en ello. La mejor, según mis métricas de éxito. Entonces, ¿por qué planificar esta cita en particular se siente como organizar mi propia ejecución?

Mi mirada vuelve a desviarse hacia la ventana. Ryan está de pie ahora, recortado contra la luz de su oficina. Por un momento, nuestras miradas se encuentran a través de la distancia entre nuestros edificios. Levanta la mano en un pequeño saludo. Sin pensarlo, le devuelvo el saludo, y luego inmediatamente bajo la mano, avergonzada de que me haya sorprendido observándolo.

—Esto es profesional —me recuerdo firmemente—. Nada más. Vas a encontrar su pareja perfecta, ganar la apuesta y sacar a tu competidor de negocios de la ciudad. Fin de la historia.

Vuelvo a mi agenda, anotando determinadamente temas de conversación para la cita de Ryan y Olivia. Pero mi concentración se rompe por el recuerdo de estar parada en el quiosco, con la lluvia creando una cortina a nuestro alrededor, la tranquila confesión de Ryan: "Extrañé este lugar más de lo que esperaba".

Sacudo la cabeza para aclararla. Tengo una cita que organizar. Una apuesta que ganar. Un negocio que proteger.

Y absolutamente ningún interés personal en nada de esto.

—¿Estás haciendo qué? —Tessa casi se atraganta con su chai latte, abriendo los ojos por encima del borde de su taza.

The Roasted Bean vibra con energía de mediodía: el tintineo de las tazas, el silbido de la máquina de espresso, el murmullo de conversaciones en las mesas cercanas. Está lo suficientemente concurrido como para que nuestra conversación no sea escuchada, pero el ruido de fondo no es suficiente para ahogar la incredulidad de Tessa.

—Organizando la primera cita de Ryan —repito, revolviendo mi propio latte con una precisión innecesaria—. Con Olivia Reed. La consultora corporativa de Austin que mencioné. Es el siguiente paso lógico en el proceso de emparejamiento.

—Lógico —repite Tessa, dejando su taza con un clic decidido—. Zoe Miller, hemos sido amigas desde que teníamos cinco años. Sé cuándo te estás mintiendo a ti misma.

—No estoy...

—Estás organizando una cita para el hombre con que ibas a casarte. El hombre con quien

estabas en un quiosco durante un aguacero hace dos días —el mismo quiosco donde te propuso matrimonio hace diez años, debo añadir—. ¿Y me estás diciendo que esto es solo negocios?

Me concentro en un punto justo por encima de su hombro izquierdo.

—Eso es exactamente lo que te estoy diciendo. La apuesta fue mi idea, ¿recuerdas? Encontrar la pareja perfecta para Ryan, él se va de la ciudad, mi negocio prospera sin su influencia negativa. Simple.

—Claro. Simple. —Tessa se inclina hacia adelante, sus ojos oscuros preocupados debajo de su flequillo recto—. Entonces, ¿qué pasó en el mercado de agricultores? Has estado rara desde entonces.

—No pasó nada —digo demasiado rápido—. Llovió. Nos refugiamos. Hablamos de libros.

—Ajá. ¿Y has estado mirando hacia su oficina al otro lado de la calle porque...?

—No he estado... —Me detengo ante su mirada conocedora—. Está bien. Tuvimos un momento. Un momento pequeño e insignificante que no significa absolutamente nada en el gran esquema de las cosas.

—Un momento —me incita.

Suspiro, trazando el borde de mi taza de café.

—Hablamos sobre lo que cada uno ha estado haciendo durante diez años. Ahora cocina, aparentemente. Y lee poesía. Mary Oliver.

—¿La poeta que siempre citas? ¿La del libro que está en tu mesita de noche?

—Es una coincidencia —insisto, aunque a mí también me había llamado la atención el interés literario compartido—. Y hablamos sobre por qué me quedé en Evergreen Falls después de... todo. Dijo que mi negocio es importante para la gente. Que es un trabajo significativo.

—Vaya —dice Tessa suavemente—. Eso es realmente... algo hermoso.

—Solo fue una conversación —digo, ignorando la calidez que florece en mi pecho al recordarlo—. Investigación profesional.

—¿Y la parte donde admitiste que Persuasión es tu novela favorita de Austen? ¿La que trata sobre segundas oportunidades y encontrar el camino de regreso el uno al otro?

La miro enfadada.

—Estoy empezando a lamentar nuestra amistad.

—No, no lo haces. —Sonríe, sin arrepentimiento—. Me quieres porque te enfrento a tus tonterías.

—No hay tonterías que enfrentar. Estoy cumpliendo los términos de nuestra apuesta de manera profesional.

—Zo —dice Tessa, suavizando su voz—. Está bien si todavía sientes algo por él.

—No siento nada —digo—. Simplemente estoy reconociendo que ha cambiado. Ha madurado. Ha desarrollado intereses que lo hacen más compatible con ciertos tipos de mujeres.

—¿Como consultoras corporativas de Austin?

—Precisamente.

—¿No como exitosas casamenteras de Evergreen Falls?

Me atraganto con mi latte.

—Eso no... nosotros no... absolutamente no.

Tessa me ve luchar con diversión apenas contenida.

—¿Sabes lo que pienso? Creo que hiciste esta apuesta esperando que él fracasara. Que ninguna candidata fuera lo suficientemente buena. Porque en el fondo, realmente no quieres que se vaya de la ciudad.

—Eso es ridículo —digo automáticamente, aunque algo incómodo se retuerce en mi

estómago—. Quiero ganar la apuesta.

—Sí, pero ¿y si ganar no significa lo que pensabas? —Toma un sorbo de su latte, estudiándome por encima del borde—. ¿Y si lo que realmente quieres no es que Ryan se vaya, sino que se quede... y te explique?

La pregunta aterriza con una precisión incómoda. Antes de que pueda formular una respuesta, la expresión de Tessa cambia, la vulnerabilidad reemplaza su habitual confianza.

—Por cierto, recibí noticias de esa revista de Portland —dice, cambiando abruptamente de tema—. Oficialmente rechazaron presentar mis pasteles de boda.

Aprovecho el cambio de tema con gratitud.

—¿Qué? ¿Por qué? Tus diseños son increíbles.

Tessa se encoge de hombros, pero puedo ver el dolor debajo de su comportamiento casual.

—Demasiado "regionales" aparentemente. No lo suficientemente de moda para su estética del Pacífico Noroeste. Lo que sea que eso signifique.

—Eso es absurdo —digo, la indignación en su nombre apartando mi propia confusión emocional—. Tus pasteles son obras de arte. ¿Recuerdas la boda de los Henderson? Esa cascada de flores de azúcar era prácticamente un estudio botánico.

—Está bien —dice, aunque claramente no lo está—. Quizás Sweet Beginnings está destinado a permanecer pequeño. Local. No todos necesitan ser una sensación más allá de Evergreen Falls.

Sus palabras tocan una cuerda inesperada. No todos necesitan irse para tener éxito. Algunos de nosotros construimos vidas significativas justo donde estamos. Como yo lo hice. Como Ryan podría estar tratando de hacer ahora.

Alcanzo su mano cubierta de harina a través de la mesa y la aprieto.

—Su pérdida. En serio.

—Gracias. —Consigue esbozar una sonrisa, luego sus ojos se estrechan con repentina sospecha—. Espera, ¿no estarás diciendo eso solo para distraerme de tu situación con Ryan, verdad?

—No hay ninguna situación con Ryan —insisto, recogiendo mi bolso y poniéndome de pie —. Solo hay una apuesta, un proceso de emparejamiento y una cita que necesito finalizar. Hablando de eso, debería volver a la oficina.

—Mmm-hmm. —El escepticismo de Tessa me sigue hasta la puerta—. ¡Solo recuerda que la negación no es solo un río en Egipto!

—¡Ese chiste tampoco era gracioso en la secundaria! —le respondo, pero estoy sonriendo mientras salgo a la luz del sol de la tarde.

Esto es un seguimiento profesional. Nada más.

Repito este mantra mientras estaciono mi auto frente a The Harvest Table, posicionándolo en un ángulo que proporciona visibilidad óptima de la ventana frontal del restaurante mientras permanezco parcialmente oculta detrás de un SUV convenientemente grande.

The Harvest Table es la opción gastronómica más elegante de Evergreen Falls: una granja victoriana convertida con pisos originales de madera, vigas expuestas y un menú de productos locales que cambia según la temporada. La suave iluminación dorada de las arañas vintage crea íntimos charcos de calidez por todo el comedor, haciéndolo perfecto para primeras citas. Lo seleccioné no solo por el ambiente, sino porque el Chef Marcus siempre acomoda mis solicitudes especiales de asientos para clientes de casamentería.

El hecho de que esté usando gafas de sol a las 7:30 PM es quizás un poco exagerado, pero la puesta de sol primaveral es particularmente brillante. No tiene nada que ver con disfrazar mi

identidad. Y el cuaderno en mi regazo es simplemente para registrar observaciones sobre factores de compatibilidad. Procedimiento estándar.

A través de la ventana del restaurante, puedo ver a Ryan y Olivia sentados en la mesa exacta que solicité, lo suficientemente cerca de la ventana para la observación pero lo suficientemente lejos de la cocina para una conversación íntima. Ryan se ve guapo con una camisa azul abotonada que resalta sus ojos, su postura relajada pero atenta mientras Olivia habla.

Golpeo mi bolígrafo contra el cuaderno, registrando mis observaciones con desapego clínico:

R. mantiene contacto visual apropiado

O. gesticula animadamente al hablar (estilo de comunicación extrovertido)

R. sonríe pero parece reservado

Aperitivo compartido (planificado) promueve la cooperación

O. toca el brazo de R. durante la conversación (probando límites físicos)

R. no reciproca el contacto (posible problema de compatibilidad)

Esto está bien. Todo está procediendo según el plan. El hecho de que mi estómago se tense cuando Olivia se ríe de algo que dice Ryan es irrelevante. Las casamenteras profesionales no se ponen celosas de los emparejamientos exitosos. Los celebramos.

Me hundo más en mi asiento cuando un camarero pasa por la ventana, bloqueando momentáneamente mi visión. Cuando se mueve, noto que Ryan mira su reloj; el mismo gesto que descarriló nuestra conversación en el quiosco. ¿Está aburrido? ¿Ansioso por irse? La cita está solo a la mitad de mi cronograma cuidadosamente planificado.

Me concentro más intensamente en la expresión de Ryan. Hay algo en la forma en que está sonriendo que no llega a sus ojos, una cortesía que carece de calidez genuina. Cuando Olivia menciona algo que lo hace reír, no es la risa corporal que recuerdo de nuestra conversación en el quiosco. Es el tipo de risa que das cuando la convención social lo exige, no porque estés genuinamente divertido.

De repente me doy cuenta de que estoy viendo en Ryan la misma distancia cuidadosa que mantengo con los clientes: compromiso profesional sin inversión personal. La realización me inquieta más de lo que debería.

Un golpe en mi ventanilla del pasajero casi me hace atravesar el techo de mi auto.

Tessa mira hacia adentro, su expresión una mezcla de diversión y preocupación. A regañadientes desbloqueo la puerta, y ella se desliza en el asiento a mi lado, colocando una caja de pastelería entre nosotras.

—Entrega de cupcakes de emergencia —anuncia—. Aunque no me di cuenta de que te habías convertido en una investigadora privada completa. Lindas gafas de sol. Muy discreto.

—Estoy realizando un seguimiento profesional —digo con toda la dignidad posible mientras uso gafas de sol de noche—. Procedimiento estándar.

—Claro. Y yo solo estoy entregando productos horneados casualmente a las ocho de la noche. —Abre la caja para revelar cupcakes de chocolate con glaseado de mantequilla, mi comida para el estrés de elección—. ¿Quieres decirme por qué te estás escondiendo detrás de un SUV observando la cita de tu ex prometido como si fuera una vigilancia de drama criminal?

—No me estoy escondiendo —protesto, aunque instintivamente me agacho más cuando Ryan mira hacia la ventana—. Estoy evaluando factores de compatibilidad en un entorno natural.

—¿Desde tu auto? ¿Con gafas de sol? —Se acerca y me las quita suavemente de la cara—. Zo, esto no es saludable.

—Es minucioso —insisto—. ¿Cómo puedo emparejarlo adecuadamente si no observo

patrones de interacción genuinos?

—¿Y el hecho de que estés agarrando el volante con los nudillos blancos cada vez que Olivia toca su brazo es solo preocupación profesional?

Miro mis manos y conscientemente relajo mi agarre.

—Estoy invertida en resultados exitosos. Es mi reputación la que está en juego.

—Ajá. —Tessa me entrega un cupcake—. Come esto y dime cómo te sientes realmente.

Le doy un mordisco, el rico chocolate distrayéndome momentáneamente de la escena en el restaurante. A través de la ventana, puedo ver a Ryan rechazando cortésmente el postre, pidiendo la cuenta antes de lo que sugería mi cronograma planificado.

—Está acortando la cita —observo, un extraño alivio me invade—. Eso es... interesante.

—¿Interesante cómo?

—Profesionalmente interesante —aclaro rápidamente—. Indica posibles problemas de compatibilidad que necesitaré abordar en futuros emparejamientos.

—O indica que no está interesado en salir con nadie excepto con la casamentera misma —sugiere Tessa.

—Eso es ridículo —digo automáticamente, aunque mi corazón late más rápido ante el pensamiento—. Solo es... exigente. Lo que hace que mi trabajo sea más desafiante.

—Claro. Debe ser eso. —El tono de Tessa sugiere que cree lo contrario—. Entonces, ¿vas a seguirlos hasta sus coches también, o tu "observación profesional" termina con la cena?

Antes de que pueda responder, la puerta del restaurante se abre, y Ryan emerge con Olivia. Se detienen en la acera, intercambiando lo que parece ser una despedida cordial pero breve. Sin contacto prolongado, sin inclinarse para un beso, ni siquiera una sugerencia de una segunda cita por lo que puedo decir de su lenguaje corporal.

La postura de Ryan, que había sido cortésmente rígida durante toda la noche, visiblemente se relaja cuando Olivia se aleja. Hay un destello momentáneo de algo parecido al alivio en su rostro, rápidamente reemplazado por una expresión pensativa mientras mira alrededor de la tranquila calle.

—Rápido —siseo, deslizándome en mi asiento—. No pueden verme aquí.

—Porque eso no sería nada incómodo —concuerda Tessa secamente—. La principal casamentera de la ciudad escondida en su auto espiando su propia cita organizada.

—No es espiar, es... —Me interrumpo cuando Olivia camina hacia el estacionamiento y Ryan se gira, directamente hacia mi auto.

—Oh, Dios —susurro, deslizándome tan abajo que prácticamente estoy debajo del tablero —. Viene hacia acá.

—Por supuesto que sí —dice Tessa, sonando demasiado divertida—. Estacionaste directamente frente al restaurante en tu auto muy reconocible. El sigilo no es tu superpoder, cariño.

Miro por encima del tablero para ver a Ryan acercándose, una sonrisa conocedora jugando en las comisuras de su boca. Se detiene junto a mi ventana y golpea ligeramente el vidrio.

Atrapada.

Con toda la dignidad que puedo reunir, bajo la ventanilla y ofrezco lo que espero sea una sonrisa casual.

—¡Ryan! Qué coincidencia encontrarte aquí.

—En tu auto —dice, con ojos bailando con risa reprimida—. Frente al restaurante donde acabo de tener una cita que tú organizaste. Usando gafas de sol después del atardecer.

—Solo estaba... —Miro a Tessa, que no ofrece ningún rescate en absoluto, solo una ceja

levantada y alegría apenas contenida—. Estaba realizando una evaluación de seguimiento.

—Por supuesto que sí —acepta solemnemente—. Muy profesional.

—Exactamente. Profesional.

—Tan profesional que te estás escondiendo debajo de tu tablero.

—Se me cayó el... bolígrafo —termino débilmente.

La sonrisa de Ryan se ensancha.

—¿Lo encontraste?

—Sí. Gracias. Muy preocupada por la... seguridad de los bolígrafos.

Tessa hace un sonido estrangulado que podría ser risa reprimida. Le lanzo una mirada fulminante antes de volver a Ryan.

—¿Cómo estuvo tu cita? —pregunto, intentando recuperar algo de compostura profesional.

—Iluminadora —dice—. Olivia es inteligente, exitosa y absolutamente no es mi tipo.

—Pero coincide con todas tus preferencias declaradas —protesto, olvidando fingir que no los estaba observando—. El compromiso intelectual, la ambición profesional, la familiaridad con los desafíos de salud...

—En el papel, seguro —acepta—. Pero no hubo chispa. Ninguna conexión. Sería perfecta para alguien más, solo no para mí. —Hace una pausa, sus ojos encontrándose con los míos con una calidez inesperada—. Creo que sabes a lo que me refiero.

Trago con dificultad, incapaz de apartar la mirada.

—Yo... ajustaré mis parámetros de emparejamiento en consecuencia.

Por un momento, me encuentro pensando en cómo el enfoque de Ryan hacia las relaciones —su insistencia en esa chispa indefinible, esa conexión emocional más allá de la compatibilidad lógica— es exactamente lo opuesto a mi enfoque metódico de casamentera. Y sin embargo, viéndolo esta noche, no puedo negar que hay sabiduría en su perspectiva. A veces lo que parece perfecto en el papel simplemente no se traduce a la vida real.

—Haz eso. —Da un paso atrás del auto—. Buenas noches, Zoe. Buenas noches, Tessa. Disfruten sus cupcakes y su... observación profesional.

Mientras se aleja, Tessa se vuelve hacia mí con una expresión que es igualmente compasiva y divertida.

—Bueno, eso no fue nada mortificante.

Apoyo mi frente en el volante con un gemido.

—Soy una idiota.

—No hay discusión aquí.

—No puedo creer que me haya pillado espiando su cita.

—Otra vez, no espiando. "Observación profesional". —Hace comillas en el aire alrededor de las palabras.

—Esto es tan vergonzoso.

—Definitivamente va a mi top cinco de momentos de Zoe Miller —acepta Tessa—. Justo ahí con la vez que te quedaste atascada en el vestido de novia de muestra en Bridal Elegance.

Levanto la cabeza para mirarla fijamente.

—Prometiste no mencionar eso nunca más.

—Hago muchas promesas. —Me estudia con una gentileza inesperada—. Entonces, ¿estás lista para admitirlo?

—¿Admitir qué?

—Que estás celosa. Que todavía tienes sentimientos por Ryan. Que toda esta apuesta podría haber sido una idea terrible.

Abro la boca para negarlo, pero las palabras se atascan en mi garganta. Porque el dolor hueco en mi pecho cuando vi a Ryan con Olivia no era preocupación profesional. El alivio que sentí cuando acortó la cita no era por ganar la apuesta. Y la forma en que mi corazón se aceleró cuando me miró hace un momento con esa sonrisa conocedora no era solo vergüenza.

Me siento en silencio por un largo momento, los recuerdos me invaden: el quiosco bajo la lluvia, la forma en que sus ojos se iluminaron cuando mencioné Persuasión, su voz cuando dijo que mi trabajo importa a la gente. Diez años de distancia cuidadosamente mantenida colapsando en el espacio de una semana.

—No sé lo que siento —admito finalmente, lo más cerca que puedo llegar a la verdad—. Es complicado.

—El amor generalmente lo es —dice Tessa simplemente. Mete la mano en su bolso y saca su teléfono—. Por cierto, las cámaras de seguridad de Sweet Beginnings definitivamente te captaron haciendo tu rutina de agente secreto. Estoy pensando en comenzar una serie en redes sociales: "Casamentera Fuera de Control".

—No te atreverías.

—Depende de cuánto tiempo sigas mintiéndote a ti misma —dice con una dulce sonrisa—. Confiesa tus sentimientos o el metraje se vuelve viral. Tu elección.

La miro con incredulidad.

—¿Me estás chantajeando con metraje de seguridad?

—Prefiero pensar en ello como una intervención con influencia. —Da una palmadita condescendiente en mi mano—. Ahora, ¿seguimos a Ryan a casa para ver qué hace después de horas, o ya terminaste con tu "observación profesional" por esta noche?

Enciendo el auto, con las mejillas ardiendo de vergüenza.

—Te odio un poco en este momento.

—No, no me odias —dice con confianza—. Me amas porque soy la única lo suficientemente valiente para decirte la verdad: sigues enamorada de Ryan Hayes, y esta apuesta de casamentera es solo tu forma de mantenerlo en tu vida sin admitirlo.

Mientras me alejo de la acera, no puedo contradecirla. Porque la parte más aterradora no es que ella pueda tener razón, es que Ryan también podría haberlo descubierto.

Y no tengo absolutamente ni idea de qué hacer al respecto.

Capítulo 12

Ryan

Admitir que estás planeando sabotear tu propia vida amorosa parece el tipo de cosa que debería suceder con una copa fuerte en la mano. Por suerte, Marcus Parker elabora la mejor cerveza en tres condados.

—Déjame ver si lo entiendo —dice Marcus, deslizando otra pinta de su especialmente elaborada "IPA de Malas Decisiones" por la barra pulida de Evergreen Brewing Company—. ¿Arruinaste deliberadamente tu cita con Olivia?

Doy un largo sorbo, apreciando las complejas notas lupuladas que coinciden perfectamente con mi complicado estado emocional.

—No la arruiné exactamente. Fui perfectamente agradable.

—Agradable —Marcus levanta una ceja—. El beso de la muerte en términos de citas.

—Mantuve una conversación apropiada. Hice preguntas de seguimiento. Pagué la cena —trazo un patrón en la condensación de mi vaso—. Solo... me aseguré de que no hubiera chispa.

La cervecería vibra con la energía del miércoles por la noche: locales poniéndose al día después del trabajo, el suave tintineo de vasos creando un reconfortante ruido de fondo. El espacio de estilo industrial-chic de Marcus, con sus paredes de ladrillo expuesto y relucientes tanques de cobre para la elaboración, se ha convertido en el lugar de reunión no oficial del pueblo, lo que significa que he elegido un reservado en la esquina lejos de oídos indiscretos para esta confesión particular.

—¿Y cómo exactamente uno "se asegura de que no haya chispa"? —pregunta Marcus, limpiando la barra con eficiencia practicada—. Cuéntame, oh maestro del sabotaje romántico.

Siento un rubor de vergüenza, pero continúo.

—Miraba mi reloj aproximadamente cada siete minutos. Mantenía exactamente cuatro segundos de contacto visual antes de romperlo, lo suficiente para ser educado pero no tanto como para sugerir interés. Posicioné mi plato de pan como una barrera física.

Marcus me mira fijamente.

—Has convertido ser una mala cita en una ciencia.

—He convertido el genuino desinterés en una estrategia clara de comunicación —corrijo—. Olivia es inteligente. Captó el mensaje.

—¿Y Zoe? ¿Captó el mensaje cuando espiaba tu cita desde su coche?

No puedo evitar la sonrisa que se dibuja en mi rostro al recordar a Zoe agachándose tras su tablero, esas ridículas gafas de sol deslizándose por su nariz, sus mejillas sonrojadas de vergüenza.

—Lo llamó "observación profesional".

—Por supuesto que sí —Marcus sacude la cabeza, pero también está sonriendo—. Entonces,

¿estás torpedeando deliberadamente estas citas para demostrar qué, exactamente?

La pregunta cae más pesada de lo que sugiere su tono casual, obligándome a enfrentar motivaciones que he estado esquivando. Tomo otro sorbo antes de responder.

—Quiero mostrarle que su enfoque científico para emparejar personas no puede explicar la conexión genuina —digo—. Que a veces lo que parece perfecto en el papel simplemente no se traduce a la vida real.

—Y al contrario, ¿que a veces lo que parece incorrecto en el papel podría ser correcto en la realidad? —Marcus me lanza una mirada significativa—. Como, no sé, ¿una casamentera y un especialista en rupturas?

No respondo inmediatamente, observando las burbujas subir en mi cerveza.

—Ya ha organizado una segunda cita —digo en su lugar—. Jennifer. Pediatra de San Antonio. Le encanta el senderismo y la poesía de Mary Oliver.

Marcus silba bajo.

—Parece que Zoe está mejorando en esto. Eso realmente coincide con cosas que te importan.

—Ese es el problema —admito—. Zoe me conoce. Mejor de lo que esperaba después de diez años. Lo que significa que estas coincidencias van a ser cada vez más compatibles.

—Así que tendrás que esforzarte más en sabotearlas —Marcus se apoya en la barra—. Te das cuenta de que esto es una locura, ¿verdad? Estás jugando un juego peligroso. Si eres demasiado obvio con el sabotaje, Zoe lo verá. Si realmente das a estas citas una oportunidad real...

—Podría conocer a alguien genuinamente compatible —termino por él. El pensamiento debería ser atractivo. En cambio, me llena de un extraño vacío—. Pero no serán ella.

Ahí está. La verdad que he estado evitando desde que acepté esta ridícula apuesta.

La expresión de Marcus se suaviza.

—¿Has considerado simplemente decirle cómo te sientes?

Me río sin humor.

—¿Qué le diría exactamente? "Perdón por dejarte plantada en el altar con una nota. Me estaba muriendo pero ahora ya no, así que ¿qué tal esa segunda oportunidad?"

—Podrías empezar con la verdad sobre tu diagnóstico —sugiere Marcus con suavidad—. Sobre por qué realmente te fuiste.

Miro fijamente mi cerveza, recordando el miedo que me atenazó hace diez años, la certeza de que estaba ahorrando a Zoe el dolor de ver deteriorarse a otra persona que amaba por insuficiencia cardíaca, tal como le había pasado con su padre. La convicción de que una ruptura limpia, por dolorosa que fuera, era más amable que una pérdida lenta e inevitable.

—Los médicos me dieron un 30% de posibilidades de sobrevivir tres años —digo—. La misma condición que se llevó a su padre, solo que acelerada. No podía dejar que viera eso suceder dos veces.

Me equivoqué. Ahora lo sé. Pero saberlo no hace que contarlo sea más fácil.

—Una cita más —digo finalmente—. Déjame ver cómo va con Jennifer. Luego... tal vez considere un enfoque más directo.

Marcus suspira, reconociendo una evasiva cuando la escucha.

—Bien. Pero recuerda lo que les dices a tus clientes, amigo. La honestidad puede ser dolorosa en el momento, pero la deshonestidad causa más dolor a largo plazo.

Levanto mi vaso en reconocimiento.

—Usar mi propia filosofía profesional contra mí. Eso es bajo, Parker.

—Eso es amistad —corrige—. Ahora bebe. Tienes otra cita que arruinar mañana por la noche.

Jennifer Martin está haciendo que sea muy difícil sabotear esta cita.

—Así que ahí estaba, cubierta de pintura de dedos porque aparentemente decirle a un niño de cuatro años "puedes pintar mi yeso" se traduce en "por favor úsame como lienzo humano" —dice, riendo mientras cuenta una historia de su práctica pediátrica. Sus cálidos ojos marrones se arrugan en las esquinas, su cabello rizado captando la luz de las lámparas colgantes del restaurante.

Me encuentro riendo también, genuinamente, no la risita educada que he perfeccionado para situaciones sociales incómodas.

—Por favor, dime que hay fotos de esta obra maestra artística.

—Lamentablemente, sí. Mi enfermera pensó que era hilarante. Las fotos circularon por todo el hospital antes de que me quitaran el yeso —toma un sorbo de su vino, su expresión abierta y atractiva—. Las cosas que hacemos por nuestros pequeños pacientes.

He elegido un restaurante a un pueblo de distancia de Evergreen Falls, en parte para evitar el molino de chismes local, pero principalmente para reducir las posibilidades de que Zoe realice otra "observación profesional". Riverstone Bistro es elegante sin ser pretencioso, con ventanas del suelo al techo con vistas a un pequeño río y suficiente ruido ambiental para hacer que la conversación se sienta privada.

Miro mi reloj (es hora de la táctica de sabotaje número uno), pero Jennifer está describiendo su trabajo voluntario con una misión médica en Guatemala, y me encuentro olvidando parecer desinteresado. Alcanzo mi plato de pan, con la intención de posicionarlo como mi patentada "barrera física", pero en su lugar me encuentro ofreciéndole el último panecillo.

—Tu trabajo suena gratificante —digo, genuinamente interesado a pesar de mis intenciones de mantener distancia emocional—. ¿Qué te hizo elegir pediatría?

Jennifer considera la pregunta pensativamente.

—Creo que los niños son los pacientes más honestos. No ocultan sus sentimientos ni minimizan su dolor para parecer fuertes. Hay algo refrescante en esa franqueza —inclina la cabeza, estudiándome—. Imagino que eso es algo que también aprecias en tu trabajo: ayudar a la gente a expresar su verdad.

El paralelismo me toma por sorpresa.

—No lo había pensado de esa manera, pero tienes razón. Hay cierto alivio en romper con las convenciones sociales para llegar a una comunicación honesta.

—Incluso cuando la verdad es difícil —añade, asintiendo—. A veces especialmente entonces.

Me recuerdo a mí mismo que debería mantener esto superficial. En cambio, me encuentro involucrándome más profundamente.

Nuestra conversación fluye con sorprendente facilidad mientras descubrimos intereses compartidos más allá de lo que estaba en el perfil de Zoe. Ambos amamos la misma oscura banda indie, hemos recorrido los mismos senderos en Big Bend National Park y compartimos un similar sentido del humor seco. Jennifer es reflexiva y perceptiva, hace preguntas que demuestran un interés genuino más que una obligación educada.

Me sorprendo disfrutando realmente de la velada, olvidando mi estrategia de sabotaje durante largos tramos de conversación. He dejado de mirar mi reloj. Mi plato de pan permanece en su posición original. Me encuentro manteniendo contacto visual sostenido sin pensarlo.

Esto no va según el plan.

—Entonces —dice Jennifer mientras llegan nuestros platos principales—, ¿qué te trajo de vuelta a Evergreen Falls? Parece que habías construido una práctica exitosa en Chicago.

La pregunta me devuelve a mi propósito. Aquí es donde debería dar una respuesta vaga y agradable que no revele nada significativo. En cambio, me escucho decir:

—Mi padre tuvo un ataque al corazón. Pero honestamente, creo que estaba buscando una excusa para volver a casa.

—Casa —repite, captando el peso en la palabra—. Eso dice algo, llamarlo casa después de diez años fuera.

—Supongo que sí —admito—. Evergreen Falls tiene una manera de meterse bajo tu piel.

—¿Y tu casamentera siente lo mismo? —pregunta Jennifer con suave franqueza—. Zoe, ¿verdad?

Parpadeo, sorprendido por la pregunta.

—Ella nunca se fue, en realidad. Construyó su negocio aquí desde cero después de... después de que yo me fuera.

—Eso debe haber requerido valentía —observa Jennifer—. Quedarse en un lugar con tantos recuerdos.

—Así es Zoe —digo, formándose inconscientemente una sonrisa—. Determinada. Resiliente. Tiene esta increíble habilidad para ver conexiones entre personas que no son obvias en la superficie. Su negocio no es solo exitoso, es significativo. Ayuda a la gente a encontrar una conexión genuina en un mundo que hace que las relaciones auténticas sean cada vez más raras.

Me doy cuenta solo cuando me percato de que he estado hablando de Zoe durante varios minutos, mi comida enfriándose intacta ante mí. Jennifer me está observando con una expresión conocedora que me hace moverme incómodamente en mi silla.

—Lo siento —digo rápidamente—. No quería hablar de mi... de Zoe.

—Está bien —dice Jennifer, su sonrisa amable en lugar de ofendida—. Hablas de tu ex con mucha admiración para ser alguien que supuestamente ha seguido adelante.

La percepción se acerca incómodamente a la realidad.

—Es complicado —logro decir.

—¿No lo es siempre? —está de acuerdo—. Por lo que vale, creo que es refrescante escuchar a un hombre hablar de su expareja con tanto respeto. Dice cosas buenas de ambos.

El resto de la cena transcurre agradablemente, pero con una corriente subyacente de conciencia de que algo fundamental ha cambiado. Jennifer permite graciosamente que la conversación se mueva a temas más seguros: su reciente viaje a Portugal, mis pensamientos sobre la última colección de Mary Oliver, un debate sobre si el senderismo o el kayak muestran mejor la belleza de las colinas de Texas.

Mientras caminamos hacia nuestros coches después, me encuentro genuinamente decepcionado de que las circunstancias no sean diferentes. En otra vida, Jennifer podría haber sido alguien especial. Pero no en esta.

—Lo pasé muy bien —digo, y lo digo en serio—. Gracias por la conversación estimulante.

Jennifer me estudia con esos perceptivos ojos marrones.

—Yo también —dice—. Pero creo que tu corazón ya está ocupado —se adelanta y me sorprende con un ligero beso en la mejilla—. Por lo que vale, espero que tú y Zoe lo resuelvan.

Me deja parado allí en el estacionamiento, aturdido por su percepción y conmovido inesperadamente por su generosidad.

Tanto para el sabotaje.

El cursor parpadeante en mi pantalla se siente acusador, un metrónomo digital contando los

segundos que he estado mirando un correo electrónico en blanco. Son las 9:15 AM, y he estado intentando redactar mi informe post-cita para Zoe durante casi cuarenta minutos.

Escribo: "La cita con Jennifer no tuvo éxito."

Borrar.

"Aunque Jennifer fue encantadora, no hubo suficiente química para continuar una relación."

Borrar.

"Jennifer es una persona excepcional, pero no es la pareja adecuada para mí."

Borrar.

Ninguna de estas declaraciones se siente honesta, y la ironía no pasa desapercibida. Ayudo a las personas a navegar conversaciones difíciles para ganarme la vida, y aquí estoy, incapaz de articular mi propia verdad.

A través de la ventana de mi oficina, veo a Zoe llegar a Perfect Pairs Matchmaking. Incluso desde el otro lado de la calle, puedo apreciar la eficiencia decidida de sus movimientos: la forma en que equilibra su taza de café y bolso para laptop, el ángulo preciso en el que inserta su llave en la cerradura, la ligera inclinación de cabeza mientras revisa su teléfono antes de entrar. Una vez dentro, se mueve por su oficina con gracia practicada, metiendo su cabello detrás de la oreja mientras se concentra en organizar archivos en su escritorio.

Estoy mirando fijamente. Sé que estoy mirando fijamente. Pero no puedo parar.

Mi mirada vuelve al correo electrónico en blanco, y de repente las palabras vienen:

"Jennifer fue maravillosa: inteligente, amable, genuinamente atractiva. Tuvimos una conexión real, y en otra vida, podría haber llevado a alguna parte."

Hago una pausa, con los dedos suspendidos sobre el teclado. Toda la verdad está ahí, empujando contra mi caja torácica, exigiendo liberación. Pero no puedo obligarme a escribir el resto: que todavía estoy enamorado de Zoe. Que nunca dejé de estarlo. Que dejarla fue el mayor error de mi vida.

En cambio, continúo con algo más seguro, pero aún honesto: "No creo que esté emocionalmente en el lugar correcto para perseguir algo con ella, aunque merece a alguien que pueda darle toda su atención".

Es cierto, aunque incompleto. Una media confesión que insinúa más bajo la superficie sin exponer mi vulnerabilidad más profunda.

Mi dedo se cierne sobre el botón de enviar mientras leo las palabras. Una parte de mí quiere añadir más: explicar sobre mi diagnóstico, el miedo que me alejó, la vergüenza que me ha mantenido en silencio. Pero los viejos hábitos son difíciles de romper.

La campana sobre mi puerta suena cuando llega un cliente para su cita de las 9:30. Sorprendido, salgo del correo electrónico, minimizándolo sin enviarlo ni borrarlo.

—Buenos días —digo, asumiendo mi comportamiento profesional mientras me levanto para saludarlos—. Por favor, pase.

Mientras guío a mi cliente al área de consulta, miro una vez más al otro lado de la calle. Zoe está ahora en su ventana, mirando en mi dirección. Nuestros ojos se encuentran brevemente a través del cristal, un momento de conexión a través de la distancia que nos separa, no solo la calle principal, sino diez años de ausencia y verdades no dichas.

Ambos apartamos la mirada rápidamente, volviendo a nuestros roles respectivos: la casamentera y el especialista en rupturas, ayudando a otros a navegar relaciones mientras evitamos la conversación más importante de nuestras propias vidas.

El correo electrónico no enviado espera en mi carpeta de borradores, la verdad que no puedo obligarme a enviar pero que ya no puedo negar: nunca quise encontrar una pareja perfecta a

través del cuidadoso proceso de emparejamiento de Zoe.

Ya la encontré, hace años, en un laboratorio de química donde me dijo que estaba haciendo el experimento completamente mal, y he estado haciendo todo mal desde que la dejé con nada más que una nota y una vida llena de preguntas.

Capítulo 13

Zoe

La campanilla sobre mi puerta suena, y me pongo de pie para recibir a Ellie Howe con mi sonrisa profesional firmemente en su lugar. —¡Justo a tiempo! He reunido algunas opciones para los centros de mesa de tu recepción que creo que te van a-

Las palabras mueren en mi garganta al observar la apariencia de Ellie. Su cola de caballo normalmente impecable está hecha apresuradamente, círculos oscuros sombrean sus ojos y, lo más revelador, su anillo de compromiso ha desaparecido nuevamente. Esta vez, no hay explicación apresurada sobre ajustes de talla.

—Perdón por llegar tarde —dice, aunque en realidad es puntual. Aprieta su carpeta de planificación de boda contra su pecho como si fuera una armadura, pero no hace ningún movimiento para abrirla.

—¿Todo bien? —le hago un gesto hacia el sofá, manteniendo mi voz suave.

Ellie se sienta con cautela en el borde, con los nudillos blancos alrededor de la carpeta. —No realmente —admite, con la voz apenas por encima de un susurro—. No creo que pueda seguir adelante con esta boda.

Las palabras deberían sentirse como un fracaso. Una grieta en mi historial perfecto, un desafío a mi filosofía de emparejamiento. En cambio, me encuentro sorprendentemente tranquila mientras tomo el asiento frente a ella.

—Cuéntame lo que estás sintiendo —digo, dejando a un lado mis notas preparadas sobre los detalles de la recepción.

Los ojos de Ellie se ensanchan ligeramente, como si esperara resistencia. —Greg aceptó ese puesto de profesor en Houston —comienza, las palabras saliendo más rápido ahora—. Es una gran oportunidad para él. Debería apoyarlo. Una buena pareja lo apoyaría.

Noto el cambio en el lenguaje: pareja, no prometido. —¿Y no te sientes con ganas de apoyarlo?

—Ese es el punto. —Coloca la carpeta sobre la mesa de café, sus manos finalmente libres para gesticular mientras habla—. Sí apoyo su carrera. Quiero que tenga éxito. Pero he estado trabajando en mi novela durante dos años, y finalmente hay interés de una editorial aquí. He construido conexiones en la comunidad literaria local. Mudarse a Houston significa empezar de nuevo completamente.

Asiento, tomando nota mental de lo articulada que se vuelve cuando habla de su escritura, cómo toda su actitud cambia de la incertidumbre a la pasión. —¿Has discutido esto con Greg?

—Lo hemos intentado. —Suspira, frotándose el lugar desnudo en su dedo anular—. Seguimos teniendo la misma conversación sin llegar a ninguna resolución. Él dice que puedo escribir en cualquier lugar, lo cual técnicamente es cierto, pero...

—Pero tu escritura no se trata solo de poner palabras en una página —termino por ella—. Se trata de la comunidad que has construido, el sistema de apoyo, las conexiones que alimentan tu creatividad.

Sus ojos brillan con lágrimas inesperadas. —Exactamente. Él no entiende eso. O tal vez sí, pero su carrera simplemente importa más. —Mira hacia abajo, bajando la voz—. He estado reuniéndome con Ryan. Para hablar sobre mis opciones.

Hace dos meses, esta confesión se habría sentido como una traición. Hoy, me sorprende descubrir que no estoy molesta. —¿Y cómo ha sido útil eso?

—Él no me dice qué hacer —dice, mirando hacia arriba con leve sorpresa—. Solo me ayuda a articular lo que realmente quiero, sin juzgar. Dice que hay dignidad en tomar decisiones que honren tu verdadero yo, incluso cuando esas decisiones decepcionan a otros.

Las palabras suenan como Ryan: reflexivo, centrado en la verdad personal más que en las expectativas externas. Me encuentro asintiendo en acuerdo antes de poder detenerme.

—¿Y qué quieres, Ellie? —pregunto suavemente.

Ella respira profundamente. —Quiero quedarme en Evergreen Falls. Quiero terminar mi novela. Quiero estar con alguien que valore mis sueños tanto como yo valoro los suyos. —Su voz se quiebra ligeramente—. Amo a Greg. De verdad. Pero no creo que queramos la misma vida ya.

Hace diez años, podría haber presionado por un compromiso, por hacer que funcionara a toda costa. La casamentera en mí habría visto esto como un desafío a superar en lugar de una incompatibilidad fundamental.

Pero algo ha cambiado en mí estas últimas semanas. Tal vez sea ver de cerca el enfoque de Ryan. Tal vez sea reconocer que mi tasa de éxito del 95% no tiene en cuenta la calidad o profundidad de las relaciones que creo. O tal vez simplemente es madurar lo suficiente para reconocer que a veces el amor no es suficiente cuando los objetivos de vida divergen.

—Es mejor pausar ahora que divorciarse después —me escucho decir, las palabras sorprendiéndonos a ambas.

Ellie me mira con ojos muy abiertos. —¿No vas a decirme que me esfuerce más? ¿Que haga que funcione?

—¿Sería ese el consejo correcto? —pregunto, genuinamente curiosa.

Ella considera esto, luego lentamente sacude la cabeza. —No. Lo hemos estado intentando. Durante meses. Simplemente parece que estamos retrasando lo inevitable.

—Entonces quizás lo que necesitas no son estrategias para hacer que funcione, sino apoyo para hacer una transición difícil con dignidad y cuidado. —Las palabras podrían haber salido de la boca de Ryan, y me encuentro sonriendo levemente ante la ironía.

—Pensé que estarías decepcionada de nosotros —admite Ellie—. Somos tu pareja. Tu historia de éxito.

Me acerco y aprieto su mano. —Mi trabajo no es forzar relaciones que ya no sirven a las personas que están en ellas. Es ayudar a las personas a encontrar conexión. A veces esa conexión evoluciona o termina, y está bien. —Hago una pausa, dándome cuenta de que cada palabra es sincera—. Tú y Greg encontraron amor genuino a través de mi introducción. El hecho de que hayan crecido en diferentes direcciones no borra el valor de lo que compartieron.

Los hombros de Ellie se relajan visiblemente, levantándose el peso de la expectativa. —Gracias por entender.

Mientras ella se va con recursos para tener conversaciones difíciles en lugar de opciones para el lugar de la boda, me encuentro de pie junto a mi ventana, mirando hacia la oficina de

Clean Break Consultations al otro lado de la calle. Ryan está en su escritorio, con la cabeza inclinada sobre el papeleo, ajeno a mi escrutinio.

Algo fundamental ha cambiado en mi comprensión de las relaciones, y en mi comprensión del trabajo de Ryan. Quizás ayudar a las personas a terminar relaciones con honestidad y cuidado no es tan diferente de ayudarlas a comenzar con intención y esperanza. Quizás no somos opuestos después de todo, sino dos caras de la misma moneda.

El pensamiento es tanto inquietante como extrañamente reconfortante, y no puedo evitar ver paralelismos entre la situación de Ellie y mi propia evolución profesional. He pasado años creyendo en emparejamientos perfectos, pero tal vez lo que importa no es la perfección sino la honestidad, con nosotros mismos y con los demás, sobre lo que realmente necesitamos.

Me alejo de la ventana, reuniendo mis cosas para el Festival de Primavera. Por primera vez, siento curiosidad en lugar de actitud defensiva sobre lo que Ryan podría enseñarme sobre las relaciones, y sobre mí misma.

—Absolutamente no. —Cruzo los brazos, mirando a la alcaldesa Porter con incredulidad—. Debe haber alguien más que pueda atender el puesto.

El Festival de Primavera transforma la plaza del pueblo de Evergreen Falls cada año: carpas blancas, pancartas coloridas, vendedores locales y actividades benéficas diseñadas para unir a la comunidad. La cálida brisa de mayo trae el aroma a palomitas de maíz y fresas frescas, mientras los niños corren entre los puestos con caras pintadas y dedos pegajosos. He sido voluntaria todos los años desde que abrí Perfect Pairs, típicamente dirigiendo un puesto de "Lectura Romántica" donde analizo la compatibilidad de las parejas por una pequeña donación al fondo educativo de la ciudad.

Este año, sin embargo, ha habido un "ligero cambio de planes", según el alegre eufemismo de la alcaldesa Porter.

—Me temo que estamos con poco personal este año —dice, consultando su portapapeles con eficiencia practicada—. Los Henderson tienen gripe, los Wilson están en la graduación de su hija y la boda del sobrino de la señora Abernathy se reprogramó debido a una inundación en el lugar. —Mira hacia arriba con una sonrisa que no llega a sus ojos—. Necesitamos todas las manos disponibles, Zoe.

—Pero seguramente no necesito compartir un puesto con...

—¿Conmigo? —Ryan aparece junto al codo de la alcaldesa Porter, luciendo tan disgustado como yo me siento—. Le aseguro, alcaldesa, que estoy feliz de atender cualquier otro puesto. ¿Quizás el tanque de agua?

—Las asignaciones son definitivas —dice la alcaldesa Porter con firmeza—. Ustedes dos administrarán el puesto de Prueba de Compatibilidad Amorosa. Es perfecto, realmente: uno de ustedes crea parejas, el otro las termina. Los visitantes pueden obtener todo el espectro de relaciones en una sola parada.

—Qué eficiente —murmuro.

La boca de Ryan se contrae, casi una sonrisa. —Al menos recaudamos dinero para una buena causa.

La alcaldesa Porter sonríe, sintiendo la victoria. —¡Maravilloso! El puesto ya está instalado cerca del quiosco. La coordinadora de caridad proporcionará todos los materiales. —Baja la voz de manera conspiradora—. Y recuerden, el puesto que recaude más dinero tendrá el honor de besar a Penélope.

—¿Quién es Penélope? —pregunta Ryan.

—El cerdito de este año del zoológico de mascotas —responde la alcaldesa Porter, ya

alejándose para manejar la siguiente crisis—. ¡Buena suerte!

Ryan y yo permanecemos en un silencio incómodo, viéndola desaparecer entre la multitud del festival. A nuestro alrededor, el Festival de Primavera está en pleno apogeo: niños agarrando algodón de azúcar, bandas locales tocando en el pequeño escenario, el aroma de los churros y la barbacoa mezclándose en el aire cálido.

—Bueno —digo finalmente—, supongo que deberíamos encontrar nuestro puesto.

—Después de ti —Ryan gesticula cortésmente, caminando a mi lado.

Navegamos a través de la bulliciosa plaza, asintiendo a caras familiares que observan nuestro progreso con curiosidad no disimulada. Ryan y yo caminando lado a lado es aparentemente la vista más interesante en Evergreen Falls hoy.

—Reglas básicas —digo mientras nos acercamos a la carpa blanca con "Prueba de Compatibilidad Amorosa" estampado en corazones rojos a lo largo del cartel—. No socavar los enfoques profesionales del otro.

—De acuerdo. —Ryan mantiene abierta la solapa de la tienda para mí—. No comentarios personales ni mencionar el pasado.

—Estrictamente profesional —confirmo, entrando.

El puesto está bien equipado con una mesa, sillas y dos frascos grandes etiquetados como "Donaciones". Entre ellos hay un frasco más pequeño etiquetado "Besa al Cerdito", con una foto de un adorable cerdito manchado (presumiblemente Penélope) adherida al frente.

—Parece bastante sencillo —dice Ryan, examinando la pila de cuestionarios de compatibilidad—. Los visitantes hacen la prueba, nosotros la calificamos y proporcionamos información, ellos donan si están satisfechos.

—Correcto. —Organizo los bolígrafos en una línea perfecta—. Podemos turnarnos. Yo me encargo de la primera pareja, tú de la segunda, y así sucesivamente.

Ryan asiente, y nos acomodamos en una tregua incómoda mientras se acercan los primeros visitantes: una joven pareja tomada de las manos, luciendo nerviosos y emocionados a la vez.

—¡Bienvenidos a la Prueba de Compatibilidad Amorosa! —digo alegremente, dando un paso adelante antes de que Ryan pueda hablar—. ¿Les gustaría descubrir su potencial de relación?

Dos horas más tarde, nuestra tregua profesional ha evolucionado a algo inesperado: una actuación competitiva que está atrayendo a la multitud más grande del festival.

—Lo que mi estimada colega está tratando de decir —anuncia Ryan a la audiencia riente reunida alrededor de nuestro puesto—, es que su puntuación de compatibilidad del 65% significa que tienen una base sólida pero necesitan trabajar en la comunicación.

—Mientras que mi distinguido oponente —contraataco, incapaz de reprimir mi sonrisa—, sugeriría que cualquier cosa por debajo del 75% significa que deberían presentar inmediatamente una quiebra emocional y liquidar sus activos relacionales.

La multitud estalla en carcajadas mientras Ryan se agarra el pecho en fingida ofensa. —¡Nunca sugeriría algo tan drástico sin al menos tres sesiones discutiendo sus sentimientos sobre las técnicas de doblado de calcetines de su pareja!

Hemos descubierto, por pura casualidad, que nuestra rivalidad profesional resulta en un excelente entretenimiento. Lo que comenzó como consultas paralelas rápidamente evolucionó a un debate juguetón sobre filosofía de relaciones, con cada uno de nosotros burlándonos suavemente del enfoque del otro. Los frascos de donaciones se están llenando rápidamente mientras los visitantes contribuyen para ver nuestra improvisada rutina cómica.

—Recuerden, amigos —digo, inclinándome de manera cómplice hacia la multitud—, por

solo cinco dólares, pueden apoyar el fondo educativo Y descubrir si su relación es estadísticamente viable según mis métricas científicamente validadas.

—O —interviene Ryan sin problemas—, por los mismos cinco dólares, puedo decirles exactamente qué significa realmente su pareja cuando dice "está bien" después de una discusión. Alerta de spoiler: nunca está realmente bien.

Una pareja de mediana edad se acerca a la mesa, y Ryan y yo inmediatamente cambiamos a nuestra rutina bien establecida.

—¡Bienvenidos! —digo—. ¿Les gustaría tomar nuestra prueba de compatibilidad? Noventa y cinco por ciento precisa según estadísticas locales.

—A menos que sean parte del otro cinco por ciento —añade Ryan con un guiño—. Entonces es cien por ciento inexacta.

La pareja se ríe, y juguetona doy un golpecito en el brazo de Ryan. —No le hagan caso. Solo está amargado porque su modelo de negocio depende de la insatisfacción en las relaciones.

—Mientras que su modelo de negocio asume que todos tienen una pareja perfecta, como calcetines en una secadora —contraataca Ryan—. Aunque misteriosamente, siempre se pierde uno.

Mientras la pareja completa su cuestionario, me encuentro disfrutando genuinamente de este intercambio con Ryan. Hay una facilidad en nuestras bromas que se siente tanto familiar como nueva, el ritmo cómodo de nuestros días universitarios combinado con un respeto mutuo más maduro. Ya no somos solo antagonistas; nos hemos convertido en algo así como colegas, o incluso compañeros en esta ridícula actuación.

—Setenta y ocho por ciento de compatibilidad —anuncio después de calificar su cuestionario—. Una base fuerte con espacio para crecer.

—Lo que significa —continúa Ryan suavemente—, que ustedes complementan las fortalezas del otro y tienen las herramientas para navegar sus diferencias.

El hombre sonríe a su esposa. —Treinta años el próximo mes, y diría que eso es bastante acertado.

—¿El secreto? —añade la mujer, dejando caer un billete de veinte dólares en el frasco de donaciones—. Saber cuándo aferrarse y cuándo soltar. A veces él tiene razón, a veces yo tengo razón, y a veces ambos estamos equivocados.

—Sabiduría que vale cada centavo —dice Ryan, agradeciéndoles por su donación.

Mientras se alejan, me doy cuenta de que Ryan y yo nos hemos acercado inconscientemente detrás de la mesa, nuestros hombros casi tocándose mientras nos preparamos para los siguientes visitantes. La multitud alrededor de nuestro puesto ha crecido constantemente a lo largo del día, y nuestros frascos de donaciones se están llenando más rápido que cualquier otro puesto en el festival.

—Hacemos un buen equipo —dice Ryan en voz baja, sus palabras solo para mí a pesar de la multitud que nos rodea.

—No suenes tan sorprendido —respondo, pero no hay mordacidad en mi tono—. Siempre trabajamos bien juntos. Cuando no estábamos trabajando uno contra el otro.

Algo cambia en su expresión: un suavizamiento alrededor de los ojos, una leve sonrisa que llega más profundo que nuestras sonrisas de actuación. —He extrañado esto —dice simplemente.

Antes de que pueda responder, la coordinadora de caridad se acerca a nuestro puesto con una pequeña multitud siguiéndola. —¡Atención, todos! ¡Con solo treinta minutos restantes en nuestro festival, me complace anunciar que el puesto de Prueba de Compatibilidad Amorosa ha recaudado más dinero que cualquier otra atracción!

La multitud aplaude mientras la coordinadora levanta los frascos de donaciones, ahora rebosantes de billetes. —Lo que significa —continúa con teatralidad—, ¡que nuestros expertos se han ganado el honor del tradicional beso al cerdito del Festival de Primavera!

Una voluntaria del festival aparece junto a ella, acunando un pequeño cerdito manchado con un lazo rosa alrededor de su cuello. —¡Conozcan a Penélope!

Ryan y yo intercambiamos miradas, su expresión reflejando mi propia mezcla de diversión y horror.

—Nunca mencionaste que esta era una tradición real —murmura.

—Porque no lo es —susurro en respuesta—. Esto es nuevo. Y casi con certeza idea de la alcaldesa Porter como broma.

La multitud está coreando ahora: —¡Besen al cerdito! ¡Besen al cerdito!

La señora Davenport de la biblioteca aplaude entusiastamente en la primera fila, mientras que el señor Peterson, mi barista habitual del café, silba con sus dedos. Incluso Tessa ha aparecido al borde de la multitud, con el smartphone levantado para capturar lo que sin duda se convertirá en contenido principal para las redes sociales.

La coordinadora se acerca con Penélope, quien parece notablemente impasible ante su papel en este espectáculo. —Solo un beso rápido para el fotógrafo —dice alegremente—. ¡Para la primera página de la Gaceta!

Ryan se acerca a mi oído. —¿Juntos?

Asiento, resignada a nuestro destino. —A la de tres.

Nos inclinamos simultáneamente, cada uno colocando un beso rápido en la cabeza sorprendentemente suave de Penélope. Los flashes de las cámaras nos ciegan momentáneamente mientras la multitud vitorea y aplaude.

—Damas y caballeros —anuncia la coordinadora—, ¡un aplauso para nuestros expertos en relaciones que han demostrado que pueden encontrar un terreno común por una buena causa!

Mientras Penélope es llevada para conocer a otros admiradores, Ryan y yo nos encontramos parados más cerca de lo que hemos estado en años, hombros tocándose, todavía parpadeando para alejar los puntos de las cámaras.

—Bueno —dice con una risa—, eso no era como esperaba que fuera este día.

—Yo tampoco —admito, sorprendida por lo poco que me importa—. Pero no fue terrible.

—Un gran elogio, sin duda —bromea—. Lo siguiente será admitir que realmente disfrutaste trabajando conmigo.

Debería alejarme, restablecer la distancia profesional, recordarme todas las razones por las que no debería sentir esta cómoda calidez extendiéndose por mi pecho. En cambio, me encuentro sonriéndole, honesta de una manera que no me he permitido ser en semanas.

—Tal vez lo hice —digo suavemente—. Un poco.

Su expresión cambia, la sorpresa dando paso a algo más cálido, más intenso. Por un momento, creo que podría decir algo, o peor, hacer algo, que rompería el frágil entendimiento que hemos construido hoy.

Pero entonces aparece la alcaldesa Porter, dándonos palmadas en los hombros a ambos. —¡Trabajo maravilloso, ustedes dos! El fondo educativo se los agradece, Penélope se los agradece, y creo que todo el pueblo disfrutó de su pequeña rutina.

El momento se rompe, y doy un paso atrás, con la sonrisa profesional firmemente en su lugar nuevamente. —Feliz de ayudar, alcaldesa. ¿Necesitará que empaquemos el puesto?

—Todo está arreglado —nos asegura—. Ustedes dos han hecho más que suficiente hoy.

Mientras salimos de la carpa hacia el sol de la tarde, me pregunto si estoy imaginando las

miradas persistentes de los habitantes del pueblo, las sonrisas conocedoras, los comentarios susurrados detrás de manos. O tal vez simplemente están reaccionando al espectáculo de la casamentera del pueblo y el especialista en rupturas besando juntos a un cerdito.

De cualquier manera, algo ha cambiado hoy, en cómo Ryan y yo nos relacionamos, en cómo el pueblo nos ve, y lo más inquietante, en cómo me siento cuando estamos juntos.

—No estuvo tan mal —dice Ryan cuando llegamos al borde de la plaza, donde tomaremos direcciones separadas—. Deberíamos considerar un proyecto empresarial conjunto: "Servicios Completos de Relaciones: Desde la Primera Cita hasta el Adiós Final".

Me río a pesar de mí misma. —Creo que acabamos de demostrar que nuestros enfoques son más complementarios que contradictorios.

—Exactamente mi punto. —Su sonrisa llega a sus ojos, creando esas arruguitas que siempre he encontrado entrañables—. Algo en qué pensar.

Mientras tomamos caminos separados, me doy cuenta de que eso es exactamente lo que estaré haciendo esta noche: pensar en Ryan Hayes, en nuestra sorprendente compatibilidad, y en lo que significa que trabajar juntos se sintiera tan natural, tan correcto.

Y por qué, a pesar de todo, ya estoy deseando verlo de nuevo.

A la mañana siguiente, llego a mi oficina para encontrar a Tessa esperando en los escalones, una caja de panadería en una mano y la Gaceta de Evergreen Falls en la otra. Su expresión es una mezcla de diversión y preocupación.

—¿Buenos días? —digo, abriendo la puerta.

Tessa me sigue adentro, colocando la caja de panadería en mi escritorio. —Cruasanes de chocolate de emergencia. Los vas a necesitar.

—Eso suena ominoso. —Cuelgo mi abrigo, mirando el periódico que aún sostiene—. ¿Qué pasó? ¿El festival no recaudó suficiente dinero?

En lugar de responder, desdobla el periódico y lo coloca en mi escritorio con un floreo. —Compruébalo tú misma.

Allí, en la primera página, hay una fotografía a todo color de Ryan y yo en el festival de ayer. Ambos nos inclinamos hacia Penélope la cerdita, pero lo que llama mi atención no es el cerdo: somos nosotros. La forma en que estamos parados cerca uno del otro, ambos sonriendo, pareciendo para todo el mundo como una pareja compartiendo una broma interna. Debajo de la foto, el titular dice: "EXPERTOS LOCALES EN AMOR ENCUENTRAN TERRENO COMÚN".

—Oh, Dios —murmuro, hundiéndome en mi silla. Mi estómago da un vuelco incómodo mientras miro la imagen. La mujer en esa foto —yo— se ve feliz, relajada, completamente cómoda con el hombre a su lado. ¿Es así realmente como me veía ayer?

—Se pone mejor —dice Tessa, tocando el artículo—. Sigue leyendo.

Escaneo el texto, mi horror creciendo con cada párrafo. El artículo describe nuestra "encantadora dinámica" y "química obvia" mientras dirigíamos el puesto de compatibilidad. Cita a varios asistentes al festival que encontraron nuestras "bromas juguetonas" entretenidas y "sorprendentemente perspicaces". Una sección particularmente condenatoria dice:

"Viendo a Miller y Hayes trabajar juntos, uno no adivinaría que representan filosofías opuestas sobre las relaciones. Su afinidad natural y enfoques complementarios hicieron que muchos se preguntaran si Evergreen Falls podría beneficiarse de su experiencia combinada, y si tal vez su colaboración profesional podría evolucionar hacia algo más personal".

—Esto es un desastre —gimo, apartando el periódico. Mis mejillas arden de vergüenza mientras imagino a todos en el pueblo leyendo esto durante el desayuno, sacando conclusiones,

susurrando sobre nosotros. Sobre mí. Sobre la casamentera que podría estar enamorándose del consultor de rupturas—. Nuestra apuesta... mi negocio... ¿cómo se supone que mantenga credibilidad profesional cuando el periódico del pueblo prácticamente está escribiendo fanfiction sobre nosotros?

—¿Lo está? —pregunta Tessa, sentándose en el borde de mi escritorio—. Porque desde donde estoy, ayer parecía que realmente estabas disfrutando. Con Ryan.

Antes de que pueda formular una negación, la campana sobre mi puerta suena. Levanto la mirada para ver a Ryan parado en la entrada, con su propia copia de la Gaceta en mano.

—Veo que también has recibido tu material de lectura matutina —dice, mostrando el periódico con una sonrisa arrepentida.

Tessa mira entre nosotros, luego se desliza de mi escritorio. —Debería volver a la panadería. Disfruta los cruasanes. Y la... conversación. —Aprieta mi hombro al pasar, susurrando "Llámame más tarde" antes de escabullirse por la puerta.

Ryan y yo nos miramos fijamente a través de mi oficina, el titular del periódico pareciendo pulsar entre nosotros como algo vivo.

—Así que —dice finalmente—, parece que somos nuevamente la comidilla del pueblo.

—Aparentemente —acepto, tratando de mantener mi voz neutral—. Aunque esta vez no es porque me dejaste plantada en el altar, así que supongo que eso es progreso.

Las palabras salen antes de que pueda detenerlas, más afiladas de lo que pretendía. Ryan se estremece ligeramente, pero no retrocede.

—Me merecía eso —admite en voz baja—. Pero ayer fue... bueno. ¿No?

La simple pregunta queda suspendida en el aire entre nosotros, cargada con diez años de historia y tres semanas de complicado presente. Podría mentir, podría refugiarme tras la distancia profesional, podría recordarnos a ambos la apuesta que inició toda esta extraña situación.

En cambio, me encuentro diciendo la verdad.

—Sí —digo—. Fue bueno.

Ryan da un paso adelante, luego duda. —El artículo no está equivocado, ¿sabes? Sobre que nuestros enfoques son complementarios en lugar de contradictorios. Tú ayudas a las personas a encontrar conexión. Yo las ayudo a navegar transiciones con dignidad. Hay valor en ambos.

Asiento lentamente, considerando sus palabras. —Tal vez todos necesiten un poco de ambos. El optimismo para creer en el amor duradero, y el valor para enfrentar cuando las cosas necesitan cambiar.

—Exactamente. —Sonríe, y algo cálido se despliega en mi pecho—. Entonces, ¿dónde nos deja eso? ¿Colegas profesionales con filosofías complementarias?

Hay una pregunta debajo de su pregunta, una que no estoy del todo lista para responder. Pero por primera vez desde que regresó a Evergreen Falls, me encuentro dispuesta a considerar posibilidades más allá del antagonismo.

—Por ahora —digo cuidadosamente—, eso parece un buen lugar para empezar.

Su sonrisa se amplía, llegando a sus ojos. —Puedo trabajar con eso.

Mientras se vuelve para irse, noto la fotografía en el periódico otra vez: nosotros dos, con las cabezas inclinadas juntas, compartiendo un momento que se parece notablemente al comienzo de algo más que al final. Mi corazón late un poco más rápido mientras considero lo que esta percepción pública podría significar para nuestra apuesta, para mi negocio, para nosotros.

Y por primera vez en diez años, me permito preguntarme si cada final tiene que ser definitivo.

Capítulo 14

Ryan

Me arreglo la corbata por tercera vez, un hábito nervioso que creía haber superado en algún momento de mis treinta. El espejo del baño de mi apartamento refleja a un hombre que parece bastante presentable —traje gris oscuro, camisa blanca impecable, corbata azul que supuestamente resalta mis ojos— pero no puede ocultar del todo la ansiedad que hierve bajo la superficie.

La gala benéfica del Centro Comunitario de Evergreen Falls no es exactamente la Gala del Met, pero es el evento más formal que el pueblo organiza anualmente. Ese artículo del periódico me ha estado persiguiendo durante días. "EXPERTOS LOCALES EN AMOR ENCUENTRAN PUNTOS EN COMÚN". He notado cómo la gente nos observa cuando Zoe y yo nos cruzamos en la calle principal, con expresiones especulativas, esperanzadas, hambrientas del siguiente capítulo de una historia que no estoy seguro de estar listo para escribir.

Mi teléfono vibra con un mensaje de Marcus: —¿Corsage? ¿Boutonniere? ¿Fajín a juego?

Respondo: —Te odio.

Su respuesta es inmediata: —Ponte la corbata azul. Resalta tus ojos.

Ya llevo puesta la corbata azul, lo que resulta irritante de una manera que no puedo explicar bien. La ajusto una última vez, cojo mi cartera y las llaves, y me dirijo a la puerta. Es solo una gala benéfica comunitaria. Nada para estar nervioso.

Excepto que Zoe estará allí. Y después de ese casi-momento en el festival, después de vernos juntos en esa foto del periódico —viéndonos felices, viéndonos bien juntos— no estoy seguro de qué sucederá después.

El centro comunitario se encuentra en el borde de la plaza del pueblo, un imponente edificio de ladrillo con columnas blancas que ha albergado todo, desde reuniones del Club Rotario hasta bailes de graduación desde 1922. En el interior, la transformación es impresionante. El espacio generalmente utilitario ha sido decorado con luces centelleantes y tela blanca, creando la ilusión de cenar bajo las estrellas. Mesas redondas con manteles impecables rodean una pista de baile de madera, y un pequeño escenario alberga tanto al cuarteto de jazz como al podio para los inevitables discursos de la noche.

—¡Ryan Hayes! —La alcaldesa Porter se materializa a mi lado, resplandeciente en un traje de pantalón con lentejuelas que refleja la luz como una bola de discoteca. Agarra su siempre presente tableta, sin duda conteniendo sus meticulosas hojas de cálculo para la recaudación de fondos—. Me alegra tanto que hayas podido acompañarnos. Tu generosa donación al proyecto de embellecimiento del centro fue muy apreciada.

—Feliz de apoyar a la comunidad —digo, aceptando una copa de champán de un camarero que pasa. Mis ojos ya están recorriendo la sala, buscando cabello castaño rojizo y una sonrisa

que todavía persigue mis sueños.

—Tú y Zoe fueron todo un éxito en el Festival de Primavera —continúa la alcaldesa, con un tono deliberadamente casual pero con ojos agudos de interés. Se inclina más cerca, bajando la voz en tono de conspiración—. Entre tú y yo, el consejo municipal tiene una polla sobre cuándo ustedes dos se reconciliarán oficialmente. Yo aposté por esta noche.

Casi me ahogo con el champán.

—¿Recuerda tan bien nuestros días de instituto?

—Querido, fui jueza en la competición de baile de tu graduación —dice, tocándose la sien —. Algunas parejas son simplemente memorables. Y nunca olvido a una potencial pareja poderosa que podría encabezar el comité de recaudación de fondos del próximo año.

Antes de que pueda responder, otro invitado se la lleva, dejándome con la incómoda sensación de que todo el pueblo está conspirando para juntarnos a Zoe y a mí. Lo que sería irritante si no fuera exactamente lo que parte de mí también desea.

Me adentro más en la sala, saludando con la cabeza a caras familiares. El centro comunitario alberga más recuerdos de los que me di cuenta: competiciones del equipo de debate donde Zoe siempre me ganaba en los argumentos, el baile de San Valentín donde por primera vez reuní el valor para invitarla a bailar, la feria de carreras donde ambos nos dimos cuenta de que queríamos ayudar a las personas a navegar por sus relaciones, aunque de maneras muy diferentes.

Y ahí está ella, al otro lado de la sala, una visión en verde esmeralda. El vestido cae justo por debajo de sus rodillas, sofisticado y elegante sin ser ostentoso. Tiene el pelo recogido, con algunos mechones enmarcando su rostro, y se ríe de algo que Tessa está diciendo. La visión me golpea como una fuerza física, deteniéndome a mitad de paso.

Diez años, y todavía me deja sin aliento.

—Quedarse mirando generalmente se considera espeluznante —murmura Marcus, apareciendo a mi lado con un sentido de la oportunidad inquietante—. Incluso en pueblos pequeños.

—No estoy mirando fijamente —miento—. Estoy... observando.

—¿Observando el vestido de Zoe? ¿O lo que hay dentro?

Le doy un codazo fuerte.

—No seas vulgar.

—No seas obvio —contraataca, pero está sonriendo—. Ve a hablar con ella. Ustedes dos estaban prácticamente pegados en el festival.

—Eso fue diferente. Estábamos trabajando.

—Y ahora ambos están en un evento social, luciendo bien, rodeados de luces ambientales y champán. —Me da un suave empujón—. Yo lo llamaría una mejora.

Antes de que pueda elaborar una respuesta adecuada, la alcaldesa Porter toca el micrófono en el escenario, llamando la atención de todos. Estoy salvado de una acción inmediata, pero la mirada conocedora de Marcus me dice que solo estoy retrasando lo inevitable.

—¡Bienvenidos, amigos, a nuestra gala benéfica anual del Centro Comunitario! —La voz de la alcaldesa Porter retumba con entusiasmo practicado—. Gracias a su generosidad, ya estamos bien encaminados para financiar la nueva ala infantil. Pero como todos sabemos, ¡Evergreen Falls nunca se conforma con "bien encaminados" cuando podríamos alcanzar "más allá"!

Una risa educada recorre la multitud. Cruzo miradas con Zoe al otro lado de la sala, y compartimos una breve sonrisa ante el predecible discurso de venta de la alcaldesa.

—Así que esta noche, estamos añadiendo un obsequio especial para impulsar nuestros esfuerzos de recaudación. ¡Una competencia sorpresa de baile! —La alcaldesa Porter aplaude

con deleite mientras una mezcla de gemidos y vítores surge del público—. ¡Cinco parejas voluntarias competirán, y los asistentes podrán votar con su dinero por sus bailarines favoritos!

Doy un largo sorbo de champán, ya sintiendo lástima por quien sea arrastrado a este espectáculo.

—Y para comenzar, me gustaría llamar a dos personas que ya han demostrado que hacen un excelente equipo. —La mirada de la alcaldesa se fija en mí con un enfoque depredador—. ¡Nuestros campeones del Festival de Primavera y antiguos ganadores de la competencia de baile de secundaria: Zoe Miller y Ryan Hayes!

La multitud se separa entre nosotros como el Mar Rojo, todos los ojos yendo de Zoe a mí y viceversa. Zoe parece tan aturdida como yo me siento, sus mejillas sonrojándose mientras Tessa le da un empujón no tan sutil hacia adelante.

—No creo que... —comienzo, pero Marcus ya está tomando mi copa de champán.

—Ve por ellos, Fred Astaire —dice, propulsándome hacia la pista de baile.

Zoe y yo nos encontramos en el medio de la pista de madera, repentinamente el centro de atención de toda la sala. De cerca, sus ojos están muy abiertos con una mezcla de vergüenza y algo que podría ser anticipación.

—No tenemos que hacer esto —digo en voz baja, solo para sus oídos.

Ella mira alrededor a los rostros expectantes, luego de vuelta a mí con una determinada elevación de su barbilla.

—¿Tienes miedo de que te haga sombra, Hayes?

El desafío en su voz despierta algo dormido —nuestro viejo espíritu competitivo, ese tira y afloja que siempre nos hizo mejores juntos que separados.

—Ni lo sueñes, Miller. —Extiendo mi mano—. ¿Bailamos?

El cuarteto hace la transición a algo con un ritmo animado de swing mientras Zoe coloca su mano en la mía. El contacto envía electricidad por mi brazo, pero no hay tiempo para analizar la sensación mientras nos colocamos en posición. Su mano derecha descansa ligeramente sobre mi hombro, mi mano izquierda encuentra la parte baja de su espalda. Marco de baile profesional, nada íntimo en ello. Excepto por la forma en que mi corazón martillea contra mis costillas, y no solo por el esfuerzo.

—¿Lista? —pregunto.

—Nací lista —responde, y entonces empezamos a movernos.

Los primeros pasos son torpes, ambos intentando liderar, nuestro ritmo ligeramente desacompasado. Pero entonces algo cambia —tal vez la memoria muscular tomando el control, o quizás la música encontrando el camino en nuestros cuerpos. De repente estamos bailando como solíamos hacerlo, como recordamos, mis pasos hacia adelante coincidiendo con sus pasos hacia atrás en perfecta sincronización.

—No está mal para una década sin práctica —dice Zoe mientras la guío en un giro.

—Como andar en bicicleta —respondo, ganando confianza mientras encontramos nuestro ritmo—. Aunque no recuerdo que fueras tan ligera de pies.

—Y yo no recuerdo que fueras tan atrevido —contraataca mientras la acerco un poco más, nuestros cuerpos moviéndose como una sola unidad por la pista.

La sensación de tenerla en mis brazos de nuevo me transporta de vuelta a nuestro baile de graduación. Había pasado semanas practicando con mi primo para perfeccionar nuestra rutina, desesperado por impresionar a Zoe. Cuando la incliné hacia atrás al final de nuestra actuación, todo el gimnasio estalló en vítores, pero todo lo que recordaba era la confianza en sus ojos mientras se reclinaba en mis brazos, completamente segura de que no la dejaría caer.

La multitud comienza a aplaudir al ritmo de la música, su aliento alimentando nuestra actuación. Puedo sentir la chispa competitiva en la postura de Zoe, la forma sutil en que añade un floreo a cada giro, desafiándome a igualarla. Es un lenguaje que una vez hablamos con fluidez —esta conversación física de avance y retirada, de apoyo y desafío.

—¿Recuerdas la competencia del baile? —pregunto mientras pasamos junto al cuarteto.

Sus ojos se iluminan con el recuerdo.

—Último año. Hicimos esa elevación ridícula.

—Asustamos a los acompañantes casi hasta la muerte.

—Aunque nos ganó el primer lugar.

Nuestras miradas se encuentran, una pregunta silenciosa pasando entre nosotros. Han pasado diez años. Ya no somos adolescentes. Pero la música está creciendo, la multitud está observando, y algo imprudente y alegre está construyéndose entre nosotros.

—¿Por los viejos tiempos? —sugiero, con un desafío en mi voz.

La sonrisa de Zoe se vuelve traviesa.

—¿Crees que todavía puedes manejarlo, Hayes?

Mi corazón aletea en mi pecho —una sensación familiar que no se debe enteramente al baile o a la proximidad de Zoe. Un breve recordatorio de mi condición. Pero los médicos me han asegurado que el ejercicio moderado está bien, y esta noche no quiero ser cauto. Esta noche, quiero bailar con la mujer que nunca he olvidado.

Como respuesta, la guío en una serie de giros rápidos, creando impulso, nuestros movimientos volviéndose más elaborados con cada vuelta por la pista. Los aplausos de la multitud crecen más fuertes mientras intentamos movimientos cada vez más vistosos —una dramática inclinación que hace reír a Zoe, un giro complicado que la deja brevemente sin aliento. Mi pulso se acelera, pero lo ignoro, no queriendo que mi condición dicte este momento.

—Ahora —digo mientras nos acercamos al centro de la pista, y Zoe asiente, entendiendo al instante.

Ella da tres pasos rápidos alejándose de mí, luego gira y corre de vuelta. Me preparo, manos en su cintura, y la levanto en el aire. Por un momento perfecto, está suspendida sobre mí, brazos extendidos, rostro radiante de triunfo —y entonces la física se reafirma. Mi pie resbala ligeramente en el suelo pulido, mi equilibrio cambia, y en lugar de bajar a Zoe con gracia, ambos caemos al suelo en un montón desgarbado de extremidades y risas.

La multitud jadea, luego vitorea mientras yacemos despatarrados en la pista de baile, mis brazos de alguna manera todavía alrededor de Zoe, su rostro a centímetros del mío mientras ambos nos deshacemos en risas. Puedo sentir sus latidos contra mi pecho, ver cómo sus ojos se arrugan en las esquinas cuando ríe, oler el ligero aroma floral de su perfume.

—Parece que estamos un poco oxidados —logro decir entre risas.

—O la gravedad se ha vuelto más fuerte —sugiere, sin hacer ningún movimiento inmediato para desenredarse.

Estamos lo suficientemente cerca como para que pueda ver las motas doradas en sus ojos, contar las pecas a través de su nariz, sentir el calor de su aliento contra mi mejilla. El tiempo parece suspendido, la habitación a nuestro alrededor desvaneciéndose mientras algo eléctrico pasa entre nosotros —un reconocimiento, una posibilidad, una pregunta que ninguno de los dos está del todo listo para hacer.

Entonces hay manos extendiéndose, ayudándonos a levantarnos, y el momento se rompe. La multitud nos rodea con felicitaciones y risas, comentando sobre nuestro "final dramático". La alcaldesa Porter nos declara los claros favoritos en la competencia, aunque aún quedan cuatro

parejas por actuar.

Mientras nos alejamos de la pista de baile, Zoe alisándose el vestido y yo enderezándome la corbata, nuestros ojos se encuentran de nuevo. Algo ha cambiado entre nosotros, alguna barrera bajada por la risa compartida y la memoria física de lo bien que una vez encajamos juntos.

—No está mal para un consultor de rupturas —dice, con un tono juguetón en su voz.

—No está mal para una casamentera —respondo, incapaz de dejar de sonreír—. Siempre fuimos un buen equipo.

La palabra queda suspendida entre nosotros —equipo— con todas sus implicaciones de asociación, de fortalezas complementarias, de algo construido juntos en lugar de destruido. Quiero decir más, explorar este frágil nuevo entendimiento, pero ya la gente nos está arrastrando en direcciones diferentes, y el momento se escapa.

La veo irse, el verde de su vestido vibrante contra la multitud, y siento algo peligrosamente parecido a la esperanza echando raíces en mi pecho.

El resto de la noche pasa en un borrón de felicitaciones y conversaciones, mi atención dividida entre quien sea con quien estoy hablando y seguir los movimientos de Zoe por la sala. Después de nuestra improvisada actuación de baile, orbitamos cautelosamente el uno alrededor del otro, intercambiando miradas y breves sonrisas pero sin llegar a reconectarnos del todo.

Para cuando la gala benéfica comienza a terminarse, la noche primaveral se ha vuelto fresca, las estrellas visibles a través de las altas ventanas del centro comunitario. He hecho mis rondas obligatorias, donado a la causa, y sobrevivido a múltiples comentarios conocedores sobre mi "química" con Zoe en la pista de baile.

La veo cerca del guardarropa, despidiéndose de Tessa y recogiendo su chal. Antes de que pueda pensarlo demasiado, me dirijo a su lado.

—¿Te vas a casa? —pregunto.

Ella asiente, con algo suave e incierto en su expresión.

—Ha sido una noche larga.

—¿Te importa si camino contigo? —La pregunta sale más vulnerable de lo que pretendía—. Es una buena noche para ello.

Ella duda justo lo suficiente para hacer que mi corazón tartamudee, luego sonríe.

—Me gustaría eso.

Afuera, el aire primaveral lleva el aroma de los cornejos en flor y lluvia distante. Evergreen Falls de noche es discretamente hermoso —farolas proyectando charcos de luz dorada, los edificios históricos de la calle principal recortados contra el cielo estrellado. El juzgado de piedra caliza brilla pálido a la luz de la luna, y el quiosco en la plaza del pueblo se sienta vacío y pacífico, su pintura blanca luminosa contra la oscuridad. Caminamos en silencio amistoso por unos momentos, cerca pero sin tocarnos, ambos aparentemente contentos de simplemente estar en la presencia del otro.

—Entonces —dice Zoe finalmente—, ¿deberíamos discutir nuestro espectacular desastre en la pista de baile, o fingir que nunca sucedió?

Me río, agradecido por su capacidad para romper la tensión.

—Creo que todo el pueblo lo estará discutiendo durante semanas, así que bien podríamos adelantarnos a los chismes.

—Me advertiste que estabas oxidado.

—¿Yo? ¡Tú fuiste quien insistió en la elevación!

—Yo no... —Se detiene, captando el brillo juguetón en mi ojo, y sacude la cabeza con una sonrisa—. Bien. Culpa mutua. Pero estuvimos bastante bien antes del aterrizaje forzoso.

—Siempre fuimos buenos juntos en la pista de baile —digo, las palabras cargando más peso del que deberían—. ¿Recuerdas ese baile de San Valentín? ¿Tercer año?

Su sonrisa se suaviza con el recuerdo.

—Estabas tan nervioso que me pisaste los pies tres veces.

—Y fingiste no darte cuenta.

—Me di cuenta —dice en voz baja—. Simplemente no me importó.

Giramos hacia su calle, bordeada de casas de estilo artesano y cerezos en flor. Las luces en la mayoría de las casas ya están atenuadas, el vecindario asentándose en la tranquilidad nocturna. Nuestros pasos suenan fuertes en la acera, un contrapunto rítmico a los pensamientos que se agolpan en mi mente.

—Zoe —comienzo, sin estar muy seguro de lo que voy a decir—. Esta noche fue...

—Agradable —suministra cuando me quedo callado—. Inesperada, pero agradable.

—Muy agradable —estoy de acuerdo, aliviado y de alguna manera decepcionado por el adjetivo seguro—. A pesar de la humillación pública.

—No lo llamaría humillación. Más bien... hora amateur entusiasta.

Llegamos a su porche, un acogedor espacio cubierto con un columpio y macetas con flores. Se gira para mirarme, y de repente estamos parados más cerca de lo que me había dado cuenta, la luz del porche iluminando el oro en su cabello y la pregunta en sus ojos.

—Gracias por acompañarme a casa —dice suavemente.

—Cuando quieras.

La palabra queda suspendida entre nosotros, cargada de posibilidades. Me encuentro inclinándome ligeramente hacia ella, atraído por algo que no puedo nombrar del todo. Sus ojos se ensanchan ligeramente, sus labios separándose en una respiración. Por un momento suspendido, parece que podríamos cerrar la distancia final entre nosotros...

—¡Buenas noches, Zoe! ¡Hermosa noche, ¿verdad?!

Nos separamos de un salto cuando la señora Hargrove, la vecina anciana de Zoe, llama desde su porche adyacente. La mujer está envuelta en una rebeca, con un pequeño terrier acurrucado bajo su brazo. Me había mencionado antes en la gala que siempre saca a Pickles para una última parada en el baño a esta hora, una rutina tan predecible como el reloj del pueblo.

—Sí, hermosa —responde Zoe, con la voz ligeramente más alta de lo normal—. Que tenga buena noche, señora Hargrove.

—Igualmente, querida. Y tú, joven —añade con una mirada conocedora que sugiere que es muy consciente de lo que interrumpió—. No seas un extraño. A Pickles y a mí nos gusta mucho más nuestro paseo constitucional nocturno cuando tenemos compañía.

Un silencio incómodo cae cuando la señora Hargrove y su perro se retiran al interior. El momento —sea lo que fuera que podría haber sido— se ha roto, dejándonos en lados opuestos de una línea invisible que ninguno de los dos parece listo para cruzar.

—Bueno —dice Zoe, buscando sus llaves en su pequeño bolso—. Gracias de nuevo. Por el paseo y el baile y... todo.

—Ha sido un placer —respondo, dando un paso atrás para darle espacio—. Buenas noches, Zoe.

—Buenas noches, Ryan.

Espero hasta que está segura dentro, su silueta visible a través del vidrio esmerilado de su puerta principal, antes de darme la vuelta para caminar a casa. El aire nocturno se siente más fresco ahora, o quizás es solo la ausencia de su calor a mi lado.

Mientras camino, reproduzco la noche en mi mente —el baile, la caída, el casi momento en

su porche. Pienso en la apuesta que hicimos, sobre encontrar la pareja perfecta para Zoe. Pienso en lo que significaría ganar: cerrar mi negocio, dejar el pueblo, alejarme de lo que sea que está creciendo entre nosotros.

Y por primera vez, me encuentro esperando perder.

Porque estando en el porche de Zoe, casi besándola bajo la suave luz del porche, me di cuenta de algo que he estado evitando desde que regresé a Evergreen Falls. Algo que probablemente supe hace diez años pero que tenía demasiado miedo de enfrentar.

No hay pareja perfecta para mí excepto Zoe Miller. Nunca la hubo.

La pregunta es si puedo encontrar el coraje para decirle la verdad —sobre mi condición cardíaca, sobre por qué realmente me fui, sobre cómo nunca dejé de amarla— antes de que nuestra apuesta llegue a su conclusión y pierda mi oportunidad por completo.

Mientras llego a mi apartamento, el cielo nocturno vasto y lleno de estrellas sobre mí, tomo una decisión. No más huir. No más medias verdades. Es hora de hacer lo que debería haber hecho hace diez años: confiar a Zoe mi corazón, en todos los sentidos de la palabra.

Capítulo 15

Zoe

La oficina está en silencio, excepto por el tictac del reloj de pie. Son casi las nueve, pero no puedo obligarme a ir a casa. No cuando mi apartamento se siente demasiado lleno de pensamientos sobre cierto baile y un casi beso que ha estado repitiéndose en mi mente durante días.

A través del cristal empañado por la lluvia, puedo ver la luz que aún brilla en la oficina de Ryan al otro lado de la calle. Está en su escritorio, con la cabeza inclinada sobre el papeleo, ocasionalmente pasándose la mano por el pelo en ese gesto que significa que está concentrado.

Obligo a mi atención a volver a Ellie y Greg. Esto es ridículo. Soy una profesional. Soy la casamentera más exitosa en tres condados.

Y estoy fracasando completamente en encontrarle a Ryan Hayes su pareja perfecta.

La verdad es que ni siquiera lo he intentado desde la cita con Jennifer. He puesto excusas: demasiado ocupada con clientes existentes, esperando que lleguen nuevos perfiles, necesitando refinar mis métricas de compatibilidad. Pero la verdadera razón se asienta como una piedra en mi estómago: no quiero encontrar la pareja perfecta de Ryan.

Porque, ¿y si no soy yo?

Cierro el archivo con más fuerza de la necesaria. Necesito ir a casa. Necesito recordar que Ryan Hayes es mi competidor comercial, el objeto de una apuesta profesional, y el hombre que me dejó en el altar con nada más que una nota de seis palabras.

Pero mientras recojo mis cosas, mi mirada se dirige una vez más hacia la ventana. Ryan está de pie ahora, estirando la espalda, su silueta perfilada contra la cálida luz de su oficina. Por un momento, nuestros ojos se encuentran a través de la distancia empapada por la lluvia, y algo eléctrico pasa entre nosotros: un reconocimiento, una pregunta, una posibilidad que ninguno de los dos está listo para nombrar.

Estoy cerrando la puerta de mi oficina cuando una voz familiar me llama. Me giro para ver a Ryan cruzando la calle, sosteniendo un paraguas en una mano y una bolsa de papel marrón en la otra. La lluvia le aplasta el pelo contra la frente a pesar de la protección del paraguas.

—¿Tienes hambre? —pregunta, levantando la bolsa mientras alcanza el refugio de mi entrada—. Me di cuenta de que también estabas trabajando hasta tarde.

El olor me llega primero: ajo intenso, pan caliente, el aroma distintivo de la famosa fettuccine alfredo de The Copper Pot. Nuestro lugar favorito para citas durante la universidad. El lugar donde Ryan me dijo por primera vez que me amaba bajo la luz de las velas y el tiramisú.

—¿Es eso...? —empiezo, incapaz de terminar la pregunta mientras los recuerdos vuelven.

—The Copper Pot abrió un local en Austin el año pasado —explica Ryan, pareciendo ligeramente avergonzado—. Estuve allí para una consulta con un cliente hoy y pensé... bueno,

recordé cuánto te gustaba su pasta.

El gesto es tan inesperadamente considerado que me quedo momentáneamente sin palabras. —Eso es... muy amable de tu parte.

Él se encoge de hombros, con el agua de lluvia goteando de sus hombros sobre mi felpudo. —Solo es pasta.

Pero no es solo pasta. Es un recuerdo. Es una rama de olivo.

—¿Quieres entrar? —pregunto antes de poder pensarlo demasiado—. Parece tonto comer solos cuando ambos trabajamos hasta después de la cena.

La sonrisa de Ryan (la verdadera, la que llega a sus ojos) me golpea como una fuerza física. —Me gustaría.

Dentro de mi oficina, improvisamos una cena en mi escritorio, apartando archivos de clientes para hacer espacio para los contenedores de comida para llevar. Encuentro servilletas de papel en mi cajón y dos botellas de agua en mi mini-refrigerador.

—Entonces —digo mientras nos acomodamos con nuestra comida—, ¿cómo fue tu día? ¿Alguna interesante salida de relación que facilitar?

Ryan enrolla pasta en su tenedor. —En realidad, pasé la mayor parte del día con una pareja que decidió no separarse después de todo.

Levanto una ceja. —¿No es eso malo para el negocio?

—No realmente. Los Morgan vinieron a mí convencidos de que su matrimonio había terminado. Veinte años juntos, hijos en la universidad, de repente sintiéndose como extraños. Síndrome del nido vacío clásico.

—¿Y los convenciste de no divorciarse?

Ryan sacude la cabeza. —No los convencí de nada, ni a favor ni en contra. Solo los ayudé a tener la conversación que habían estado evitando. Resultó que ambos estaban aterrorizados por lo mismo: que sin los niños como amortiguador, descubrirían que ya no tenían nada en común.

—¿Y fue así? —pregunto, genuinamente curiosa.

—No. Una vez que realmente comenzaron a hablar, se dieron cuenta de que ambos habían estado ocultando los mismos temores, haciendo las mismas suposiciones. —Su expresión se suaviza—. Ahora están planeando una segunda luna de miel.

Lo estudio a través de mi escritorio, viéndolo con nuevos ojos. —Así que no eres solo un destructor de hogares profesional después de todo.

Él se ríe, el sonido cálido en la oficina silenciosa. —Nunca lo fui. A veces las relaciones necesitan terminar, pero a veces solo necesitan una conversación honesta para comenzar a sanar. Mi trabajo es descubrir cuál es cuál.

—Eso es realmente... bastante hermoso —admito—. No tan diferente de lo que yo hago, en cierto modo.

—Somos dos caras de la misma moneda —coincide Ryan, alcanzando su botella de agua.

Afuera, un relámpago destella, seguido por un trueno que hace temblar mis ventanas. La lluvia se intensifica, golpeando contra el techo.

—He estado queriendo preguntar —digo, reuniendo valor—, ese día en mi oficina cuando te estaba entrevistando sobre tus preferencias... mencionaste una enfermedad cardíaca. ¿Eso es... estás bien?

Ryan deja su tenedor, su expresión volviéndose seria. —Me diagnosticaron cardiomiopatía genética a los veinticinco años. Afecta al músculo cardíaco, hace que sea más difícil bombear sangre de manera efectiva. —Se toca el pecho inconscientemente—. Es la misma afección que tiene mi padre.

—Eso suena serio —digo.

—Lo era. Lo es. —Me mira directamente a los ojos—. Cuando me diagnosticaron por primera vez, el pronóstico no era muy bueno. Pero la medicina ha avanzado mucho en diez años. Con la medicación y el monitoreo adecuados, puedo vivir una vida relativamente normal.

Antes de que pueda preguntar más, las luces parpadean una vez, dos veces, y luego se apagan por completo, sumiéndonos en la oscuridad.

—Bueno —la voz de Ryan viene desde la oscuridad—, eso sí que es sincronización dramática.

Me río a pesar de mí misma. —Tengo velas en algún lado. Espera.

Tanteo alrededor de mi escritorio, con las manos extendidas en la oscuridad. Un destello de relámpago ilumina brevemente a Ryan, ahora también de pie, moviéndose en la misma dirección. Chocamos, mi frente golpeando contra su barbilla con un golpe audible.

—¡Ay!

—¡Lo siento! —decimos simultáneamente, luego nos reímos mientras nos desenredamos.

—El armario de suministros está por aquí —digo, mi mano encontrando su brazo para guiarlo. Su músculo se siente sólido bajo mis dedos.

En el armario oscuro, nuestras manos tantean los suministros de oficina, nuestros dedos ocasionalmente rozándose mientras buscamos. Cada toque accidental se siente cargado, significativo en la oscuridad. Finalmente, mi mano se cierra alrededor de las velas de emergencia.

—Las encontré —anuncio—. Ahora solo necesitamos...

—¿Cerillas? —la voz de Ryan está cálida con diversión mientras sostiene una pequeña caja, brevemente iluminada por otro destello de relámpago—. Ya me adelanté.

Volvemos a mi oficina, donde Ryan enciende las velas con manos firmes. Las pequeñas llamas proyectan un resplandor cálido y dorado, transformando el espacio profesional en algo más íntimo. Las sombras bailan por las paredes, y la lluvia corre por las ventanas, aislándonos en un bolsillo de calidez a la luz de las velas mientras la tormenta se desata afuera.

—Mejor que comer a oscuras —digo, acomodándome en mi sofá vintage en lugar de volver a la silla de mi escritorio. Es el que normalmente reservo para consultas de parejas.

Ryan simplemente asiente, recogiendo nuestra comida y trayéndola. Se sienta a mi lado, lo suficientemente cerca como para sentir su calor pero no tan cerca como para tocarnos.

—Como en los viejos tiempos —dice en voz baja, asintiendo hacia las velas—. ¿Recuerdas ese apagón durante la semana de exámenes finales? ¿En tercer año?

Sonrío ante el recuerdo. —Estudiamos a la luz de las velas en tu apartamento porque la biblioteca estaba cerrada.

—Te quedaste dormida sobre mi libro de psicología —añade—. Babeaste la Jerarquía de Necesidades de Maslow.

—¡No babeé! —protesto, pero me estoy riendo—. Solo estaba... estudiando intensamente por ósmosis.

—Por supuesto. —Sus ojos se arrugan en las esquinas, y a la luz de las velas, se parece tanto al chico del que me enamoré que mi pecho duele con una mezcla complicada de nostalgia y algo más nuevo, más peligroso.

Comemos en un cómodo silencio por unos momentos. Sin el sistema de calefacción, la oficina se está enfriando, y reprimo un pequeño escalofrío.

Ryan lo nota de todos modos. —¿Tienes frío?

—Un poco —admito—. El edificio es viejo. Ventanas con corrientes de aire.

Deja su comida a un lado y se quita la chaqueta, colocándola sobre mis hombros antes de que pueda protestar. La tela todavía está caliente de su cuerpo, y su aroma me envuelve.

—Gracias —digo, acercándola más—. Pero ahora tú tendrás frío.

—Yo soy caliente —me recuerda—. Siempre lo he sido.

Recuerdo esto de él: cómo solía presionar mis pies perpetuamente fríos contra sus pantorrillas en la cama, cómo se quejaba pero nunca se alejaba.

—Ryan —comienzo—, sobre el baile de recaudación de fondos...

—Fue agradable —dice, su voz suave—. Bailar contigo de nuevo. Incluso con el espectacular aterrizaje forzoso.

—Agradable —repito, la palabra inadecuada para las emociones que habían surgido a través de mí en sus brazos.

Nuestros ojos se encuentran a la luz de las velas, y algo cambia en su expresión: un ablandamiento, una apertura que no he visto desde antes de que se fuera. Su mano descansa en el cojín entre nosotros, lo suficientemente cerca como para que pudiera tocarla si quisiera. Me encuentro queriendo hacerlo.

—Zoe —dice, mi nombre una pregunta en su boca.

Afuera, un relámpago estalla tan cerca que el trueno sigue inmediatamente, haciendo temblar las ventanas en sus marcos.

No sé quién se mueve primero, tal vez ambos lo hacemos, atraídos como las cargas opuestas que crean los relámpagos. Un momento estamos sentados con una distancia cuidadosa entre nosotros, y al siguiente sus labios están sobre los míos, cálidos y familiares y nuevos, todo a la vez.

El beso es tentativo al principio, una pregunta más que una afirmación. Pero cuando no me aparto, cuando en cambio me acerco más, se transforma en algo más profundo, más urgente. Su mano acuna mi mejilla, su pulgar trazando mi pómulo con una ternura que hace que mi corazón duela. Mis dedos encuentran su nuca, enredándose en su cabello, acercándolo más.

Diez años de distancia se evaporan como la niebla bajo el sol de verano. Mi cuerpo recuerda el suyo: la curva de su hombro bajo mi palma, la forma en que su respiración se entrecorta cuando trazo mis dedos a lo largo de su mandíbula, la suave presión de su mano en mi cintura. Pero también hay nuevos descubrimientos: la ligera aspereza de la barba incipiente contra mi piel, la mayor confianza en la forma en que me atrae a su regazo, la fuerza en sus brazos mientras me rodean.

La tormenta afuera se intensifica, la lluvia azota las ventanas, los truenos sacuden los cimientos del edificio. Dentro, un tipo diferente de tormenta se construye entre nosotros: años de dolor y anhelo transformándose en algo urgente e innegable. La chaqueta de Ryan se desliza de mis hombros, olvidada. Ya no tengo frío; el calor me inunda, irradiando hacia afuera desde cada punto donde nuestros cuerpos se conectan.

La boca de Ryan se mueve de la mía, trazando besos a lo largo de mi mandíbula, bajando por mi cuello, deteniéndose en el punto del pulso que delata mi corazón acelerado. Jadeo, inclinando mi cabeza hacia atrás para darle mejor acceso. Sus manos se deslizan por mis costados, sus pulgares rozando los lados de mis pechos, haciéndome temblar de anticipación.

Empiezo a desabotonar su camisa, mis dedos tropezando con impaciencia. Él me ayuda, quitándosela y dejándola a un lado. Mis manos recorren su pecho, reacostumbrándome a los planos y valles de sus músculos. Es más delgado de lo que solía ser, más duro, pero no menos familiar. Su piel está caliente bajo mi toque, y puedo sentir su corazón latiendo tan rápidamente como el mío.

Alcanza el dobladillo de mi blusa, sacándola por mi cabeza en un movimiento suave. Sus ojos se oscurecen mientras me observan, y se inclina para besar el contorno de mis pechos por encima de mi sujetador. Me arqueo hacia él, un suave gemido escapando de mis labios. Se estira, desabrochando mi sujetador con una destreza que me hace sonreír.

—No has olvidado —susurro contra su oreja.

Él se ríe, bajo y ronco. —Hay cosas que nunca se olvidan.

Su boca encuentra la mía nuevamente, hambrienta e insistente. Puedo sentir su dureza presionando contra mí, y me froto contra él, provocando un gemido desde lo profundo de su pecho. Sus manos exploran mi cuerpo, trazando la curva de mi cintura, el ensanchamiento de mis caderas, la piel sensible de mis muslos internos.

Alcanzo su cinturón, desabrochándolo y deslizándolo. Él levanta sus caderas, permitiéndome quitarle los pantalones y los bóxers. Está duro y listo, y la visión de él envía una oleada de deseo a través de mí. Envuelvo mi mano alrededor de él, acariciando suavemente, y él respira hondo, sin apartar sus ojos de los míos.

Me levanta de su regazo, recostándome en el sofá. Se arrodilla a mi lado, sus manos deslizándose por mis muslos, empujando mi falda hacia arriba alrededor de mis caderas. Sus dedos se enganchan en la cintura de mis bragas, bajándolas lentamente, con sus ojos fijos en los míos todo el tiempo. Levanto mis caderas, ayudándolo, y entonces estoy desnuda ante él, vulnerable y expuesta.

Se inclina, besando el interior de mis muslos, haciéndome temblar. Sus dedos trazan los pliegues de mi piel, suaves y exploratorios. Jadeo cuando encuentra el sensible botón en el centro, rodeándolo ligeramente. El placer irradia hacia afuera, haciendo que mis dedos de los pies se curven.

—Ryan —susurro, mi voz apenas reconocible.

Me mira, sus ojos oscuros de deseo. —Quiero probarte, Zoe —dice, su voz ronca.

Asiento, incapaz de hablar, y él baja la cabeza, su lengua reemplazando sus dedos. Grito, mis caderas saltando del sofá. Él las agarra, manteniéndome quieta mientras me explora con su boca. La sensación es intensa, abrumadora, y me encuentro escalando rápidamente, mi respiración viniendo en cortos jadeos.

Justo cuando estoy a punto de llegar al límite, se retira, dejándome jadeando y desesperada. Alcanza sus pantalones, sacando su billetera y extrayendo un condón. Rasga el paquete con los dientes, enfundándose rápidamente.

Se posiciona entre mis piernas, haciendo una pausa para mirarme. Sus ojos son tiernos, interrogantes. —¿Estás segura? —pregunta, su voz apenas por encima de un susurro.

La pregunta corta a través de la niebla de deseo. Estoy en mi oficina, en los brazos de Ryan, a punto de cruzar una línea que cambiará irreversiblemente las cosas entre nosotros. La parte sensata de mí dice que me detenga, que mantenga la distancia profesional.

Pero mientras miro a sus ojos, viendo vulnerabilidad y deseo y algo más profundo que no estoy lista para nombrar, descubro que no quiero ser sensata.

—Estoy segura —digo, y lo atraigo hacia mí.

Entra en mí lentamente, cuidadosamente, dando tiempo a mi cuerpo para ajustarse a él. La sensación es intensa, abrumadora, y me encuentro agarrando sus hombros, mis uñas clavándose en su piel. Hace una pausa, dándome tiempo, y asiento, señalándole que continúe.

Comienza a moverse, lento y deliberado, cada embestida construyendo el fuego dentro de mí. Igualo su ritmo, nuestros cuerpos moviéndose en sincronía como si no hubiera pasado el tiempo. La conexión entre nosotros es eléctrica, innegable, y me encuentro ascendiendo

nuevamente, el placer construyéndose con cada empuje.

Su boca encuentra la mía, nuestras respiraciones mezclándose mientras nos movemos juntos. Sus manos están en todas partes, trazando las curvas de mi cuerpo, avivando las llamas de mi deseo. Puedo sentir la tensión en sus músculos, la restricción que está ejerciendo para no ir demasiado rápido, demasiado fuerte.

Pero no quiero restricción. Lo quiero a él, todo él, como solíamos ser. Envuelvo mis piernas alrededor de su cintura, atrayéndolo más profundamente, instándolo a ir más rápido. Él gime, su control disminuyendo, sus embestidas volviéndose más fuertes, más urgentes.

El placer crece y crece, hasta que estoy tambaleándome al borde, mi cuerpo tenso como una cuerda de arco. Y entonces, con un último empuje, me dejo ir, mi cuerpo convulsionando alrededor de él, olas de placer estrellándose sobre mí. Él me sigue poco después, su cuerpo temblando mientras encuentra su propia liberación.

Nos quedamos allí por un momento, nuestros cuerpos aún unidos, nuestras respiraciones volviendo lentamente a la normalidad. La frente de Ryan descansa contra la mía, sus ojos cerrados, una expresión de paz en su rostro. Puedo sentir su latido del corazón contra mi pecho, fuerte y constante, y me sorprende lo correcto que se siente esto, lo natural, a pesar de todas las complicaciones.

Después de un rato, él se retira, ocupándose del condón rápida y eficientemente. Regresa al sofá, atrayéndome a sus brazos, mi espalda contra su pecho. Sus dedos trazan patrones perezosos en mi hombro desnudo, y me sorprende lo cómodo que es esto, lo familiar, a pesar de los años que han pasado.

Un ruido repentino fuera de la puerta de la oficina me hace incorporarme de golpe, apresuradamente volviendo a colocar mi vestido en su lugar. —¿Oíste eso?

Ryan también se sienta, alcanzando su camisa. —Probablemente solo la tormenta...

—No, sonaba como... —hago una pausa, escuchando atentamente—. Como pasos, o...

El ruido vuelve, un sonido de arañazos distintivo seguido por un suave golpe. Mis ojos se ensanchan con horror. —¡Hay alguien ahí fuera! Todo el pueblo va a descubrir que nosotros...

Ryan ya está de pie, moviéndose hacia la puerta con más calma de la que puedo comprender. Mira por la pequeña ventana, luego se relaja visiblemente. Abriendo la puerta una rendija, revela la fuente del ruido: un elegante gato negro que inmediatamente se mete dentro.

—¿No es este el gato de la panadería de Tessa? —pregunta Ryan mientras el felino se enreda alrededor de sus tobillos.

Me derrumbo de nuevo en el sofá, el alivio haciéndome sentir mareada. —Midnight. Deambula después del horario de cierre. Tessa dice que es su 'sistema de seguridad nocturna'.

Ryan se ríe. —Vaya sistema de seguridad. Allanamiento parece más su estilo.

Como si respondiera, Midnight salta sobre mi escritorio y comienza a tirar metódicamente objetos al suelo, mirándonos con suficiencia.

Lo absurdo de la situación (medio vestidos en mi oficina, interrumpidos no por un chismoso del pueblo sino por un gato merodeador) nos golpea a ambos en el mismo momento, y de repente estamos riendo. Ryan se sienta a mi lado de nuevo, tomando mi mano en la suya, nuestros dedos entrelazándose naturalmente.

—Siempre una aventura contigo, Zoe Miller —dice suavemente.

Estoy a punto de responder cuando las luces de la oficina parpadean y vuelven a encenderse, el sistema de calefacción reanudándose con un zumbido mecánico. La realidad regresa con la electricidad: la apuesta, nuestros negocios competidores, nuestra complicada historia, el futuro incierto por delante.

Bajo la implacable luz de arriba, de repente me siento expuesta de maneras que no tienen nada que ver con mi estado de vestimenta. Ryan también parece sentirlo; su expresión se vuelve más reservada, la apertura de momentos atrás retrocediendo.

—Probablemente debería irme —dice, aunque su mano permanece entrelazada con la mía —. Es tarde.

Asiento, sin confiar en mí misma para hablar.

Ryan se viste silenciosamente, ocasionalmente encontrando mi mirada con una pequeña sonrisa que no llega completamente a sus ojos. Arreglo mi propia ropa, tratando de imponer orden a una situación que desafía la organización.

En la puerta, se vuelve hacia mí. —Zoe, sobre esta noche...

—Está bien —digo rápidamente, no estando lista para escuchar lo que sea que esté a punto de decir—. No necesitamos analizarlo ahora mismo.

Alivio y algo como decepción cruzan sus facciones. —Cierto. Por supuesto. —Hace una pausa, luego añade—: Pero no me arrepiento. Quiero que lo sepas.

La simple declaración cae como una piedra en agua tranquila, las ondas extendiéndose hacia afuera a través de mis defensas cuidadosamente construidas. —Yo tampoco me arrepiento — admito suavemente.

Su sonrisa esta vez es genuina, llegando a sus ojos. —Buenas noches, Zoe.

—Buenas noches, Ryan.

Después de que se va, me quedo de pie en medio de mi oficina, rodeada por la evidencia de nuestra cena improvisada y lo que siguió. Midnight se ha acurrucado en mi silla de cliente, observándome con inescrutables ojos amarillos mientras comienzo a restaurar el orden al espacio.

Afuera, la tormenta ha pasado. Dentro, un tipo diferente de tempestad ha dejado su marca, no en el desorden físico, sino en las paredes que he construido cuidadosamente alrededor de mi corazón, que ahora muestran signos distintivos de daño estructural.

Mientras extingo las velas una por una, viendo el humo enroscarse hacia arriba en el aire inmóvil, una cosa es cierta: nada entre Ryan Hayes y yo volverá a ser puramente profesional de nuevo.

Capítulo 16

Ryan

Despierto con la luz del sol entrando a través de las persianas que olvidé cerrar y el sonido distante de la ferretería abriendo debajo de mi apartamento. Por un momento, permanezco inmóvil, catalogando sensaciones: la calidez de la luz matutina en mi rostro, el tenue aroma a café de la tienda de abajo, el persistente perfume de Zoe en mi camisa.

Zoe. Anoche.

El recuerdo me inunda en una oleada de detalles sensoriales: la luz de las velas parpadeando sobre su piel, la tormenta rugiendo afuera mientras un tipo diferente de tempestad se formaba entre nosotros, sus dedos trazando patrones en mi pecho después. La forma natural en que nuestros cuerpos se recordaban mutuamente a pesar de una década separados.

Presiono las palmas de mis manos contra mis ojos, como si pudiera contener físicamente las emociones que amenazan con desbordarse. La euforia se mezcla con la culpa, la esperanza con la incertidumbre. ¿Qué significa lo de anoche para nuestra apuesta? ¿Para la cuidadosa distancia que hemos estado intentando mantener?

Mi teléfono vibra en la mesita de noche. Marcus, con su sincronización sobrenatural:

—Entonces... ¿cómo fue tu "cena" con Zoe? Os vi a los dos muy acaramelados a través de la ventana. ¿Realmente comisteis la comida, o...?

Gruño y escribo: —No es asunto tuyo.

Su respuesta es inmediata: —ESO NO ES UNA NEGACIÓN. Requiero detalles inmediatamente.

—No hay nada que contar —miento, luego lo reconsidero—. Cenamos. Se fue la luz. Hablamos.

—"Hablamos". Claro. Así es como los jóvenes lo llaman estos días.

Dejo el teléfono a un lado, no estoy preparado para las bromas bien intencionadas de Marcus. La verdad es que no sé cómo categorizar lo que sucedió entre Zoe y yo. No fue solo físico, aunque Dios sabe que la parte física fue increíble. Fue la conexión posterior, acostados juntos a la luz de las velas, lo que me dejó más conmocionado de lo que me gustaría admitir.

Por unas horas, se sintió como si los últimos diez años nunca hubieran sucedido. Como si todavía fuéramos nosotros: Ryan y Zoe, la pareja que todos en Evergreen Falls esperaban que llegara lejos.

Pero los años sí ocurrieron. Sí la dejé con nada más que una nota. Sí regresé y establecí un negocio competidor. Sí hicimos una apuesta que podría obligarme a abandonar el pueblo nuevamente justo cuando he encontrado mi camino de regreso a ella.

Balanceo mis piernas por el borde de la cama, decisión tomada. Hoy hablaré con ella. Hoy finalmente dejaré de huir de la verdad. Ella merece saber todo: sobre mi condición cardíaca,

sobre por qué realmente me fui, sobre cómo nunca he dejado de amarla. Si anoche significó algo, es que Zoe merece la honestidad completa que defiendo para mis clientes.

—Hemos decidido posponer la boda.

Ellie Howe está sentada junto a Greg en el sofá de cuero de mi oficina, su expresión más tranquila de lo que he visto desde que me consultaron por primera vez. Noto que lleva su anillo de compromiso nuevamente, pero en su mano derecha en lugar de la izquierda, un compromiso simbólico que dice mucho sobre su estado actual.

—No cancelarla —aclara Greg rápidamente—. Solo... pausarla. Hasta que resolvamos algunas cosas.

Asiento, manteniendo mi expresión neutral y comprensiva. —Parece una decisión reflexiva. ¿Qué les llevó a tomarla?

Greg mira a Ellie, pasando entre ellos una comunicación silenciosa. Es el tipo de mirada que me recuerda por qué fueron emparejados en primer lugar; bajo sus desafíos actuales, existe una conexión genuina.

—Hablé con el jefe de departamento en la escuela de Houston —dice Greg—. Le expliqué nuestra situación. Han acordado un arreglo híbrido para el primer año: tres días en Houston, dos trabajando remotamente desde aquí. —Alcanza la mano de Ellie—. No es ideal, pero significa que Ellie puede mantener sus conexiones con la editorial y la comunidad literaria aquí mientras yo aprovecho esta oportunidad.

—Y voy a visitar Houston mensualmente —añade Ellie—. Conocer el panorama literario allí, ver si puedo encontrar una comunidad que se sienta adecuada.

Me recuesto en mi silla, genuinamente impresionado por su enfoque colaborativo. —Es un compromiso significativo de ambos. ¿Cómo llegaron a esta solución?

—¿Honestamente? —Ellie ríe suavemente—. Después de nuestras sesiones contigo, nos dimos cuenta de que ambos habíamos estado asumiendo cosas sobre lo que el otro quería sin realmente preguntar.

Greg asiente. —Pensé que Ellie querría automáticamente apoyar mi cambio de carrera porque eso es lo que hacen las parejas. Ella pensó que yo estaba descartando su escritura como un simple pasatiempo.

—Cuando realmente hablamos sobre lo que le importaba a cada uno —continúa Ellie—, nos dimos cuenta de que podría haber un camino intermedio. Uno donde ambos podamos perseguir nuestros sueños, aunque sea más complicado de lo que habíamos planeado originalmente.

—En realidad —añade Greg con una sonrisa—, Zoe también ayudó. Cuando Ellie le dijo que posponíamos la boda, esperaba... no sé, ¿decepción? En cambio, dijo algo que realmente me impactó.

—"Es mejor hacer una pausa ahora que divorciarse después" —cita Ellie—. Viniendo de una casamentera, eso fue bastante impactante. Incluso nos recomendó recursos para mantener la conexión durante períodos de larga distancia. Dijo que preferiría vernos tomarnos nuestro tiempo y construir algo duradero que apresurarnos a un matrimonio para el que ninguno de los dos se siente completamente preparado.

No puedo evitar mi sorpresa. Eso suena más a algo que yo diría que a Zoe con su tasa de éxito del 95% y su inquebrantable creencia en las parejas perfectas. ¿Habrá influido nuestro tiempo juntos en su enfoque, así como ella ha influido en el mío?

—Eso es... muy sabio de su parte —digo.

—Seguimos siendo una de sus parejas —dice Ellie con tranquila confianza—. Solo que con un cronograma más largo del planeado originalmente. Los cimientos son sólidos, solo

necesitamos construir con más cuidado.

Asiento, sorprendido por cómo su situación refleja la mía con Zoe. Aquí estoy, aconsejando a esta pareja sobre comunicación honesta mientras sigo ocultando la verdad sobre por qué me fui del pueblo hace diez años. La ironía no se me escapa: ayudo a otros a navegar transiciones en relaciones con completa honestidad mientras fracaso en practicar lo que predico en mi propia vida.

Mientras se preparan para irse, ambos se ven más ligeros que cuando llegaron, Greg se vuelve hacia mí. —Sabes, cuando vinimos a ti por primera vez, pensé que seguramente nos dirías que termináramos. Ese es tu "rollo", ¿verdad? ¿Ayudar a las personas a terminar relaciones?

Niego con la cabeza. —Mi "rollo" es ayudar a las personas a encontrar la verdad en sus relaciones, sea cual sea esa verdad. A veces es que necesitan separarse. A veces es que necesitan comunicarse mejor. El objetivo no es terminar o continuar; es la honestidad.

Greg asiente pensativo. —Bueno, gracias. Por ayudarnos a ser honestos el uno con el otro.

Mientras salen tomados de la mano, la esperanza florece en mi pecho. Si Greg y Ellie pueden encontrar su camino a través de sus complicaciones con comunicación honesta, tal vez Zoe y yo también podamos.

Solo hay una manera de averiguarlo.

Encuentro a Zoe luchando con una grapadora rebelde cuando entro en su oficina esa tarde. Su cabello castaño rojizo está recogido en un moño suelto, con algunos mechones escapándose para enmarcar su rostro. Lleva un vestido azul que nunca había visto antes, y la visión de ella —profesional y compuesta, sin signos externos de nuestro apasionado encuentro hace apenas unas horas— hace que mi corazón lata más rápido de una manera que no tiene nada que ver con mi condición.

—Vamos, tú terca... —Se interrumpe cuando la grapadora de repente funciona, disparando grapas en un arco por su escritorio. Una pasa rozando mi brazo mientras me acerco.

—¿Debería volver cuando estés menos armada y peligrosa? —pregunto, sin poder evitar la sonrisa en mi voz.

Ella levanta la mirada, sobresaltada, un rubor subiendo a sus mejillas. —¡Ryan! No te oí entrar.

—Claramente. Estabas teniendo toda una confrontación con tus artículos de oficina.

Su vergüenza se desvanece mientras ríe, y justo así, la tensión entre nosotros se alivia. Siempre ha sido así entre nosotros: el humor como puente hacia la comodidad.

—Greg y Ellie acaban de salir de mi oficina —digo, moviéndome para ayudarla a recoger las grapas dispersas—. Querían que supiera que están posponiendo la boda pero permanecerán juntos. Trabajando en un compromiso sobre Houston.

—Lo sé. —Zoe sonríe, sorprendiéndome de nuevo—. Ellie me envió un mensaje esta mañana. Creo que es la decisión correcta para ellos.

—¿No lo ves como un fracaso de tu emparejamiento?

Ella considera esto, con la cabeza inclinada en esa forma que tiene cuando realmente está pensando en algo. —Solía pensar que el éxito significaba matrimonios, punto final. Pero ahora me pregunto si el éxito es ayudar a las personas a encontrar conexiones que importan, cualquiera que sea la forma que tomen esas conexiones.

Nuestros dedos se rozan mientras ambos alcanzamos la misma grapa, enviando una chispa de conciencia a través de mí que no tiene nada que ver con la electricidad estática.

—Eso suena sospechosamente como mi filosofía —bromeo suavemente.

—Quizás se me haya pegado algo de ti —admite—. Solo un poco.

El doble sentido flota en el aire entre nosotros, imposible de ignorar después de anoche. Me enderezo, mirándola directamente a los ojos.

—Sobre anoche, Zoe...

—No tenemos que hablar de ello —interrumpe rápidamente, ocupándose en reorganizar su escritorio ya inmaculado—. Fue un momento. La tormenta, el corte de luz, las velas... No tiene que significar nada.

Sus palabras duelen más de lo que esperaba. —¿Y si quiero que signifique algo?

Ella me mira bruscamente, incertidumbre escrita en sus rasgos. —Ryan...

—No me arrepiento de anoche —digo, las palabras saliendo más fácilmente de lo que esperaba—. De ninguna parte. Y no quiero fingir que no sucedió, o que fue solo alguna... aberración inducida por la luz de las velas. Se sintió correcto, Zoe. Estar contigo de nuevo. Hablar. Todo.

Su compostura profesional vacila, mostrando vulnerabilidad. —Es complicado. La apuesta, nuestros negocios, nuestra historia...

—La vida es complicada —contrarresto, dando un paso cuidadoso hacia ella—. Pero estoy empezando a pensar que algunas complicaciones valen la pena navegar.

Un indicio de sonrisa toca sus labios. —¿Esa es tu opinión profesional como especialista en salidas de relaciones?

—Esa es mi opinión personal como un hombre que nunca ha dejado de preocuparse por ti. —La admisión se siente a la vez aterradora y liberadora—. Zoe, ¿y si hemos estado viendo todo esto mal? ¿Y si nuestros enfoques no son opuestos, sino complementarios? Tú ayudas a la gente a encontrar conexión; yo les ayudo a navegar transiciones honestamente. Juntos, podríamos ofrecer algo que nadie más hace: una perspectiva completa sobre las relaciones.

Ella parpadea, la sorpresa dando paso a una consideración reflexiva. —¿Una empresa conjunta? Eso... en realidad no es una idea terrible.

—Un gran elogio, sin duda —bromeo, dando otro paso más cerca—. Y a nivel personal... ¿y si dejamos de luchar contra lo que está sucediendo entre nosotros? Solo para ver adónde nos lleva.

—¿Manteniendo nuestra apuesta? —pregunta, volviendo la cautela profesional.

Dudo, pensando en las implicaciones. Si Zoe encuentra mi pareja perfecta y pierdo la apuesta, se supone que debo dejar el pueblo. La idea de dejarla de nuevo, justo cuando nos estamos reconectando, hace que mi pecho se apriete, y no por mi condición cardíaca.

—Sí, la apuesta se mantiene —acepto a regañadientes—. Aunque estoy empezando a darme cuenta de que si pierdo, dejar el pueblo de nuevo sería aún más difícil ahora que hace diez años.

Ella me estudia por un largo momento, luego asiente lentamente. —Entonces seríamos... ¿qué, exactamente?

—¿Saliendo? ¿Explorando? ¿Dos profesionales con una historia complicada tratando de averiguar si todavía hay algo que valga la pena construir? —Sonrío—. Podemos resolver la terminología más tarde.

La tensión entre nosotros cambia, transformándose de incomodidad a algo más cargado, más anticipatorio. Me acerco más, atraído por la misma atracción magnética que sentí anoche.

—Esto probablemente sea una idea terrible —murmura, pero no se aleja.

—Las mejores ideas a menudo lo son —respondo, extendiendo la mano para colocar un mechón de cabello rebelde detrás de su oreja. Mis dedos permanecen en su mejilla, y sus ojos se cierran brevemente ante el contacto.

—Ryan —susurra, mi nombre es a la vez una pregunta y una invitación.

Esta vez, nuestro beso no está alimentado por la pasión impulsada por la tormenta o recuerdos de una década atrás. Es más suave, más deliberado, una elección consciente en lugar de una rendición impulsiva. Sus manos descansan ligeramente sobre mi pecho, y puedo sentir su corazón acelerado al ritmo del mío.

La campana sobre la puerta tintinea, y nos separamos de un salto como adolescentes culpables. Tessa está en la entrada, una caja de cupcakes en sus manos y una expresión de encantado asombro en su rostro.

—Vaya, vaya, vaya —dice, sonriendo ampliamente—. No dejéis que interrumpa lo que sea que esté pasando.

Zoe se aleja tan rápido que choca contra su exhibición de folletos, enviándolos en cascada al suelo en un colorido derrumbe. —¡Tessa! Esto no es... solo estábamos...

—Discutiendo una potencial colaboración empresarial —completo con suavidad.

—¿Así es como lo llaman estos días? —pregunta Tessa, colocando la caja de cupcakes en el escritorio de Zoe con una sonrisa conocedora—. Un enfoque muy práctico para el desarrollo profesional.

El sonrojo de Zoe se profundiza hasta un impresionante tono carmesí. —¿Necesitabas algo, o solo viniste a torturarme?

—Entrega de cupcakes —dice Tessa inocentemente—. Pero el espectáculo fue un delicioso extra. —Mira entre nosotros, su diversión inicial cambiando a algo más reflexivo—. Por lo que vale, ustedes dos siempre tuvieron sentido para mí, incluso con sus negocios competidores. —Retrocede hacia la puerta, todavía sonriendo—. No me hagáis caso. Continuad con vuestra... colaboración empresarial.

Después de que se va, Zoe cubre su rostro con sus manos. —Todo el pueblo sabrá de esto para la cena.

—Probablemente —estoy de acuerdo, inclinándome para ayudar a recoger los folletos dispersos—. ¿Te molesta?

Ella mira entre sus dedos, considerando. —Extrañamente... no tanto como debería. ¿Eso es progreso o locura?

—Tal vez un poco de ambos. —Me enderezo, ofreciéndole la pila de folletos—. Entonces, ¿vamos a hacer esto? Lo que sea "esto".

Zoe respira profundo, luego asiente, decisión tomada. —Sí. Pero Ryan —mantiene mi mirada, de repente seria— si vamos a intentarlo de nuevo, incluso solo como... lo que sea que estemos intentando... necesito honestidad. Honestidad completa.

El momento ha llegado antes de lo que esperaba. Podría desviar, podría prometer honestidad en adelante sin abordar el pasado. Pero eso socavaría todo lo que creo profesionalmente y todo lo que espero personalmente.

—Te lo mereces —digo—. Y hay cosas que necesito contarte. Sobre por qué me fui. Sobre mi diagnóstico. Sobre todo.

—Bien —dice ella, su expresión suavizándose—. Porque creo que ambos hemos pasado suficiente tiempo huyendo de la verdad.

Mientras la miro —esta mujer extraordinaria que de alguna manera ha encontrado su camino de vuelta a mi vida a pesar de todo— me sorprende la certeza de que, pase lo que pase a continuación, cualquiera que sean las complicaciones que enfrentemos, compartir la verdad con Zoe es el camino correcto hacia adelante.

Por primera vez en diez años, no estoy huyendo de mi pasado. Estoy caminando hacia un futuro que de repente se siente posible de nuevo, con la mujer que nunca dejé de amar en el

centro de todo.

Capítulo 17

Zoe

Estoy organizando tablas de compatibilidad por signo astrológico cuando la puerta de Perfect Pairs Matchmaking se abre de golpe, trayendo consigo una ráfaga de cálido aire de junio y al cartero, que sujeta un montón de cartas.

—Buenos días, señorita Miller —dice, dejando el paquete sobre mi escritorio—. Tengo algunas cosas para usted hoy.

—Gracias, Pete. ¿Cómo está ese nuevo bebé?

Él sonríe orgulloso mientras saca su teléfono.

—Creciendo como la mala hierba. ¡Seis libras cuando nació el mes pasado y ya pesa nueve!

Hago los ruidos apropiados de admiración ante las fotos de una bebé de mejillas rosadas, maravillándome como siempre de cómo personas como Pete —a quien conozco desde que era niña y llevaba galletas a la oficina de correos con mi madre— tienen vidas enteras desarrollándose mientras yo solo veo las pequeñas porciones que se cruzan con la mía.

Después de que se va, examino el correo: boletín del sector, factura de servicios públicos, anuncio de material de oficina y —mis dedos se detienen— un sobre color crema con una elegante caligrafía que lo marca inconfundiblemente como una invitación de boda.

Excepto que los Wilson no se van a casar. Ya lo están. Hace tres años, de hecho —una de mis mejores parejas formadas. La invitación confirma lo que sospechaba: es para su fiesta de aniversario en Evergreen Falls Lake.

Y ahí, debajo de mi nombre, están las palabras que hacen que mi estómago dé un vuelco: "y acompañante".

Más uno. Una cita. Una declaración real, oficial y pública de ser parte de una pareja.

Mi mirada se dirige automáticamente a la ventana, donde la oficina de Ryan está al otro lado de la calle. Está en su escritorio, con el teléfono pegado a la oreja y la mano libre moviéndose expresivamente mientras habla. Incluso a esta distancia, puedo notar por la posición de sus hombros que es una conversación difícil. Ayudando a alguien a superar una transición complicada con esa mezcla particular de compasión y franqueza que lo define.

Han pasado tres semanas desde que decidimos intentar... lo que sea que hay entre nosotros. Tres semanas de cenas privadas en nuestras casas, de momentos robados entre citas con clientes, de conocernos nuevamente —lo familiar y lo nuevo. No lo hemos definido, no le hemos puesto etiqueta, no lo hemos anunciado al pueblo (aunque gracias al testimonio de Tessa sobre nuestro beso en la oficina, la especulación es desenfrenada).

¿Pero asistir a una boda juntos? ¿En el mismo lugar donde se suponía que tendríamos nuestra propia ceremonia? Eso se siente como una declaración para la que no estoy segura de estar lista.

Deslizo la invitación en el cajón de mi escritorio, bajo un montón de archivos de clientes. Pensaré en ello más tarde. Después de que haya tenido tiempo para procesarlo. Después de que haya descubierto lo que Ryan y yo somos realmente el uno para el otro.

Al otro lado de la calle, Ryan termina su llamada y levanta la mirada. Nuestros ojos se encuentran a través del cristal, y sonríe —esa sonrisa genuina que le llega a los ojos y hace que mi pecho se sienta demasiado pequeño para mi corazón. Le devuelvo la sonrisa automáticamente, la calidez se extiende por mi cuerpo como la luz del sol.

Y ese es el problema, ¿no? A pesar de mis mejores intenciones, a pesar de diez años de dolor y enfado, a pesar de todas las razones sensatas para mantener la distancia emocional... me estoy enamorando de Ryan Hayes otra vez.

Lo que significa que será mejor que descubra qué pasó hace diez años antes de involucrarme más profundamente.

—Prueba este. —Tessa sostiene un vestido de cóctel azul medianoche con un escote que cae peligrosamente bajo—. Dice "soy una profesional sofisticada que también tiene unos pechos increíbles".

Resoplo, tomando la percha.

—¿Es ese el look que busco?

—Absolutamente. Especialmente si Ryan es tu acompañante.

Debería haber sabido que ir de compras con Tessa llevaría a esta conversación. Estamos en Magnolia Boutique, la única tienda de ropa exclusiva de Evergreen Falls, rodeadas de vestidos para la fiesta de aniversario de los Wilson a la que oficialmente aún no he decidido asistir, y mucho menos invitar a Ryan.

—No he decidido si vendrá conmigo —digo, desapareciendo en el probador con el vestido azul.

—Pero vas a llevar a alguien —dice Tessa, su voz se escucha por encima del tabique—. Por eso estamos comprando un vestido nuevo en lugar de usar una de las doce opciones perfectamente buenas que ya cuelgan en tu armario.

A veces tener una amiga que te conoce desde el jardín de infancia es agotador. Me deslizo dentro del vestido, que me queda sorprendentemente bien, aunque un poco más revelador de lo que normalmente elegiría.

—Quizás solo quiero algo nuevo —respondo, girándome de lado para examinar mi perfil en el espejo.

—O quizás —dice Tessa— quieres dejar a Ryan boquiabierto en esta boda donde todos estarán observando para ver si la saga romántica más dramática de Evergreen Falls finalmente tiene un final feliz.

Salgo del probador, y las cejas de Tessa se alzan en señal de apreciación.

—Vaya. Si usas eso, la afección cardíaca de Ryan podría convertirse realmente en una preocupación.

—Eso no tiene gracia —digo, aunque las comisuras de mi boca tiemblan. Mi estómago se tensa al mencionar su condición, otro recordatorio del misterio que aún se cierne entre nosotros. Con el ataque cardíaco inesperado de mi padre hace ocho años, cualquier cosa relacionada con el corazón me afecta demasiado—. Y baja la voz. Lo último que necesito es que todo el pueblo cotillee sobre su salud.

La expresión de Tessa se suaviza.

—¿Te ha contado más sobre eso? ¿Lo de su corazón?

Me giro para examinar el vestido en el espejo triple, evitando su mirada.

—Algo. Sé que es genético, que su padre también lo tiene. Que cuando fue diagnosticado por primera vez, el pronóstico no era muy bueno, pero las opciones de tratamiento han mejorado desde entonces.

—¿Cuándo fue diagnosticado?

—Justo antes de nuestra boda —digo. La coincidencia de fechas no se me ha escapado, aunque Ryan no ha vinculado explícitamente su diagnóstico con su partida. Hemos estado rodeando esa conversación, acercándonos cada vez que estamos juntos, pero ninguno de los dos ha tenido el valor suficiente para zambullirse por completo.

Tessa me observa en el espejo.

—¿Crees que por eso se fue?

—Tal vez. —Aliso la tela sobre mis caderas—. Explicaría algunas cosas. Pero no por qué no me lo dijo, ni por qué se mantuvo alejado durante diez años, ni por qué ha vuelto ahora.

—¿Le has preguntado?

—No directamente. —Me giro para mirarla de frente—. Estamos tomándolo con calma. Conociéndonos de nuevo antes de hurgar en el pasado.

Los ojos de Tessa se entrecierran con escepticismo.

—Mmm. ¿Y cómo va eso? La parte lenta, quiero decir.

El calor sube por mi cuello mientras los recuerdos de anoche destellan en mi mente: las manos de Ryan enredadas en mi cabello, mi espalda contra la pared de su apartamento, la ropa descartada en un apresurado rastro hacia su dormitorio.

—Va... a un ritmo apropiado —logro decir, aunque mis mejillas ardientes probablemente cuentan una historia diferente.

Tessa sonríe maliciosamente.

—Define "apropiado".

—¿Podemos centrarnos en el vestido, por favor? —Señalo la tela azul, desesperada por cambiar de tema—. ¿Demasiado? ¿No suficiente? Dame tu opinión profesional.

—¿Profesionalmente? —Tessa inclina la cabeza, estudiándome—. El vestido es perfecto si quieres hacer una declaración. Pero ¿qué es exactamente lo que intentas decir, Zo? ¿"Mira lo que casi tuviste"? ¿"Soy una mujer completamente nueva"? ¿O quizás "Todavía te amo pero tengo terror de volver a sufrir"?

Me hundo en el otomano de terciopelo de la boutique, de repente abrumada.

—No lo sé. ¿Todo lo anterior? ¿Ninguno? Simplemente... no sé lo que estoy haciendo, Tess.

Ella se sienta a mi lado, tomando mi mano.

—Oye. Está bien no saberlo. Pero en algún momento, tendrás que hacerle las preguntas difíciles si quieres avanzar. Ninguna cantidad de vestidos sexys o citas tentativas va a resolver lo que pasó hace diez años.

—Lo sé. —Aprieto su mano—. Simplemente tengo miedo de cuáles podrían ser las respuestas.

—¿Más miedo del que tenías de no saber nunca?

La pregunta flota en el aire entre nosotras, sin respuesta. Durante diez años, he vivido con preguntas, con suposiciones, con una narrativa sobre la partida de Ryan que lo pintaba como el villano y a mí como la víctima. ¿Pero qué pasa si la verdad es más complicada? ¿Y si entender por qué se fue significa reescribir toda esa historia?

—Compra el vestido —dice Tessa, poniéndose de pie y levantándome con ella—. Invita a Ryan a la boda. Y por favor, por el amor de todo lo sagrado, habla con el hombre sobre por qué te dejó plantada en el altar antes de que vuelvas a encontrarte en uno.

Estudio mi reflejo una vez más. La mujer en el espejo parece confiada, sofisticada, muy diferente de la novia devastada que era hace diez años. Más allá de mi reflejo, puedo ver la calle principal a través de la ventana de la boutique, con sus tiendas familiares: la ferretería donde mi padre solía comprar aparejos de pesca, el Evergreen Diner donde Ryan y yo compartíamos batidos después de los partidos de fútbol, el quiosco en la plaza del pueblo donde me invitó a bailar por primera vez en el Festival de la Cosecha de nuestro tercer año.

Este pueblo contiene toda nuestra historia, y ahora nos observa escribir un nuevo capítulo.

—Me lo llevo —le digo a la vendedora que espera—. Y quizás algo de valor para acompañarlo.

Evergreen Falls Lake al atardecer es casi dolorosamente hermoso. La luz dorada brilla sobre la superficie del agua, los sauces se balancean suavemente con la brisa vespertina y las luces de hadas blancas centellean desde cada superficie disponible. Los Wilson han transformado el pabellón junto al lago —el mismo donde Ryan y yo una vez planeamos tener nuestra recepción — en una celebración de jardín encantado de sus tres años juntos.

Mientras conducimos por la sinuosa carretera del lago, no puedo evitar recordar el día en que Ryan y yo vinimos aquí para reservar este lugar. Estuvimos de pie en el muelle, abrazados, planeando nuestro futuro con tanta certeza. El cartel de madera en la entrada —"Recuerdos del Lago"— parece casi irónico ahora mientras pasamos por debajo.

—¿Nerviosa? —pregunta Ryan en voz baja mientras nos acercamos al lugar, su mano cálida contra la parte baja de mi espalda.

—Un poco —admito—. Esta es nuestra primera aparición pública como... lo que sea que somos.

Él sonríe, la misma sonrisa que me conquistó en la universidad y que lentamente está ganándose mi confianza de nuevo.

—Somos Ryan y Zoe. El resto podemos resolverlo sobre la marcha.

Se ve apuesto con su traje gris carbón, la corbata azul que sospecho eligió para hacer juego con mi vestido resalta sus ojos. Los hilos plateados en sus sienes captan la luz del sol que se desvanece, y me encuentro pensando cuán distinguido se ha vuelto, cómo el chico que conocí ha madurado hasta convertirse en un hombre con profundidad y presencia.

Estamos a mitad de camino del pabellón cuando la señora Abernathy de la florería nos intercepta, con los ojos muy abiertos por la curiosidad encantada.

—¡Zoe Miller! ¡Y Ryan Hayes! —exclama, como si descubriera un espécimen botánico raro —. ¡Juntos en una boda! Qué... interesante.

—Fiesta de aniversario —corrijo automáticamente—. Los Wilson están celebrando tres años.

—Por supuesto, por supuesto. —Descarta la distinción con un gesto—. Una de tus parejas, ¿no es así? Índice de éxito del noventa y cinco por ciento y todo eso. —Su mirada se desplaza hacia Ryan, agudizándose—. Aunque supongo que a veces las relaciones también necesitan un poco de ayuda para terminar, ¿no es así, señor Hayes?

Ryan no pierde el ritmo.

—A veces, señora Abernathy. Pero con más frecuencia necesitan comunicación honesta y el valor para superar las dificultades. Como su esposo que finalmente le dice que es daltónico después de cuarenta años fingiendo ver la diferencia entre sus guantes de jardinería azules y verdes.

La boca de la señora Abernathy se abre, luego se cierra con un clic audible.

—¡Bueno! Nunca... ¿cómo pudiste...? —Resopla y luego se apresura hacia un grupo de

habitantes del pueblo igualmente curiosos, sin duda para informar de este intercambio palabra por palabra.

Miro fijamente a Ryan.

—¿Harold Abernathy es daltónico?

—Lo mencionó durante una consulta el mes pasado. Estaba aterrorizado de decírselo después de mantener la pretensión durante tanto tiempo. Le animé a confesar. —Ryan se encoge de hombros—. Pequeña victoria para la honestidad.

—Estás lleno de sorpresas, Hayes —digo, sin poder ocultar la admiración en mi voz.

—Lo intento. —Me ofrece su brazo—. ¿Enfrentamos juntos la inquisición?

Al entrar en el pabellón, soy muy consciente de los ojos que nos siguen, los susurros detrás de las manos, las miradas especulativas. La última vez que tanta gente en Evergreen Falls estaba tan interesada en mi estado de relación, estaba parada en una iglesia con mi vestido de novia, diciendo a doscientos invitados que se fueran a casa porque el novio no vendría.

Pero la presencia constante de Ryan a mi lado me ancla en el presente. Esto no es entonces. Ya no somos esas personas.

—¡Zoe! —Sarah Wilson nos ve y se apresura a acercarse, radiante en un vestido color champán que complementa hermosamente su piel oscura—. ¡Viniste! ¡Y trajiste a Ryan! —Me abraza, luego extiende la misma cálida bienvenida a Ryan—. Es maravilloso verlos a ambos. Juntos.

El énfasis no es sutil, pero su genuina felicidad es desarmante.

—Felicidades por los tres años —dice Ryan con fluidez—. Es todo un logro.

—Gracias a Zoe —dice Sarah, enlazando su brazo con el mío—. Si no hubiera visto más allá de los terribles chistes de David en la primera cita y mi nerviosa cháchara, puede que nunca hubiéramos llegado a una segunda cita, y mucho menos al matrimonio.

—Vuestros factores de compatibilidad estaban por las nubes —le recuerdo—. Valores compartidos, estilos de comunicación complementarios, objetivos de vida alineados. Solo os ayudé a reconocer lo que ya estaba ahí.

—Y suavizaste esa desastrosa primera impresión —añade David, uniéndose a nosotros con copas de champán para todos—. Todavía no puedo creer que me dieras una segunda oportunidad después de que derramara vino tinto sobre tu blusa blanca.

—Eso demostró tener carácter —digo, aceptando el champán—. Estabas mortificado pero inmediatamente ofreciste soluciones en lugar de excusas. Eso me dijo todo lo que necesitaba saber sobre cómo manejarías los desafíos reales en la relación.

Los ojos de Ryan encuentran los míos por encima de su copa de champán, con algo cálido y apreciativo en su mirada.

—Perspicaz como siempre, Zoe. La forma en que las personas manejan las pequeñas crisis a menudo predice cómo manejarán las más grandes.

—Exactamente —coincido, sorprendida por lo sincronizados que sonamos, cómo nuestras perspectivas profesionales se alinean a pesar de nuestros enfoques diferentes.

Sarah y David intercambian una mirada que no puedo interpretar del todo.

—Bueno —dice Sarah—, deberíamos saludar a nuestros otros invitados. ¿Pero nos guardáis un baile para más tarde? ¿Ambos?

Después de que se alejan, me doy cuenta de que estamos parados al borde de la pista de baile, el mismo lugar donde habría sido nuestro primer baile como marido y mujer. Por la ligera tensión en la postura de Ryan, él también lo ha notado.

—No tenemos que quedarnos si esto es demasiado —dice en voz baja—. Sé que este lugar

debe traerte recuerdos.

—Los trae —admito—. Pero no todos son malos. También tuvimos buenos momentos aquí, ¿recuerdas? ¿Aquel verano que alquilamos canoas y volcaste la tuya tratando de evitar una libélula?

Su risa es inesperada y genuina.

—Estabas tan presumida por mantenerte seca hasta que pasó una lancha motora y la estela te empapó por completo.

—Tu culpa por caerte primero y distraerme.

Así de simple, la pesadez se desvanece. Encontramos nuestra mesa, charlando con otros invitados —algunas de mis parejas exitosas, algunos amigos de los Wilson, todos observándonos con diferentes grados de sutileza.

—Entonces —pregunta una anciana que vagamente reconozco como la tía abuela de David —, ¿ustedes dos están juntos ahora? Todo el pueblo está hablando de ello.

Casi me atraganto con el champán. La mano de Ryan encuentra la mía bajo la mesa, una muestra silenciosa de apoyo.

—Estamos... reconectando —dice diplomáticamente—. Conociéndonos de nuevo después de muchos años separados.

—Mmh. —Entrecierra los ojos—. Usted es el tipo de las rupturas, ¿verdad? Parece una extraña pareja para una casamentera.

—En realidad —me encuentro diciendo—, nuestros enfoques son más complementarios que contradictorios. Ryan ayuda a las personas a navegar las transiciones de relaciones con honestidad y dignidad. Yo ayudo a las personas a encontrar conexiones basadas en la compatibilidad y los valores compartidos. Ambos son valiosos.

Los dedos de Ryan se aprietan alrededor de los míos, sorpresa y placer evidentes en su expresión.

—Bueno —dice la tía abuela, claramente decepcionada por nuestro frente unido—, supongo que los opuestos se atraen.

Mientras se aleja, Ryan se inclina más cerca.

—Gracias por eso. Por defender lo que hago.

—Lo decía en serio —digo, sorprendiéndome con la realización—. Las últimas semanas me han mostrado que hay un valor real en tu enfoque. Ellie y Greg están mejor por haber trabajado contigo, incluso si no están siguiendo mi cronograma original.

—Y yo he ganado aprecio por tus métodos también —admite—. Tu instinto para los factores de compatibilidad es notable. Ves patrones que la mayoría de la gente no percibe.

La calidez que florece en mi pecho tiene poco que ver con el champán y todo que ver con este momento de reconocimiento profesional. Durante años, me he definido en oposición a lo que Ryan representa. Ahora estoy viendo cómo nuestras perspectivas podrían realmente complementarse.

Antes de que pueda explorar más este pensamiento, las notas iniciales de una canción familiar llenan el pabellón. Nuestra canción —la que Ryan y yo bailamos en el baile de graduación, la que habíamos elegido para nuestro primer baile en nuestra boda. "At Last" de Etta James, su conmovedora apertura instantáneamente reconocible.

Mis ojos encuentran al DJ, que me guiña un ojo exageradamente. No es una coincidencia, entonces.

—Todo el pueblo está realmente interesado en esto, ¿verdad? —dice Ryan, siguiendo mi mirada.

—Aparentemente, la sutileza no está en el vocabulario de Evergreen Falls.

Ryan se pone de pie, extendiendo su mano.

—¿Bien? ¿Les damos algo de qué hablar?

Debería decir que no. Debería mantener cierta distancia profesional. Debería protegerme de aumentar las expectativas, tanto las del pueblo como las mías propias. Hay un destello de memoria: parada en este mismo lugar hace diez años durante nuestra visita al recinto, practicando los pasos de nuestro primer baile mientras el coordinador del lugar nos observaba con aprobación.

En cambio, pongo mi mano en la suya.

—Lidera el camino, Hayes.

La pista de baile está llena, pero la gente se aparta cuando nos movemos hacia el centro, creando un espacio solo para nosotros. La mano de Ryan se posa en mi cintura, familiar y nueva a la vez. Apoyo mi palma contra su hombro, y comenzamos a movernos juntos, encontrando nuestro ritmo tan naturalmente como respirar.

—Todo el mundo está mirando —murmuro, sintiendo el peso de docenas de miradas.

—Déjalos —dice Ryan suavemente—. Solo me importa la opinión de una persona ahora mismo.

Me guía a través de un suave giro, nuestros cuerpos moviéndose en perfecta sincronización. A diferencia de nuestra dramática caída en la recaudación de fondos del centro comunitario, este baile es controlado, íntimo, una conversación sin palabras.

—Zoe —dice Ryan, con voz lo suficientemente baja para que solo yo pueda oír—, necesito decirte algo. Sobre por qué me fui. Sobre todo.

Mi corazón se agita en mi pecho. Este es el momento que he estado anhelando y temiendo. La verdad que he esperado diez años para escuchar. Puedo sentir la tensión en su cuerpo, ver en sus ojos que se ha estado preparando para esta conversación, reuniendo coraje para revelar lo que ha permanecido sin decir entre nosotros.

—Aquí no —digo, mirándole a los ojos—. No con todos observando. Pero esta noche. No más esperas.

Él asiente, alivio y aprensión mezclándose en su expresión.

—Esta noche.

Cuando la canción llega a su crescendo, Ryan me inclina suavemente, un recuerdo de nuestras competiciones de baile del instituto, pero con un control maduro que habla de los años transcurridos entre aquel entonces y ahora. Cuando me levanta, nuestros rostros están cerca, su aliento cálido contra mi mejilla.

A nuestro alrededor, la multitud estalla en aplausos, claramente aprobando el microdramas que acaban de presenciar. Debería sentirme avergonzada por la atención, pero todo en lo que puedo concentrarme es en el hombre que me sostiene, la verdad esperando ser pronunciada y la posibilidad de que después de diez años de preguntas, finalmente pueda obtener algunas respuestas.

—¿Lista para irnos? —pregunta Ryan cuando termina la canción.

Asiento con la cabeza, de repente ansiosa por irme a pesar de haber llegado hace poco. Nos disculpamos con los Wilson, quienes intercambian sonrisas cómplices pero no intentan convencernos de quedarnos.

Mientras caminamos hacia el coche de Ryan, el dorado atardecer ha dado paso a un profundo crepúsculo azul, con las estrellas comenzando a aparecer en lo alto. El aire nocturno lleva el aroma del agua del lago y la madreselva, una perfecta noche de principios de verano.

Pasamos por la vieja casa de botes donde una vez buscamos refugio de una tormenta repentina, riendo mientras exprimíamos el agua de nuestra ropa y planeábamos nuestro futuro juntos.

Pero mi atención está completamente enfocada en lo que viene a continuación: la conversación que hemos estado rodeando durante semanas, la verdad que podría reescribir toda nuestra historia. El ataque cardíaco inesperado de mi padre me enseñó cuán rápidamente la salud podía cambiarlo todo. ¿Es eso lo que pasó con Ryan? Sea lo que sea que tenga que decir, por fin estoy lista para escucharlo.

Capítulo 18

Ryan

El reloj del tablero marca las 8:47 PM mientras nos alejamos del lago Evergreen Falls, dejando atrás las luces centellantes de la fiesta de aniversario de los Wilson. Zoe está sentada a mi lado en el asiento del copiloto, el azul medianoche de su vestido casi negro en el tenue interior del coche. El único sonido es el suave ronroneo del motor y el ocasional crujido cuando ella se mueve en su asiento.

Soy agudamente consciente de cada respiración, cada latido—tanto los suyos como los míos. Especialmente los míos. La ironía no me pasa desapercibida: el mismo órgano que me llevó a abandonarla ahora late ansiosamente ante la perspectiva de explicarle por qué.

—Hermosa ceremonia —digo, desesperado por llenar el silencio que se siente demasiado cargado de anticipación.

—Mmm —concuerda Zoe—. Sarah y David siempre han sabido cómo organizar una fiesta.

Sus dedos alisan arrugas invisibles de su vestido, un gesto nervioso que reconozco de nuestros días universitarios. Está tan ansiosa por esta conversación como yo.

—Ryan —comienza ella.

—Zoe —digo simultáneamente.

Ambos reímos, la tensión se alivia ligeramente.

—Tú primero —ofrece ella.

Respiro profundamente. —Estaba pensando que deberíamos ir a algún lugar privado. Ni tu casa ni la mía, y definitivamente no a ningún lugar del pueblo donde podríamos ser interrumpidos por vecinos bien intencionados.

—La señora Hargrove y Pickles tienen un sentido de la oportunidad impecable —concuerda ella con una pequeña sonrisa.

—Estaba pensando quizás en el mirador —sugiero, mirando su perfil—. Si te parece bien.

El mirador sobre Evergreen Falls fue nuestro lugar una vez—donde íbamos a ver puestas de sol, a hablar sobre nuestro futuro, a soñar juntos bajo las estrellas. Han pasado diez años desde que estuve allí, y no estoy seguro si sugerirlo es el movimiento correcto, pero hay algo en la simetría que se siente importante. Esta historia comenzó allí en muchos sentidos; quizás es apropiado que la verdad finalmente se revele allí también.

—El mirador sería perfecto —dice Zoe suavemente.

Giro hacia el camino sinuoso que sube por la colina con vistas al pueblo, cada curva nos lleva más alto sobre Evergreen Falls. Los faros iluminan el denso follaje a ambos lados, creando un túnel de verdor que se siente como un pasaje entre mundos—desde las personalidades públicas que mantenemos en el pueblo hasta la verdad privada que estamos a punto de enfrentar.

Las palmas de mis manos están sudando sobre el volante. Después de diez años huyendo, de medias verdades y omisiones, estoy a punto de desnudar toda la verdad. El diagnóstico. El

miedo. El intento equivocado de protegerla que causó más dolor del que la honestidad podría haber causado.

—¿Te fijaste en el sombrero de la señora Peterson? —pregunta Zoe, claramente haciendo conversación para aliviar la tensión—. Creo que lo tomó prestado del disfraz de ángel de la función navideña del pueblo.

Me río, agradecido por la distracción momentánea. —Completo con lo que parecía ser la etiqueta de precio original colgando por detrás.

—Algunas cosas en Evergreen Falls nunca cambian —dice ella, con un calor en su voz que habla de cómo, a pesar de todo, este pueblo sigue siendo el hogar para ambos.

A medida que subimos más alto, los árboles se hacen más escasos, revelando vislumbres del pueblo abajo—una constelación de luces extendidas contra la oscuridad. Puedo distinguir la plaza del pueblo, la biblioteca donde Margaret Miller todavía trabaja, el campanario de la iglesia donde Zoe una vez esperó en su vestido de novia a un novio que nunca llegó.

Aprieto mi agarre en el volante, preparándome para lo que viene a continuación. En minutos, finalmente le diré a Zoe la verdad que debería haberle compartido hace diez años. Y entonces ella o bien entenderá... o no lo hará.

De cualquier manera, no hay vuelta atrás después de esta noche.

El mirador no ha cambiado mucho. La misma barandilla de madera desgastada bordea el borde del acantilado, el mismo banco de piedra está posicionado para la mejor vista, y la misma sensación de estar suspendidos sobre el mundo de abajo todavía me quita el aliento. La noche está despejada, estrellas esparcidas como polvo de diamantes a través del cielo índigo, Evergreen Falls extendido debajo de nosotros como un reflejo de los cielos.

Apago el motor, y el repentino silencio se siente trascendental. Por un momento, ninguno de los dos se mueve para salir del coche, como si cruzar ese umbral nos comprometiera irrevocablemente a la conversación que espera al otro lado.

—Todavía es hermoso aquí arriba —dice Zoe, su voz apenas por encima de un susurro.

—Lo es —estoy de acuerdo, aunque estoy mirando su perfil iluminado por la luz de la luna en lugar de la vista.

Finalmente, abro mi puerta, rodeando el coche para abrir la suya—un gesto caballeroso en el que mi madre insistió antes de irse, una de las pocas lecciones de ella que se quedaron conmigo. El aire nocturno está fresco para ser junio, llevando el aroma de pino y flores silvestres distantes. Zoe acepta mi mano mientras sale, sus dedos cálidos contra los míos, y caminamos juntos hacia el banco de piedra posicionado en el mejor ángulo de visión.

Nos sentamos lado a lado, cerca pero sin tocarnos, ambos mirando hacia el pueblo en lugar de mirarnos. Es más fácil de esta manera, de alguna forma—hablar verdades difíciles al aire libre en lugar de directamente a la persona que más merece escucharlas.

—No sé por dónde empezar —admito.

—El principio suele ser bueno —dice Zoe, su tono es gentil en lugar de acusatorio.

Respiro profundamente, reuniendo coraje. —El principio, entonces. Tres semanas antes de nuestra boda, tuve un examen físico de rutina para nuestros papeles del seguro. El médico escuchó algo en mi latido cardíaco que le preocupó—una arritmia que no sonaba bien. Hizo pruebas, luego más pruebas.

Hago una pausa, el recuerdo de ese estéril consultorio médico todavía vívido—el olor a antiséptico, el ceño preocupado en el rostro del Dr. Lambert, la forma en que mi mundo se inclinó sobre su eje con sus siguientes palabras.

—Me diagnosticaron miocardiopatía hipertrófica—la misma condición que tiene mi padre.

Es genética, causa que el músculo cardíaco se engrose anormalmente, hace más difícil bombear sangre eficazmente. —Mi mano se eleva inconscientemente a mi pecho, presionando contra el punto donde puedo sentir mi latido irregular, un hábito que he desarrollado a lo largo de años viviendo con la condición—. En aquel entonces, los protocolos de tratamiento no eran tan avanzados. El pronóstico que me dieron era... sombrío.

Zoe se gira para mirarme, sus ojos se ensanchan, sus manos agarran el borde del banco tan fuertemente que sus nudillos se vuelven blancos. —¿Qué tan sombrío?

—Me dieron un treinta por ciento de posibilidades de sobrevivir tres años —digo—. Dijeron que podría necesitar un trasplante eventualmente. Que debería "prepararme para ajustes significativos en el estilo de vida". Que el esfuerzo físico, el estrés, incluso las emociones fuertes podrían desencadenar arritmias potencialmente fatales.

Escucho su brusca inhalación. —¿Tres años? Pero eso habría significado...

—Que podría no vivir para ver los treinta —termino por ella—. Sí.

—Y no me lo dijiste. —No es una pregunta, pero respondo de todos modos.

—No se lo dije a nadie excepto a mi padre y a Marcus. No al principio. —Me obligo a encontrarme con sus ojos—. Zoe, tienes que entender... estaba aterrorizado. No solo de morir joven, sino de lo que te haría a ti.

—¿Qué quieres decir?

Esta es la parte más difícil. La parte más importante. La explicación que he ensayado mil veces que todavía se siente inadecuada.

—Tu padre —digo suavemente—. Tenías dieciséis años cuando murió de insuficiencia cardíaca. Vi lo que te hizo, Zoe. Cómo entrabas en pánico ante la más mínima señal de enfermedad en cualquiera que amaras después. Cómo te despertabas en la noche para comprobar si tu madre seguía respirando cuando tuvo esa mala gripe en tu último año de secundaria.

Zoe se tensa a mi lado, sus manos se aprietan en su regazo. Veo el rápido subir y bajar de su pecho mientras su respiración se acelera, los recuerdos claramente inundándola.

—No podía soportar la idea de hacerte pasar por eso otra vez —continúo, las palabras saliendo más rápido ahora—. Hacer que vieras a otra persona que amabas deteriorarse por el mismo tipo de condición, tal vez durante años. Convertirte en una cuidadora cuando deberías haber estado construyendo tu carrera, viviendo tu vida. ¿Y qué pasaría si hubiéramos tenido hijos? Podría haber transmitido la condición, podría haberte dejado como una joven viuda con niños que criar sola.

—Así que decidiste por mí —dice ella, su voz tensa de emoción. Sus mejillas se sonrojan con las primeras señales de ira, tal como solían hacerlo durante nuestras raras discusiones años atrás—. Sin preguntar lo que yo quería. Sin darme ninguna opción en absoluto.

—Sí. —La admisión se siente terrible y liberadora a la vez—. Pensé que te estaba protegiendo. Pensé que una ruptura limpia, aunque dolorosa, sería más amable que una pérdida lenta e inevitable. Me convencí de que sanarías más rápido del abandono que de verme morir.

Me paso una mano por el pelo, frustrado por la insuficiencia de mi explicación. —Ahora sé cuán equivocado estaba. Cuánto más dolor causé al irme de la manera en que lo hice. No hay excusa por no habértelo dicho directamente, por no haberte dado la opción. Dejé que el miedo condujera mis decisiones, y lastimé a la persona que más amaba en el mundo.

Zoe guarda silencio por un largo momento, procesando. Observo cómo su expresión cambia de ira a dolor a algo más complejo—una consideración profunda y reflexiva. Cuando habla, su voz es más firme de lo que esperaba.

—¿Y ahora? ¿Tu condición?

Alcanzo el bolsillo de mi chaqueta y saco un pequeño pastillero, algo que ella me ha visto usar antes pero nunca cuestionó. Lo abro, revelando la medicación que tomo diariamente. —Mucho mejor controlada —le digo—. La medicina avanzó en la década que estuve fuera. Nuevos medicamentos, mejor monitoreo. Las arritmias que una vez regularmente me enviaban a emergencias ocurren raramente ahora. Todavía tengo restricciones—nada de esfuerzo extremo, chequeos regulares, medicación diaria—pero mi esperanza de vida ha mejorado significativamente.

—Por eso volviste después del ataque cardíaco de tu padre —se da cuenta ella—. Te obligó a enfrentar tu propia mortalidad otra vez.

—En parte —estoy de acuerdo—. Verlo en esa cama de hospital, sabiendo que podría ser yo algún día... me hizo reconsiderar todo. Me hizo darme cuenta de que no podía seguir huyendo de mi pasado, de los errores que cometí. Que si alguna vez quería la oportunidad de explicar, de hacer las paces, tenía que ser ahora.

Me vuelvo para enfrentarla completamente, necesitando que ella entienda esta parte por completo. —No regresé esperando perdón, Zoe. No pensé que merecía una segunda oportunidad. Simplemente no podía soportar la idea de nunca decirte la verdad, de que pasaras el resto de tu vida pensando que me fui porque no te amaba lo suficiente, cuando el verdadero problema era que te amaba demasiado para verte sufrir.

—Esa no era tu decisión —dice ella, pero el filo ha desaparecido de su voz, reemplazado por algo más complejo—no perdón, exactamente, pero quizás el comienzo de la comprensión.

—Ahora lo sé —digo—. Fue equivocado, y egoísta, y finalmente causó más dolor del que la honestidad hubiera causado. He pasado diez años ayudando a otras personas a navegar conversaciones difíciles porque fracasé tan espectacularmente en tener una cuando más importaba.

La confesión flota en el aire entre nosotros, más completa de lo que nunca logré en mi imaginación. He expuesto todo—el diagnóstico, el miedo, la protección equivocada, el arrepentimiento que ha dado forma a toda mi vida adulta. Lo que sucede a continuación depende de Zoe.

Ella mira hacia el pueblo de abajo, su perfil elegante contra el cielo nocturno. Una sola lágrima traza su camino por su mejilla, captando la luz de la luna como un diamante. Resisto el impulso de limpiarla, de tocarla de alguna manera. Ella merece este momento para procesar, para sentir, para decidir.

—Todo este tiempo —dice finalmente, su voz apenas audible—, pensé que era algo que yo había hecho. Algún defecto en mí que te hizo irte. Construí todo mi negocio alrededor de la idea de que si pudiera emparejar a las personas lo suficientemente perfectamente, no se abandonarían. Que podría controlar algo que se había sentido tan incontrolable.

Sus palabras me golpean como un golpe físico. Nunca consideré que mis acciones la llevarían a dudar de sí misma tan fundamentalmente, que darían forma no solo a su vida personal sino a toda su carrera.

—Zoe, no —digo, con el corazón roto ante la revelación—. Nunca se trató de ti. Tú eras perfecta... eres perfecta. Yo fui quien falló.

Ella se vuelve hacia mí, sus ojos brillando con lágrimas no derramadas. —Cuando mi padre murió —dice ella, su voz quebrantándose ligeramente—, recuerdo sentarme en el hospital, viendo cómo se aplanaba la línea del monitor cardíaco. Recuerdo el sonido que hizo. Cada vez que alguien que me importa menciona problemas cardíacos, escucho ese sonido otra vez. —Presiona una mano contra su propio corazón—. En este momento, lo escucho.

La comprensión de que he traído todos esos recuerdos de vuelta es devastadora. Esto es exactamente lo que había tratado de prevenir, y sin embargo aquí estamos, con Zoe reviviendo su peor trauma debido a mi confesión.

—Lo siento mucho —susurro, palabras inadecuadas para el dolor que veo en sus ojos.

Ella toma un respiro tembloroso. —¿Por qué no me lo dijiste cuando regresaste? ¿Por qué esperar hasta ahora?

—Cobardía, inicialmente —admito—. Luego, a medida que comenzamos a reconectar, tenía miedo de perder lo que fuera que estuviera creciendo entre nosotros. Pero principalmente, necesitaba mostrarte quién soy ahora antes de pedirte que comprendieras quién fui entonces. Probar que podía ser honesto, incluso cuando es difícil. —Hago una pausa—. Especialmente cuando es difícil.

Ella abre la boca para responder, pero antes de que pueda hablar, unos faros brillantes nos iluminan cuando un coche entra en el mirador, sus neumáticos crujiendo en la grava. El momento se rompe como el cristal, ambos parpadeando en el repentino resplandor.

El coche se estaciona a pocos espacios de distancia, y emergen dos figuras—una joven pareja, probablemente adolescentes, riendo mientras tropiezan hacia la barandilla, claramente buscando su propio momento privado en el conocido lugar para besarse del pueblo.

—¡Oh! —exclama la chica cuando nos ve—. Perdón, no pensamos que alguien estaría aquí en una noche de semana.

La reconozco vagamente como la hija del dueño de la ferretería, a su acompañante como un jugador de fútbol de la escuela secundaria local. Parecen mortificados por haber interrumpido lo que claramente es una conversación intensa entre adultos.

—Está bien —dice Zoe, recuperándose más rápido que yo—. Ya nos íbamos.

—Sin prisa —dice el chico incómodamente, ya retrocediendo hacia su coche—. Podemos volver en otro momento.

—Absolutamente no —insiste Zoe, poniéndose de pie—. Quédense. Disfruten la vista. Nosotros la hemos visto muchas veces.

Sigo su ejemplo, levantándome del banco. Los adolescentes intercambian miradas que sugieren que preferirían estar en cualquier otro lugar que atrapados en este incómodo encuentro.

—En realidad —dice la chica, jugueteando con su teléfono—, acabamos de recordar que hay una... cosa. En casa de Tyler. Probablemente deberíamos ir allí en su lugar.

—Una cosa —confirma el chico, asintiendo con demasiado entusiasmo—. Muy importante. No podemos perdérnosla.

Prácticamente corren de vuelta a su coche, y en segundos, sus luces traseras están desapareciendo por el camino sinuoso, dejándonos solos de nuevo con el peso de mi confesión y lo absurdo de la vida en un pueblo pequeño donde incluso los lugares más remotos no ofrecen garantía de privacidad.

La tensión se rompe, y Zoe ríe—una risa genuina que hace que sus ojos se arruguen en las esquinas. —Bueno, eso fue...

—El típico Evergreen Falls —termino por ella—. No se puede tener una conversación seria sin al menos una interrupción de un vecino bien intencionado o un adolescente traumatizado.

—Algunas cosas nunca cambian —está de acuerdo, pero hay cariño en su voz en lugar de amargura.

Permanecemos en silencio por un momento, la conversación interrumpida flotando entre nosotros. No estoy seguro de hacia dónde vamos desde aquí—si continuar o dar a Zoe más tiempo para procesar.

Zoe alcanza mi mano, sus dedos entrelazándose con los míos en un gesto que no se siente ni como perdón ni como rechazo, sino algo intermedio—reconocimiento, quizás. Comprensión.

—Ryan —dice, su voz suave pero firme—. Gracias por decirme la verdad. Finalmente.

—Debería habértelo dicho hace diez años —digo, con arrepentimiento espeso en mi garganta.

—Sí —está de acuerdo—. Deberías haberlo hecho. Pero me lo estás diciendo ahora, y eso cuenta para algo. —Hace una pausa, mirando a las estrellas—. ¿Qué significa esto para nosotros? ¿Para la apuesta? ¿Para todo lo que hemos estado reconstruyendo?

Es la pregunta que he estado temiendo, porque no tengo una respuesta clara. —No lo sé —admito—. Depende de si crees que hay algo que valga la pena salvar después de lo que hice.

Zoe me mira, realmente me mira, de esa manera que tiene de ver directamente el centro de una persona. —Hace diez años, pensé que éramos perfectos el uno para el otro. Ahora sé que no lo éramos—no porque no fuéramos compatibles, sino porque no fuimos honestos. Tú no pudiste ser vulnerable conmigo, y yo no pude ver que estabas ocultando algo tan fundamental.

Trago con dificultad, aceptando la verdad de sus palabras.

—En cuanto a la apuesta —continúa—, parece bastante insignificante ahora, ¿no? Si tu coaching de comunicación o mi algoritmo de emparejamiento funciona mejor parece la pregunta equivocada. Quizás la verdadera pregunta es si dos personas pueden construir algo significativo después de que la confianza ha sido rota.

—¿Y qué piensas? —pregunto, casi temiendo escuchar la respuesta.

Ella no responde inmediatamente. En cambio, da un suave apretón a mi mano. —Creo que necesito algo de tiempo. Y creo que me debes una cita real—no como parte de alguna competencia, sino porque quieres ver si podemos empezar de nuevo. Honestamente esta vez.

No es absolución. No es un final feliz. Pero siento algo que no he sentido en diez años: esperanza.

La verdad finalmente está entre nosotros—no como una barrera, sino como un fundamento sobre el cual podríamos, si ambos somos lo suficientemente valientes, construir algo nuevo. Algo honesto. Algo que honre tanto quienes fuimos como en quienes nos hemos convertido.

El aire nocturno está fresco contra nuestra piel, pero apenas lo noto. Zoe está aquí, a mi lado, sus ojos reflejando las luces parpadeantes del pueblo debajo. Estamos solos en el Mirador, el mundo extendido debajo de nosotros como una manta de estrellas. Acabo de desnudar mi alma ante ella, la verdad sobre mi condición cardíaca, por qué la abandoné, todo. Ella escuchó, entendió y se quedó. Ahora, el aire entre nosotros está cargado, eléctrico.

Su mano está en la mía, sus dedos suaves y cálidos. Me vuelvo para mirarla, mi corazón latiendo de una manera que no tiene nada que ver con su condición. Sus ojos encuentran los míos, y hay una profundidad de comprensión allí que nunca he visto antes. Ella me ve, todo de mí, y todavía está aquí.

Alzo la mano, colocando un mechón de cabello detrás de su oreja. Mis dedos se demoran, trazando la línea de su mandíbula. Su piel es tan suave, tan familiar, y sin embargo se siente como si la estuviera tocando por primera vez. Ella se inclina hacia mi contacto, sus ojos revoloteando cerrados.

—Zoe —susurro, y sus ojos se abren, fijándose en los míos. Veo deseo allí, pero también algo más. Algo más profundo.

Me inclino, presionando mis labios contra los suyos. Es un beso suave, gentil, pero enciende un fuego dentro de mí. Sus manos suben para acunar mi rostro, acercándome. El beso se profundiza, se vuelve más urgente. La saboreo, la exploro, redescubriendo cada centímetro de su

boca.

Mis manos se deslizan por su espalda, atrayéndola contra mí. Puedo sentir su corazón acelerado, igualando el mío latido a latido. Trazo besos por su cuello, su clavícula, mis manos deslizándose debajo de su camisa para sentir su piel desnuda. Ella jadea, sus dedos hundiéndose en mi cabello.

La guío hacia atrás, hacia el coche. Estamos ocultos de la vista aquí, en nuestro pequeño mundo. La levanto, colocándola sobre el capó. Sus piernas me rodean, acercándome más. Puedo sentir su calor, su necesidad, presionando contra mí.

Su camisa se desprende, luego la mía. Exploro su cuerpo con mis labios, mi lengua, mis manos. Ella se arquea contra mí, su respiración viniendo en jadeos. Desabrocho su sostén, liberando sus pechos. Son perfectos, justo como los recuerdo. Tomo uno en mi boca, provocando el pezón con mi lengua. Ella gime, su cabeza cayendo hacia atrás.

Desabotono sus vaqueros, deslizándolos junto con sus bragas. Está completamente desnuda ante mí ahora, y nunca ha sido más hermosa. Trazo besos por sus muslos, haciéndola retorcerse. Quiero saborearla, hacerla gritar mi nombre.

Me sumerjo, mi lengua encontrando su centro. Ella grita, sus dedos agarrando mi cabello. La exploro, probándola, provocándola. Su respiración se vuelve entrecortada, sus gemidos más fuertes. Puedo sentir que está cerca, su cuerpo tensándose. Succiono su clítoris, enviándola al borde. Grita mi nombre, su cuerpo convulsionándose de placer.

Me pongo de pie, desabrochando mi cinturón. Ella me observa, sus ojos llenos de deseo. Me pongo un condón, luego me posiciono en su entrada. Hago una pausa, mirando a sus ojos. Esto es más que solo sexo. Somos nosotros, reconectando, reafirmando nuestro amor.

Me deslizo dentro de ella, lentamente, sintiendo cada centímetro suyo. Ella envuelve sus piernas alrededor de mí, atrayéndome más profundamente. Nos movemos juntos, nuestros cuerpos en sincronía. Puedo sentir su latido, su aliento en mi piel. Es íntimo, intenso, abrumador.

Nuestro ritmo se acelera, nuestros cuerpos moviéndose más rápido, más fuerte. Sus gemidos llenan el aire, mezclándose con los míos. Puedo sentir que ella está cerca de nuevo, su cuerpo tensándose a mi alrededor. Yo también estoy cerca, tan cerca, pero no quiero que esto termine. Todavía no. Quiero prolongar este momento, esta conexión, para siempre.

Ralentizo mis movimientos, y ella me mira, sus ojos vidriosos de pasión, una pregunta silenciosa en sus profundidades. Sonrío, inclinándome para besarla suavemente. —Todavía no, amor —susurro contra sus labios—. Quiero saborearte.

Sus ojos revolotean cerrados, un suave gemido escapando de sus labios. Comienzo a moverme de nuevo, lentamente, deliberadamente, sintiendo cada centímetro de ella. La sensación es exquisita, una mezcla de placer y dolor, mientras lucho por mantener el control. Su cuerpo responde al mío, arqueándose, retorciéndose, rogando por más.

Trazo besos por su cuello, su clavícula, sus pechos, sin detener nunca mi ritmo lento y constante. Su piel está salada con sudor, su sabor embriagador. Puedo sentir su corazón acelerado contra mis labios, su latido constante un recordatorio de la vida que estamos construyendo juntos.

Sus manos recorren mi espalda, mi pecho, mis brazos, tocando, explorando, redescubriendo. Cada toque envía una descarga eléctrica a través de mí, haciendo cada vez más difícil mantener el control. Pero estoy decidido. Quiero hacer que esto dure. Quiero hacer que grite mi nombre otra vez.

Me muevo ligeramente, cambiando el ángulo, y ella jadea, sus ojos abriéndose de golpe. —Ryan —grita, su voz una mezcla de sorpresa y placer. Sonrío, haciéndolo de nuevo, y otra vez,

hasta que está jadeando, su cuerpo temblando.

Puedo sentirla apretándose a mi alrededor, su cuerpo al borde. Apenas me estoy conteniendo, mi propio cuerpo gritando por liberación. Pero quiero verla caer al abismo primero. Quiero verla deshacerse en mis brazos.

Alcanzo entre nosotros, mis dedos encontrando su clítoris. Froto suavemente, y ella grita, su cuerpo convulsionándose a mi alrededor. —¡Ryan! —grita, su orgasmo desgarrándola.

La visión de ella, perdida en el placer, me empuja al límite. Embisto en ella, fuerte, una, dos veces, y entonces también estoy llegando, su nombre en mis labios, mi cuerpo temblando de liberación.

Colapso contra ella, nuestros cuerpos resbaladizos de sudor, nuestros corazones latiendo al unísono. Puedo sentir su respiración en mi piel, su latido contra mi pecho. Es íntimo, intenso, abrumador. Esto es más que solo sexo. Somos nosotros, reconectando, reafirmando nuestro amor.

Levanto mi cabeza, mirando a sus ojos. Están llenos de lágrimas, pero está sonriendo. Rozo un pulgar contra su mejilla, secando una lágrima. —¿Estás bien? —pregunto suavemente.

Ella asiente, su sonrisa ensanchándose. —Más que bien —susurra—. Eso fue... increíble.

Me echo hacia atrás, apoyando mi frente contra la suya, respirando con dificultad. El fresco aire nocturno de repente se siente cortante en mi piel, un fuerte contraste con el calor que todavía irradia entre nosotros. La respiración de Zoe es cálida contra mi cuello, superficial y rápida. Por un largo momento, simplemente yacemos allí entrelazados, la vasta extensión del cielo nocturno sobre nosotros, las pequeñas luces del pueblo parpadeando abajo.

Entonces, ella se mueve, un movimiento sutil, pero lo siento como un temblor. Se echa hacia atrás lo suficiente para mirarme, sus ojos todavía oscuros y dilatados, reflejando la luz de las estrellas. Pero ahora hay algo más en ellos, una distancia que no estaba allí momentos antes. La pasión cruda ha retrocedido, reemplazada por una mezcla arremolinada de emociones que no puedo descifrar del todo.

—Ryan —respira mi nombre, el sonido frágil, como una pregunta.

Espero, mi corazón de repente apretándose de nuevo, el miedo tensando su agarre. ¿Fue esto un error? ¿Me equivoqué al pensar que la cercanía física podría cerrar el abismo de diez años y una vida de verdades no dichas?

Ella se incorpora, ajustando su vestido, una energía nerviosa irradiando de ella. La fácil intimidad que acabamos de compartir parece evaporarse, reemplazada por una tensión palpable. Me apresuro a sentarme también, el frío del capó del coche filtrándose a través de mis vaqueros.

—Deberíamos irnos —dice ella, su voz baja, casi desapegada.

—Zoe —comienzo, alcanzando su mano otra vez, pero ella ya se está moviendo, deslizándose del capó del coche, sin encontrarse con mis ojos. Camina hacia la puerta del pasajero, y yo la sigo, un nudo formándose en mi estómago.

El viaje de vuelta a su apartamento es silencioso. Un silencio pesado, diferente de la calma cómoda que a veces compartíamos antes. Este silencio es espeso con palabras no dichas, con el peso de lo que he revelado, con los ecos de nuestra pasión y la incertidumbre de lo que viene después. Echo un vistazo a su perfil en la tenue luz del tablero. Su mirada está fija al frente, indescifrable. El azul medianoche de su vestido parece absorber toda la luz, reflejando la oscuridad que siento arrastrándose de nuevo en mi propio pecho.

Quiero preguntarle qué está pensando, qué está sintiendo, pero las palabras se atascan en mi garganta. He desnudado todo. Ahora, tengo que esperar. Esperar a que ella procese, reaccione, decida si queda algún terreno sobre el cual podamos pararnos.

Capítulo 19

Zoe

El trayecto desde el mirador hasta mi apartamento transcurre en una niebla. La revelación de Ryan resuena en mis oídos, ahogando el suave zumbido del motor, el ocasional sonido de los coches que pasan al otro lado de la carretera, el sonido de mi propia respiración. El diagnóstico. El pronóstico. La decisión que tomó por ambos.

Tres semanas antes de nuestra boda, le habían dado un treinta por ciento de posibilidades de sobrevivir tres años. La misma condición que se llevó a mi padre.

No hablamos durante el trayecto. ¿Qué se puede decir después de una verdad que reescribe toda nuestra historia? Ryan respeta mi silencio, ocasionalmente me mira con preocupación pero sin presionarme para obtener una respuesta. Cuando se detiene frente a mi edificio, parece que quiere acompañarme hasta la puerta, pero niego con la cabeza suavemente.

—Necesito tiempo —le recuerdo, mi voz apenas un susurro.

Asiente, con comprensión en sus ojos. —Tómate todo el tiempo que necesites, Zoe.

Me quedo en la acera mientras se aleja, viendo cómo sus luces traseras desaparecen en la esquina. El aire nocturno está fresco contra mi piel, anclándome en el presente cuando mi mente quiere espiralar hacia el pasado.

Dentro de mi apartamento, me quito los tacones y me cambio a un pijama. Mi mirada cae sobre la estantería vintage frente a mi ventana, específicamente en el estante inferior donde guardo una caja de cedro que no he abierto en años. Me arrodillo ante la estantería. La caja está exactamente donde la dejé, acumulando polvo, conteniendo recuerdos que no podía soportar mirar pero tampoco podía deshacerme de ellos.

La tapa se abre con un suave crujido. En su interior, cuidadosamente conservados: entradas de nuestra primera cita en el cine; un corsage prensado del baile de graduación; fotografías de la universidad; la pequeña libreta donde habíamos anotado ideas para nuestra boda; y debajo de todo, la carta, la única explicación que había dejado. Seis palabras en papel rayado de colegio: "No puedo hacer esto. Lo siento".

La despliego con dedos temblorosos, estudiando la caligrafía que una vez conocí tan bien como la mía. No un cruel rechazo sino una retirada desesperada. Equivocada, profundamente equivocada, pero nacida del miedo más que de la indiferencia.

Cierro los ojos, recordando los últimos días de mi padre. Los monitores del hospital emitiendo pitidos, su respiración trabajosa, los sollozos silenciosos de mi madre. La impotencia de ver a alguien que amas desvanecerse, un latido a la vez.

—Deberías haberme preguntado —susurro a la habitación vacía—. Deberías haberme dado la opción.

Y ese es el quid de la cuestión. No que Ryan se fuera para protegerme, sino que decidió por

mí lo que yo podía soportar. Me robó la capacidad de decisión en nombre de la protección. Como casamentera, he construido mi carrera ayudando a las personas a encontrar parejas que respeten sus elecciones y sueños. La decisión de Ryan, aunque bien intencionada, violó ese principio fundamental.

Recojo los recuerdos, volviéndolos a colocar en la caja de cedro uno por uno. Pero mantengo la carta fuera, colocándola en mi mesita de noche. Un recordatorio de dónde hemos estado y lo que aún se interpone entre nosotros. Una pregunta que espera respuesta: ¿es suficiente la comprensión para el perdón? ¿Es suficiente el perdón para una segunda oportunidad?

No lo sé. Pero por primera vez en diez años, estoy dispuesta a averiguarlo.

La luz de la mañana se filtra por las ventanas de mi oficina, atrapando motas de polvo e iluminando la pila de expedientes de clientes que he estado mirando sin ver durante la última media hora. El expediente de Ellie y Greg está abierto, mis notas sobre su boda pospuesta nadan ante mis ojos. Leo el mismo párrafo tres veces antes de rendirme, reclinándome en mi silla con un suspiro.

He sido inútil toda la mañana, mi mente reproduciendo la confesión de Ryan en un bucle sin fin. Cuando la campanilla sobre mi puerta suena, agradezco la distracción, solo para quedarme paralizada cuando veo a mi madre en la entrada, con una bolsa de lona en una mano y preocupación escrita en su rostro.

—Mamá —digo, sorprendida—. Pensé que hoy trabajabas en la biblioteca.

Margaret Miller deja la bolsa de lona en mi escritorio, sacando un recipiente cuidadosamente empaquetado. —Me tomé la mañana libre. Pensé que podrías necesitar algo de compañía. Y sopa de pollo.

—No estoy enferma —señalo, aunque el gesto me conmueve.

—El dolor de corazón también necesita sopa —dice simplemente, su mirada conocedora encontrándose con la mía—. Ryan te lo contó.

No es una pregunta. Me recuesto, aturdida. —¿Lo sabías? ¿Sobre su enfermedad cardíaca?

Asiente, acomodándose en la silla frente a mi escritorio. —No al principio. El Dr. Hayes lo mencionó unos años después de que Ryan se fuera... el secreto médico-paciente solo llega hasta cierto punto en un pueblo pequeño. Estaba preocupado por su hijo, necesitaba hablar con alguien.

—¿Y no pensaste en decírmelo? —No puedo evitar el dolor en mi voz.

—No era mi historia para contar, cariño. —Estira el brazo sobre el escritorio, cubriendo mi mano con la suya—. Además, ¿habría ayudado saberlo? ¿O simplemente habría mantenido la herida abierta, haciéndote preguntarte si seguía vivo en algún lugar, si estaba sufriendo solo?

Quiero estar enfadada, pero su lógica es sólida. Aun así, la revelación duele. —Sigue pareciendo que todos estaban tomando decisiones sobre lo que yo podía manejar —digo—. Ryan, tú, el Dr. Hayes... todos protegiendo a la pobre y frágil Zoe.

—No frágil —corrige mi madre—. Amada. Hay una diferencia.

La simple palabra me desarma. Amada. ¿Es así como Ryan me veía también? ¿No como alguien demasiado débil para manejar la verdad, sino como alguien demasiado precioso para cargar con su dolor?

—Estaba tan enfadada cuando se fue —admito—. Pensé que no me amaba lo suficiente como para quedarse. Ahora descubro que quizás me amó demasiado, de todas las formas incorrectas.

Mamá sonríe con tristeza. —El amor a veces nos hace hacer cosas tontas. Tu padre y yo

tuvimos nuestra parte de errores. El año que decidió no contarme sobre su primer susto cardíaco porque yo estaba terminando mi licenciatura en biblioteconomía... —Sacude la cabeza—. Estaba furiosa cuando lo descubrí. Lo hice dormir en el sofá durante una semana.

—No sabía eso —digo, sorprendida.

—Hay muchas cosas que no sabes sobre nuestro matrimonio, cariño. Las peleas, los malentendidos, las veces que nos lastimamos a pesar de nuestras mejores intenciones. —Aprieta mi mano—. Lo que hizo funcionar nuestro matrimonio no fue la ausencia de errores. Fue cómo nos recuperamos de ellos. Cómo nos elegimos, una y otra vez, incluso cuando era difícil. Especialmente cuando era difícil.

Pienso en esto, en lo que significa elegir a alguien con pleno conocimiento de sus defectos. —¿Cómo lo perdonaste? ¿Por intentar protegerte manteniéndote en la oscuridad?

—Me di cuenta de que el perdón no consiste en decir que lo que sucedió estaba bien. Se trata de decidir que lo que podría ser importa más que lo que fue.

—Eso va en contra de todo lo que les digo a mis clientes —digo, la contradicción profesional de repente clara—. Ayudo a las personas a encontrar "parejas perfectas" cuando quizás lo que realmente necesitan es alguien que trabaje con ellos a través de la imperfección.

Mamá asiente, con una sonrisa conocedora en sus labios. —Quizás las mejores parejas no son las que tienen menos conflictos, sino aquellas donde ambas personas están comprometidas a resolverlos juntas.

Se levanta, alisando su falda. —Solo tú puedes decidir si lo que tú y Ryan podrían construir vale el riesgo de confiar en él nuevamente. Pero recuerda, cariño... algunas segundas oportunidades valen la pena.

Besa mi frente antes de dirigirse a la puerta. —Come tu sopa. Llámame si me necesitas.

Después de que se va, abro el recipiente, el aroma familiar de la sopa de pollo de mi madre elevándose con el vapor. Tomo una cucharada, dejando que el calor se extienda a través de mí, considerando sus palabras. El perdón como un comienzo más que un final. Una elección más que una obligación.

Todavía no estoy segura de qué elección tomaré. Pero por primera vez, estoy considerando posibilidades más allá de la ira y el dolor.

The Roasted Bean zumba con energía vespertina: el silbido de la máquina de espresso, el suave murmullo de conversaciones, la ocasional explosión de risa. Veo a Tessa en nuestra mesa habitual de la esquina, ya a mitad de lo que parece ser su tercer pastel experimental, con su cuaderno abierto junto a su taza de café.

—Perdona que llegue tarde —digo, deslizándome en la silla frente a ella—. La reunión con el cliente se alargó.

Me mira con escepticismo. —¿Cliente real o cliente de mirar-al-espacio-pensando-en-Ryan? Porque Jenna en la recepción dice que has estado distraída todo el día.

Hago una mueca. —¿No hay nada privado en este pueblo?

—Ya sabes la respuesta a eso. —Empuja una taza hacia mí; mi café con leche habitual, ya pedido—. Entonces, ¿vamos a hablar de ello, o vamos a fingir que todo está bien mientras internamente combustionas?

La franqueza es exactamente lo que necesito. —Me dijo por qué se fue. Todo.

Tessa deja su pastel, prestándome toda su atención. —¿Y?

Le cuento todo: el diagnóstico, el pronóstico, el miedo de Ryan a someterme a otra pérdida relacionada con el corazón. Con cada detalle, la expresión de Tessa cambia de sorpresa a comprensión y luego a indignación.

—No tenía derecho a tomar esa decisión por ti —dice cuando termino, haciendo eco de mis propios pensamientos de anoche—. No importa cuán nobles fueran sus intenciones.

—Lo sé.

—¿Pero...? —Me conoce demasiado bien.

—Pero entiendo por qué lo hizo —admito—. Estuvo mal, profundamente mal. Pero puedo ver cómo un joven de veinticinco años aterrorizado, enfrentando su propia mortalidad, podría convencerse a sí mismo de que era lo correcto.

Tessa considera esto, golpeando con el dedo su taza de café. —La comprensión no te obliga a perdonarlo. Ni a intentarlo de nuevo.

—Eso también lo sé. —Hago una pausa, considerando cómo esta revelación desafía mi filosofía profesional—. Me hace cuestionar todo mi enfoque hacia la casamentería. He estado tan centrada en encontrar la compatibilidad "perfecta" que he pasado por alto lo importante que es para las parejas navegar juntas por la imperfección.

—¿Como los clientes con los que has estado obsesionada?

Antes de que pueda responder, la campanilla sobre la puerta suena, y Ellie Howe entra. Nos ve inmediatamente, su rostro iluminándose con una sonrisa mientras se acerca a nuestra mesa.

—¡Zoe! ¡Tessa! ¿Os importa si me uno a vosotras un minuto?

—Por favor, hazlo —digo, agradecida por el momentáneo respiro de las perspicaces preguntas de Tessa—. ¿Cómo estás? ¿Cómo está Greg?

La sonrisa de Ellie se ensancha. —Estamos bien. Muy bien, en realidad. La primera semana de Greg en Houston fue bien, ¡y acabo de recibir noticias de la editorial, quieren ver más capítulos!

—Eso es maravilloso —digo sinceramente—. Así que el compromiso está funcionando?

—No es perfecto —admite—. Nos echamos de menos. La logística es complicada. Pero ambos estamos persiguiendo lo que nos importa mientras nos apoyamos mutuamente. Eso vale el esfuerzo extra.

Me sorprende lo radiante que se ve a pesar de los desafíos que está describiendo: no la emoción vertiginosa de una nueva novia, sino el contentamiento más profundo de alguien que ha tomado una decisión difícil y ha encontrado paz en ella.

—En realidad quería daros las gracias —continúa Ellie—. Tanto a ti como a Ryan. Trabajar con vosotros nos ayudó a encontrar una solución que no habríamos considerado de otra manera.

—No hicimos mucho —digo con modestia.

—Hicisteis más de lo que creéis. —Juguetea con el anillo de compromiso, ahora de vuelta en su mano izquierda—. Ryan nos ayudó a tener las conversaciones difíciles que estábamos evitando, y tú nos recordaste que tomarse el tiempo para hacerlo bien no es un fracaso, es sabiduría. —Se ríe suavemente—. Es curioso cómo acudimos a vosotros dos con objetivos completamente opuestos y acabamos en un punto intermedio.

Tessa me lanza una mirada significativa que deliberadamente ignoro.

—A veces las personas toman decisiones equivocadas por las razones correctas —añade Ellie—. Greg pensó que aceptar el trabajo en Houston sin discutirlo demostraba ambición e instinto de proveedor. Yo pensé que negarme a considerar mudarme demostraba dedicación a mi escritura. Ambos estábamos equivocados y ambos teníamos razón. La clave fue ser honestos sobre lo que realmente necesitábamos y encontrar un camino juntos.

Sus palabras golpean incómodamente cerca de mi dilema actual con Ryan. Decisiones equivocadas, razones correctas. La importancia de la honestidad. Encontrar un camino juntos.

—Debería irme —dice Ellie, mirando su reloj—. Tengo una videollamada con Greg en

veinte minutos. Pero quería compartir las buenas noticias y daros las gracias de nuevo. —Aprieta mi mano—. A veces las relaciones más exitosas no son las que siguen el camino esperado, sino las que se adaptan cuando el camino cambia.

Después de que se va, Tessa y yo nos sentamos en un silencio reflexivo. Finalmente, Tessa habla, su tono más suave que antes.

—Así que tu "emparejamiento fallido" en realidad está prosperando, solo que no de la manera que planeaste. Y ella llegó allí trabajando tanto contigo como con Ryan. —Inclina la cabeza, estudiándome—. Hay una metáfora ahí en algún lugar.

—Muy sutil —murmuro, pero estoy sonriendo a pesar de mí misma—. Me hace reconsiderar cómo mido el éxito en mis emparejamientos. Quizás he sido demasiado rígida en mis definiciones.

—¿Qué vas a hacer? ¿Sobre Ryan?

Miro fijamente mi café con leche, organizando mis pensamientos. —Me pidió una cita. Una de verdad, no como parte de la apuesta o alguna evaluación profesional. Solo dos personas viendo si hay algo que valga la pena construir.

—¿Y?

Me tomo un momento para considerar verdaderamente lo que quiero. La ira sigue ahí, pero junto a ella hay una nueva comprensión. La casamentera profesional en mí reconoce la rara oportunidad de construir algo auténtico desde la honestidad completa.

—Y voy a decir que sí —finalmente respondo, la decisión cristalizándose mientras la expreso en voz alta—. No porque lo haya perdonado todo o porque esté lista para fingir que el pasado no sucedió. Sino porque quiero ver en quiénes podríamos convertirnos juntos, con total honestidad entre nosotros.

Tessa se estira sobre la mesa, apretando mi mano. —Eso es lo más valiente que te he oído decir en diez años.

—¿Más valiente que comenzar un negocio después de ser abandonada en el altar? ¿Que construir una tasa de éxito del noventa y cinco por ciento?

—Mucho más valiente —confirma—. Esas cosas eran sobre demostrar algo al mundo, a Ryan, tal vez incluso a ti misma. Esto es sobre ser vulnerable de nuevo con la persona que más te ha herido. Eso requiere verdadero coraje.

Pienso en los recuerdos en la caja de cedro, en las palabras de mi madre sobre el perdón, en Ellie y Greg creando un futuro que ninguno de los dos había imaginado inicialmente. En Ryan, sentado frente a mí en el mirador, finalmente lo suficientemente valiente como para contar la verdad que debería haber compartido hace diez años.

—No tengo idea si esto funcionará —admito—. Todavía hay tanto que procesar, tanto que reconstruir.

—Las mejores parejas a menudo requieren el mayor esfuerzo —dice Tessa, haciendo eco de las palabras que he dicho a innumerables clientes—. Y a veces, no se parecen en nada a lo que esperabas.

Respiro profundamente, sintiendo que algo cambia dentro de mí... no exactamente perdón, no todavía, sino apertura. Posibilidad. La voluntad de descubrir qué podría crecer en el espacio entre quienes éramos y en quienes nos hemos convertido.

—Voy a llamarlo —decido—. Esta noche.

—Bien —dice Tessa simplemente—. Ya era hora de que siguieras tu propio consejo de casamentera.

Mientras terminamos nuestro café, me encuentro pensando en los factores de compatibilidad

que rastreo cuidadosamente para mis clientes: valores compartidos, estilos de comunicación complementarios, metas de vida alineadas. Ryan y yo siempre los tuvimos, incluso como ingenuos estudiantes universitarios planeando un futuro que no podíamos entender.

Lo que nos faltaba era la honestidad para enfrentar juntos las verdades difíciles, el coraje de ser vulnerables cuando más importaba. Quizás eso es lo que necesitamos descubrir ahora, no si somos compatibles en papel, sino si somos lo suficientemente valientes para construir algo real, sabiendo exactamente cuán frágiles pueden ser los corazones.

El atardecer pinta Evergreen Falls en tonos dorados y ámbar mientras camino por la plaza del pueblo, teléfono en mano, el número de Ryan mostrado en la pantalla. He ensayado lo que diré una docena de veces, pero mi dedo vacila sobre el botón de llamada.

Me detengo junto al quiosco... nuestro quiosco, donde me propuso matrimonio durante un aguacero primaveral, donde bailamos en la recaudación de fondos comunitaria hace semanas. Tantos recuerdos en este pequeño pueblo, imposibles de escapar. Quizás ese sea el punto. Nuestra historia está entretejida con Evergreen Falls, tan parte del paisaje como el juzgado o el roble donde tallamos nuestras iniciales cuando éramos adolescentes.

Una respiración profunda, luego otra. Presiono llamar.

Contesta al segundo timbre, su voz cautelosa pero esperanzada. —Zoe.

—Hola —digo simplemente—. He estado pensando en lo que dijiste. Sobre una cita real.

Una pausa, el sonido de su respiración. —¿Y?

—Me gustaría eso —le digo, viendo los últimos rayos de sol capturar la veleta en lo alto del quiosco—. No porque esté lista para perdonar todo o olvidar el pasado. Sino porque quiero ver en quiénes podríamos convertirnos ahora, con la verdad entre nosotros.

El alivio en su voz es palpable. —Gracias. Por darme... darnos... esa oportunidad.

—No estoy haciendo promesas —advierto—. Todavía hay mucho que trabajar.

—Lo sé. Sin expectativas, sin presión. Solo cena, conversación y completa honestidad.

—Completa honestidad —repito—. Es un buen lugar para empezar.

Al terminar la llamada, me siento de alguna manera más ligera, como si hubiera dejado una carga que he llevado durante una década. No el dolor —eso sigue ahí, junto con la ira persistente y el miedo. Pero la incertidumbre, las preguntas sin respuesta, las paredes defensivas que construí para protegerme de más daño.

No sé qué pasará con Ryan y conmigo. Si encontraremos nuestro camino de regreso el uno al otro o descubriremos que hemos crecido demasiado separados. Si alguna vez lo perdonaré completamente por la elección que hizo. Si él podrá perdonarse a sí mismo.

Pero por primera vez, estoy dispuesta a averiguarlo. No como la novia abandonada o la exitosa casamentera con algo que demostrar, sino como la mujer en la que me he convertido: más fuerte, más sabia y finalmente lista para tomar mi propia decisión, con los ojos bien abiertos.

Mientras camino a casa a través del pueblo que conoce toda nuestra historia, siento algo desconocido agitándose en mi pecho. No la certeza que una vez valoré, no la pareja perfecta que he pasado años ayudando a otros a encontrar.

Algo más valioso. Más real.

Esperanza.

Capítulo 20

Ryan

El consultorio de mi padre no ha cambiado en veinte años. El mismo diagrama desteñido del corazón humano cuelga ligeramente torcido en la pared. Las mismas revistas médicas anticuadas alineadas en una pequeña estantería. Incluso la mesa de exploración con su papel arrugado parece congelada en el tiempo, una reliquia de cuando era un adolescente que temía su revisión anual.

—La presión arterial se ve bien. Mucho mejor que la última vez —papá anota esto en mi historial, su bata blanca contrastando con su cabello plateado. Como médico, mantiene una distancia profesional durante estas citas, aunque ocasionalmente noto destellos de preocupación paternal bajo su comportamiento clínico—. ¿Cómo te has sentido? ¿Alguna palpitación? ¿Falta de aire durante actividades normales?

—Nada inusual —informo, bajándome la manga después del control de presión arterial—. Quizás algo de fatiga después de caminatas largas, pero nada preocupante.

Él asiente, haciendo otra anotación.

—¿Y la medicación? ¿Algún efecto secundario?

—La sequedad bucal habitual, mareos ocasionales si me levanto demasiado rápido. Nada que no pueda manejar.

Papá deja a un lado el historial, quitándose el estetoscopio del cuello. El metal frío contra mi pecho es familiar, un ritual que hemos realizado cientos de veces desde mi diagnóstico. Respiro profundamente según sus instrucciones, el sonido de mi propio latido amplificado en la habitación silenciosa.

Mi corazón. El músculo obstinado y engrosado que ha dictado tantas de mis decisiones de vida. La razón por la que dejé Evergreen Falls hace diez años. La razón por la que dejé a Zoe.

—Tu corazón suena bien —dice finalmente papá, colocándose el estetoscopio alrededor del cuello nuevamente—. La arritmia es mucho menos pronunciada que hace seis meses. La medicación parece estar funcionando eficazmente.

El alivio me invade, aunque intento no mostrarlo. Cada revisión conlleva el peso de la incertidumbre, el temor de que esta vez las noticias no sean buenas. Que la miocardiopatía pudiera estar progresando a pesar del tratamiento.

—¿Entonces no voy a morir pronto? —intento bromear, aunque la pregunta tiene un peso real para ambos.

La expresión de papá se suaviza, el médico momentáneamente reemplazado por el padre.

—Los tratamientos disponibles ahora son notablemente efectivos, Ryan. Nada en medicina viene con garantías, pero tu pronóstico es muy diferente al de hace diez años —duda, luego añade—: Diferente a cuando tomaste la decisión de irte.

La pregunta tácita queda suspendida entre nosotros. Ahora que Zoe conoce la verdad, ahora que mi salud es estable, ¿qué sigue para nosotros?

—La invité a una cita —admito, estudiando el suelo de baldosas institucional—. Una de verdad, no como parte de nuestra competencia profesional. Dijo que sí.

—Esas son buenas noticias —papá sonríe, las patas de gallo alrededor de sus ojos se profundizan—. ¿Cuándo?

—Mañana por la noche. La llevaré a The Copper Pot en Austin.

—Donde tuvieron su cena de primer aniversario en la universidad —recuerda, sorprendiéndome con su memoria para los detalles—. Una elección nostálgica.

—¿Demasiado? —pregunto, repentinamente inseguro—. No quiero abrumarla con recuerdos.

Papá considera esto, quitándose los guantes de látex y arrojándolos al bote de basura.

—¿Sabes por qué nunca me volví a casar después de que tu madre se fue? —pregunta, el brusco cambio de tema me toma por sorpresa.

—Siempre dijiste que estabas demasiado ocupado con tu consulta. Con criarme.

—Eso fue parte de ello —reconoce—. Pero la razón más grande fue el miedo. Miedo a que mi afección cardíaca eventualmente se convirtiera en la carga de otra persona. ¿Te suena familiar?

Asiento con la cabeza, el paralelismo es inconfundible.

—Me llevó años darme cuenta de que al intentar proteger a otros del dolor, me había negado a mí mismo –y potencialmente a alguien más– la oportunidad de ser feliz —se sienta en su taburete giratorio, poniéndose a mi altura—. Tu madre no se fue por mi corazón, Ryan. Se fue por quién era ella, sus propias luchas. Pero dejé que esa experiencia, combinada con mi diagnóstico, me convenciera de que el aislamiento era más seguro que la vulnerabilidad.

La honestidad desnuda en la voz de mi padre es sorprendente. Nunca hemos discutido su vida personal tan abiertamente.

—No quiero eso para ti —continúa—. Esta condición... no te define. Es algo que manejas, no algo a lo que te rindes. La pregunta no es si tu corazón podría causar problemas algún día. La pregunta es si estás dispuesto a vivir plenamente con el tiempo que tengas.

Sus palabras aterrizan con precisión, atravesando las capas de protección y racionalización que he construido a mi alrededor.

—Lo estoy intentando —le digo, y lo digo en serio—. Le conté todo a Zoe sobre por qué me fui. Sobre el diagnóstico, el pronóstico en aquel momento. Se acabaron los secretos.

—Bien —dice papá simplemente—. Eso es progreso —vuelve a mi historial, haciendo anotaciones finales—. Médicamente hablando, estás bien. El último protocolo de tratamiento ha sido efectivo. Con medicación continua y monitoreo, hay todas las razones para esperar que tengas décadas de vida saludable por delante.

Décadas, no años. La elección de palabras no es accidental. Es su manera de decirme que cualquier futuro que pueda construir con Zoe no tiene por qué estar ensombrecido por una pérdida inminente.

Me siento en silencio por un momento, asimilando esta realidad. Si estos tratamientos hubieran existido hace diez años, ¿qué tan diferente podría haber sido todo? ¿Estaríamos Zoe y yo casados ahora, quizás con hijos? La vida alternativa que podríamos haber tenido se siente repentinamente, dolorosamente tangible.

—Estás pensando en lo que pudo haber sido —dice papá suavemente, leyendo mi expresión con el ojo experimentado tanto del médico como del padre—. Es natural, pero no dejes que te

consuma. La medicina avanza, la vida cambia. Todo lo que podemos hacer es tomar las mejores decisiones con la información que tenemos en ese momento.

—Lo sé —digo, aunque el dolor de las posibilidades perdidas persiste—. Es solo que... es difícil no preguntarse.

—Concéntrate en lo que está por venir, no en lo que quedó atrás —dice, su tono más suave ahora—. Tienes buenas noticias hoy, Ryan. Un corazón fuerte y una segunda oportunidad. No todos obtienen eso.

—Gracias, papá —me levanto, recogiendo mi chaqueta—. Por todo.

Él asiente, un momento de entendimiento pasa entre nosotros.

—Los resultados de tus análisis de seguimiento deberían estar listos mañana. Haré que Sarah prepare tu paquete de resumen habitual.

Mientras me doy la vuelta para irme, añade:

—¿Y Ryan? The Copper Pot no es demasiado nostálgico. Algunos recuerdos vale la pena revisitarlos, especialmente cuando tienes la oportunidad de escribir un mejor final.

El pasillo del hospital está más concurrido de lo que esperaba, enfermeras y camilleros moviéndose eficientemente entre habitaciones, visitantes aferrando arreglos florales y bolsas de regalo. Estoy tan distraído pensando en mi cita de mañana con Zoe que apenas noto cuando la enfermera en la estación llama mi nombre.

—¿Sr. Hayes? Su documentación de alta e instrucciones de seguimiento —desliza una carpeta manila por el mostrador sin levantar la vista de su pantalla de computadora.

—Gracias —digo, colocándola bajo mi brazo mientras me dirijo al ascensor. Mi mente ya está anticipando la noche de mañana: qué ponerme, qué decir, cómo navegar este nuevo territorio donde la verdad finalmente está entre nosotros, pero el perdón sigue siendo incierto.

Las puertas del ascensor se abren, y entro, presionando el botón del vestíbulo. Es solo cuando las puertas se cierran que miro la carpeta en mis manos y noto el nombre impreso en la pestaña: "Miller, Margaret".

Se me cae el alma a los pies. He tomado el expediente médico de la madre de Zoe por error.

El ascensor llega al vestíbulo antes de que pueda decidir qué hacer. Salgo, volviéndome inmediatamente hacia la estación de enfermeras para devolver el archivo, cuando veo a la propia Margaret Miller sentada en la sala de espera, con gafas de lectura sobre su nariz mientras examina... una carpeta manila idéntica a la que tengo en mis manos.

Mi carpeta. Con mi historial médico completo, diagnóstico y plan de tratamiento para la miocardiopatía hipertrófica.

Por un momento, considero retirarme, evitando lo que promete ser un encuentro incómodo. Pero ese sería el viejo Ryan, el que huía de las conversaciones difíciles, el que pensaba que la protección era más importante que la honestidad. En su lugar, camino directamente hacia ella.

—Sra. Miller —digo en voz baja—. Creo que tengo su expediente médico por error.

Ella levanta la mirada, el reconocimiento y algo más —¿comprensión?— parpadeando en su rostro.

—Y parece que yo tengo el tuyo —responde, cerrando la carpeta en su regazo—. Una coincidencia interesante.

—Lamento la confusión —digo, extendiéndole su carpeta—. No estaba prestando atención cuando la enfermera me la entregó.

Mientras intercambiamos carpetas, sus ojos se encuentran directamente con los míos.

—Miocardiopatía —dice, su voz suave pero directa—. La misma condición que tu padre.

La afirmación queda suspendida en el aire entre nosotros. Ha visto mi expediente, conoce mi

diagnóstico, quizás incluso entienda ahora por qué dejé a su hija en el altar.

—Sí —confirmo, no tiene caso negarlo—. Me diagnosticaron justo antes de la boda.

Margaret asiente lentamente, como si confirmara una sospecha de hace tiempo.

—Sospechaba algo así. James —el Dr. Hayes— lo mencionó hace años, aunque no en detalle. La confidencialidad médico-paciente solo se estira hasta cierto punto en pueblos pequeños.

—¿Lo sabía? —la revelación me sorprende, aunque quizá no debería. En Evergreen Falls, los secretos rara vez permanecen enterrados para siempre.

—No al principio —dice, guardando su propia carpeta en su bolso—. Pero eventualmente. Explicaba muchas cosas.

—¿Y nunca se lo dijo a Zoe? —no puedo ocultar mi incredulidad.

La expresión de Margaret se vuelve pensativa.

—No era mi historia para contar, Ryan. ¿Y qué bien habría hecho? Ella finalmente estaba sanando, construyendo algo nuevo a partir de su dolor. ¿Saber que te fuiste debido a una enfermedad en lugar de indiferencia la habría ayudado, o simplemente habría mantenido la herida abierta?

Su lógica refleja lo que me dije a mí mismo durante años: que Zoe estaba mejor sin conocer la verdad completa. La ironía no se me escapa.

—Le conté todo —digo—. Hace unos días. Sobre el diagnóstico, por qué me fui, todo.

—Lo sé —Margaret sonríe ligeramente ante mi expresión sorprendida—. Tomamos sopa y tuvimos una larga conversación ayer. Está procesándolo.

—¿Ella...? —dudo, sin saber cómo preguntar lo que más quiero saber—. ¿Está...?

—¿Enojada? ¿Herida? ¿Confundida? —ofrece Margaret—. Sí a las tres. Pero también está escuchando, comprendiendo. Eso es más de lo que muchas personas ofrecerían después de lo que pasó.

Me estudia por un largo momento, su mirada tan similar a la de Zoe que me encuentro queriendo apartar la vista.

—El corazón de mi esposo nos lo arrebató repentinamente. No tuvimos tiempo para prepararnos, para despedirnos, para hacer las paces con lo que venía. Al intentar evitarle a Zoe un dolor similar, le causaste uno completamente diferente —su tono no es acusatorio, solo objetivo—. La pregunta es qué harás ahora que la verdad está entre ustedes.

—Vamos a cenar mañana por la noche —le digo—. Un nuevo comienzo, tal vez. Si ella puede perdonarme.

—El perdón no es un momento único, Ryan. Es un proceso, una elección que se toma diariamente —Margaret se levanta, recogiendo su bolso—. Y no es lo único que importa. La confianza, la honestidad, la voluntad de ser vulnerable incluso cuando es aterrador... esos son los cimientos de cualquier cosa que valga la pena construir.

Suena tanto como Zoe —o quizás Zoe suena como ella— que me encuentro asintiendo en señal de acuerdo.

—Debo irme —dice Margaret—. Mi club de lectura se reúne en treinta minutos, y todavía necesito comprar refrigerios —duda, luego añade—: Zoe merece toda la verdad, Ryan. No solo sobre el pasado, sino también sobre el futuro. Lo que tu condición significa ahora, qué desafíos podrían enfrentar juntos. No más protegerla de la realidad, sin importar cuán difícil sea.

—Entiendo —digo, y lo hago—. Completa honestidad de ahora en adelante.

Mientras se aleja, me sorprende la extrañeza de este encuentro: mi expediente médico revelando accidentalmente mi secreto más profundo a la madre de Zoe, la forma del universo de

recordarme que en pueblos pequeños, la verdad eventualmente encontrará su camino a la superficie.

Es hora de asegurarme de que Zoe tenga todos los datos, no solo sobre por qué me fui, sino sobre lo que un futuro conmigo podría realmente implicar. Lo bueno, lo malo, las realidades médicas que enfrentaríamos juntos. No más protección a través de la omisión.

Me dirijo a la salida con un propósito renovado. Es hora de contarle todo a Zoe.

Perfect Pairs Matchmaking brilla bajo la luz de la tarde, las letras doradas en la ventana captando la luz. A través del cristal, puedo ver a Zoe en su escritorio, conversando con una clienta que está de espaldas a la ventana. Su cabello castaño rojizo está recogido en un moño suelto, con algunos mechones enmarcando su rostro. Lleva la blusa verde que siempre me ha gustado, la que resalta los destellos dorados de sus ojos.

Tengo la mano levantada para llamar cuando algo me detiene: reconocimiento. La clienta se mueve ligeramente y capto su perfil. Amanda Lawson. Una de mis clientas del mes pasado, alguien que vino a mí considerando terminar su relación de tres años.

La curiosidad me mantiene clavado en el sitio. ¿Por qué alguien que busca consejos para terminar una relación ahora estaría consultando con una casamentera? No pretendo escuchar a escondidas, pero la tarde está tranquila, la calle casi vacía, y la ventana de Zoe está entreabierta para captar la brisa del principio del verano.

Sus voces salen claramente.

—Agradezco que me reciba con tan poca antelación —está diciendo Amanda—. Sé que los servicios de casamentería no son típicamente lo que llamarías un servicio de crisis.

Zoe ríe, cálida y genuina.

—La vida rara vez sigue nuestros cronogramas cuidadosamente planificados. Eso es algo que estoy aprendiendo a apreciar —hay una pausa, el sonido de papeles moviéndose—. Entonces, ¿mencionó que recientemente terminó una relación?

—Sí. Tres años con Daniel. Trabajé con Ryan Hayes —¿su, um, vecino?— para navegar por la ruptura.

Contengo la respiración, repentinamente incómodo con mi posición de espía involuntario pero incapaz de alejarme. ¿Cómo responderá Zoe al saber que esta mujer me consultó primero?

—Ryan es excelente ayudando a las personas a atravesar transiciones —dice Zoe, sorprendiéndome con su generosa evaluación—. ¿Cómo fue ese proceso para ti?

—Mejor de lo que esperaba. Me ayudó a ver que terminar una relación no tiene que significar fracaso, que a veces lo más respetuoso que podemos hacer es reconocer cuando una conexión ha llegado a su fin.

—Eso es muy cierto —concuerda Zoe—. A veces lo que parece un final es en realidad hacer espacio para un nuevo comienzo. Para ambas personas involucradas.

Me quedo paralizado, las palabras tan similares a frases que uso con mis propios clientes que por un momento me pregunto si las estoy imaginando. Pero no, Zoe continúa:

—Una transición saludable significa honrar lo que fue mientras se reconoce lo que necesita ser ahora. Parece que ya has hecho ese trabajo, lo que te coloca en una buena posición para considerar lo que podría venir después.

A través de la ventana, observo cómo Zoe alcanza una libreta, anotando algo.

—Antes de hablar sobre posibles parejas, me gustaría entender qué aprendiste de tu relación con Daniel. No solo lo que no funcionó, sino lo que sí. Los patrones positivos que te gustaría mantener, los valores que siguen siendo importantes para ti.

Su enfoque es reflexivo, matizado, e incorpora elementos de mi propia filosofía sobre las

transiciones en las relaciones. No como algo que debe evitarse a toda costa, sino como evoluciones naturales que, cuando se manejan con cuidado, pueden llevar al crecimiento de todos los involucrados.

Me alejo de la ventana, sintiendo repentinamente la necesidad de espacio para procesar lo que acabo de escuchar. Zoe ha integrado aspectos de mi enfoque profesional en su propia práctica. Así como yo me he encontrado apreciando cada vez más el valor de sus habilidades como casamentera, ella está viendo mérito en mi enfoque en finales saludables.

Esta revelación me anima y me inquieta a la vez. Por un lado, sugiere un creciente respeto profesional entre nosotros, una disposición a aprender de las perspectivas del otro que refleja nuestra reconexión personal. Por otro lado, plantea preguntas sobre la apuesta que inició todo esto, sobre lo que realmente significaría "ganar" o "perder" ahora.

Si "pierdo" la apuesta —si Zoe encuentra mi pareja perfecta— se supone que debo cerrar mi consulta e irme del pueblo. Pero, ¿qué pasa si mi práctica ya ha influido en la suya de maneras que permanecerán incluso si me voy? ¿Qué pasa si la línea entre nuestras filosofías profesionales no es tan clara como ambos pretendíamos?

Me alejo de la ventana, caminando hacia el pequeño parque al otro lado de la calle donde puedo pensar sin riesgo de ser visto. El sol de la tarde es cálido contra mi rostro mientras me siento en un banco, tratando de dar sentido a mis emociones contradictorias.

Mi teléfono vibra en mi bolsillo: un mensaje de mi padre: "Los resultados de los análisis se ven excelentes. Informe completo en tu portal de paciente. Sin restricciones para actividades normales".

La autorización médica debería sentirse como una noticia inequívocamente buena. Mi condición es estable, manejable. Puedo ofrecerle a Zoe un futuro no inmediatamente ensombrecido por preocupaciones de salud. Sin embargo, de alguna manera, la cuestión profesional se ha vuelto tan complicada como la médica.

Al tratar de demostrar que nuestros enfoques eran fundamentalmente opuestos, en su lugar hemos demostrado cuán complementarios podrían ser. Perfect Pairs Matchmaking y Clean Break Consultations no son adversarios, son diferentes partes del mismo continuo de apoyo a las relaciones.

Lo que significa que nuestra apuesta se basó en una premisa falsa desde el principio.

¿Qué sucede si le cuento todo a Zoe mañana por la noche —sobre mi perspectiva de salud mejorada, sobre mis sentimientos por ella— pero no podemos resolver esta complicación profesional? ¿Qué pasa si ella aún insiste en que uno de nosotros "gane" la apuesta? ¿Realmente esperaría que cierre mi consulta y me vaya del pueblo, incluso sabiendo lo que siento por ella? ¿O peor aún, se sentiría obligada a renunciar a su propio negocio si yo "gano"?

La apuesta que hemos hecho en esta competencia de repente parece no solo mezquina sino potencialmente destructiva para lo que podríamos construir juntos. ¿Cómo podemos avanzar personalmente si uno de nosotros debe sacrificarse profesionalmente?

Miro de nuevo al otro lado de la calle, a la oficina de Zoe, donde todavía está conversando con Amanda. Mañana por la noche, la llevaré a cenar a The Copper Pot. Le contaré sobre mi estado de salud actual, sobre las décadas de vida que los médicos ahora predicen en lugar de años. Seré completamente honesto sobre lo que podría conllevar un futuro juntos.

Pero también necesitaré ser honesto sobre lo que acabo de darme cuenta: que nuestra rivalidad profesional ha evolucionado hacia algo completamente diferente. Que verla incorporar mis filosofías en su práctica me llena de orgullo en lugar de resentimiento competitivo. Que quizás el mejor resultado no es que uno de nosotros gane la apuesta, sino que ambos

reconozcamos que juntos, ofrecemos algo que ninguno podría proporcionar solo.

Me levanto, decisión tomada. La noche de mañana no se trata solo de nuestro pasado personal y potencial futuro. También se trata de crear algo nuevo profesionalmente: una visión de apoyo a las relaciones que abarque tanto los comienzos como los finales, tanto las parejas perfectas como las transiciones dignas.

Solo espero que Zoe lo vea de la misma manera. Porque si hay algo que he aprendido en diez años ayudando a las personas a navegar por cambios en sus relaciones, es que las transiciones más exitosas no son aquellas donde una persona gana y otra pierde.

Son aquellas donde ambas personas encuentran un nuevo camino que honra lo que fue mientras abraza lo que podría ser.

Capítulo 21

Zoe

Estoy a mitad de actualizar un archivo cuando la propia Ellie entra por mi puerta, su habitual paso seguro reemplazado por algo más vacilante. Lleva agarrada su carpeta de bodas —la que le ayudé a iniciar hace seis meses— pero la sostiene más como un escudo que como el tesoro que alguna vez fue.

—¿Tienes un minuto? —pregunta, deteniéndose en el umbral.

—Por supuesto. —Señalo el pequeño sofá donde normalmente se sientan las parejas para las consultas—. ¿Todo bien con los arreglos del local?

Ellie se sienta, pero no abre la carpeta. En cambio, la coloca sobre la mesa de café y respira profundamente.

—Quería hablar contigo sobre algo. Es... complicado.

Algo en su tono hace que deje a un lado las notas del cliente en las que estaba trabajando. Me levanto de detrás de mi escritorio para sentarme en la silla frente a ella, prestándole toda mi atención.

—¿Qué ocurre?

—He estado reuniéndome con Ryan —dice, soltando las palabras apresuradamente—. Sobre la boda. O, bueno, sobre mis dudas.

Siento como si me hubieran abofeteado. ¿Ryan ha estado aconsejando a mis clientes? ¿A mis espaldas? Me esfuerzo por mantener mi expresión neutral, pero algo debe notarse en mi cara porque Ellie se apresura a explicar.

—No fue planeado. Me lo encontré en el Roasted Bean hace unas semanas cuando estaba... —Gira su anillo de compromiso, un hábito nervioso que he notado antes—. Cuando estaba llorando sobre mi café por lo de Houston.

—¿Houston? —la animo, dejando de lado mi dolor inicial para centrarme en Ellie.

—Greg aceptó ese puesto de profesor —explica—. Del que te hablé. Es una gran oportunidad para él, pero significaría mudarnos justo después de la boda. —Su voz tiembla ligeramente—. Lejos de mi editorial, mi grupo de escritura, todo lo que he construido aquí.

Asiento, animándola a continuar mientras intento procesar que Ryan ha estado reuniéndose con mis clientes sin decírmelo.

—Ryan solo escuchó al principio —continúa—. Hizo preguntas que me hicieron pensar realmente sobre lo que quería, lo que temía. No me dijo qué hacer, solo me ayudó a articular lo que sentía. —Mira hacia su dedo anular ahora desnudo, y me doy cuenta de que se ha quitado completamente el anillo de compromiso—. Greg y yo estamos considerando posponer la boda.

La antigua yo habría saltado inmediatamente para salvar la pareja, para proteger mi índice de éxitos, para demostrar que mi emparejamiento no estaba equivocado. En cambio, me

encuentro genuinamente preocupada por Ellie como persona.

—¿Cómo te sientes con esa posibilidad? —pregunto, sorprendiéndome a mí misma por lo calmada que sueno.

—Aliviada, honestamente. —Levanta la mirada, su expresión es una mezcla de culpa y esperanza—. No porque no ame a Greg, lo amo. Pero no estoy lista para renunciar a mi vida aquí, y él no está dispuesto a rechazar esta oportunidad. —Se muerde el labio—. Ryan me ayudó a ver que posponer no es lo mismo que cancelar. Que podemos tomarnos tiempo para averiguar lo que ambos necesitamos antes de comprometernos para toda la vida.

Debería sentirme a la defensiva. Esta es mi pareja potencialmente fracasando, mi cliente trabajando con mi competencia. Pero en lugar de eso, me encuentro asintiendo en acuerdo.

—Es mejor hacer una pausa ahora que divorciarse después —digo, las palabras sorprendiéndome incluso mientras salen de mi boca—. Tomarse tiempo para asegurarse de que estás tomando la decisión correcta no es un fracaso, Ellie. Es sabiduría.

Sus ojos se ensanchan ligeramente.

—¿No estás decepcionada con nosotros?

—Emparejé a Greg y a ti porque vi una genuina compatibilidad y conexión —le digo honestamente—. Eso no ha cambiado. Pero la compatibilidad no significa que vuestras vidas siempre se alinearán perfectamente. A veces el momento necesita ajustes. —Me inclino hacia adelante, mirándola directamente a los ojos—. Mi trabajo no es forzar a las relaciones a seguir un cronograma predeterminado. Es ayudar a las personas a encontrar conexiones significativas.

El alivio inunda su rostro.

—Gracias por entenderlo. Tenía tanto miedo de que vieras esto como un fracaso de tu trabajo.

—El éxito de una relación no se mide por lo estrechamente que sigue el camino esperado —digo, encontrando verdad en palabras que quizás no habría pronunciado hace un mes—. Se trata de lo bien que navegáis juntos por los giros inesperados.

Después de que Ellie se marcha con recursos para tener conversaciones difíciles en lugar de opciones de lugares para la boda, me quedo de pie junto a mi ventana, mirando al otro lado de la calle hacia Clean Break Consultations. Ryan está en su escritorio, ajeno a mi escrutinio.

El dolor viene en oleadas. No solo porque haya estado trabajando con mis clientes, sino porque no me lo dijo. Después de todo lo que hemos compartido estas últimas semanas, después de la verdad que finalmente reveló en el mirador, todavía sigue guardando secretos.

Si pudo ocultarme algo así, ¿qué más podría estar guardándose? El pensamiento se aloja en mi pecho como una astilla. Esto es exactamente lo que temía: abrirme solo para descubrir que todavía hay muros entre nosotros, verdades que se siguen ocultando.

Los límites profesionales existen por una razón. Y parece que Ryan Hayes sigue cruzando líneas sin considerar las consecuencias.

La calle principal zumba con la actividad de la tarde mientras camino desde mi oficina hacia el restaurante. Necesito comida reconfortante y soledad para procesar lo que he descubierto sobre Ryan trabajando con Ellie. El aire primaveral trae el aroma del césped recién cortado de la plaza del pueblo, donde el equipo de mantenimiento se prepara para la serie de conciertos de verano de la próxima semana.

Al pasar por la farmacia, la señora Henderson me saluda con una extraña sonrisa, luego susurra algo a su acompañante. Ambas se giran para mirarme con expresiones que parecen casi... expectantes. Sonrío cortésmente y sigo caminando, inquieta por su atención.

Estoy pasando por la ferretería cuando miro hacia la ventana de la oficina de Ryan. Se

perfila contra la luz dorada, con el teléfono presionado contra su oreja, con expresión tensa. Mientras observo, se pasa la mano por el pelo, un gesto que recuerdo de nuestros días universitarios, su señal cuando estaba estresado por exámenes o llamadas familiares.

Está tomando notas mientras habla, su mano libre moviéndose rápidamente sobre un bloc legal. Cualquiera que sea esta conversación, es seria. Profesional, lo más probable, aunque no puedo evitar preguntarme si es personal. Médica, incluso.

Como si sintiera mi mirada, Ryan levanta la vista. Nuestros ojos se encuentran a través del cristal, y algo pasa entre nosotros: una corriente de conciencia, de conexión a pesar de la distancia. Por un momento, creo que podría reconocerme, podría sonreír o saludar.

En cambio, su expresión cambia a algo ilegible: un destello de lo que podría ser arrepentimiento o preocupación cruza sus facciones antes de que deliberadamente se dé la vuelta, dando la espalda a la ventana. A mí.

El pequeño rechazo duele más de lo que debería. No es nada, realmente: está trabajando, atendiendo una llamada, manteniendo el enfoque profesional. Pero llegando tras enterarme de que ha estado aconsejando a Ellie sin decírmelo, se siente significativo. Una retirada. Un límite restableciéndose.

Continúo caminando, mis pasos acelerándose sin pensarlo conscientemente. Al pasar por el juzgado, capto fragmentos de conversación de un grupo de mujeres sentadas en el banco de piedra cerca de la entrada.

—...posponiendo la boda, no solo la recepción...

—...pensaba que eran la pareja perfecta de Zoe Miller...

—...me pregunto si su tasa de éxito es realmente tan alta como afirma...

Reconozco el distintivo sombrero floral de la señora Peterson y a la asistente de la alcaldesa Porter entre el grupo. Aún no me han visto, y acelero el paso antes de que lo hagan, sin querer defender mi reputación profesional en una esquina de la calle.

Cerca de la esquina, escucho a dos hombres fuera de la barbería.

—...cinco a uno a que sucede antes del festival...

—Demasiado pronto. Apúntame diez...

Se detienen abruptamente cuando me notan, asintiendo con sonrisas incómodas antes de volver a su conversación, con voces más bajas. ¿Sobre qué están apostando? ¿Y por qué parecían tan culpables cuando me vieron?

Los comentarios no deberían molestarme. Sé que mi tasa de éxito es genuina. Sé que el hecho de que Ellie y Greg pospongan su boda no significa que el emparejamiento en sí estuviera equivocado. Sé que las relaciones evolucionan de maneras que ningún casamentero puede predecir completamente.

Sé todo esto, y sin embargo me siento expuesta. Vulnerable. Como si el suelo bajo mi cuidadosamente construida identidad profesional estuviera cambiando.

Cuando llego al restaurante, mi apetito ha desaparecido. En su lugar, me dirijo hacia el parque de la ciudad, buscando la soledad de mi "banco para pensar": el lugar tranquilo con vistas al estanque de los patos donde voy a contemplar situaciones de clientes particularmente desafiantes.

Hoy, yo soy la situación desafiante.

El parque está relativamente vacío a esta hora del día, el sol de la tarde proyecta largas sombras sobre el césped cuidadosamente mantenido. Mi banco se encuentra bajo un sauce llorón, parcialmente oculto del camino principal, ofreciendo la ilusión de privacidad en un pueblo donde la verdadera privacidad es casi imposible de encontrar.

Me sorprendo cuando mi madre aparece en el camino, con un bolso de lona sobre el hombro y preocupación escrita en su rostro.

—Pensé que te encontraría aquí —dice, sentándose a mi lado en el banco—. La señora Abernathy te vio caminando hacia aquí. Dijo que parecías disgustada.

Por supuesto. Nada viaja más rápido que la red de chismes de Evergreen Falls.

—Estoy bien —digo automáticamente—. Solo necesitaba tomar aire.

Mamá me da esa mirada que veía a través de mis mentiras infantiles y dramas adolescentes, esa que dice que sabe más pero esperará a que admita la verdad a mi propio tiempo.

—Escuché sobre la boda de tus clientes —dice después de un cómodo silencio—. El aplazamiento.

Suspiro, sin sorprenderme de que la noticia ya se haya extendido.

—Es la decisión correcta para ellos.

—Pero se siente como un revés profesional para ti.

—No debería —admito—. Todavía se aman. Siguen siendo compatibles en todas las formas que importan. Solo están enfrentando un desafío de vida que requiere más tiempo y consideración de lo que inicialmente pensaron.

Mamá sonríe, una expresión cálida que arruga las esquinas de sus ojos.

—Esa es una perspectiva notablemente equilibrada para alguien cuyo negocio se basa en emparejamientos exitosos.

—Quizás estoy evolucionando —digo, solo medio en broma—. O quizás el enfoque de Ryan está influyendo en mí más de lo que me gustaría admitir.

—¿Es eso tan malo? —pregunta—. ¿Incorporar nuevas perspectivas a tu trabajo?

—Lo es cuando está aconsejando a mis clientes sin decírmelo —digo, resurgiendo el dolor —. Ellie ha estado reuniéndose con él por sus dudas. A mis espaldas.

—¿Ella dijo que así lo veía? ¿Como ir a tus espaldas?

Pienso en la explicación de Ellie: el encuentro casual en la cafetería, la conversación inicial que llevó a discusiones más estructuradas.

—No —admito—. Se lo encontró cuando estaba molesta. Él escuchó. Evolucionó naturalmente.

—Pueblo pequeño —me recuerda mamá suavemente—. Las vidas de las personas se cruzan de maneras que no siempre puedes controlar o predecir.

Antes de que pueda responder, la alcaldesa Porter se acerca, con su siempre presente tableta bajo el brazo.

—¡Margaret! ¡Zoe! Justo las damas que esperaba ver. —Se sienta en el banco junto a nosotras sin esperar invitación—. El comité de recaudación de fondos para la biblioteca necesita un voluntario más para el programa de lectura de verano. ¿Alguna posibilidad de que alguna de ustedes pueda...?

—Estaré encantada de ayudar —interviene mamá con suavidad—. Aunque estaba teniendo un momento con mi hija.

La alcaldesa Porter descarta esto con un gesto.

—Por supuesto, por supuesto. Solo una pregunta rápida mientras las tengo a ambas. —Se vuelve hacia mí—. Zoe, querida, quería agradecerte nuevamente por ese maravilloso taller que tú y Ryan realizaron en el festival. Martin y yo lo encontramos increíblemente perspicaz.

—De nada —digo automáticamente—. Aunque fue principalmente entretenimiento improvisado.

—Tal vez, pero destacó algo importante. El valor de ambas perspectivas: comenzar

relaciones reflexivamente y navegar por las transiciones honestamente. —Se inclina más cerca, bajando la voz conspirativamente—. No creo haber mencionado esto antes, pero Martin y yo trabajamos con Ryan el año pasado en algunos desafíos de comunicación. Nada serio —se apresura a añadir—, solo los ajustes habituales de la mediana edad. Pero combinado con la base que nos ayudaste a construir hace tres años cuando nos emparejaste? ¡Magia absoluta!

Parpadeo, procesando esta nueva información.

—¿Trabajaron con Ryan? ¿Después de que los emparejé?

—Oh, sí. Sus ideas sobre comunicación durante las transiciones complementaron perfectamente tu emparejamiento inicial. Como dos caras de la misma moneda.

Me siento más erguida, mi orgullo profesional momentáneamente picado.

—¿Y encontraron valor en ambos enfoques? ¿No se... contradecían?

—¿Contradecirse? ¡Dios mío, no! Todo lo contrario. —Los ojos de la alcaldesa Porter se iluminan con genuino entusiasmo—. Tu emparejamiento nos dio la confianza de que éramos fundamentalmente adecuados el uno para el otro. El asesoramiento de Ryan nos dio herramientas para navegar por los momentos difíciles sin cuestionar esa base. Diferentes lados del mismo viaje relacional.

Me esfuerzo por reconciliar esto con mi comprensión del trabajo de Ryan, y con mis sentimientos sobre él trabajando con mis clientes.

—Nunca lo había visto de esa manera.

—La mayoría de la gente no lo ve así —dice con una sonrisa conocedora—. Ven el emparejamiento y el asesoramiento de rupturas como opuestos. Pero las relaciones necesitan tanto comienzos como transiciones para prosperar, al igual que las personas. —Me da una palmadita en la rodilla—. Lo que me recuerda que debería volver al Ayuntamiento. Reunión de presupuesto en veinte minutos. —Se levanta, enderezando su blazer—. ¡Piensa en ese comité de la biblioteca, Margaret! Necesitamos esas hojas de inscripción antes del viernes.

Mientras se aleja apresuradamente, me quedo en un silencio atónito. La alcaldesa Porter y su esposo —una de mis emparejamientos más orgullosos, destacados en mis materiales promocionales— habían buscado los servicios de Ryan. Y en lugar de socavar mi trabajo, su enfoque aparentemente lo había mejorado.

—Bueno —dice mamá en el silencio—, eso es interesante.

—Mucho —estoy de acuerdo, mi mente corriendo con implicaciones. Si el enfoque de Ryan podría fortalecer mis emparejamientos en lugar de amenazarlos, si nuestras filosofías pudieran complementarse en lugar de contradecirse...

Mis pensamientos son interrumpidos por una explosión de risas cercana. Un pequeño grupo de habitantes del pueblo se ha reunido alrededor del tablón de anuncios comunitario del parque, señalando algo y riendo. Las mismas miradas extrañas y expectantes que noté anteriormente en la calle están en sus rostros mientras me miran, luego rápidamente vuelven a mirar lo que ha captado su atención.

Curiosa a pesar de mí misma, me levanto y camino más cerca, mamá siguiéndome.

El tablón de anuncios está lleno de los habituales anuncios comunitarios: calendario del festival de verano, eventos de la biblioteca, folletos de mascotas perdidas. Pero destacado prominentemente en el centro hay algo nuevo: un gráfico dibujado a mano titulado "¿La segunda es la vencida?" con una cuadrícula de apuestas que rastrea las probabilidades de mi relación con Ryan.

Las categorías incluyen "Primer beso público", "Anuncio oficial de relación" y "Fecha del segundo compromiso". En la parte inferior, con una caligrafía familiar: "Consulta a Tessa en

Sweet Beginnings para hacer apuestas. Mínimo $5, máximo $20".

Mamá hace un pequeño ruido de angustia a mi lado.

—Oh, cielos.

Miro fijamente el gráfico, el calor subiendo a mis mejillas. Así que esto explica los susurros, las miradas extrañas, la conversación sobre probabilidades que escuché fuera de la barbería. Mi vida personal, mi tentativa reconexión con Ryan, reducida a entretenimiento para el pueblo. Apuestas colocadas en mi corazón como si fuera una carrera de caballos o un partido de fútbol.

Y Tessa —mi mejor amiga— está dirigiendo la piscina de apuestas.

—No puedo creer que haya hecho esto —susurro, una mezcla de dolor y humillación me invade.

Mamá coloca una mano en mi hombro.

—Estoy segura de que lo hizo por diversión, querida. Ya sabes cómo Tessa a veces se deja llevar.

Pero esto no es divertido. Esta es mi vida, mi corazón, mi proceso de sanación convertido en espectáculo público. Cada conversación que Ryan y yo hemos tenido, cada paso cuidadoso hacia adelante, aparentemente ha sido notado, discutido, objeto de especulación por todo el pueblo.

La exposición se siente insoportable. Mi reputación profesional y mi sanación personal se han convertido en propiedad pública, algo sobre lo que apostar mientras se toma café y pasteles.

Algo se endurece dentro de mí, una coraza protectora formándose alrededor de la tierna esperanza que había estado creciendo desde la confesión de Ryan en el mirador. Esto es demasiado: la revelación sobre Ellie, el trabajo de Ryan con mis emparejamientos, el escrutinio del pueblo sobre nuestra relación.

Necesito distancia. Espacio. Límites.

—Debería volver a la oficina —le digo a mamá, mi voz más firme de lo que me siento—. Tengo archivos de clientes que actualizar.

Ella estudia mi rostro, con preocupación en sus ojos.

—No dejes que esto cambie nada que importe, Zoe.

Pero mientras me alejo, sé que algo fundamental ya ha cambiado. Las paredes que cuidadosamente había bajado durante las últimas semanas están subiendo de nuevo, más fuertes, más altas, más impenetrables que antes.

Ryan Hayes finalmente me dijo la verdad sobre por qué se fue, pero algunas heridas son más profundas de lo que cualquier explicación puede sanar. Algunos riesgos se sienten demasiado grandes para tomarlos dos veces.

Esta vez, me protegeré antes de que alguien más pueda herirme de nuevo.

Capítulo 22

Ryan

El aire de la tarde se siente inusualmente pesado mientras subo las escaleras hacia mi apartamento encima de la ferretería. Los sonidos amortiguados de la calle principal se filtran por las ventanas abiertas: coches pasando, fragmentos de conversaciones, el lejano repique del reloj del juzgado marcando las seis. Sonidos normales del pueblo del que una vez huí y al que ahora he regresado. El pueblo donde esperaba encontrar redención, y tal vez incluso amor de nuevo.

Había visto la expresión en el rostro de Zoe en el parque. El dolor, la humillación, los muros visiblemente reconstruyéndose mientras miraba ese ridículo tablero de apuestas. Todo lo que habíamos estado reconstruyendo cuidadosamente durante estas últimas semanas —la confianza, la esperanza tentativa, la posibilidad de una segunda oportunidad— todo amenazado por la especulación bien intencionada pero dañina del pueblo.

Dentro de mi apartamento, lanzo las llaves sobre la encimera y me desplomo en el sofá, pasando las manos por mi rostro. El suave tictac del reloj en la pared es el único sonido en el espacio por lo demás silencioso. Nunca he terminado de desempacar, me doy cuenta, mirando alrededor a las estanterías medio vacías, la decoración mínima. Como si alguna parte de mí siempre esperara que esto fuera temporal.

Mi teléfono vibra en mi bolsillo. Marcus.

—Dime que no lo has visto —digo en lugar de hola.

—¿El tablero de apuestas? —Marcus suspira—. Sí, está prácticamente en todas partes. Tessa tiene involucrado a todo el pueblo... incluso la señora Peterson apostó veinte dólares a "Segunda propuesta para Navidad".

—Genial —miro fijamente al techo—. Simplemente genial.

—Intenté decirle que era mala idea, pero ya conoces a Tessa. Dice que solo estaba "canalizando el entusiasmo del pueblo en algo productivo".

—¿Cómo exactamente es productivo convertir nuestras vidas personales en entretenimiento? —me levanto, moviendo me hacia la ventana que da a la calle principal. Desde aquí, apenas puedo distinguir el techo del edificio de Zoe a unas pocas manzanas de distancia.

—Algo sobre "la inversión comunitaria en finales felices" —responde Marcus, su tono sugiriendo que encuentra esta explicación tan endeble como yo—. Por lo que vale, creo que genuinamente creía que estaba ayudando.

—No importa lo que Tessa pretendiera —digo, observando a una pareja caminando de la mano por la acera de abajo—. Vi la cara de Zoe, Marcus. Estaba humillada. Después de todo lo que ha pasado, todo lo que le hice pasar, que el pueblo haga apuestas sobre nuestra relación es lo último que necesita.

—¿Y ahora qué? ¿Simplemente te rindes?

La pregunta queda suspendida en el aire. ¿Me estoy rindiendo? ¿Otra vez? ¿Huyendo cuando las cosas se ponen difíciles? La especialidad de Ryan Hayes.

—No —digo, sorprendiéndome a mí mismo con la firmeza en mi voz—. No, no me estoy rindiendo. Pero me preocupa que ella pueda hacerlo. Me pidió tiempo para procesar todo lo que le conté sobre por qué me fui. Ahora se ha enterado de que he estado aconsejando a algunos de sus clientes, incluyendo a Greg y Ellie que están posponiendo su boda. Añade esta humillación de las apuestas encima, y...

—Y temes que sea demasiado —termina Marcus por mí.

—Exactamente —me muevo de regreso al sofá, hundiéndome en él—. Tenemos planes para cenar mañana por la noche. En El Copper Pot. Quería que fuera especial, una oportunidad para hablar sobre todo honestamente. Sobre mi salud ahora, sobre cómo podría ser un futuro juntos. Pero, ¿y si ni siquiera aparece?

—Entonces lo sabrás —dice Marcus simplemente—. Pero Ryan, amigo, no puedes controlar cómo reacciona ella a nada de esto. Todo lo que puedes controlar es si sigues presentándote, sigues siendo honesto, sigues intentándolo. ¿No es eso lo que les dices a tus clientes?

Tiene razón. Es exactamente lo que les digo a mis clientes. La importancia de la comunicación honesta, de presentarse auténticamente incluso cuando es aterrador. La ironía de que he pasado años ayudando a otros a navegar transiciones difíciles en sus relaciones mientras fracasé tan espectacularmente en la mía no se me escapa.

—Quiero esta segunda oportunidad con Zoe —admito en voz baja—. Más de lo que he querido cualquier cosa en mucho tiempo. La idea de perderla otra vez... —me quedo sin palabras, incapaz de encontrar términos para el sentimiento hueco que se instala en mi pecho al mero pensamiento.

—Entonces díselo. Todo ello. No más medias verdades, no más estrategias de protección. Solo vulnerabilidad cruda y honesta.

Saco mi teléfono del bolsillo, mirando fijamente el correo electrónico de confirmación de reserva del restaurante. —¿Y si no es suficiente?

—Entonces al menos sabrás que lo intentaste —dice Marcus—. Que no huiste esta vez.

Después de colgar, me siento en la creciente oscuridad de mi apartamento, la luz azul de la pantalla de mi teléfono iluminando mi rostro mientras miro el número de Zoe. Debería llamarla. Comprobar si seguimos con el plan de mañana. Asegurarme de que está bien después de ver ese tablero de apuestas.

Pero algo me detiene. Quizás es el miedo de escuchar la retirada en su voz. Quizás es darle el espacio que pidió. Quizás es simplemente no saber qué decir que podría posiblemente mejorar esta situación.

En lugar de eso, dejo el teléfono y me muevo hacia la ventana de nuevo. A través del pueblo, las luces se encienden mientras la noche se instala sobre Evergreen Falls. En algún lugar allí fuera, Zoe está procesando todo: mi confesión, los chismes del pueblo, nuestro frágil nuevo comienzo tambaleándose al borde del colapso.

Mañana, sabré si todavía tenemos una oportunidad. Por esta noche, todo lo que puedo hacer es esperar.

—Estos van en la sección cardiaca —dice mi padre, entregándome una pila de carpetas manila—. Alfabético por apellido, luego cronológico por fecha.

El sol de la mañana se filtra por las ventanas de su despacho en casa, atrapando motas de polvo que bailan en el aire. Hemos estado organizando expedientes de pacientes durante la última hora, una tarea que normalmente manejaría su asistente Sarah, que está con gripe. Me

ofrecí como voluntario para ayudar, en parte por deber filial pero principalmente para distraerme de pensar en la cena de esta noche con Zoe.

—Estás a un millón de kilómetros de aquí —observa papá, dejando la carpeta que está examinando—. ¿Quieres hablar de ello?

Deslizo la última carpeta en su lugar antes de girarme para enfrentarlo. —Solo pensando en esta noche. Mi cena con Zoe.

—Ah —se recuesta en su silla, estudiándome con la misma atención clínica que da a sus pacientes—. ¿Dudas?

—No —digo rápidamente—. Definitivamente no. Solo... preocupaciones. Sobre si ella aparecerá después de todo lo que ha pasado.

Papá se quita las gafas de lectura, colocándolas sobre el escritorio. —¿Te refieres a los chismes del pueblo? ¿Ese tablero de apuestas que montó Tessa?

No debería sorprenderme que lo sepa. En Evergreen Falls, las noticias viajan más rápido que la luz.

—Eso, y el hecho de que he estado aconsejando a algunos de sus clientes. Y todo lo que le dije sobre por qué me fui. Es mucho para procesar de una sola vez.

—Tienes miedo de que esté reconstruyendo sus muros —dice, no como una pregunta sino como una constatación de un hecho—. Protegiéndose a sí misma de un potencial daño.

—¿Tú no lo harías? ¿En su posición?

Papá está callado por un momento, mirando más allá de mí hacia la fotografía enmarcada en su estantería: él y mi madre el día de su boda, ambos jóvenes y sonrientes, sin saber los desafíos que les esperaban. —Cuando tu madre se fue —dice finalmente—, yo también construí muros. Del grosor de una fortaleza. Me dije a mí mismo que era para protegerte, para mantener la estabilidad. Pero realmente, era para protegerme de volver a ser tan vulnerable.

Este nivel de revelación personal de mi padre es raro. Me siento en la silla frente a su escritorio, prestándole toda mi atención.

—Me convencí de que concentrarme en mi práctica, en criarte, era suficiente. Que las relaciones eran demasiado arriesgadas, especialmente con mi condición cardíaca. ¿Te suena familiar?

El paralelo con mis propias elecciones es inconfundible. —Muy familiar.

—Lo que no entendí entonces, lo que me llevó décadas darme cuenta, es que esos muros no solo mantenían fuera el dolor. Mantenían todo fuera. Conexión. Alegría. Crecimiento —me mira directamente a los ojos—. Me perdí treinta años de posibilidades porque tenía demasiado miedo de arriesgarme al rechazo otra vez.

—Pero esta situación con Zoe es diferente —señalo—. Yo la dejé. Yo causé el dolor original. Y ahora todo el pueblo está mirando, esperando ver si nos reconciliamos, literalmente apostando a nuestra relación. No es justo para ella.

—La vida raramente ofrece circunstancias justas para nuestras elecciones más importantes —dice papá—. La cuestión no es si la situación es ideal. Es si lo que podrías construir juntos vale la pena enfrentar tus miedos. Vale el riesgo de rechazo.

Pienso en Zoe: su fuerza, su inteligencia, la forma en que todavía me mira a veces como si tratara de reconciliar quién era yo con quién me he convertido. La forma en que su sonrisa todavía hace que mi corazón se salte un latido de una manera que no tiene nada que ver con mi condición.

—Lo vale —digo en voz baja—. Ella lo vale.

Papá asiente, con satisfacción en sus ojos. —Entonces díselo. Todo. No más protegerla de

verdades difíciles. No más protegerte a ti mismo de un potencial rechazo. Solo vulnerabilidad honesta.

—¿Y si aun así se aleja?

—Entonces sabrás que no es porque no lo intentaste. No porque huiste —se pone las gafas de lectura de nuevo, una señal de que la conversación emocional está terminando—. Por cierto, tus últimos resultados de pruebas llegaron. Los análisis de sangre se ven excelentes. Ritmo cardíaco más estable de lo que ha sido en años.

La actualización médica se siente significativa en este contexto, un recordatorio de que no soy el mismo joven aterrorizado de veinticinco años enfrentando un pronóstico sombrío. Soy un hombre con una condición controlada y décadas de vida potencial por delante. Un hombre que puede ofrecerle a Zoe un futuro, no solo una explicación del pasado.

—Gracias, papá. Por todo.

Él asiente, ya volviendo su atención a los expedientes de pacientes. Pero mientras recojo mis cosas para irme, añade: —Sabes, tu madre no estaba equivocada en todo. Una vez me dijo que el mayor acto de valentía es amar sabiendo que podría terminar en angustia. Creo que tenía razón en eso.

Llevo sus palabras conmigo mientras me voy, preguntándome si podré encontrar ese tipo de valentía esta noche.

El sol de la tarde cuelga brillante en un cielo sin nubes mientras entro en el estacionamiento de la Iglesia Episcopal de San Andrés. Después de mi conversación con papá, me sentí atraído aquí, al lugar donde Zoe y yo se suponía que comenzaríamos nuestra vida juntos, el lugar donde le fallé más completamente. Antes de enfrentarme a ella esta noche, necesito enfrentar esto.

La capilla es exactamente como la recuerdo: revestimiento de madera blanca, vidrieras, un pequeño campanario que parece perforar el cielo azul. Donde Zoe y yo debíamos intercambiar votos hace diez años. Donde doscientos invitados esperaron a un novio que nunca apareció.

Me siento en mi coche durante varios minutos, reuniendo el valor para entrar. No estoy seguro de por qué he venido aquí, exactamente. ¿Cierre? ¿Penitencia? ¿Alguna confrontación simbólica con el pasado antes de enfrentarme a Zoe esta noche? Cualquiera que sea la razón, sé que necesito hacer esto.

Las pesadas puertas de madera se abren con un crujido familiar cuando las empujo, revelando el santuario vacío. La luz del sol se filtra a través de las vidrieras, proyectando patrones de colores a través de los bancos de madera. El aire huele levemente a pulidor de muebles, cera de velas y el sutil olor a humedad de los himnarios viejos.

Camino lentamente por el pasillo central, mis pasos resonando suavemente contra el suelo de piedra —el mismo camino que Zoe habría tomado con su vestido de novia. En mi mente, puedo ver todo como habría sido: flores en los extremos de cada banco, cintas en las ventanas, nuestras familias y amigos reunidos para presenciar nuestro comienzo.

En cambio, solo presenciaron un final.

Me deslizo en un banco aproximadamente a mitad de camino, la madera suave bajo mis manos. Aquí es donde se suponía que comenzaría nuestro futuro. Donde habríamos hecho promesas que ninguno de nosotros entendía completamente a los veinticinco años.

—Lo siento —susurro a la iglesia vacía, al fantasma de la novia que esperó aquí en vano—. Pensé que te estaba protegiendo. Estaba equivocado.

Sentado aquí, trato de imaginar qué podría haber pasado si hubiera tomado una decisión diferente. Si le hubiera contado a Zoe sobre mi diagnóstico, si le hubiera dado la oportunidad de decidir por sí misma si quedarse o irse. ¿Nos habríamos casado aquí después de todo? ¿Habría

permanecido a mi lado durante los primeros años de mi condición, cuando el pronóstico estaba en su momento más incierto?

Nunca lo sabré. Esa vida alternativa existe solo en la imaginación, un fantasma de lo que podría haber sido.

Lo que sí sé es que huir causó más daño del que la honestidad jamás podría haber causado. Que al tratar de ahorrarle dolor a Zoe, causé un tipo diferente. Que el pasado no puede deshacerse, pero quizás puede ser comprendido, perdonado, utilizado como fundamento en lugar de barrera.

Un sonido de clic desde la parte posterior de la iglesia me sobresalta de mis pensamientos. Me giro para ver a una joven con una cámara, congelándose cuando se da cuenta de que no está sola.

—Lo siento mucho —dice rápidamente—. No quise entrometerme. Solo estoy probando la iluminación para la boda del sábado.

—Está bien —le aseguro, poniéndome de pie—. Solo estaba... visitando.

Ella asiente, pero su expresión es curiosa mientras observa mi atuendo de negocios casual y mi presencia solitaria en una tarde de día laborable. Se acerca más, su cámara colgando de una correa decorada con flores bordadas.

—Soy Maggie, por cierto. Maggie Chen. He estado fotografiando bodas aquí durante unos tres años —extiende su mano, la cual estrecho—. La iglesia es hermosa a esta hora del día. La luz a través de las vidrieras es perfecta para fotografías.

—Lo es —coincido, mirando hacia la luz de colores que juega a través del altar—. ¿Has fotografiado muchas bodas aquí?

—Alrededor de una docena en este espacio. Es uno de mis favoritos —ajusta la tapa de su lente, sus ojos estudiándome con una perspicacia inesperada—. Sabes, te reconozco de por el pueblo. Eres Ryan Hayes, ¿verdad? ¿El consejero de relaciones que acaba de regresar?

Me tenso ligeramente, preguntándome si las siguientes palabras que saldrán de su boca serán sobre la infame boda que nunca ocurrió en esta misma iglesia.

—Mi hermana consultó contigo el mes pasado —continúa en cambio—. ¿Amanda Chen? Ella y su esposo estaban teniendo problemas de comunicación después de su segundo bebé. Dijo que realmente los ayudaste.

—Recuerdo a Amanda —digo, aliviado—. Me alegra que estén mejor.

Maggie asiente, su expresión suavizándose. —Se necesita valor para revisitar lugares que contienen recuerdos difíciles. Aprendí eso cuando fotografié la boda de la hermana de mi ex el año pasado —da una pequeña risa autocrítica—. Hablando de incómodo. Pero a veces volver a lugares difíciles es el primer paso para seguir adelante.

—Eso es lo que espero —admito.

—Bueno, debería dejarte encontrar tu paz, y necesito terminar de probar estos ángulos de iluminación —dice, retrocediendo—. Buena suerte con lo que sea que te trajo aquí hoy, Sr. Hayes.

—Gracias, Maggie. Y buena suerte con la boda del sábado.

Afuera, el sol de la tarde es cálido contra mi rostro, el aire dulce con el aroma de madreselva cercana. Saco mi teléfono, mirando la información de contacto de Zoe por un largo momento antes de escribir un mensaje simple:

Sigo esperando nuestra cena esta noche. 7pm en El Copper Pot. Sin presión, solo conversación. Lo que suceda después es completamente tu elección.

Presiono enviar, mi corazón acelerándose mientras el mensaje se entrega. Durante años, he

estado ayudando a clientes a enfrentar sus miedos relacionales mientras evitaba los míos. Hoy, estoy siguiendo mi propio consejo: eligiendo vulnerabilidad sobre protección, posibilidad sobre certeza.

Mientras me alejo conduciendo, miro por el espejo retrovisor el campanario blanco contra el cielo azul. Maggie tenía razón: a veces volver a lugares difíciles es el primer paso para seguir adelante. La pregunta es si Zoe y yo daremos ese paso juntos, o en caminos separados.

En unas pocas horas, tendré mi respuesta.

Capítulo 23

Zoe

El cursor en mi pantalla parpadea implacablemente mientras miro el mensaje de texto de Ryan por quinta vez.

Sigo esperando con ilusión nuestra cena de esta noche. 7pm en The Copper Pot. Sin presiones, solo conversación. Lo que ocurra después será completamente tu decisión.

Simple. Directo. Dándome completa autonomía. Todo lo que Ryan Hayes no era hace diez años.

Mis dedos flotan sobre el teclado, con la respuesta que he redactado pero no he enviado mirándome fijamente:

Lo siento, pero necesito cancelar. Necesito más tiempo para pensar en todo.

Es la opción más segura. La elección profesional y racional. La que me protege de más escrutinio público y potencial dolor. La que mantiene las barreras cuidadosamente construidas que he levantado durante una década.

Con un clic decisivo, envío el mensaje, luego coloco mi teléfono boca abajo sobre mi escritorio. Listo. Decisión tomada.

La inmediata ola de alivio que espero no llega. En su lugar, hay una sensación hueca en mi pecho, un vacío que me niego a examinar demasiado de cerca.

Dirijo mi atención a la pila de expedientes de clientes que he estado revisando toda la mañana: parejas en varias etapas del proceso de emparejamiento, sus métricas de compatibilidad documentadas ordenadamente, sus hitos de relación cuidadosamente registrados. En esto soy buena. Aquí tengo control. Esto es seguro.

Mi teléfono vibra con un mensaje. Lo ignoro, asumiendo que es la respuesta de Ryan. Luego vibra otra vez. Y otra vez. Probablemente Tessa, quien ha llamado seis veces desde ayer. He dejado que cada llamada vaya al buzón de voz, sin estar lista para confrontarla sobre la tabla de apuestas.

Cuando la campanilla sobre mi puerta suena, levanto la mirada, preparada para saludar a un cliente con mi sonrisa profesional firmemente en su lugar. En cambio, mi madre está en la entrada, con una bolsa de lona en una mano y preocupación escrita en su rostro.

—¿Trabajando durante el almuerzo otra vez? —pregunta, colocando la bolsa en una esquina de mi escritorio—. Traje sándwiches de Evergreen Diner.

—Gracias, pero no tengo hambre —señalo los archivos esparcidos por mi escritorio—. Estoy reorganizando mi base de datos de clientes. Nuevas métricas de compatibilidad.

Mamá se acomoda en la silla frente a mí, juntando las manos en su regazo.

—Parece un trabajo importante que definitivamente podría esperar hasta después de que hayas comido algo.

Reconozco el tono: amable pero inflexible. Con un suspiro, cierro el archivo que he estado mirando sin realmente ver.

—Está bien.

Ella desempaca el almuerzo: pavo y aguacate para mí, su habitual ensalada de huevo para ella, dos botellas de agua con gas. Comemos en cómodo silencio por unos minutos antes de que aborde el tema que ambas estamos evitando.

—Así que —dice finalmente—. No irás a cenar con Ryan esta noche.

No es una pregunta, pero contesto de todos modos.

—No. Acabo de cancelar.

—¿Puedo preguntar por qué?

Dejo mi sándwich, con el apetito desvaneciéndose.

—Sabes por qué.

—Sé sobre la tabla de apuestas —reconoce—. Y sé que te enteraste de que Ryan ha estado asesorando a algunos de tus clientes. Pero me pregunto qué parte de todo eso es el verdadero problema.

La pregunta me toma por sorpresa.

—Todo —digo después de un momento—. Todo el pueblo tratando mi vida personal como entretenimiento. Ryan trabajando con mis clientes a mis espaldas. Es demasiado.

—¿Es realmente que Ryan estuviera trabajando con tus clientes lo que te molesta? ¿O es que su enfoque podría complementar el tuyo en lugar de amenazarlo?

La miro fijamente, desconcertada por su perspicacia.

—Eso no es...

—Porque por lo que dijo la alcaldesa Porter, parece que varias parejas se han beneficiado de ambos servicios. No como competidores, sino como diferentes tipos de apoyo para diferentes etapas de la relación.

—Debería habérmelo dicho —digo, recurriendo a la posición más defendible—. Si estaba asesorando a Greg y Ellie, o a cualquier otra persona que yo emparejé, merecía saberlo.

—Quizás —concede mamá—. Pero Ellie lo buscó, ¿no? En un momento de angustia. Y su orientación ayudó a ella y Greg a tomar una decisión reflexiva sobre su futuro en lugar de precipitarse a un matrimonio para el que ninguno estaba completamente listo. ¿No es eso, en última instancia, un buen resultado?

—No se trata del resultado —insisto, aunque algo incómodo se retuerce en mi estómago—. Se trata de confianza. De honestidad. De no ocultarnos cosas el uno al otro.

—¿Como él ocultó su diagnóstico de salud hace diez años? —pregunta mamá suavemente.

El paralelo cae como un golpe.

—Eso es diferente.

—¿Lo es? —Extiende la mano a través del escritorio para cubrir la mía con la suya—. Cariño, entiendo por qué te estás retrayendo. Los chismes del pueblo, descubrir que ha estado trabajando con tus clientes, el miedo a ser vulnerable de nuevo, especialmente con todos observando. Pero ¿estás segura de que no estás buscando razones para huir porque tienes miedo de lo que podría pasar si te quedas?

Sus palabras tocan incómodamente cerca de la verdad. Retiro mi mano, levantándome para pasear por el pequeño espacio de mi oficina. Mis manos tiemblan ligeramente mientras enderezo pilas de carpetas de clientes que ya están ordenadas, necesitando hacer algo, cualquier cosa, para manejar la ansiedad creciendo en mi pecho.

—Incluso si quisiera intentarlo de nuevo con Ryan, lo cual no estoy diciendo que quiera,

¿cómo podría funcionar? Nuestros negocios son fundamentalmente opuestos. Uno ayuda a la gente a encontrar el amor, el otro les ayuda a terminarlo. Sin mencionar nuestra apuesta que requiere que el "perdedor" cierre su práctica y se vaya del pueblo.

—Quizás esa premisa fue defectuosa desde el principio —sugiere mamá—. Tal vez vuestros enfoques no son tan contradictorios como ambos asumieron. Quizás son partes complementarias del mismo continuo de relaciones.

Dejo de pasear, mirándola fijamente.

—Suenas como la alcaldesa Porter.

—Vivian puede ser sorprendentemente perspicaz cuando no está haciendo campaña por algo —dice mamá con una pequeña sonrisa—. Me contó cuánto ayudó la asesoría de Ryan a su matrimonio, el mismo matrimonio que tú ayudaste a crear a través de tu emparejamiento.

—Ella lo mencionó —admito a regañadientes—. Pero ese es solo un caso.

—¿Lo es? —Mamá se levanta, recogiendo los restos de nuestro almuerzo—. ¿O es un ejemplo de algo que podría estar sucediendo con más frecuencia de lo que te das cuenta?

Se dirige hacia la puerta, luego se vuelve.

—Tu padre siempre decía que el crecimiento ocurre en los límites de nuestras zonas de confort. Has construido una vida hermosa y exitosa aquí, Zoe. Pero tal vez hay espacio para algo más.

Antes de irse, añade:

—Oh, y casi olvido mencionar... encontré la colección de cartas más fascinante en los archivos de la biblioteca ayer. Correspondencia amorosa entre el primer alcalde del pueblo y una mujer que dirigía el periódico local. Bastante escandaloso para la década de 1890. Creo que podrían constituir una maravillosa exhibición histórica para la recaudación de fondos de la biblioteca.

Después de que se va, me encuentro mirando mi teléfono nuevamente. Tres notificaciones de texto esperan: una de Ryan reconociendo mi cancelación con simple comprensión, dos de Tessa con disculpas cada vez más desesperadas sobre la tabla de apuestas.

Las ignoro todas, volviendo a mis archivos de clientes. Esto es lo que conozco. Aquí es donde destaco. Esto es seguro.

Pero por primera vez, me pregunto si lo seguro es suficiente.

El sol del atardecer proyecta largas sombras a través del parque mientras me dirijo a mi "banco de reflexión" con vista al estanque de patos. Siempre he venido aquí cuando enfrento decisiones profesionales difíciles: qué clientes emparejar, cómo navegar desafíos de compatibilidad, cuándo sugerir asesoramiento de relación en lugar de continuar los esfuerzos de emparejamiento.

Hoy, la decisión es completamente personal.

El banco está vacío, la luz moteada se filtra a través de las ramas del sauce llorón que crean un dosel natural de privacidad. Me acomodo en la madera desgastada, observando a una familia de patos deslizarse por la superficie del agua.

—Pensé que podría encontrarte aquí.

La alcaldesa Porter se acerca, su habitual tablet conspicuamente ausente, su expresión inusualmente solemne. Sin esperar invitación, se sienta a mi lado.

—Si ha venido a preguntar sobre el comité de recaudación de fondos para la biblioteca, ahora no es un buen momento —digo, tratando de mantener el filo fuera de mi voz.

—He venido a disculparme —dice en cambio, sorprendiéndome—. He hecho que retiren la tabla de apuestas del tablón de anuncios de la comunidad. También he hablado con Tessa sobre

límites apropiados, aunque sospecho que sus intenciones eran mejores que su ejecución.

—Tessa debería saberlo mejor —digo, el dolor aún fresco—. Es mi mejor amiga.

—Lo es —coincide la alcaldesa Porter—. Y se siente terrible. Pensó que estaba canalizando el interés del pueblo en una dirección positiva, pero no consideró lo expuesta que te haría sentir.

Miro fijamente el estanque, sin confiar en mí misma para responder. La alcaldesa se sienta tranquilamente a mi lado por un momento antes de hablar de nuevo.

—¿Alguna vez te conté por qué Martin y yo buscamos los servicios de Ryan el año pasado?

La pregunta vuelve a llamar mi atención.

—No.

—Llevábamos tres años casados, tres años maravillosos que no habrían sucedido sin tu emparejamiento —añade rápidamente—. Pero a Martin le ofrecieron un puesto en la junta estatal de educación. Habría significado una separación significativa, con él en la capital cuatro días a la semana.

Alisa una arruga invisible de sus pantalones de lino.

—Estábamos en un punto muerto. Yo no podía dejar mi puesto como alcaldesa, y él sentía que la oportunidad era demasiado importante para dejarla pasar. Nos dirigíamos hacia problemas serios, a pesar de nuestra compatibilidad fundamental.

—¿Y Ryan les ayudó a navegar por eso? —pregunto, genuinamente curiosa a pesar de mí misma.

—Nos ayudó a tener la conversación que estábamos evitando —dice—. No sobre si deberíamos permanecer juntos (tu emparejamiento había establecido esa base maravillosamente), sino sobre cómo adaptar nuestra relación a las circunstancias cambiantes —sonríe, una expresión privada de felicidad—. Martin rechazó el puesto, pero creamos un plan de cinco años que incluye las aspiraciones profesionales de ambos. Completaré mi mandato como alcaldesa, luego apoyaré sus ambiciones políticas mientras persigo mi propio trabajo de consultoría.

—No lo sabía —admito.

—La mayoría de la gente no lo sabe. Somos privados sobre nuestro matrimonio, a pesar de mi posición pública —se vuelve para mirarme directamente—. Mi punto es que el enfoque de Ryan no contradijo ni socavó tu trabajo de emparejamiento. Lo construyó sobre él. Diferentes servicios para diferentes etapas de la relación.

—Aun así debería haberme dicho que estaba trabajando con mis clientes —digo, pero el argumento suena más débil incluso para mis propios oídos.

—Quizás —concede—. Así como quizás deberías haber considerado que el apoyo a las relaciones se extiende más allá de la fase inicial de emparejamiento —su mirada es conocedora, casi maternal a pesar de nuestra diferencia de edad relativamente pequeña—. La pregunta, querida, es si tu orgullo profesional es más importante que tu felicidad personal.

La franqueza de la pregunta me deja momentáneamente sin palabras.

—He ocupado suficiente de tu tiempo de reflexión —dice la alcaldesa Porter, levantándose —. Pero antes de irme, tal vez quieras ver qué ha reemplazado a la tabla de apuestas en el tablón de anuncios de la comunidad. Creo que lo encontrarás iluminador.

Mientras se gira para irse, añade:

—Por cierto, la junta del hospital se reunirá la próxima semana para discutir la crisis de financiación. Sé que no está directamente relacionado con tu trabajo, pero como alguien que se preocupa profundamente por esta comunidad, pensé que querrías saberlo. El centro médico necesita el apoyo de la comunidad más que nunca.

La curiosidad me vence. Después de que se va, me dirijo al tablón de anuncios cerca de la

entrada del parque. Donde una vez estuvo la tabla de apuestas, ahora hay un documento diferente: una cronología ordenada que muestra parejas en Evergreen Falls que han trabajado tanto con mis servicios de emparejamiento como con la asesoría de relaciones de Ryan.

Los Peterson, emparejados por mí hace cinco años, que consultaron con Ryan durante su transición de nido vacío.

Los Jackson, a quienes emparejé hace tres años, que buscaron la ayuda de Ryan para navegar conflictos de negocios familiares.

Los Wilson, la alcaldesa Porter y Martin, los Henderson...

La lista es más larga de lo que esperaba, cada pareja marcada con un estado actual: "Todavía felizmente juntos", "Relación fortalecida", "Navegando exitosamente la transición".

En la parte inferior, con una letra pulcra que no es de Tessa ni de la alcaldesa: "Diferentes enfoques, resultados complementarios. 100% de tasa de éxito cuando se utilizan ambos servicios".

Miro la tabla, algo cambiando dentro de mí. No solo profesionalmente, sino personalmente. Si Ryan y yo no somos adversarios sino fuerzas complementarias en el apoyo a las relaciones, ¿qué significa eso para nuestra apuesta? ¿Para nuestros negocios? ¿Para nosotros?

¿Y quién creó esta tabla?

Mientras estoy allí, veo a Tessa a través de la ventana de su pastelería al otro lado de la calle. Está hablando animadamente con un hombre que no reconozco: alto, con un cuaderno abierto sobre el mostrador entre ellos. Sus manos gesticulan con entusiasmo mientras señala varios pasteles en su vitrina, e incluso desde esta distancia, puedo ver que está en modo de encanto total. El desconocido garabatea notas, asintiendo apreciativamente. ¿Otro cliente nuevo? ¿O algo más?

Mi cabaña se siente inusualmente silenciosa cuando regreso a casa, la luz del atardecer proyectando patrones dorados a través de los pisos de madera. Me muevo por las habitaciones familiares, encendiendo lámparas contra el crepúsculo que se acerca, aún procesando todo lo que la alcaldesa Porter compartió y la misteriosa tabla en el parque.

Mi mirada cae sobre la caja de cedro que recuperé de la estantería hace días. Después de un momento de vacilación, la abro de nuevo, esta vez examinando cada recuerdo con más cuidado.

Los talones de entradas de cine de nuestra primera cita oficial: una película extranjera que Ryan fingió entender porque pensó que me impresionaría. Paso mi dedo sobre la impresión desvanecida, recordando cómo había susurrado elaboradas interpretaciones completamente fabricadas del diálogo francés en mi oído hasta que yo temblaba con risa reprimida en el teatro.

El corsage seco del baile de graduación, donde fuimos coronados campeones de baile después de una rutina que habíamos practicado durante semanas en el garaje de sus padres. La música había sido "Come What May" de Moulin Rouge (elección de Ryan, sorprendentemente romántica para un chico que normalmente prefería el rock indie). Habíamos pasado horas perfeccionando la inmersión final, sus brazos fuertes y seguros alrededor de mi cintura, sus ojos nunca dejando los míos incluso cuando ambos estábamos mareados de tanto girar.

Fotografías de la universidad: nosotros en el laboratorio de química donde nos conocimos por primera vez, en el lago donde pasábamos los fines de semana de verano, fuera del apartamento que compartimos en el último año. La que llama mi atención ahora nos muestra en una lectura de poesía en el campus. Ryan sentado con las piernas cruzadas en el césped, su cabeza apoyada contra mi rodilla mientras yo leía en voz alta de mi gastada copia de poemas de Mary Oliver. Esa fue la primera vez que le leí "The Summer Day", la primera vez que vi esa expresión particular en su rostro: parte asombro, parte reverencia, como si las palabras estuvieran

abriendo algo dentro de él.

Y debajo de todo, la nota de Ryan. Seis palabras que destrozaron mi mundo: "No puedo hacer esto. Lo siento".

Desdoblo el papel cuidadosamente, estudiando la letra que una vez conocí tan bien como la mía. Las palabras no han cambiado, pero mi comprensión de ellas sí. No un rechazo cruel, sino una retirada desesperada. Un joven de veinticinco años aterrorizado enfrentando la mortalidad, tratando de proteger a la mujer que amaba del dolor de la única manera que conocía.

Incorrecto, sí. Devastador, absolutamente. Pero no malicioso.

Mi mirada se posa en mi mesita de noche, donde una gastada copia de los poemas de Mary Oliver descansa junto a mi lámpara de lectura. La tomo, abriéndola en la página marcada con un desgastado marcador.

"Dime, ¿qué planeas hacer con tu única y preciosa vida?"

La famosa línea de "The Summer Day" me mira fijamente, un desafío que he leído innumerables veces sin responder completamente.

Recuerdo la última vez que le leí este poema a Ryan, el fin de semana antes de nuestra boda cancelada. Estábamos acostados en una hamaca en el patio trasero de sus padres, planeando nuestro futuro juntos. "Cuando Mary Oliver pregunta qué planeas hacer con tu única y preciosa vida", había dicho, trazando patrones en mi palma, "ya sé mi respuesta. Planeo pasarla amándote".

El recuerdo se atora en mi garganta, un dolor físico por lo que perdimos... lo que él desechó, sí, pero también lo que me he negado a mí misma en los años transcurridos. La posibilidad de ese tipo de conexión, ese tipo de vulnerabilidad.

¿Qué planeo hacer? ¿Continuar construyendo mi negocio de emparejamiento? ¿Mantener mi corazón protegido detrás del logro profesional? ¿Evitar el desorden y el riesgo de la verdadera vulnerabilidad?

¿O arriesgarme a algo incierto pero potencialmente profundo?

Pienso en la tabla del parque, en las palabras de la alcaldesa Porter, en las suaves preguntas de mi madre. En el mensaje de Ryan dándome completa libertad en lo que suceda después.

Alcanzo mi teléfono, abriendo su mensaje sobre la cena. Son las 6:15 PM. The Copper Pot en Austin está a treinta minutos. Si me apresuro, todavía podría llegar a las 7:00.

O podría quedarme en casa, segura detrás de los muros que he construido cuidadosamente durante diez años.

Segura, pero sola.

Miro fijamente el teléfono, con la pregunta de Mary Oliver resonando en mi mente. Dime, ¿qué planeas hacer con tu única y preciosa vida?

Después de un momento de vacilación, tomo mi decisión.

Capítulo 24

Ryan

El Copper Pot no ha cambiado mucho en diez años. Las mismas paredes de ladrillo expuesto, las mismas arañas de hierro forjado que proyectan un cálido resplandor dorado sobre manteles blancos. El suave murmullo de conversaciones se mezcla con la música delicada del piano, creando esa atmósfera íntima que convirtió este lugar en nuestro favorito para ocasiones especiales durante la universidad.

—Su mesa está lista, señor Hayes —dice la anfitriona, su sonrisa profesional sin revelar nada sobre si reconoce mi nombre de la reserva que hice hace una semana—. La mesa de esquina que solicitó.

—Gracias —la sigo a través del comedor, pasando junto a parejas que se inclinan una hacia la otra sobre velas parpadeantes, amigos riendo sobre aperitivos compartidos, una familia celebrando lo que parece ser una graduación a juzgar por la pancarta de felicitación visible a través de la puerta abierta de la sala privada.

La mesa de la esquina espera, exactamente como la recuerdo: parcialmente aislada por un biombo decorativo, ofreciendo tanto privacidad como una vista del restaurante. Aquí es donde nos sentamos la noche que le dije a Zoe por primera vez que la amaba, degustando tiramisú y espresso, su rostro iluminado por la luz de las velas mientras sonreía y me decía que también me amaba.

—Su camarero estará con usted en breve —dice la anfitriona, colocando dos menús sobre la mesa. No corrijo su suposición de que estoy esperando a alguien. Incluso después del mensaje de cancelación de Zoe, una parte de mí espera que pueda cambiar de opinión.

Miro mi reloj: 6:45 PM. Temprano, como siempre. Un hábito que nunca he roto, igual que la insistencia de mi padre en sostener puertas y la tendencia de mi madre a pasarme la mano por el pelo cuando estoy estresado. Pequeños fragmentos de ellos que llevo conmigo, para bien o para mal.

La camarera se acerca, una joven con un piercing plateado en la nariz y una sonrisa amable.

—Buenas noches. ¿Puedo ofrecerle algo de beber mientras espera a su acompañante?

—Solo agua por ahora, gracias —sonrío, sin querer admitir ni siquiera ante esta desconocida que probablemente cenaré solo esta noche.

Cuando regresa con el agua y una cesta de pan recién hecho, vislumbro compasión en sus ojos. Son las 7:05 PM ahora, y la silla vacía frente a mí lo dice todo.

—Esperaré unos minutos más antes de pedir —le digo, manteniendo la cortés ficción de que mi acompañante simplemente llega tarde.

Mientras se aleja, me encuentro rodeado de recuerdos. Zoe riéndose mientras yo intentaba pronunciar los platos italianos del menú durante nuestra primera visita. Su rostro sonrojado de

placer cuando la sorprendí con las reservaciones para nuestro primer aniversario. La forma en que siempre robaba un bocado de mi postre, afirmando que sabía mejor de mi plato aunque hubiéramos pedido lo mismo.

Retuerzo distraídamente la servilleta de tela en mi regazo, recordando cómo habíamos hablado de volver aquí para nuestro quinto aniversario, el décimo, el vigésimo quinto. Cuán seguros estábamos de que nuestro futuro se extendía ante nosotros, inquebrantable e infinito.

A las 7:15, acepto lo que he sabido desde que recibí su mensaje: no vendrá. La decepción se asienta en mi pecho, pesada pero no inesperada. No puedo culparla. Después de todo —la verdad sobre por qué me fui, la revelación de que he estado asesorando a sus clientes, las apuestas del pueblo sobre nuestra reconciliación— es mucho para procesar. Demasiado, quizás, para arriesgarse a otra cena, otra conversación, otra oportunidad para el dolor.

Hago una señal a la camarera, listo para pedir una copa de vino y quizás un plato principal para justificar mi ocupación de la mesa, cuando un movimiento cerca de la recepción llama mi atención.

Zoe.

De pie en la entrada del restaurante, examinando el comedor con una intensidad que me deja sin aliento. Lleva el vestido azul medianoche de la fiesta de aniversario de los Wilson, su cabello castaño rojizo suelto sobre sus hombros, y está aquí. Vino.

Nuestras miradas se encuentran a través del restaurante lleno, y por un momento, todo a nuestro alrededor se desvanece —los otros comensales, la música suave, el delicado tintineo de los cubiertos contra la porcelana. Solo existe Zoe, avanzando hacia mí con pasos decididos, y el retumbar de mi corazón que nada tiene que ver con mi condición médica.

Me pongo de pie mientras se acerca, sin saber si ofrecerle la mano, retirar su silla o hablar primero. Toda mi experiencia profesional en la navegación de conversaciones difíciles me abandona en este momento de genuina vulnerabilidad.

—Has venido —digo finalmente, declarando lo obvio como un adolescente nervioso en lugar de un hombre adulto que asesora a otros en transiciones emocionales para ganarse la vida.

—Casi no lo hago —admite, su voz firme a pesar del nerviosismo que puedo ver en la forma en que aferra su pequeño bolso—. Cancelé porque tenía miedo. De lo que esto significa, de lo que podría pasar, de todo el pueblo observando y esperando.

—Lo entiendo —digo, comprendiéndola completamente—. No me debes nada, Zoe. Ni tu tiempo, ni tu perdón, ciertamente no tu corazón.

Algo cambia en su expresión —un ablandamiento alrededor de los ojos, una ligera relajación de tensión en sus hombros.

—Lo sé. En parte por eso cambié de opinión. Porque por primera vez, me estás dando una elección real —se acomoda en la silla que sostengo para ella—. Y elijo estar aquí. Para escuchar, al menos.

La camarera se acerca, su anterior compasión reemplazada por una sonrisa profesionalmente neutral mientras toma nuestros pedidos de bebidas: una copa de Pinot Noir para Zoe, lo mismo para mí.

Cuando se marcha, Zoe mira alrededor del restaurante, con reconocimiento en sus ojos.

—El Copper Pot. Nuestro lugar de aniversario.

—¿Demasiado? —pregunto, repentinamente preocupado de que la ubicación misma pueda parecer manipuladora—. Quería un lugar con significado, pero si es incómodo...

—Está bien —interrumpe suavemente—. Apropiado, incluso. Estamos revisitando nuestro pasado para ver si hay un futuro. Este lugar encaja.

Mientras llega nuestro vino, caemos en un silencio incómodo, el peso de diez años y tantas palabras no dichas suspendido entre nosotros. Tomo un sorbo de mi Pinot, reuniendo valor para lo que viene después.

—Gracias —digo finalmente—. Por venir esta noche. Por darnos —a nosotros— esta oportunidad para hablar.

—Tengo preguntas —dice Zoe, su franqueza una de las muchas cosas que siempre he admirado de ella—. Sobre tu salud ahora. Sobre mis clientes a los que has estado asesorando. Sobre a dónde vamos profesionalmente desde aquí, ya que uno de nosotros supuestamente debe cerrar su negocio y abandonar el pueblo según esa ridícula apuesta.

Dejo mi copa, sintiendo la importancia del momento.

—Responderé a todo. Honestidad completa esta vez. Lo prometo.

—La miocardiopatía está estable —explico, después de que llegan nuestros aperitivos, los calamares que siempre compartíamos en la universidad, ninguno de los dos reconociendo la elección deliberada—. Los tratamientos disponibles ahora son notablemente efectivos. Mi padre y yo nos beneficiamos de medicamentos que no existían o eran experimentales hace diez años.

Zoe escucha atentamente, su vino apenas tocado.

—¿Y el pronóstico? ¿Qué dicen los médicos ahora?

—Décadas, no años —le digo, el alivio aún fresco cada vez que lo digo en voz alta—. Con la medicación adecuada y seguimiento, hay plena expectativa de que viviré un tiempo de vida normal. Todavía tengo algunas restricciones en esfuerzo extremo, y siempre necesitaré revisiones regulares, pero está controlada, Zoe. No curada, pero controlada.

Ella asimila esto, su expresión pensativa.

—Debe haber sido... increíble escuchar eso después de lo que te dijeron antes de nuestra boda.

—Lo fue —recuerdo la primera vez que mi cardiólogo usó la palabra "décadas" en lugar de la cuidadosa frase "manejaremos esto tanto como sea posible". La forma en que la esperanza se desplegó en mi pecho, tentativa pero real—. Pero también destacó cuán equivocada fue mi decisión. Si me hubiera quedado, si hubiera sido honesto contigo, podríamos haberlo enfrentado juntos. Podríamos haber tenido esos años juntos en lugar de separados.

—No podemos saberlo —dice Zoe, sorprendiéndome con su amabilidad—. Éramos muy jóvenes. Tal vez no lo habríamos logrado independientemente de tu salud.

—Tal vez —reconozco—. Pero merecías la oportunidad de tomar esa decisión. De decidir por ti misma lo que podías manejar.

Ella asiente, tomando un sorbo de su vino antes de continuar.

—¿Y mis clientes? ¿Ellie Howe? ¿La alcaldesa Porter? ¿A cuántos más has estado asesorando sin decírmelo?

Aquí está: la pregunta profesional que podría ser más difícil de navegar que la personal.

—No tantos como podrías pensar. Siete parejas en los últimos tres meses. Ninguno que busqué directamente. Todos vinieron a mí con desafíos específicos de transición: síndrome del nido vacío, cambios de carrera, problemas de comunicación durante eventos importantes de la vida.

—¿Y no pensaste en mencionarlo? Especialmente después de que comenzamos... —Hace un gesto entre nosotros, sin encontrar exactamente la palabra para lo que hemos estado haciendo estas últimas semanas.

—Debería haberlo hecho —admito—. Al principio, no lo hice porque seguíamos siendo firmemente competidores. Más tarde, porque temía que complicara lo que estaba creciendo entre

nosotros. Fue incorrecto de cualquier manera, y lo siento.

Llegan nuestros platos principales: mi habitual risotto de setas, su preferida linguine de mariscos. Otro eco deliberado de nuestro pasado que ninguno de los dos reconoce directamente.

—Ese es el gráfico que creaste —dice Zoe de repente—. El que reemplaza la tabla de apuestas en el tablón comunitario. Mostrando todas las parejas que han trabajado con ambos.

Dejo mi tenedor, sorprendido.

—¿Lo viste?

—Esta tarde. La alcaldesa Porter me dirigió a él —me estudia a través de la mesa—. ¿Por qué lo hiciste?

—Porque me di cuenta de algo importante —le digo—. Nuestros enfoques no son contradictorios, son complementarios. Tú ayudas a las personas a encontrar conexión basada en compatibilidad y valores compartidos. Yo les ayudo a navegar transiciones difíciles con honestidad y respeto. Diferentes servicios para diferentes etapas de la relación.

Busco en el bolsillo de mi chaqueta, sacando un papel doblado.

—He estado siguiendo los resultados de las parejas que han trabajado con ambos. La tasa de éxito es notable: el 100% siguen juntos, y la mayoría informa relaciones más fuertes después de abordar sus desafíos.

Zoe toma el papel, sus ojos recorriendo los datos que he recopilado. Su interés profesional es evidente en la forma en que se enfoca en los detalles, la casamentera en ella analizando patrones.

—Esto sugiere que nuestra apuesta fue fundamentalmente errónea —continúo con cuidado —. Asumimos que un enfoque era superior al otro, pero la evidencia muestra que funcionan mejor en tándem. Apoyo completo a la relación: desde encontrar la pareja adecuada hasta navegar juntos transiciones inevitables.

Ella levanta la vista del papel, expresión indescifrable.

—¿Entonces qué sugieres? ¿Que ambos perdamos la apuesta?

—De alguna manera —respiro hondo, sacando una pequeña libreta del bolsillo interior de mi chaqueta—. En realidad, he estado trabajando en este concepto durante la última semana. Desde que creé ese gráfico y vi los patrones.

Abro la libreta, revelando páginas de notas, esquemas e incluso un boceto aproximado de logo.

—¿Y si en lugar de que uno de nosotros cierre su consulta, consideráramos una empresa conjunta? No necesariamente una fusión —mantendríamos nuestras especialidades individuales — pero un enfoque colaborativo. Perfect Pairs y Clean Break Consultations trabajando juntos bajo un paraguas más amplio.

Sus cejas se elevan ligeramente mientras mira mis notas.

—Has pensado seriamente en esto. ¿Una asociación? ¿Profesional y...?

—Profesional definitivamente —digo rápidamente—. El aspecto personal... eso es completamente separado. Uno no depende del otro.

Permanece callada por un momento, considerando.

—Es una idea interesante profesionalmente. Los datos la respaldan. Pero, ¿cómo funcionaría prácticamente? Tenemos enfoques diferentes, filosofías diferentes.

—Diferentes pero compatibles —señalo—. Como las parejas que tú emparejas. A veces las asociaciones más efectivas no son entre personas idénticas, sino complementarias que balancean las fortalezas y debilidades del otro.

Una pequeña sonrisa toca sus labios.

—Usando mi propia filosofía de emparejamiento contra mí. Eso es inteligente, Hayes.

—Aprendí de la mejor —digo, devolviendo su sonrisa—. Mira, no espero una respuesta esta noche. A nada de esto: la propuesta profesional o... lo que sea que pueda ser posible entre nosotros. Solo quiero que sepas que estoy aquí, Zoe. Ya no estoy huyendo. Y sea cual sea tu decisión, la respetaré.

Ella toma un sorbo de su vino, sus ojos nunca abandonando los míos.

—Has cambiado.

—Eso espero —digo en voz baja—. Diez años y mucho arrepentimiento harán eso.

—Háblame de la crisis de financiación del hospital —dice, cambiando de tema tan abruptamente que parpadeo sorprendido.

—¿Cómo supiste sobre eso?

—La alcaldesa Porter lo mencionó. Dijo que el centro médico necesita apoyo comunitario.

Asiento, comprendiendo.

—Es serio. La unidad cardíaca donde tanto mi padre como yo recibimos tratamiento está particularmente desfinanciada. Están considerando reducir servicios, lo que obligaría a pacientes como nosotros a viajar a Austin o San Antonio para atención regular.

—Eso afectaría a mucha gente en Evergreen Falls —observa.

—Lo haría. Especialmente a pacientes ancianos que no pueden hacer el viaje fácilmente. Mi padre ha estado trabajando con la junta del hospital para encontrar soluciones, pero la brecha de financiación es significativa.

Algo pensativo cruza su rostro.

—Una empresa conjunta entre nosotros podría estar bien posicionada para ayudar con los esfuerzos de recaudación de fondos. Los expertos en relaciones del pueblo uniéndose por la salud comunitaria.

—Podría —estoy de acuerdo, la esperanza parpadeando ante su compromiso con la idea de asociación—. ¿Es algo en lo que estarías interesada?

—Posiblemente —deja su tenedor, habiendo comido muy poco de su linguine—. Necesito pensar en todo esto, Ryan. La asociación profesional, la participación comunitaria y... nosotros. Lo que sea que eso pueda significar.

—Por supuesto —resisto el impulso de presionar más, de buscar respuestas definitivas esta noche—. Tómate todo el tiempo que necesites. No me voy a ninguna parte esta vez.

La camarera retira nuestros platos, ofreciendo menús de postres que ambos declinamos. Mientras se va, noto que Zoe mira alrededor del restaurante con una expresión nostálgica.

—¿Recuerdas nuestro primer aniversario aquí? —pregunta—. Pediste tiramisú aunque no te gusta el café porque sabías que yo querría probar el tuyo.

El recuerdo me calienta desde dentro.

—Y terminaste comiendo la mayor parte, afirmando que sabía mejor de mi plato.

—Así era —insiste, una sonrisa genuina iluminando sus rasgos por primera vez esta noche —. La comida siempre sabe mejor cuando no es tuya. Hecho científico.

Compartimos una risa tranquila, la tensión entre nosotros disminuyendo ligeramente. Cuando llega la cuenta, me estiro para tomarla automáticamente.

—Déjame a mí —dice Zoe, sorprendiéndome—. Tú pagaste la última vez que estuvimos aquí. Hace diez años.

—Lo recuerdo —digo suavemente—. Pero esta fue mi invitación.

—¿Qué tal si la dividimos? —sugiere—. Socios iguales en esta cena, al menos.

El simbolismo no pasa desapercibido para mí.

—Me gustaría eso.

Afuera, el aire nocturno es cálido con el comienzo del verano, el estacionamiento iluminado por luces decorativas que crean un dosel de estrellas sobre los coches. Nos paramos torpemente junto a su vehículo, la conversación de la noche pesada entre nosotros, ninguno completamente listo para despedirse.

—Gracias —digo finalmente—. Por venir esta noche. Por escuchar. Por considerar todo esto.

—Gracias por ser honesto —responde—. Sobre todo. Tu salud, mis clientes, tus ideas para nuestros negocios.

Respiro hondo, reuniendo valor para lo que quiero decir a continuación.

—Zoe, sé que no tengo derecho a pedir otra oportunidad. Lo que hice hace diez años te lastimó profundamente, y todas las explicaciones del mundo no deshacen ese dolor. Pero quiero que sepas que nunca dejé de amarte. Incluso cuando me convencí de que irme era lo correcto, incluso durante todos esos años en Chicago, incluso ahora parado aquí sin garantía de que alguna vez vuelvas a sentir lo mismo.

Sus ojos se ensanchan ligeramente, mi confesión claramente inesperada.

—No necesitas responder a eso —continúo rápidamente—. No lo digo para presionarte o para esperar algo a cambio. Lo digo porque es verdad, y porque mereces completa honestidad de mi parte ahora.

Permanece callada por un largo momento, los sonidos del estacionamiento desvaneciéndose a nuestro alrededor: puertas de coches lejanas, risas de otros comensales que se marchan, el sutil zumbido de las luces exteriores del restaurante.

—No sé si puedo confiar en esto todavía —dice finalmente—. Confiar en nosotros. Hay tanta historia, tanto dolor. Y todo el pueblo está mirando, esperando ver qué sucede después.

—Lo sé —trato de mantener la decepción fuera de mi voz—. Como dije, sin presión. Sin expectativas.

—Pero —continúa, su voz suavizándose—, creo que me gustaría intentarlo. La asociación profesional, al menos. Ver cómo funciona antes de considerar... cualquier otra cosa.

La esperanza florece en mi pecho, tentativa pero real.

—¿En serio?

—Tiene sentido lógico —dice, emergiendo su lado práctico—. Los datos lo respaldan. Y la oportunidad de recaudación para el hospital podría ser significativa para la comunidad.

—Muy lógico —estoy de acuerdo, incapaz de evitar que se forme una pequeña sonrisa—. Podríamos empezar poco a poco. Consultas conjuntas para parejas que necesiten ambos servicios. Recursos compartidos. Oficinas separadas, al menos inicialmente.

—Y un nuevo nombre —añade—. Algo que abarque ambos enfoques.

—Full Circle Relationships —sugiero, la idea proveniente de las notas que le había mostrado antes—. Desde encontrar la pareja perfecta hasta navegar juntos las transiciones de la vida.

—Full Circle —repite, considerando—. Me gusta.

Permanecemos en un silencio cómodo por un momento, el peso de la posibilidad entre nosotros. La noche se siente diferente de alguna manera, cargada de potencial, con la sensación de que estamos al umbral de algo nuevo pero familiar.

—¿Recuerdas —dice Zoe de repente, su voz suave en el tranquilo estacionamiento—, cuando solíamos hablar de abrir nuestra propia consulta juntos? En la universidad, antes de que todo sucediera?

Asiento, sorprendido de que recuerde esas conversaciones nocturnas.

—Tus instintos de casamentera y mis habilidades de consejería. Pensábamos que seríamos imparables.

—La vida nos llevó por caminos separados —dice, sus ojos reflejando las luces que cuelgan sobre nosotros—, pero tal vez hemos regresado a donde estábamos destinados a estar desde el principio. Solo que... dando un largo rodeo.

La vulnerabilidad en su voz toca algo profundo dentro de mí.

—Full circle —digo suavemente.

Entonces, en un gesto que requiere más valor que cualquier riesgo profesional que haya tomado, extiendo mi mano hacia ella —no románticamente, sino como una oferta de asociación. Una elección que dejo completamente a ella.

—¿Por nuevos comienzos? —pregunto suavemente.

Zoe mira mi mano extendida, luego a mis ojos. Puedo ver el cálculo allí, la evaluación del riesgo y potencial, del dolor pasado y posible futuro. El momento se extiende entre nosotros, lleno de diez años de ausencia y tres semanas de cautelosa reconexión.

Entonces, con intención deliberada, coloca su mano en la mía. Su palma está cálida contra mi piel, su agarre firme y seguro. Noto cómo su expresión se suaviza mientras nuestras manos se conectan —no solo un acuerdo de negocios, sino algo más significativo en esta etapa de nuestro viaje juntos.

—Por Full Circle —dice, su voz firme a pesar de la emoción que puedo ver en sus ojos—. Y ver adónde nos lleva.

No presiono por más —ni un beso, ni un abrazo, ni siquiera palabras de afecto. Este apretón de manos entre nosotros es suficiente por ahora. Es un comienzo. Una elección hecha libremente, con pleno conocimiento de nuestra historia y sin garantías sobre nuestro futuro.

Mientras conduzco de regreso a Evergreen Falls, las estrellas brillantes en lo alto y el recuerdo de la mano de Zoe en la mía aún calentando mi palma, siento algo que no he experimentado en diez años: paz. No la certeza de un felices para siempre, no la garantía de que todas nuestras heridas estén sanadas, sino la tranquila seguridad de que ambos finalmente estamos en el camino correcto.

Lo que venga después —profesional o personalmente— lo enfrentaremos honestamente, juntos. Full circle, de verdad.

Capítulo 25

Zoe

Los cruasanes de chocolate de Tessa permanecen intactos sobre mi escritorio, una ofrenda de paz que aún no he decidido si aceptar. El sol matutino inunda mi oficina, iluminando los expedientes de clientes que he estado reorganizando durante la última hora, una tarea que requiere la concentración suficiente para evitar que mis pensamientos divaguen hacia la cena de anoche con Ryan.

La campanilla sobre mi puerta suena y levanto la mirada, sorprendida de ver a Ellie Howe entrar. Lleva nuevamente su carpeta de planificación de boda, pero su expresión es más relajada que durante nuestra última reunión.

—¿Tienes tiempo para una charla rápida? —pregunta, deteniéndose en la entrada—. Quería ponerte al día sobre Greg y yo.

—Por supuesto —le indico el sofá—. ¿Cómo va todo con el aplazamiento?

Ellie se sienta, colocando la carpeta a su lado. —En realidad, bastante bien. La primera semana de Greg en Houston fue exitosa. Estamos encontrando nuestro ritmo con la distancia, y él conduce de regreso cada fin de semana —su sonrisa llega hasta sus ojos—. ¡Y acabo de recibir noticias de la editorial: quieren ver más capítulos de mi novela!

—¡Eso es maravilloso! —digo, sinceramente feliz por ella.

—Quería agradecerte —continúa—. Por ser tan comprensiva con el aplazamiento de la boda. Por no hacerme sentir que estaba arruinando tu récord de emparejamientos perfectos.

—No estás arruinando nada —le aseguro—. Las mejores parejas son aquellas donde ambas personas se sienten preparadas y confiadas en su decisión.

—Eso es exactamente lo que dijo Ryan —hace una pausa, observando cuidadosamente mi reacción—. Espero que no te moleste que también me haya estado reuniendo con él. No pretendía hacerlo a tus espaldas.

Estoy a punto de responder cuando el sonido de pasos desiguales en el pasillo llama mi atención. La puerta de mi oficina se abre de golpe sin que nadie llame. El Dr. Hayes está en el umbral, su comportamiento normalmente compuesto ahora destrozado. Su rostro está pálido y una mano se agarra el pecho.

—¿Dr. Hayes? —me levanto rápidamente, alarmada por su aspecto.

—Disculpa la interrupción —jadea, tambaleándose ligeramente—. Busco a Ryan. Su oficina está cerrada. Pensé que podría estar aquí.

Mientras me dirijo hacia él, sus rodillas ceden. Ellie y yo nos lanzamos hacia adelante, sujetándolo por los brazos antes de que golpee el suelo. Lo guiamos hacia el sofá, su respiración trabajosa e irregular.

—Llama al 911 —le digo a Ellie, arrodillándome junto al Dr. Hayes—. Diles que es un

posible ataque cardíaco.

Ellie saca su teléfono, su voz firme mientras le da nuestra ubicación al operador. Sostengo la muñeca del Dr. Hayes, contando su pulso rápido e irregular mientras intento mantener a raya mi propio pánico.

—Respire lentamente —le indico, mientras los recuerdos del ataque cardíaco de mi padre regresan con una claridad enfermiza—. La ayuda viene en camino.

—No otra vez —murmura el Dr. Hayes, con los ojos desenfocados por el dolor—. Ryan no debería tener que pasar por esto dos veces...

Esas palabras enigmáticas me producen un escalofrío. —¿Pasar por qué dos veces?

Pero el Dr. Hayes no responde, su respiración se vuelve más trabajosa. El sudor perla su frente mientras se agarra el brazo izquierdo, un gesto que recuerdo con demasiada claridad de los últimos días de mi padre.

—Quédese con nosotras —le insto, apretando su mano—. La ambulancia ya viene.

Ellie regresa a mi lado, su rostro pálido pero sereno. —Llegarán en tres minutos. ¿Debería llamar a Ryan?

—Sí —asiento, sin quitar los ojos del Dr. Hayes—. Revisa su oficina de nuevo primero, luego intenta con su celular.

Los minutos pasan lentamente, marcados solo por la respiración forzada del Dr. Hayes y mis silenciosas plegarias para que la historia no se repita en mi oficina. Para cuando los paramédicos irrumpen por la puerta, mis rodillas están entumecidas de estar arrodillada en el suelo de madera.

—Posible evento cardíaco —informo mientras toman el control, mi voz más firme de lo que me siento—. Ha estado consciente pero desorientado. Tiene antecedentes de problemas cardíacos.

—¿Es usted familiar? —pregunta un paramédico mientras trasladan al Dr. Hayes a una camilla.

—No, pero soy cercana a su hijo —respondo automáticamente—. Lo acompañaré si está permitido.

—Puede seguirnos al hospital —dice, ya moviéndose hacia la puerta—. Necesitamos el espacio para trabajar.

Me vuelvo hacia Ellie, que sigue aferrada a su teléfono. —¿Pudiste contactar a Ryan?

Ella niega con la cabeza. —Directo al buzón de voz. Dejé mensajes en todas partes: oficina, celular, incluso llamé a Marcus en la cervecería para verificar si está allí.

—Necesito ir con el Dr. Hayes —digo, agarrando mi bolso—. ¿Puedes...?

—Seguiré intentando contactar a Ryan y lo enviaré al hospital cuando lo localice —promete —. Ve.

Mientras se cierran las puertas de la ambulancia, las palabras del Dr. Hayes resuenan en mi mente: "Ryan no debería tener que pasar por esto dos veces". ¿Qué quiso decir? ¿Qué ocurrió antes que Ryan nunca me contó?

La respuesta se siente justo fuera de mi alcance, una verdad flotando en los bordes de mi consciencia mientras sigo a la ambulancia por las calles de Evergreen Falls.

El trayecto al hospital transcurre en una nebulosa de luces intermitentes y creciente ansiedad. Estaciono de cualquier manera en el aparcamiento de urgencias y me apresuro hacia el interior, dando el nombre del Dr. Hayes en el mostrador de triaje. Me dirigen a una sala de espera donde no puedo hacer otra cosa que caminar de un lado a otro y preocuparme.

La sala de espera del hospital huele a antiséptico y café, las luces fluorescentes bañan a todos con una palidez poco favorecedora. Llevo cuarenta y cinco minutos aquí, alternando entre

incómodas sillas de plástico y la estación de enfermeras, pidiendo actualizaciones que nunca llegan.

—¿Familiares de James Hayes?

Me giro para ver a una enfermera con uniforme azul sosteniendo un portapapeles.

—Su hijo viene en camino —explico, acercándome a ella—. Soy... una amiga cercana.

Me estudia por un momento antes de que su expresión se suavice. —Lo hemos estabilizado. Parece un ataque cardíaco leve, pero lo tenemos con medicación y está respondiendo bien. El doctor sabrá más después de algunas pruebas.

El alivio me invade. —¿Puedo verlo?

—Solo familiares por ahora —dice con tono de disculpa—. Pero puedes esperar aquí. Lo han llevado para realizarle algunas imágenes. Tardará un rato.

Me hundo en una silla, la adrenalina que me ha mantenido en pie de repente se evapora. Mis manos tiemblan ligeramente mientras le envío un mensaje a Ellie con la actualización, preguntándole si ya ha localizado a Ryan.

Su respuesta llega inmediatamente: "Por fin lo encontré. Estaba en una reunión con un cliente en Austin. Ya viene en camino. Llegará en 20 minutos".

Veinte minutos para prepararme. Veinte minutos para descifrar qué quiso decir el Dr. Hayes, y si tiene relación con por qué Ryan me dejó hace diez años. Veinte minutos para calmar mi corazón acelerado.

Los sonidos del hospital se desvanecen hasta convertirse en ruido de fondo: teléfonos sonando, zapatos chirriando sobre el linóleo, el timbre distante de un ascensor. Cierro los ojos, intentando unir los fragmentos de información que he recopilado durante las últimas semanas.

La afección cardíaca de Ryan. Diagnosticada justo antes de nuestra boda. La misma condición que su padre. El pronóstico que una vez fue sombrío pero ha mejorado con nuevos tratamientos.

"Ryan no debería tener que pasar por esto dos veces".

¿Y si...?

Mis pensamientos se detienen en seco cuando las puertas de la sala de espera se abren de golpe. Ryan está allí, ligeramente desarreglado, claramente habiendo corrido desde donde estaba. Sus ojos escanean frenéticamente la habitación antes de posarse en mí.

—Zoe —cruza hacia mí en cuatro zancadas largas—. ¿Qué pasó? ¿Él está...?

—Está estable —digo rápidamente, poniéndome de pie para encontrarme con él—. Creen que fue un ataque cardíaco leve. Le están haciendo pruebas ahora.

El alivio en el rostro de Ryan es palpable, sus hombros se hunden ligeramente. —Gracias a Dios. Y gracias por estar aquí con él.

—Vino a mi oficina buscándote —explico—. Se derrumbó antes de que pudiera averiguar por qué.

Ryan se pasa una mano por el pelo, un gesto tan familiar que hace que me duela el pecho. —Tenía una reunión con un cliente en Austin. Mi teléfono estaba apagado —mira alrededor, como si solo ahora se diera cuenta de que estamos solos en esta esquina de la sala de espera—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Aproximadamente una hora —digo, observando su rostro cuidadosamente—. Ryan, antes de desmayarse, tu padre dijo algo. Dijo que no deberías tener que pasar por "esto" dos veces. ¿A qué se refería?

El color desaparece del rostro de Ryan. Se hunde en la silla junto a la mía, su expresión confirmando lo que he comenzado a sospechar.

—Tuvo un ataque al corazón antes —dice Ryan en voz baja—. Uno grave. Hace diez años.

—Justo antes de nuestra boda —susurro, las piezas finalmente encajan.

Ryan asiente, sus ojos encuentran los míos con una mezcla de culpa y alivio, como si estuviera agradecido de que la verdad finalmente esté saliendo a la luz. —Tres semanas antes. Fue grave; no estaban seguros de que sobreviviría. Sucedió el mismo día que recibí mi propio diagnóstico.

Las implicaciones me golpean como un golpe físico. —Así que cuando desapareciste...

—Estaba aquí —confirma—. En este hospital. Durante cinco días mientras lo estabilizaban. Mientras asimilaba mi propio pronóstico. Mientras me convencía a mí mismo de que dejarte era la única forma de evitar que vieras sufrir a otra persona que amabas por insuficiencia cardíaca.

Lo miro fijamente, el panorama completo finalmente claro. No solo un joven aterrorizado enfrentando su propia mortalidad, sino un hijo viendo a su padre casi morir por la misma condición que él acababa de ser diagnosticado. La misma condición que se llevó a mi padre.

—¿Por qué no me contaste esta parte? —pregunto—. ¿Cuando me explicaste todo lo demás en el mirador?

—No quería que sonara como una excusa —dice Ryan, su voz áspera por la emoción—. El ataque cardíaco de mi padre influyó en mi decisión, pero no justificaba cómo te dejé. Nada lo hace.

Antes de que pueda responder, un médico con bata blanca se acerca. —¿Familiares de James Hayes?

Ryan se pone de pie. —Soy su hijo.

—Su padre está estable —explica el médico—. El ataque fue leve y lo detectamos temprano. Las pruebas no muestran ningún daño nuevo significativo en el músculo cardíaco. Con algunos ajustes en su medicación y el descanso adecuado, debería recuperarse bien.

—¿Puedo verlo? —pregunta Ryan.

—Por supuesto. Ha estado preguntando por ti. Habitación 304 —el médico me mira—. Solo familiares por ahora, pero probablemente podrá recibir visitas adicionales mañana.

Ryan se vuelve hacia mí, con un conflicto claro en su expresión: quiere ver a su padre pero es reacio a terminar nuestra conversación.

—Ve —le digo suavemente—. Tu padre te necesita. Podemos hablar más tarde.

Duda, luego asiente. —¿Esperarás? ¿Por favor? Hay más que necesito decirte.

—Estaré aquí —prometo.

Mientras sigue al médico por el pasillo, permanezco inmóvil, procesando esta nueva pieza del rompecabezas. La imagen de Ryan solo en este mismo hospital, enfrentando tanto la mortalidad de su padre como su propio diagnóstico, hace que mi garganta se apriete con emoción.

Durante diez años, lo había imaginado simplemente alejándose, insensible y despreocupado. Ahora lo veo aquí, aterrorizado y tomando una decisión imposible, creyendo que me estaba protegiendo del dolor incluso mientras causaba un tipo de dolor completamente diferente.

Comprender no es perdonar, me recuerdo a mí misma. Pero es un comienzo.

La cafetería del hospital está casi vacía a esta hora, la hora del almuerzo hace tiempo que pasó, y la multitud de la cena aún no ha llegado. Ryan coloca dos tazas de café en la mesa donde he estado esperando, el vapor elevándose entre nosotros como las preguntas que aún flotan en el aire.

—Papá está descansando —dice, sentándose en la silla frente a mí—. Quieren mantenerlo en observación durante la noche, pero el médico es optimista —envuelve sus manos alrededor de su

taza de café, como si estuviera extrayendo fuerza de su calor—. Me dijo que estuviste con él desde el principio. Que lo mantuviste tranquilo hasta que llegó la ambulancia.

—Me alegra haber estado allí —digo simplemente.

—El médico dice que este episodio fue mucho más leve que su ataque anterior. Lo tienen con una nueva combinación de medicamentos que debería prevenir más daños —los hombros de Ryan se relajan ligeramente—. Están monitoreando su ritmo cardíaco durante la noche, pero esperan darle el alta mañana con algunos ajustes en la medicación.

—Esas son buenas noticias —digo, aliviada de que el Dr. Hayes se recuperará—. ¿Cómo se siente ahora?

—Avergonzado, principalmente —dice Ryan con una leve sonrisa—. No deja de disculparse por interrumpir el día de todos. Me pidió específicamente que te agradeciera por tu rápida reacción.

Nos sentamos en silencio por un momento, los sonidos distantes de la actividad hospitalaria —un teléfono sonando, un aviso por el intercomunicador, el suave chirrido de zapatos con suela de goma sobre el linóleo— creando un telón de fondo para la conversación que necesitamos tener.

—Debería haberte contado todo antes —dice Ryan finalmente, sus ojos encontrándose con los míos—. Sobre el ataque cardíaco de mi padre ocurriendo al mismo tiempo que mi diagnóstico. Pero temía que sonara como si estuviera poniendo excusas.

—No habría sido una excusa —le digo—. Habría sido contexto. Me ayuda a entender por qué tomaste la decisión que tomaste, incluso si todavía pienso que fue la decisión equivocada.

Ryan asiente, aceptando esta evaluación. —Cuando los médicos me dijeron que tenía la misma condición que casi mata a mi padre —la misma condición que se llevó a tu padre— fue como si el suelo se hundiera bajo mis pies. No podía pensar con claridad. Y luego papá se derrumbó tres horas después, y de repente estaba viviendo mi peor pesadilla en tiempo real.

Toma un sorbo de su café, recomponiéndose. —Pasé cinco días en este hospital, viéndolo luchar por su vida mientras los médicos explicaban cómo podría ser mi propio futuro. No eran optimistas, Zoe. Dijeron que la versión genética de la condición tiende a ser más agresiva, que eventualmente podría necesitar un trasplante, que debería "prepararme para ajustes significativos en mi estilo de vida".

—¿Y ahora? —pregunto—. ¿Qué ha cambiado con tu tratamiento?

—Todo —dice Ryan—. Ha habido avances importantes en los protocolos de medicación. Estoy en una terapia combinada ahora que ha reducido mi inflamación cardíaca en casi un setenta por ciento. Los medicamentos que tomo regulan mi ritmo cardíaco y fortalecen el músculo cardíaco. Mis últimos tres ecocardiogramas han mostrado una mejora significativa.

—Entonces el trasplante...

—Ya no se considera necesario, al menos no en un futuro previsible —confirma—. Necesito monitoreo regular y ajustes de medicación, pero mi pronóstico es completamente diferente de lo que era hace diez años.

—¿Por qué no me llamaste? —pregunto, la pregunta que me ha atormentado durante diez años—. Habría venido inmediatamente.

—Esa es exactamente la razón —dice suavemente—. Me imaginé a ti corriendo al hospital, sentada junto a la cama de mi padre mientras los médicos explicaban su condición, las mismas explicaciones que habías escuchado durante la enfermedad de tu padre. Te imaginé conectando los puntos, dándote cuenta de que yo enfrentaba el mismo futuro. La devastación en tu rostro cuando entendieras lo que significaba para nuestros planes.

Se pasa una mano por el pelo, ese gesto familiar de angustia. —Me convencí a mí mismo de que estaba siendo noble. Que una ruptura limpia sería más amable que someterte a años de perderme gradualmente, tal como habías perdido a tu padre. En ese momento tenía un retorcido sentido.

—Pero no era una decisión que te correspondiera tomar —digo, aunque el fuego que habría alimentado estas palabras semanas atrás se ha reducido a brasas—. Elegiste por los dos.

—Lo sé —reconoce—. Estuvo mal. Profundamente mal. Y me he arrepentido cada día desde entonces.

Una voluntaria del hospital se acerca, preguntando si necesitamos algo más. Ambos negamos con la cabeza, la interrupción es un breve respiro del peso emocional de nuestra conversación.

Cuando ella se va, hago la pregunta que se ha estado formando desde que el Dr. Hayes se derrumbó en mi oficina. —¿La condición de tu padre es la misma que la tuya? ¿La cardiomiopatía?

Ryan asiente. —Idéntica, aunque la suya se desarrolló más tarde en la vida. La versión genética que tengo típicamente aparece antes y progresa más rápido. O lo hacía, antes de que se desarrollaran los nuevos tratamientos.

—¿Y por eso volviste a Evergreen Falls? ¿Por su ataque al corazón?

—En parte —admite—. Cuando recibí la llamada sobre papá, me obligó a enfrentar todo de lo que había estado huyendo. Me di cuenta de que no podía seguir escondiéndome de mi pasado —de ti— para siempre. Que si alguna vez quería tener la oportunidad de explicar, de hacer las paces, tenía que ser ahora.

Me mira directamente. —Pero no esperaba perdón, Zoe. No creía que mereciera una segunda oportunidad. Simplemente no podía soportar la idea de nunca decirte la verdad, de que pasaras el resto de tu vida pensando que te dejé porque no te amaba lo suficiente, cuando el verdadero problema era que te amaba demasiado para verte sufrir.

La cruda honestidad en su voz toca algo profundo dentro de mí. Por primera vez, comprendo completamente la situación imposible en la que él creía encontrarse: atrapado entre su amor por mí y su miedo a causarme dolor, tomando una decisión terrible que él pensaba que me estaba protegiendo.

—Ahora entiendo mejor —digo cuidadosamente—. Ver a tu padre colapsar hoy, estar en este hospital... lo hace todo más real. El miedo que debiste sentir, la desesperación.

—Eso no es una excusa —dice Ryan rápidamente—. Entender no es lo mismo que perdonar. Lo sé.

—No —estoy de acuerdo—. No lo es. Pero es un comienzo.

Nos sentamos en silencio nuevamente, ambos procesando el peso de todo lo que hay entre nosotros: diez años de ausencia, semanas de reconexión cautelosa, y ahora esta última pieza de verdad revelada.

—¿Qué sucede ahora? —pregunta Ryan finalmente—. ¿Con nosotros, con Full Circle, con todo?

Respiro profundamente, considerando su pregunta. La asociación profesional que acordamos anoche se siente diferente a la luz de este nuevo entendimiento. Más significativa. Más importante. Pero también más compleja.

—Todavía quiero seguir adelante con Full Circle —le digo—. Creo que nuestros enfoques realmente son complementarios, y creo en el impacto potencial que podríamos tener juntos, especialmente con la recaudación de fondos para el hospital.

El alivio inunda su expresión. —¿Y personalmente? ¿Dónde nos deja esto?

La pregunta flota entre nosotros, cargada de posibilidad e incertidumbre. Pienso en el viaje que hemos hecho estas últimas semanas: de competidores antagonistas a colaboradores cautelosos a lo que sea que estemos convirtiendo ahora. Pienso en la tabla de apuestas, las expectativas del pueblo, mis propios miedos a la vulnerabilidad. Y pienso en Ryan, sentado en este mismo hospital hace diez años, tomando una decisión terrible que él creía que me estaba protegiendo.

—Aún no lo sé —respondo honestamente—. El día de hoy me ha dado mucho que procesar. Entiendo mejor tus acciones ahora, pero entender no es... —me detengo, viendo la resignación ya formándose en sus ojos.

—No es perdonar —termina por mí—. Lo sé. Y no me debes perdón, Zoe. Ni ahora, ni nunca.

—Pero quiero hacerlo —admito, las palabras sorprendiéndome incluso a mí—. Perdonarte, quiero decir. Simplemente no estoy segura de cómo llegar completamente a ese punto todavía.

Algo cambia en la expresión de Ryan, no exactamente esperanza, sino su precursor vulnerable. —Tómate todo el tiempo que necesites. Esta vez no voy a irme a ninguna parte. Cualquiera que sea tu decisión sobre nosotros personalmente, la respetaré completamente.

Una enfermera aparece en nuestra mesa, con expresión de disculpa. —¿Señor Hayes? Su padre está preguntando por usted.

Ryan se levanta, luego duda, mirándome. —¿Estarás bien?

—Estaré bien —le aseguro—. Ve a estar con tu padre. De todos modos debería irme a casa.

—Gracias —dice suavemente—. Por estar aquí hoy. Por escuchar. Por entender, incluso si aún no puedes perdonar.

Mientras se aleja, siguiendo a la enfermera de regreso a la habitación de su padre, permanezco en la mesa, mi café ya frío. La verdad que he buscado durante diez años finalmente está completa. El misterio de por qué Ryan me dejó está resuelto, cada pieza ahora encajando para formar una imagen que es tanto dolorosa como comprensible.

Entender no es perdonar, me recuerdo nuevamente. Pero mientras recojo mis cosas para irme, me doy cuenta de algo importante: el perdón no es un destino que alcanzas de golpe. Es un camino que recorres paso a paso.

Hoy, en esta cafetería de hospital, he dado mi primer paso por ese camino. Dónde nos lleva —a mí, a Ryan, a nosotros juntos— está por verse. Pero es un comienzo.

Me detengo en la salida del hospital, mirando hacia el ala donde el Dr. Hayes se está recuperando y donde Ryan está sentado a su lado. Hay simetría en este momento: hace diez años, Ryan se sentó en este mismo hospital tomando decisiones sobre nuestro futuro sin mí. Hoy, salgo del mismo hospital con una decisión propia que tomar.

Pero a diferencia de la elección solitaria de Ryan, la mía no se siente como una carga que necesito llevar sola. Ahora hay espacio para la posibilidad, para la sanación, para lo que venga después. El peso del pasado se siente más ligero de alguna manera, como si compartirlo hubiera distribuido su carga.

Mañana traerá nuevos desafíos: la asociación de Full Circle, las expectativas del pueblo, la complicada danza de dos personas encontrando su camino de regreso a la confianza. Pero esta noche, simplemente me sentaré con este nuevo entendimiento, este primer paso tentativo hacia el perdón.

Y a veces, eso es suficiente.

Capítulo 26

Zoe

Un ramo de margaritas recién cortadas de mi jardín parece una ofrenda lamentablemente inadecuada mientras camino por los pasillos con olor a antiséptico del Hospital Evergreen Falls. Mis tacones resuenan contra el suelo de linóleo, cada paso evocando recuerdos de la última vez que recorrí estos corredores: durante los últimos días de mi padre, cuando cada pitido de un monitor y cada chirrido de los zapatos de una enfermera parecían una cuenta regresiva.

Hoy es diferente. Hoy se trata de sanar, no de pérdida. Al menos eso es lo que me sigo diciendo.

Cuando llego a la habitación 304, dudo frente a la puerta parcialmente abierta. Las voces se filtran desde dentro: una el rumor profundo del Dr. Hayes, la otra inconfundiblemente la de Ryan. Considero dar media vuelta, darles privacidad, pero algo en el tono de Ryan me hace pausar.

—Necesitas tomar esto en serio —está diciendo, con un deje de exasperación en su voz—. El médico dijo seis semanas mínimo antes de volver a la carga completa de trabajo.

—He practicado medicina más tiempo del que ese joven doctor ha estado vivo —responde el Dr. Hayes—. Creo que sé cómo...

Golpeo suavemente antes de que la conversación escale más. Las voces se detienen abruptamente.

—Adelante —llama el Dr. Hayes, sonando aliviado por la interrupción.

Ryan está sentado en una silla junto a la cama del hospital, su expresión suavizándose cuando me ve. Lleva la misma ropa que ayer, lo que sugiere que podría haber pasado la noche aquí. El Dr. Hayes se ve mejor de lo que esperaba: todavía pálido, pero sentado erguido contra las almohadas.

—Zoe —Ryan se levanta, señalando hacia su silla—. Por favor, siéntate.

—Estoy bien de pie —digo, avanzando para colocar las margaritas en la mesita de noche—. ¿Cómo se siente, Dr. Hayes?

—Mucho mejor, gracias a ti —su sonrisa es genuina bajo su bigote plateado—. Mi hijo me dice que actuaste rápidamente ayer. Probablemente me salvaste de un daño más grave.

—Cualquiera habría hecho lo mismo —murmuro, incómoda con el elogio.

—No cualquiera habría mantenido la calma mientras un hombre se desplomaba en su oficina —objeta Ryan suavemente—. Gracias, Zoe. En serio.

Nuestras miradas se encuentran, y algo pasa entre nosotros: una corriente de entendimiento que no estaba ahí antes de la conversación de ayer en la cafetería del hospital. La verdad completa está finalmente entre nosotros ahora. No solo sobre por qué Ryan me dejó, sino las circunstancias imposibles que rodearon esa decisión.

—Los médicos dicen que puedo irme a casa esta tarde —dice el Dr. Hayes, rompiendo la conexión momentánea—. Al parecer, soy un "caso de recuperación de libro". Aunque mi hijo parece pensar que necesito una niñera a tiempo completo.

—No una niñera —corrige Ryan, con la tensión entre padre e hijo evidente—. Solo alguien que se asegure de que realmente descanses en lugar de escabullirte de vuelta a la oficina.

El Dr. Hayes hace un gesto desdeñoso con la mano. —Seguiré las órdenes. Pero hablando de mi oficina... —Me fija con una mirada evaluadora—. La unidad cardíaca aquí salvó mi vida. Ya van dos veces. ¿Sabías que se enfrentan a recortes significativos de financiación?

—Escuché algo sobre eso —reconozco, recordando la mención de la alcaldesa Porter sobre la crisis del hospital.

—Es más que solo "recortes de financiación" —continúa el Dr. Hayes, su expresión tornándose seria—. Puede que tengan que cerrar completamente la unidad especializada de atención cardíaca. Pacientes como Ryan y yo tendríamos que viajar a Austin o San Antonio para recibir tratamiento.

El rostro de Ryan se tensa al mencionar su condición, y me doy cuenta de que esto no se trata solo del cuidado de su padre, sino de su propio mantenimiento de salud continuo.

—Eso afectaría a mucha gente —digo, pensando en los pacientes ancianos y aquellos sin transporte confiable.

—Más de lo que podrías pensar —El Dr. Hayes se acomoda contra sus almohadas, el cansancio evidente en las líneas de su rostro—. Este hospital atiende a tres condados. La unidad cardíaca trata regularmente a más de doscientos pacientes.

Un golpe en la puerta nos interrumpe. Una enfermera entra con medicación y un alegre recordatorio de que el Dr. Hayes necesita descansar. Tomo esto como mi señal para irme.

—Debería irme —digo, extendiendo la mano para apretar la del Dr. Hayes—. Me alegra que se esté recuperando bien.

Mientras me doy vuelta para irme, Ryan me sigue al pasillo. —Te acompaño a la salida.

Avanzamos por el corredor en silencio, el suave pitido de las máquinas y conversaciones distantes creando un extraño capullo de privacidad a nuestro alrededor. Cuando llegamos al ascensor, Ryan presiona el botón de llamada antes de volverse hacia mí.

—Sobre lo de ayer —comienza, con voz baja—. Espero que conocer la historia completa no complique más las cosas para ti.

—En realidad, ayuda —admito—. Ver a tu padre aquí, entender lo que estabas enfrentando en aquel entonces... hace tus acciones más comprensibles. No correctas, pero... —busco la palabra—. Humanas.

El ascensor llega con un suave timbre, pero ninguno de los dos se mueve para entrar.

—Hablaba en serio ayer —dice Ryan—. Sobre nuestra asociación. Sobre Full Circle. Todavía quiero seguir adelante con eso, independientemente de... cualquier otra cosa.

—Yo también —le aseguro—. De hecho, he estado pensando en lo que dijo tu padre sobre la unidad cardíaca.

La expresión de Ryan cambia a una de interés. —¿Qué hay con eso?

Antes de que pueda responder, un hombre de aspecto ajetreado en un traje arrugado se apresura hacia nosotros, con un portapapeles en la mano y un teléfono pegado a la oreja. —Entiendo las restricciones presupuestarias, pero no podemos simplemente... —Se interrumpe, notándonos—. Te llamaré después.

Termina la llamada, extendiendo su mano hacia Ryan. —Eres el hijo del Dr. Hayes, ¿verdad? Benjamin Foster, administrador del hospital. Acabo de revisar a tu padre; sus signos

vitales son excelentes.

—Gracias —dice Ryan—. La atención aquí ha sido excepcional.

La sonrisa de Benjamin no llega completamente a sus ojos. —Lo intentamos. Aunque se está volviendo más difícil con la situación de financiación —Me mira—. ¿Eres familiar también?

—Una amiga —digo, presentándome—. Entiendo que la unidad cardíaca enfrenta un posible cierre.

Benjamin suspira, un sonido que lleva el peso de incontables noches sin dormir. —Solo el equipo especializado cuesta una fortuna mantenerlo, y con los recortes presupuestarios del condado... —Niega con la cabeza—. A menos que podamos asegurar financiación adicional antes de fin de verano, tendremos que consolidar servicios. La mayoría de los pacientes cardíacos tendrían que viajar al menos dos horas para atención especializada.

Mientras se apresura a marcharse, Ryan y yo intercambiamos una mirada.

—De eso quería hablarte —digo, la idea cristalizándose mientras hablo—. ¿Y si nuestro primer proyecto conjunto como Full Circle fuera una recaudación de fondos para la unidad cardíaca? Algo que muestre nuestros enfoques complementarios mientras apoyamos una causa que importa a ambos.

La lenta sonrisa que se extiende por el rostro de Ryan calienta algo dentro de mí. —¿Una recaudación de fondos centrada en las relaciones para la salud del corazón? Eso es... realmente perfecto.

—Una manera de unir a la comunidad mientras abordamos una necesidad real —agrego, mi mente ya girando con posibilidades.

Ryan asiente, sus ojos brillantes de entusiasmo. —Mi padre nunca pediría ayuda directamente, pero de esta manera podríamos apoyarlo mientras beneficiamos a todos.

Mientras las puertas del ascensor se abren de nuevo, entro, sintiéndome más liviana de lo que he estado en días. —Empezaré a pensar ideas. Avísame cuando tu padre esté instalado en casa.

—Lo haré —promete Ryan, manteniendo la puerta del ascensor abierta un momento más—. Y Zoe, gracias. Por visitarlo. Por entender. Por... todo.

La sinceridad en su voz me toma por sorpresa. Asiento, sin confiar en mí misma para hablar, y él suelta la puerta. Mientras el ascensor desciende, me doy cuenta de que estoy sonriendo, una expresión pequeña y cautelosa, pero genuina.

Entender no es perdonar, me recuerdo a mí misma. Pero quizás sea el primer paso necesario.

La pastelería Sweet Beginnings huele a vainilla y canela, la luz de la tarde se filtra por las ventanas creando pozos dorados en los pisos de madera pulida. Veo a Tessa detrás del mostrador, organizando una bandeja de lo que parecen pasteles experimentales, su horneado por estrés visible en la inusual combinación de ingredientes.

Cuando levanta la vista y me ve, el alivio inunda su expresión. —Viniste —dice, dejando una manga pastelera—. No estaba segura de que lo harías.

—Casi no lo hago —admito, sentándome en un taburete en el mostrador. La pastelería está misericordiosamente vacía de otros clientes, permitiéndonos la privacidad que esta conversación necesita.

—Lo siento muchísimo por la tabla de apuestas —comienza Tessa, las palabras saliendo en tropel—. Fue estúpido e irreflexivo y cruzó completamente la línea. Pensé que estaba canalizando el interés del pueblo en una dirección positiva, pero no consideré cómo te haría sentir expuesta y entiendo completamente si sigues enfadada y...

—Tessa —interrumpo su torrente de disculpas—. Te perdono.

Ella parpadea, sorprendida por mi franqueza. —¿De verdad?

—Sí —Suspiro, trazando patrones en la condensación de la vitrina de cristal—. Estaba herida y avergonzada, pero sé que no lo hiciste con malicia. Y después de lo que pasó ayer con el Dr. Hayes, siento que hay cosas más importantes en las que enfocarse.

La expresión de Tessa cambia a preocupación. —¿Está bien? Escuché que se desmayó en tu oficina.

—Se está recuperando —digo, aceptando el café que desliza por el mostrador—. De hecho, le dan el alta hoy.

—¿Y Ryan? —pregunta con cuidado, observando mi rostro—. ¿Cómo van las cosas con él?

Tomo un sorbo de café, ordenando mis pensamientos. —Complicadas. Pero... más claras, en cierto modo. Aprendí la pieza final de por qué me dejó —Le explico sobre el ataque cardíaco anterior del Dr. Hayes coincidiendo con el diagnóstico de Ryan, manteniendo mi explicación breve pero completa.

—Así que literalmente estaba en el hospital cuando debía estar en la boda —dice suavemente—. Con su padre luchando por su vida y un diagnóstico aterrador del suyo propio.

—Exactamente —Envuelvo mis manos alrededor de la taza caliente—. No hace que lo que hizo esté bien, pero lo hace... comprensible. Pensó que me estaba protegiendo de ver a otra persona que amaba deteriorarse por insuficiencia cardíaca.

—Rompiéndote el corazón en su lugar —observa Tessa—. Irónico.

—Muy irónico.

Ella me estudia por un largo momento. —¿Entonces dónde deja esto a ustedes dos? Profesionalmente y... de otra manera.

—Profesionalmente, estamos avanzando con la asociación. De hecho, estamos planeando una recaudación de fondos para la unidad cardíaca del hospital como nuestro primer proyecto conjunto —No puedo evitar la pequeña sonrisa que se forma mientras describo el concepto inicial—. Se siente correcto, de alguna manera. Usar nuestra experiencia en relaciones para apoyar la atención cardíaca.

—Eso es realmente brillante —dice Tessa, recuperando su entusiasmo—. Todo el pueblo apoyaría algo así. Y les da a ambos una forma de trabajar juntos hacia algo significativo.

—Y está cambiando cómo pienso sobre mi propia práctica —admito, expresando la realización que se ha estado formando desde ayer—. ¿Recuerdas la pareja de la que te hablé? Ryan sugirió que pospusieran su compromiso en lugar de romper, y al principio me resistí. Pero viendo lo que pasó con él, cómo las circunstancias forzaron decisiones imposibles, estoy reconsiderando mi enfoque. A veces las pausas en las relaciones realmente son sobre protección, no rechazo.

—Eso es crecimiento —observa Tessa—. Usar tu experiencia personal para mejorar tu perspectiva profesional.

—Supongo que sí —Giro mi taza de café pensativamente—. Aunque todavía no me siento completamente cómoda con Ryan trabajando directamente con mis clientes. Eso va a tomar tiempo.

—¿Y personalmente? —pregunta suavemente.

Miro fijamente mi café, buscando las palabras correctas. —Lo entiendo mejor ahora. Pero entender no es perdonar, y perdonar no es... lo que sigue después.

—Confianza —proporciona Tessa—. Eso es lo que sigue. Y la confianza toma tiempo para reconstruirse.

—Sí —Levanto la mirada, agradecida por su perspicacia—. No estoy ahí todavía. Pero

tampoco estoy huyendo.

—Progreso —dice con un asentimiento—. Delicado, desordenado, humano progreso.

La campana sobre la puerta suena cuando entra un cliente. Tessa se endereza, una sonrisa profesional reemplazando nuestra conversación íntima, pero no antes de susurrar: —Usa la recaudación de fondos del hospital. Canaliza toda esta energía complicada en algo positivo. Y ve adónde te lleva.

Mientras se gira para saludar al cliente, considero su consejo. Una recaudación de fondos para la unidad cardíaca no es solo un buen proyecto profesional, es personalmente significativo tanto para Ryan como para mí. Una forma de transformar nuestro dolor compartido en algo sanador.

Por primera vez en semanas, el camino hacia adelante se siente no solo posible, sino correcto.

Mi oficina se siente diferente con Ryan en ella. No solo porque está sentado en el sofá de dos plazas donde normalmente las parejas reciben mis consultas de casamentería, sino porque su presencia llena el espacio de una manera que no había anticipado: confiada pero respetuosa de mi territorio.

Esparcidas sobre mi mesa de café hay notas preliminares para la recaudación de fondos del hospital: opciones de lugares, posibles patrocinadores, elementos temáticos. Hemos estado trabajando durante casi dos horas, y el fácil ritmo de nuestra colaboración me sorprende.

—¿Qué tal "Gala del Latido del Corazón"? —sugiere Ryan, revisando nuestra lista de nombres potenciales—. Simple, elegante, transmite la idea sin ser demasiado obvio.

Lo considero, probando el sonido en mi mente. —Me gusta. Mejor que "Celebración Cardiovascular" al menos.

—O "Bombea la Financiación" —agrega Ryan con cara seria.

Resoplo, incapaz de contener mi risa. —Eso es terrible.

La expresión de Ryan se vuelve pensativa. —Es interesante, ¿no? Usar nuestras habilidades profesionales para apoyar algo tan personalmente significativo para ambos.

—La unidad cardíaca salvó a tu padre dos veces —reconozco—. Y es importante para tu propio control de salud.

—Y también conecta con tu pérdida —dice Ryan en voz baja—. La afección cardíaca de tu padre era diferente, pero la misión más amplia de la atención cardíaca toca la vida de ambos.

La observación es perspicaz sin ser intrusiva, reconociendo nuestras experiencias compartidas sin presumir intimidad emocional. Aprecio su consideración, cómo me está dando espacio mientras construye una conexión genuina.

—La simetría no me pasa desapercibida —admito—. Full Circle parece cada vez más apropiado como nombre de nuestro negocio.

Ambos estamos sonriendo cuando la campana sobre mi puerta suena. La alcaldesa Porter entra decidida, con una tableta en mano, luciendo encantada de encontrarnos juntos.

—¡Justo el dúo dinámico que esperaba ver! —exclama—. El pueblo está entusiasmado con su nueva asociación. ¡Full Circle Relationships! Un nombre tan perfecto.

Ryan y yo intercambiamos miradas, ninguno de los dos habiendo anunciado el nombre públicamente todavía. La red de chismes de Evergreen Falls sigue invicta.

—Todavía estamos en la etapa de planificación —digo cuidadosamente.

—Pero sí estamos avanzando con un proyecto conjunto —confirma Ryan—. Comenzando con una recaudación de fondos para la unidad cardíaca del hospital.

Los ojos de la alcaldesa Porter se iluminan. —¡Qué momento perfecto! La junta del hospital

acaba de emitir una declaración sobre la crisis de financiación. La comunidad se unirá detrás de esto, especialmente con ustedes dos liderando la iniciativa.

Se acomoda sin invitación en un sillón, ya con la tableta en mano. —El pueblo puede ofrecer el centro comunitario sin costo, por supuesto. Y estoy pensando que podríamos vincularlo al festival de verano para máxima asistencia.

—Eso es muy generoso —digo, genuinamente agradecida a pesar de su presunción—. Justo estábamos pensando en opciones de lugares.

—¡Maravilloso! —Comienza a escribir furiosamente—. Haré que Sarah comience con el papeleo de permisos inmediatamente. Ahora, sobre los niveles de precios de las entradas...

Durante los siguientes veinte minutos, la alcaldesa Porter domina la conversación, ofreciendo sugerencias que van desde útiles hasta cada vez más extravagantes. ("¡Esculturas de hielo en forma de corazón! ¡Cada una representando una etapa diferente del amor!")

Ryan me mira durante una descripción particularmente entusiasta de posibles centros de mesa, su expresión una mezcla perfecta de diversión y exasperación. Me muerdo el labio para no reírme, y compartimos un momento de perfecta comprensión a través de la mesa.

—Esta asociación es exactamente lo que Evergreen Falls necesita —declara finalmente la alcaldesa Porter, levantándose para irse—. Tanto profesionalmente como... —hace una pausa, dándonos una mirada significativa—. de otras maneras.

Ryan y yo ponemos los ojos en blanco simultáneamente, otro momento de sincronía inesperada.

—Nos estamos enfocando en el aspecto profesional en este momento —digo firmemente.

—Por supuesto, por supuesto —está de acuerdo, sin sonar para nada convencida—. Bueno, los dejaré con su planificación. Solo recuerden, toda la ciudad está detrás de este esfuerzo... y detrás de ustedes dos.

Mientras sale con una última sonrisa de complicidad, Ryan y yo exhalamos aliviados.

—Esa mujer es una fuerza de la naturaleza —dice, sacudiendo la cabeza.

—Con la sutileza de un tren de carga —estoy de acuerdo—. Aunque tener el centro comunitario gratis es una ayuda significativa.

—Cierto. Y el apoyo del pueblo aumentará la asistencia —Ryan recoge las notas dispersas, organizándolas en montones ordenados—. Esto realmente podría hacer una diferencia para la unidad cardíaca.

Antes de que pueda responder, la puerta suena de nuevo. Esta vez, es Ellie Howe quien entra, luciendo apenada por la interrupción.

—Perdón por irrumpir así —dice—. Solo quería actualizarlos a ambos: ¡la editorial pidió el manuscrito completo! ¡Lo revisarán la próxima semana!

—¡Eso es maravilloso! —Me levanto para abrazarla, genuinamente feliz por su éxito—. Estoy muy orgullosa de ti.

—Felicitaciones —añade Ryan cálidamente—. Tu persistencia está dando frutos.

Ellie resplandece, mirando entre nosotros con evidente aprobación. —Ustedes dos parecen estar trabajando bien juntos.

—Colaboración profesional —aclaro automáticamente, aunque las palabras carecen del tono defensivo que podrían haber tenido hace una semana.

—Por supuesto —dice Ellie, sin molestarse en ocultar su sonrisa—. Bueno, no interrumpiré más su... colaboración. Solo quería compartir las buenas noticias con las dos personas que me ayudaron a encontrar la confianza para seguir con mi escritura.

Después de que se va, un silencio cómodo cae entre Ryan y yo. Él comienza a recoger sus

notas, nuestra sesión de planificación claramente llegando a su conclusión natural.

—¿A la misma hora mañana? —pregunta—. Puedo traer la lista de donantes que he estado compilando.

—Funciona —acepto—. Tendré algunos bocetos temáticos listos.

En la puerta, hace una pausa. —Esto se siente bien, ¿verdad? Trabajar juntos en lugar de uno contra el otro.

La simple observación lleva peso más allá del ámbito profesional. —Sí, así es —admito.

—Nos vemos mañana, Zoe —Su sonrisa es cálida pero respetuosa, sin pedir nada más de lo que estoy lista para dar.

Mientras la puerta se cierra detrás de él, permanezco de pie en el centro de mi oficina, rodeada de planes para la recaudación de fondos y la sensación persistente de su presencia. Algo está cambiando dentro de mí, no es perdón, aún no, pero quizás el terreno está siendo preparado para que esa semilla eventualmente eche raíces.

Miro las notas esparcidas por mi escritorio. "Gala del Latido del Corazón" está circulada en rojo, nuestra primera decisión verdaderamente conjunta. Un nombre que reconoce tanto el propósito literal de nuestra recaudación de fondos como el corazón metafórico de lo que estamos tratando de crear juntos: una segunda oportunidad, no solo para la unidad cardíaca del hospital, sino quizás también para nosotros mismos.

Capítulo 27

Zoe

Los planes para la Gala Heartbeat están desplegados sobre mi mesa de café como un mapa hacia algo que aún no puedo ver con claridad. Proyecciones de presupuesto. Niveles de patrocinio. Planos del recinto. Todo está encajando con sorprendente facilidad: el apoyo del pueblo, el agradecimiento del hospital, la colaboración perfecta entre Ryan y yo.

Entonces, ¿por qué estoy sentada aquí en mi cabaña a oscuras, con el corazón acelerado, las palmas sudorosas, sintiéndome como si estuviera al borde de un precipicio?

Aparto los planes de la recaudación y acerco la caja de cedro. La que guarda los recuerdos de mi relación con Ryan. Mis dedos rozan la gastada tapa de madera, sintiendo las pequeñas hendiduras donde el acabado se ha desgastado con los años. Las bisagras crujen al abrirla, liberando el tenue aroma a cedro mezclado con la dulzura mohosa de los recuerdos preservados. Hurgo entre resguardos de entradas de cine, el corsage prensado que se ha vuelto frágil con el tiempo, las fotografías que se han desvanecido ligeramente en los bordes.

Pero esta noche, busco algo específico.

Ahí—escondida entre dos fotos universitarias. Una fotografía de mi padre y yo, tomada aproximadamente un año antes de su ataque cardíaco. Estamos de pie en el muelle del lago Evergreen Falls, con cañas de pescar en mano, ambos riéndonos de algo ya olvidado. Su brazo rodea mis hombros, fuerte y seguro. No hay ningún indicio en su sonrisa de lo que vendría después. Ninguna señal de advertencia de que en dieciocho meses, estaría sentada junto a su cama de hospital, observando cómo la línea de su monitor cardíaco se volvía plana.

El recuerdo todavía tiene el poder de robarme el aliento.

Saco otra foto—esta de Ryan y su padre en la graduación universitaria de Ryan. El Dr. Hayes se ve más joven, por supuesto, pero hay un parecido entre padre e hijo que va más allá de los rasgos físicos. La misma determinación en la mandíbula. Los mismos ojos pensativos. La misma condición cardíaca que amenaza con llevárselos a ambos demasiado pronto.

—Basta —me susurro a mí misma, dejando las fotos. Los médicos dijeron que la condición de Ryan está controlada ahora. Décadas, no años. Protocolos modernos de medicación. Monitoreo regular.

¿Pero y si se equivocan? ¿Y si los tratamientos dejan de funcionar? ¿Y si la historia se repite, y me encuentro sentada junto a otra cama de hospital, observando otro monitor cardíaco, escuchando ese terrible sonido otra vez?

Alcanzo mi teléfono y marco el número de Tessa, necesitando la perspectiva estabilizadora de mi mejor amiga. Suena cuatro veces antes de ir al buzón de voz.

—Hola, soy yo —digo después del pitido, intentando mantener mi voz firme—. Solo... estoy pensando demasiado. Llámame cuando puedas.

Cuelgo y me quedo sentada en el silencio de mi cabaña, rodeada de fotos del pasado y planes para el futuro. Afuera, el viento susurra entre los árboles, y en algún lugar a lo lejos, una puerta de coche se cierra de golpe. Dentro, el viejo reloj de pie que fue el regalo de boda de mis padres marca el tiempo con constancia, midiendo momentos que parecen ir demasiado rápido y demasiado lento a la vez.

La parte profesional de esta reconexión con Ryan tiene perfecto sentido: nuestros enfoques realmente son complementarios, el concepto de Full Circle es brillante en su simplicidad.

Es la parte personal la que me aterroriza.

He pasado diez años construyendo muros para protegerme de volver a ser lastimada como Ryan me lastimó cuando se fue. Ahora entiendo por qué lo hizo—esa elección imposible que tomó, creyendo que me estaba protegiendo de ver a otra persona que amaba deteriorarse por insuficiencia cardíaca. Pero entender no es perdonar. Y perdonar no significa automáticamente que deba arriesgar mi corazón nuevamente.

¿Y si lo dejo entrar de nuevo y vuelve a irse? ¿Y si me enamoro de él otra vez y luego lo pierdo por la misma condición que se llevó a mi padre? ¿Y si la felicidad que podríamos encontrar juntos es solo temporal, condenada por la genética y las realidades médicas?

Presiono mis manos contra mis ojos, rogando que las lágrimas no caigan. Esto es exactamente de lo que Ryan estaba tratando de protegerme. El peso aplastante de amar a alguien cuyo corazón podría fallarle. La terrible ironía no me pasa desapercibida: estoy dudando por la misma razón por la que él se fue.

Fuera de mi ventana, las estrellas brillan con indiferencia en el claro cielo de verano. El universo no ofrece respuestas ni garantías. Solo la certeza de que nada es seguro.

Recojo las fotos, colocándolas cuidadosamente de vuelta en la caja de cedro. Mañana, me pondré mi cara profesional. Trabajaré en la recaudación de fondos. Colaboraré con Ryan como si mis sentimientos personales no estuvieran en completa agitación.

Pero esta noche, en la oscuridad de mi cabaña, me permito admitir la verdad: tengo terror de volver a amar a Ryan Hayes. No porque no pueda perdonarlo por haberse ido.

Sino porque temo perderlo otra vez, esta vez por fuerzas que ninguno de los dos puede controlar.

La mañana llega con un brillo implacable, el sol de verano entrando a raudales por las ventanas de mi oficina como si estuviera decidido a ahuyentar las sombras de las dudas de anoche. He llegado temprano, esperando centrarme antes de que comiencen las reuniones del día. El entorno familiar de Perfect Pairs Matchmaking debería resultar reconfortante: las suaves paredes en tonos pastel, los testimonios enmarcados, el elegante mobiliario elegido para que los clientes se sientan relajados y esperanzados.

Hoy, sin embargo, todo se siente ligeramente descentrado, como si estuviera viendo mi santuario profesional con nuevos ojos.

Apenas me he acomodado en mi escritorio, con el aroma del café recién hecho elevándose desde mi taza, cuando un golpe seco precede a la entrada de la alcaldesa Porter, con los brazos cargados de cartulinas enrolladas y su tablet precariamente equilibrada encima.

—¡Buenos días, sol! —gorjea, depositando su carga en mi escritorio antes de que pueda protestar—. He estado despierta desde el amanecer trabajando en conceptos para la Gala Heartbeat. ¡Espera a ver lo que el comité de decoración ha ideado!

Fuerzo una sonrisa, tratando de igualar su entusiasmo. —No tenía que tomarse tantas molestias, alcaldesa Porter.

—Vivian, por favor. Prácticamente somos copresidentas en este proyecto. —Desenrolla la

primera cartulina para revelar un elaborado concepto de diseño para el centro comunitario—. Imagina esto: todo el espacio transformado en un viaje a través de las etapas del amor. Cada sección representa una fase diferente, desde el primer encuentro hasta el compromiso duradero. Los invitados recorren el espacio experimentando cada etapa, con comida y actividades temáticas acordes.

—Eso es... ambicioso —logro decir, estudiando los dibujos detallados.

—Y aquí está la pieza central —continúa, revelando otra cartulina—. Una enorme escultura de hielo en forma de corazón con dos corazones más pequeños —uno etiquetado como "Perfect Pairs" y otro "Clean Break"— fusionándose para formar "Full Circle". Simbólico, ¿no crees?

—Mucho.

Sigue parloteando, detallando planes cada vez más elaborados: una subasta silenciosa con paquetes temáticos románticos, aperitivos saludables para el corazón servidos por camareros con alas de cupido, una pista de baile con forma de línea de electrocardiograma.

—Todo el pueblo está entusiasmado con esta recaudación de fondos —dice, finalmente haciendo una pausa para respirar—. Y por supuesto, sobre ti y Ryan. Todos están muy interesados en vuestra historia de reencuentro.

Me tenso, volviendo la incomodidad familiar. —La recaudación de fondos es la prioridad, Vivian. Nuestra relación personal es privada.

—Por supuesto, por supuesto —acepta, sin sonar convencida en absoluto—. Aunque debo decir que veros trabajar juntos estos últimos días ha sido conmovedor. Tal química natural. Como ver dos piezas de rompecabezas encontrar su encaje después de estar separadas por demasiado tiempo.

Me salvo de responder cuando su tablet suena con una llamada entrante.

—Ese debe ser el comité de pancartas —dice, recogiendo sus cosas—. Piensa en esos conceptos de diseño. Nos encantaría tener tu aprobación para mañana para poder empezar a pedir materiales.

Después de que se va en un torbellino de energía y perfume, me quedo sentada en la oficina repentinamente silenciosa, sintiéndome abrumada. No solo por los elaborados planes de la recaudación, sino por el peso de las expectativas del pueblo. Nuestra "historia de reencuentro", como la llamó la alcaldesa Porter. Como si Ryan y yo fuéramos personajes de una novela romántica, destinados a un feliz para siempre que todos pudieran presenciar.

Mi mirada se dirige a la pared de fotografías detrás de mi escritorio—el registro visual de mis exitosos emparejamientos. Parejas sonriendo en sus días de boda, en celebraciones de aniversarios, con nuevos bebés. Mi índice de éxito del noventa y cinco por ciento exhibido en brillantes marcos de 20x25.

Me levanto y camino más cerca de la pared, realmente mirando cada fotografía de una manera que no he hecho en años. Mis dedos trazan el marco que contiene la foto del decimoquinto aniversario de los Wilson. Recuerdo cómo vinieron a mí por separado después de casi separarse durante la transición del nido vacío. Ryan los había aconsejado durante esa crisis antes de remitirlos a mí para que "recordaran por qué se enamoraron". Habían necesitado los servicios de ambos para encontrar su camino de regreso el uno al otro.

Junto a ellos, los Henderson resplandecen en su ceremonia de boda multicultural. Lo que la foto no muestra son los seis meses de difíciles conversaciones sobre diferencias religiosas, expectativas familiares y tradiciones culturales que navegaron con la ayuda tanto de Ryan como mía.

Y allí, los Porter —la alcaldesa Vivian y su esposo Thomas— cuyas carreras de alto nivel

habían creado un abismo entre ellos que requirió una cuidadosa negociación y compromiso para superar.

Una pesadez se asienta en mi pecho mientras reconozco el patrón. Ninguno de estos emparejamientos fue perfecto desde el principio. Todos enfrentaron desafíos significativos que requirieron ajustes, crecimiento y, a veces, ayuda profesional más allá de mi emparejamiento inicial. El éxito no estaba en la compatibilidad inicial perfecta, sino en cómo navegaron juntos las dificultades.

Todo mi enfoque se ha basado en encontrar "parejas perfectas", como si el comienzo correcto garantizara un final feliz. Pero así no es como funcionan las relaciones. Evolucionan, enfrentan desafíos, requieren atención constante y ocasionalmente intervención profesional.

Igual que los corazones requieren cuidado y monitoreo continuos.

La realización envía un temblor a través de mi identidad profesional. Si mi filosofía sobre los emparejamientos perfectos ha sido defectuosa desde el principio, ¿qué significa eso para mi negocio? ¿Para mi comprensión de las relaciones? ¿Para mi enfoque hacia mi propia vida amorosa?

He estado vendiendo una ilusión de perfección mientras que las verdaderas historias de éxito en mi pared son en realidad sobre resiliencia, adaptación y la voluntad de trabajar juntos a través de la imperfección.

Justo como lo que Ryan y yo necesitaríamos hacer si lo intentáramos de nuevo.

Mi teléfono vibra con un mensaje de Ryan: ¿Seguimos con nuestra reunión de planificación a las 2? Tengo listas de donantes y proyecciones de presupuesto listas.

Miro fijamente el mensaje, con el dedo flotando sobre el botón de responder. La respuesta profesional es simple: Sí, por supuesto. Tenemos una recaudación de fondos que planificar.

Pero la realidad personal es más complicada. Cada reunión con Ryan me arrastra más hacia una conexión para la que no estoy segura de estar lista. Cada risa compartida, cada momento de colaboración natural, cada instancia donde nuestras mentes parecen trabajar en perfecta sincronía —todos desmoronan los muros que he construido para protegerme.

Dejo el teléfono sin responder. Antes de reunirme con Ryan nuevamente, necesito aclarar mi mente. Necesito mi banco para pensar.

El parque está más tranquilo que de costumbre esta mañana, el calor del verano mantiene alejados a la mayoría de los visitantes hasta la noche. Mi banco permanece vacío bajo el sauce, ofreciendo su familiar consuelo. Los patos se deslizan por la superficie del estanque, sin preocuparse por los problemas humanos. El aire huele a hierba calentada por el sol y el leve aroma mineral del agua del estanque. Las libélulas se disparan sobre la superficie, sus alas iridiscentes captando la luz.

Apenas me he acomodado en la madera desgastada cuando una voz familiar habla detrás de mí.

—Pensé que podría encontrarte aquí.

Mi madre se acerca, un libro bajo el brazo, su expresión suave pero conocedora. Sin pedir permiso, se sienta a mi lado, su presencia tan reconfortante como inesperada.

—¿Cómo sabías que estaría aquí? —pregunto.

—Porque es donde vengo cuando estoy preocupada —dice simplemente—. ¿Nunca te preguntaste de dónde sacaste el hábito de buscar un lugar para pensar?

La miro, sorprendida. —¿Tú también vienes aquí?

—Durante treinta años —gesticula hacia el estanque—. Aunque solía ser un poco más salvaje por entonces. Añadieron esas rocas decorativas y la fuente en los noventa.

Por un momento, nos sentamos en un silencio agradable, observando los patos. Luego se vuelve hacia mí, sus ojos suaves con comprensión.

—Los planes de la recaudación van muy bien —dice—. La alcaldesa Porter ha reclutado a medio pueblo para ayudar.

—Desde luego es entusiasta.

—¿Y cómo van las cosas con Ryan?

La pregunta directa me toma desprevenida. Considero eludirla, ofreciendo la misma frase de "colaboración profesional" que he estado usando con todos los demás. Pero esta es mi madre, quien siempre ha visto a través de mis defensas.

—Complicadas —admito—. La parte profesional funciona maravillosamente. Pero personalmente... —me detengo, luchando por articular las enredadas emociones dentro de mí.

—Tienes miedo —proporciona suavemente.

—Sí.

—¿De qué, exactamente?

Miro fijamente el estanque, observando las ondas que se extienden desde donde un pato acaba de sumergirse bajo la superficie. —Ahora entiendo por qué Ryan se fue. No estoy de acuerdo con su elección, pero entiendo la posición imposible en la que se encontraba. Y creo... creo que podría perdonarlo por eso.

—¿Pero? —me incita cuando me quedo en silencio.

—Pero estoy aterrorizada de amar a alguien con la misma condición que se llevó a papá. —La admisión se siente como liberar un aliento que he estado conteniendo durante semanas—. ¿Y si dejo que Ryan vuelva a entrar en mi corazón y luego lo pierdo también? ¿Y si tengo que ver a otra persona que amo deteriorarse por insuficiencia cardíaca? Eso es exactamente de lo que él estaba tratando de protegerme al irse, y ahora estoy enfrentando ese mismo miedo.

La expresión de mamá se suaviza con algo parecido al reconocimiento. —Oh, cariño.

—Los médicos dicen que su condición está controlada ahora. Que podría tener décadas de vida saludable. Pero no pueden garantizarlo. Nadie puede. —Parpadeo para contener las lágrimas —. No sé si soy lo suficientemente fuerte para tomar ese riesgo.

Mamá está callada por un largo momento, su mirada distante como si mirara al pasado. —¿Alguna vez te conté que tu padre y yo casi nos separamos cuando su condición cardíaca fue diagnosticada por primera vez?

La miro, conmocionada. —¿Qué? No.

—Llevábamos casados unos tres años. Tú aún no habías nacido. —Sonríe débilmente ante el recuerdo—. Los médicos descubrieron su condición durante un examen físico de rutina. En ese entonces, los tratamientos no estaban tan avanzados como lo están ahora. El pronóstico era incierto.

—¿Qué pasó?

—Tu padre trató de alejarme 'por mi propio bien'. ¿Te suena familiar? —Su sonrisa es triste pero conocedora—. Dijo que me amaba demasiado para hacerme verlo sufrir, para atarme a un futuro de cuidados y posible pérdida.

El paralelo con el razonamiento de Ryan es tan exacto que me hace doler el pecho. —¿Qué hiciste?

—Luché por nosotros —dice simplemente—. Le dije que el amor no se trata de garantías. Se trata de elegir a alguien cada día, sabiendo que todas las relaciones terminan eventualmente, a través de la muerte o la separación. La única pregunta es qué hacemos con el tiempo que tenemos juntos.

Toma mi mano, su agarre sorprendentemente fuerte. —El corazón es un músculo, Zoe. Se fortalece cuando es probado, no se debilita. Eso es verdad tanto médica como emocionalmente.

—Pero lo perdiste de todos modos —susurro.

—Sí. Y tuve veintisiete hermosos, imperfectos, complicados y maravillosos años con él antes de que eso sucediera. —Sus ojos brillan con lágrimas y convicción—. Ni uno solo de esos años fue desperdiciado, incluso sabiendo cómo terminaría. Especialmente sabiendo cómo terminaría.

Absorbo sus palabras, sintiendo que algo cambia dentro de mí. —Tengo miedo —admito de nuevo.

—Por supuesto que lo tienes. El amor sin miedo no es amor en absoluto, es solo compañía agradable. —Aprieta mi mano—. Pero has pasado diez años permitiendo que el miedo tome tus decisiones. Tal vez es hora de dejar que el amor tenga su turno.

Nos sentamos juntas mientras la mañana se calienta a nuestro alrededor, la sabiduría de sus palabras asentándose en mis huesos. La ironía no me pasa desapercibida: Ryan se fue para protegerme exactamente de lo que temo ahora. Hemos sido imágenes reflejadas el uno del otro, tomando decisiones basadas en el miedo en lugar de en la posibilidad.

—¿Qué debo hacer? —pregunto finalmente.

—No puedo responder eso —dice mamá suavemente—. Pero puedo decirte que cuando tu padre me alejó, me negué a dejar que el miedo —el suyo o el mío— decidiera nuestro destino. Me presenté en su puerta con mi maleta y le dije que me quedaría, condición cardíaca y todo. Que si me quería fuera, tendría que sacarme físicamente de la casa.

Me río a pesar de mí misma, imaginando a mi dulce madre tomando tal postura. —¿Funcionó eso?

—Lloró —dice simplemente—. Luego hablamos toda la noche sobre el miedo, el amor y la incertidumbre. Por la mañana, habíamos decidido enfrentar juntos lo que viniera. —Palmea mi mano—. A veces el amor necesita un gran gesto, Zoe. Algo que diga 'Elijo esto, te elijo a ti, a pesar de los riesgos'.

Mientras habla, una idea comienza a formarse en mi mente. No cualquier gesto, sino algo vinculado específicamente a los miedos que nos han mantenido a Ryan y a mí separados. Algo que reconocería nuestro pasado mientras crea espacio para un futuro. Algo que le mostraría —y a mí misma— que estoy lista para tomar el riesgo de amar a alguien cuyo corazón podría ser frágil, pero cuya capacidad de amar no lo es.

—Necesito irme —digo, levantándome de repente—. Hay algo que necesito hacer.

Mamá sonríe, con entendimiento en sus ojos. —El corazón es un músculo, Zoe. Se fortalece con el uso.

Mientras me apresuro de regreso hacia el pueblo, con el propósito reemplazando la incertidumbre en mis pasos, finalmente entiendo lo que hemos estado construyendo con la asociación Full Circle. No solo una colaboración profesional o una recaudación comunitaria, sino un puente entre nuestros caminos separados. Una forma de honrar ambos enfoques hacia las relaciones: los comienzos y las transiciones, los emparejamientos y los cambios, el amor y el crecimiento.

Capítulo 28

Ryan

Mi padre nunca ha sido un buen paciente. Como médico, ha pasado toda su vida adulta al otro lado del estetoscopio, dando órdenes en lugar de recibirlas. Esta inversión fundamental de roles ha convertido los últimos tres días de su recuperación en casa en un ejercicio de frustración mutua.

—Solo necesito revisar mis correos —insiste, intentando alcanzar el portátil que acabo de confiscar—. Marjorie estará abrumada con las preguntas de los pacientes.

—Marjorie ha sido tu enfermera durante veinte años —replico, manteniendo el ordenador fuera de su alcance—. Puede arreglárselas unos días mientras te recuperas de un ataque al corazón.

—Esto es ridículo —murmura, hundiéndose contra los cojines del sofá—. Soy perfectamente capaz de responder correos de pacientes.

—El médico mencionó específicamente "nada de estrés laboral" durante al menos una semana —le recuerdo, colocando el portátil en la estantería más alta—. Detalles que podrían marcar la diferencia entre una recuperación completa y otro episodio potencialmente más grave.

Su expresión se suaviza ligeramente. —Estoy bien, Ryan. Esto no fue como la última vez.

La última vez. Las palabras flotan entre nosotros, cargadas de recuerdos compartidos. La última vez, cuando se derrumbó tres horas después de que yo recibiera mi propio diagnóstico. La última vez, cuando tomé la terrible decisión de dejar a Zoe sin explicación.

—No —coincido en voz baja—. No fue tan grave. Pero eso no significa que no fuera serio.

Me estudia por un momento. —No solo estás preocupado por mí, ¿verdad? Esto también es sobre Zoe.

No me molesto en negarlo. —Los planes de la recaudación de fondos van bien —digo, desviando ligeramente el tema.

—Eso no es lo que pregunté. —Papá se inclina ligeramente hacia adelante—. ¿Cómo van las cosas con Zoe? De verdad.

Me paso una mano por el pelo. —Profesionalmente, genial. El concepto de Full Circle está ganando terreno. Trabajamos bien juntos.

—¿Y personalmente?

Me levanto, moviéndome hacia el mirador. —Ahora entiende. Sobre por qué me fui. Sobre tu ataque al corazón coincidiendo con mi diagnóstico. —Me giro para enfrentarlo—. Pero entender no es perdonar. Y perdonar no es... lo que viene después.

—Confianza —sugiere papá en voz baja—. Eso es lo que viene después. Y la confianza tarda tiempo en reconstruirse.

—Sí.

Permanece en silencio un momento. —¿Te conté alguna vez por qué se fue realmente tu madre?

El abrupto cambio de tema me sobresalta. —Dijiste que no era feliz. Que se sentía atrapada en la vida de un pueblo pequeño.

—Eso fue parte de ello. —Se acomoda contra los cojines—. Pero la razón principal fue mi afección cardíaca. Cuando me diagnosticaron, intenté alejarla 'por su propio bien'. ¿Te suena familiar?

El paralelismo me produce un escalofrío. —¿Qué hiciste?

—Le dije que merecía a alguien sano. Alguien que pudiera ofrecerle una vida plena sin complicaciones médicas. —Su sonrisa es triste pero reveladora—. Pensé que estaba siendo noble. En realidad estaba siendo un cobarde.

Me hundo de nuevo en el sillón. —No tenía idea.

—Ella eligió el camino más fácil: el que no incluía medicamentos para el corazón, citas médicas y futuros inciertos. —Me mira directamente a los ojos—. Pero lo más fácil no siempre es lo mejor, Ryan. Y proteger a alguien del dolor no es lo mismo que amarla.

—Ahora lo sé —digo suavemente—. Estoy intentando demostrarle a Zoe que he aprendido esa lección.

—Las palabras no son suficientes —dice papá, con nueva intensidad en su voz—. No después de diez años. Si realmente la quieres de vuelta en tu vida, necesitas demostrar tu compromiso de una manera que ella no pueda malinterpretar.

—Un gran gesto —murmuro.

—Más que eso. Una declaración de intenciones. Una promesa de la que no puedas alejarte fácilmente. —Se inclina hacia adelante con urgencia—. Cuando me di cuenta de que había cometido un terrible error al alejar a tu madre, intenté recuperarla. Pero mis disculpas llegaron demasiado tarde; ella ya había decidido que yo no valía el riesgo.

—No quiero cometer el mismo error —le digo—. Quiero demostrarle a Zoe que voy en serio con nuestro futuro.

—Entonces no esperes el momento perfecto —aconseja papá—. Créalo. Demuéstrale con acciones, no solo con palabras, que estás comprometido a quedarte, a enfrentar juntos lo que venga.

Algo se aclara en mi mente: los contornos de un gesto que demostraría todo lo que quiero que Zoe entienda.

—Necesito irme —digo, levantándome con repentina determinación—. ¿Estarás bien solo durante unas horas?

Papá desecha mi preocupación con un gesto. —No soy un inválido. Ve. —Cuando llego a la puerta, añade—: Y Ryan, no dejes que el miedo tome tus decisiones esta vez. Ni el tuyo, ni el de ella.

Evergreen Brewing Company vibra con energía vespertina. Marcus se mueve detrás de la barra, llenando jarras para los clientes de fin de semana mientras dirige a su personal.

—¡El hijo pródigo regresa! —exclama cuando me ve—. ¿Cómo está el Dr. Hayes? Un paciente terrible, supongo.

Me deslizo en un taburete. —Tan terco como siempre. Pero no estoy aquí por mi padre. Necesito tu consejo.

Marcus levanta una ceja. —Debe ser serio. —Le hace un gesto a su asistente—. Cubre la barra durante veinte minutos, Jake.

Me guía hasta un reservado en un rincón, relativamente privado a pesar de la creciente

multitud. Una fotografía en la pared capta mi atención: Zoe y yo durante la universidad, abrazados en un partido de fútbol, con los rostros sonrojados por la juventud y la certeza.

—Entonces —dice Marcus, deslizándose en el reservado—, ¿qué es tan urgente?

—Voy a hacer un gran gesto —le digo sin preámbulos—. En la Gala Heartbeat. Voy a anunciar públicamente que cerraré Clean Break Consultations independientemente del resultado de la apuesta.

Las cejas de Marcus se disparan hacia arriba. —Dramático. Y profesionalmente suicida.

—No si estoy completamente comprometido con la asociación Full Circle —contraargumento—. Quiero demostrarle a Zoe que estoy aquí para quedarme.

—Noble —reconoce Marcus—. Pero, ¿estás seguro de que ese es el mensaje que Zoe necesita escuchar ahora mismo?

La pregunta me hace dudar. —¿Qué quieres decir?

—Piénsalo. —Marcus se inclina hacia adelante, su expresión inusualmente seria—. El miedo principal de Zoe no es sobre tu compromiso profesional. Es sobre tu salud. Sobre perder a alguien más que ama debido a una insuficiencia cardíaca.

La revelación me golpea con una fuerza inesperada. —Tienes razón.

—Cerrar tu negocio no aborda su miedo fundamental. —Marcus mira hacia la barra antes de continuar—. Si quieres hacer un gesto que realmente importe, debe enfrentar directamente lo que os mantuvo separados durante diez años.

—Necesito mostrarle que no volveré a ocultarle cosas. Que no tomaré decisiones sobre su vida sin su participación.

—Exactamente. —Marcus asiente con aprobación—. El gran gesto no se trata de lo que estás dispuesto a renunciar. Se trata de lo que estás dispuesto a compartir: lo bueno, lo malo y lo potencialmente aterrador.

Una idea se forma en mi mente. —¿Y si el gesto involucrara al hospital de alguna manera? No solo la recaudación de fondos, sino algo más permanente.

—Te escucho.

—¿Y si estableciera un programa de defensa del paciente? Algo que ayude a los pacientes a involucrar a sus seres queridos en las decisiones médicas, que cree recursos para que las familias enfrenten juntas los diagnósticos cardíacos. —La idea se expande mientras hablo—. Podría ser parte del enfoque Full Circle, reconociendo que los desafíos de salud afectan las relaciones, y las relaciones afectan los resultados de salud.

—Ahora eso —dice Marcus con aprobación— es un gesto que aborda el problema real. Le muestra a Zoe que has aprendido de tu error y que entiendes lo que ella realmente necesita de ti.

—Necesito hablar con Benjamin Foster —digo, mientras el plan se solidifica—. Obtener su opinión sobre qué sería más útil para la unidad cardíaca.

—¿Y luego? —me anima Marcus.

—Y luego necesito hablar con Zoe. No para revelar todo el plan todavía, sino para iniciar la conversación.

Cuando me dispongo a irme, añade: —Y Ryan, estoy orgulloso de ti. El tipo que se fue del pueblo hace diez años no habría tenido el valor de enfrentar esto de frente.

Sus palabras me acompañan a la luz del sol de la tarde, un recordatorio de lo lejos que he llegado y lo lejos que todavía necesito ir.

Benjamin Foster luce exactamente como cabría esperar de un administrador hospitalario que lidia con una crisis de financiación: cansado, ligeramente desarreglado, pero manteniendo una apariencia de optimismo profesional. La ventana de su oficina ofrece una vista del

estacionamiento del hospital, donde el personal cambia turnos en un ritmo constante.

—Esto es... inesperado —dice, indicándome una silla—. Pero agradezco que hayas hecho tiempo, dado todo lo de tu padre.

—Se está recuperando bien —le aseguro—. Y esta reunión es en parte debido a su experiencia. Quería discutir algunas ideas para la Gala Heartbeat que van más allá de la simple recaudación de fondos.

Benjamin se inclina hacia adelante, el interés agudizando su mirada. —Soy todo oídos.

Le explico mis pensamientos sobre la defensa del paciente y la inclusión familiar en la atención cardíaca. Benjamin escucha atentamente, ocasionalmente tomando notas. Cuando termino, se recuesta pensativamente.

—Este es exactamente el tipo de programa que queríamos implementar —dice—. La unidad cardíaca necesita más que solo equipos y personal; necesita un enfoque integral que reconozca el impacto en las familias y las relaciones.

Benjamin revuelve algunos papeles, sacando una carpeta delgada. —De hecho, redactamos una propuesta para algo similar el año pasado, pero se archivó debido a restricciones presupuestarias. —Me entrega el documento—. Échale un vistazo.

Mientras examino la propuesta, ciertos elementos destacan: capacitación para el personal médico sobre comunicación familiar, recursos para que los pacientes involucren a sus seres queridos en las decisiones de tratamiento. Es exactamente el marco que necesito para mi gesto hacia Zoe.

—Esto es perfecto —le digo—. ¿Y si la Gala Heartbeat no fuera solo para recaudar dinero para equipos, sino para lanzar este programa?

—Heart-to-Heart —sugiere Benjamin—. Simple, claro, abarca tanto el enfoque médico como el elemento de comunicación.

—Heart-to-Heart —repito—. Me gusta. ¿Y si incorporamos asesoramiento de relaciones en el programa? Apoyo profesional para parejas que navegan juntas por desafíos de salud.

La expresión de Benjamin se ilumina. —Esa sería una adición única. La mayoría de los programas de apoyo a pacientes se centran únicamente en aspectos médicos, no en la dinámica de las relaciones.

—Se vincularía perfectamente con el enfoque Full Circle que Zoe y yo estamos desarrollando —explico—. Apoyo integral para las relaciones a través de todas las transiciones de la vida, incluidos los desafíos de salud.

Para cuando me levanto para irme, hemos esbozado un programa que no solo beneficiaría a los pacientes del hospital, sino que demostraría mi compromiso con los principios que no mantuve cuando dejé a Zoe: transparencia, toma de decisiones compartida, enfrentar los desafíos juntos.

—Esto podría ser transformador —dice Benjamin mientras me acompaña a la puerta—. Los estudios muestran que los pacientes con sistemas de apoyo sólidos tienen mejores tasas de recuperación después de eventos cardíacos.

—Y las relaciones son más fuertes cuando las parejas enfrentan juntas los desafíos de salud —añado—. Con honestidad y apoyo mutuo.

Mientras salgo al pasillo, Benjamin me llama: —Espero que esto funcione, tanto para el hospital como para ti personalmente. El pueblo ha estado apoyándolos a los dos desde que regresaste.

El recordatorio del interés de Evergreen Falls en mi relación con Zoe me habría irritado hace semanas. Ahora, sin embargo, me encuentro agradecido por el apoyo de la comunidad. Este

pueblo ha sido testigo de toda nuestra historia: la alegría, la angustia y ahora, potencialmente, la reconciliación.

Mientras camino por Main Street hacia Perfect Pairs Matchmaking, noto las miradas y sonrisas de los habitantes del pueblo. Su interés ya no se siente intrusivo sino solidario, una comunidad que colectivamente contiene la respiración para ver si esta historia podría encontrar su camino hacia un final feliz.

Me detengo fuera de la oficina de Zoe, reuniendo valor para el primer paso de mi plan. No el gran gesto completo todavía —eso vendrá en la Gala Heartbeat— sino el comienzo de la conversación.

Pero la puerta tiene un cartel inesperado: "Cerrado por Hoy. Para citas, por favor llame..."

Compruebo mi reloj, confirmando que son solo las 4:30 PM. Zoe raramente cierra temprano, especialmente en día laborable. Antes de que pueda sacar mi teléfono para llamarla, una voz familiar pronuncia mi nombre.

—¡Ryan! ¡Justo el hombre que quería ver!

La alcaldesa Porter se acerca con pasos decididos, tableta en mano y radiando entusiasmo. —¡He estado intentando contactarte todo el día! El comité de decoración ha finalizado los conceptos de diseño para la Gala Heartbeat, y necesitamos tu aprobación antes de pedir los materiales.

Mientras se lanza a una descripción detallada, me descubro mirando hacia la oscurecida oficina de Zoe.

—Alcaldesa Porter —la interrumpo—, ¿ha visto a Zoe hoy? Su oficina está cerrada.

La expresión de la alcaldesa cambia a algo que no puedo interpretar del todo: sorpresa mezclada con lo que podría ser emoción contenida. —¡Oh! Sí, mencionó que tenía asuntos personales que atender. Muy confidencial. —Se inclina más cerca, bajando la voz—. Entre nosotros, creo que podría estar planeando algo especial para el anuncio de la gala.

—¿De verdad? —Mi corazón acelera, un aleteo que no tiene nada que ver con mi condición médica—. ¿Dijo qué?

—No específicamente. —La sonrisa de la alcaldesa Porter se ensancha—. Pero tenía esa mirada determinada que pone cuando está tramando algo importante.

Conozco esa mirada. Es su cara de "hacer que las cosas sucedan". Y la idea de que lo que sea que esté planeando podría involucrarme —podría ser su propia versión de un gran gesto— me envía una oleada de esperanza más fuerte que cualquier medicamento que tome para mi corazón.

—Bueno —digo, encontrándome sonriendo a pesar de la interrupción de mis planes—, supongo que ambos descubriremos pronto qué está tramando.

Mientras la alcaldesa continúa su monólogo sobre la planificación de la gala, me encuentro con la mirada atraída de nuevo hacia la oscurecida oficina de Zoe. Algo está sucediendo, algo más allá de nuestra colaboración profesional o reconexión casual.

Sea lo que sea que Zoe esté planeando, sea lo que sea que yo me esté preparando para ofrecer, ambos nos estamos moviendo hacia un momento de verdad. Una encrucijada donde el miedo y el amor finalmente se enfrentarán directamente, y descubriremos cuál es más fuerte.

Por primera vez en diez años, estoy apostando por el amor.

Capítulo 29

Zoe

—Quédate quieta o te pincharé con este alfiler, y no será por accidente —advierte Tessa, arrodillada a mis pies con la boca llena de alfileres rectos y una expresión de feroz concentración. La luz del sol de la mañana temprana se filtra a través de las ventanas de la panadería, iluminando las motas de polvo que flotan en el aire y dando a todo una cualidad de ensueño.

—Lo siento —murmuro, tratando de mantenerme inmóvil a pesar de la energía nerviosa que fluye por mi cuerpo—. Solo quiero que todo sea perfecto esta noche.

Tessa levanta la mirada del dobladillo que está ajustando en mi vestido azul medianoche, el mismo que usé para la fiesta de aniversario de los Wilson, ahora siendo alterado para la Gala Heartbeat de esta noche.

—La perfección está sobrevalorada —dice con los alfileres en la boca—. Especialmente viniendo de la principal casamentera de Evergreen Falls, que ha pasado semanas dándose cuenta de que la imperfección es donde ocurre la verdadera magia.

No puedo evitar sonreír ante su aguda observación.

—Touché.

—Además —continúa, asegurando otro alfiler en la tela—, este gran gesto tuyo ya es perfecto. Aborda exactamente lo que os mantuvo separados durante diez años. Benjamin Foster prácticamente lloró cuando le presentaste la propuesta.

—No lloró —protesto, aunque el administrador del hospital se había conmovido visiblemente cuando le expliqué mi plan para un programa que ayude a las parejas a enfrentar juntos los desafíos de salud—. Solo... tenía algo en el ojo. Varias veces.

Tessa resopla.

—Claro. Y yo solo estoy horneando pasteles con forma de corazón para esta noche, no horneando por estrés porque mi mejor amiga finalmente está consiguiendo su final feliz mientras yo todavía...

—¿Todavía qué? —pregunto cuando se detiene abruptamente, con un rubor coloreando sus mejillas.

—Nada —dice demasiado rápido, concentrándose intensamente en el dobladillo.

—Tessa Chen. ¿Qué no me estás contando?

Suspira dramáticamente, sentándose sobre sus talones.

—Está bien. He estado viendo a alguien. Más o menos. Quizás. Es algo nuevo.

—¿Qué? ¿Quién? ¿Cuándo pensabas decírmelo?

—Cuando estuviera segura de que era algo que valía la pena contar. —Se encoge de hombros, pero no puede ocultar su pequeña sonrisa—. ¿Recuerdas a aquel editor de la revista

gastronómica que rechazó mi reportaje sobre tartas de boda?

—¿El que llamaste "un hipster pretencioso de Portland con un palo artesanal metido por el..."?

—Sí, ese —me interrumpe—. James. Volvió para disculparse y encargar un reportaje especial sobre panaderías de pueblos pequeños que reinventan postres tradicionales. Hemos estado... hablando.

—¿Hablando? —Levanto una ceja.

—Y otras cosas —admite, con el rubor intensificándose—. Estamos empezando. No hagas un gran drama de esto.

—¿Yo? ¿Hacer un drama? Jamás lo haría —digo con fingida inocencia, luego me río de su expresión escéptica—. Me alegro por ti, Tess. De verdad.

—Bueno, esta noche no se trata de mí y de James Quizás-Algo. Se trata de ti y Ryan Definitivamente-Algo. —Se pone de pie, admirando su trabajo en el dobladillo del vestido—. ¿Estás nerviosa por el gran gesto?

Respiro profundamente, considerando la pregunta.

—No por el gesto en sí. El programa Heart-to-Heart es algo que el hospital realmente necesita. Benjamin ya estaba tratando de implementar algo similar antes de que golpeara la crisis de financiación.

—¿Pero? —insiste Tessa, sintiendo mi vacilación.

—Pero estoy aterrorizada por lo que viene después —admito—. Por elegir amar a alguien con una afección cardíaca. Por ser vulnerable a esa pérdida específica otra vez.

La expresión de Tessa se suaviza mientras deja a un lado su kit de costura.

—Ese es el verdadero gran gesto, ¿verdad? No el programa en sí, sino lo que representa. Estás eligiendo a Ryan sabiendo exactamente lo que podría pasar.

—Exactamente. —Bajo cuidadosamente de la pequeña plataforma, consciente de los alfileres—. He pasado del enfado a la comprensión y al perdón. Pero la confianza, estar dispuesta a arriesgar mi corazón de nuevo... ese es el paso final. Y es el más difícil.

—Porque es el que requiere fe —dice Tessa con una inusual dulzura—. Fe en que cualquier tiempo que tengáis juntos valdrá el dolor potencial.

Asiento, incapaz de hablar debido al repentino nudo en mi garganta. El viaje desde aquella novia con el corazón roto hasta la mujer que soy ahora, lista para elegir el amor a pesar del miedo, se siente a la vez imposiblemente largo y sorprendentemente corto.

—Bueno —dice Tessa enérgicamente, claramente percibiendo mi momento emocional—, si alguien puede llevar a cabo un gran gesto en una gala con temática de corazones mientras luce absolutamente impresionante en un vestido con un dobladillo perfecto, esa es la extraordinaria casamentera de Evergreen Falls. —Me entrega una bolsa que contiene el vestido alterado—. Ahora vete. Tengo trescientos pasteles con forma de corazón que terminar antes de esta noche.

Al salir de la panadería, con el sol de la mañana cálido contra mi rostro, siento una curiosa ligereza. No la ausencia de miedo, sino la presencia de algo más fuerte.

Esperanza.

La luz de la tarde se filtra a través de las ventanas de Perfect Pairs Matchmaking, proyectando largas sombras sobre los suelos de madera. Me muevo por mi oficina con eficiencia practicada, finalizando los últimos detalles para la gala de esta noche. Las proyecciones de recaudación parecen prometedoras, los artículos de la subasta silenciosa están todos organizados, y mis notas para la presentación están ordenadas en la secuencia exacta en que las necesitaré.

Todo está listo. Entonces, ¿por qué no puedo dejar de juguetear con este clip?

Un suave golpe en la puerta interrumpe mi nervioso jugueteo. Mi madre está en el umbral, elegantemente vestida como siempre, con una pequeña caja de terciopelo en sus manos.

—Pensé que te encontraría aquí, repasando todo por décima vez —dice con una sonrisa conocedora.

—Solo la octava, en realidad —respondo, devolviéndole la sonrisa—. ¿Qué te trae por aquí?

Ella entra, dejando su bolso en el borde de mi escritorio.

—Quería darte algo antes de esta noche. —Me ofrece la caja de terciopelo—. Esto perteneció a tu abuela. Pensé que esta noche sería la ocasión perfecta para que lo tuvieras.

Abro la caja cuidadosamente para revelar un delicado medallón de plata en forma de corazón en una fina cadena. La artesanía es exquisita, la plata pulida hasta un suave brillo.

—Es hermoso —susurro, levantándolo de la caja.

—Ábrelo —me anima mamá.

Dentro, encuentro un pequeño trébol de cuatro hojas preservado en un lado y una inscripción en el otro: "El amor es coraje".

—Tu abuelo le dio esto a mi madre cuando se comprometieron —explica mamá, su voz suave con el recuerdo—. Ella lo usó todos los días de su matrimonio. Incluso después de que él muriera, nunca se lo quitó.

—No sabía eso —digo, trazando la inscripción con la punta de mi dedo.

—Solía decir que encontrar el amor era suerte, de ahí el trébol de cuatro hojas. —Mamá toma el medallón de mis manos, moviéndose detrás de mí para ajustarlo alrededor de mi cuello —. Pero mantener el amor, elegirlo cada día a pesar de la incertidumbre... eso es coraje.

El medallón se asienta contra mi clavícula, frío al principio pero calentándose rápidamente con mi piel.

—Gracias —digo, girándome para abrazarla—. Es perfecto para esta noche.

—¿Estás nerviosa? —pregunta, estudiando mi rostro con esa atención particular que solo las madres parecen capaces de tener.

—Aterrorizada —admito—. ¿Y si el gesto no es suficiente? ¿Y si es demasiado tarde? ¿Y si...?

—¿Y si funciona exactamente como esperas? —contrarresta suavemente—. ¿Y si esta noche es el comienzo de algo hermoso?

Toco el medallón, extrayendo fuerza de su presencia.

—Cuando papá estaba enfermo, ¿cómo encontraste el coraje para mantenerte presente? ¿Para amarlo sabiendo que lo perderías?

—Oh, cariño. —Mamá toma mis manos entre las suyas—. No tuve que encontrar coraje. Solo tuve que reconocer que amar a tu padre, tenerlo en mi vida durante el tiempo que tuviéramos, era infinitamente mejor que la alternativa.

—¿La alternativa?

—La seguridad —dice simplemente—. Podría haberme protegido del dolor manteniéndome distante. No involucrándome completamente en nuestra vida juntos. Pero qué media vida habría sido esa.

Aparta un mechón de cabello de mi rostro, su toque infinitamente gentil.

—El corazón es un músculo, Zoe. Se fortalece con el uso, no se debilita. Y a veces, la cosa más valiente no es encontrar la pareja perfecta... es elegir una imperfecta cada día.

Cuando se va, me dirijo al muro de fotografías detrás de mi escritorio, el registro visual de mis emparejamientos exitosos. Durante años, las he visto como prueba de mi experiencia profesional, evidencia de mi capacidad para crear emparejamientos "perfectos".

Ahora las veo de manera diferente. No como parejas estáticas y perfectas, sino como personas que se eligieron mutuamente, día tras día, a través de desafíos que nunca presencié y transiciones que nunca facilité. Su éxito no está en la compatibilidad inicial que identifiqué, está en su elección continua de enfrentar juntos las imperfecciones de la vida.

Mi teléfono vibra con un mensaje de Ryan: ¿Confirmamos que nos vemos en la gala a las 7? Tengo noticias sobre las proyecciones de recaudación.

Mi corazón se acelera con el simple mensaje, con el conocimiento de que en unas pocas horas, todo entre nosotros podría cambiar. No respondo directamente, queriendo que mis acciones de esta noche hablen más fuerte que cualquier palabra que pudiera escribir.

En cambio, toco el medallón nuevamente, extrayendo fuerza de su simbolismo y de las generaciones de amor que representa. Esta noche no se trata de crear algo perfecto o borrar el pasado. Se trata de reconocer los riesgos y elegir tomarlos de todos modos.

El amor es coraje. Y esta noche, tengo la intención de ser muy, muy valiente.

El centro comunitario ha sido transformado más allá del reconocimiento. La elaborada visión de la alcaldesa Porter ha cobrado vida con una ejecución impresionante: todo el espacio diseñado como un viaje a través de las etapas de una relación. La entrada presenta "Primer Encuentro", con decoraciones caprichosas y actividades para iniciar conversaciones. Esto fluye hacia "Conexión Creciente", donde fotos de parejas de Evergreen Falls a lo largo de los años crean una emotiva exhibición.

El salón principal representa "Compromiso Duradero", con elegantes mesas, luces centelleantes suspendidas del techo como estrellas y, en el centro, tal como se prometió, una magnífica escultura de hielo en forma de corazón. Me detengo para admirar la artesanía, notando cómo los dos corazones más pequeños, etiquetados como "Perfect Pairs" y "Clean Break", se fusionan perfectamente para formar "Full Circle".

La alcaldesa Porter se ha superado a sí misma.

Me posiciono cerca de la entrada del salón, con una vista clara tanto de las puertas principales como de las mesas de subasta silenciosa a lo largo de la pared del fondo. Los invitados deambulan con atuendos formales, las mujeres en vestidos fluidos, los hombres en trajes oscuros con accesorios rojos o rosados para combinar con el tema. Las mesas de subasta están llenas de postores examinando desde escapadas de fin de semana hasta paquetes de cenas gourmet, todos donados por negocios locales para apoyar la unidad cardíaca del hospital.

Escaneo la sala, mi pulso acelerándose mientras busco a Ryan. Mis dedos encuentran el medallón en mi garganta, extrayendo coraje de su presencia.

—Te ves impresionante —dice una voz familiar detrás de mí.

Me giro para encontrar a Ryan parado allí, apuesto en un traje gris carbón con una corbata azul medianoche que combina perfectamente con mi vestido, una coincidencia que se siente significativa. Sus ojos son cálidos mientras me observan, con una sonrisa jugando en las comisuras de su boca.

—Gracias —digo, sintiéndome repentinamente tímida a pesar de semanas trabajando estrechamente juntos—. Tú también te ves muy bien.

—¿Cómo van las pujas de la subasta silenciosa? —pregunta, activando su modo profesional mientras caemos en el ritmo fácil de co-organizadores.

—Por encima de las proyecciones —respondo, agradecida por el momentáneo respiro del peso emocional de lo que está por venir—. Benjamin dice que estamos en camino de salvar la unidad cardíaca e incluso expandir los servicios.

—Eso es increíble —dice Ryan, su entusiasmo genuino—. Y tengo algunas noticias que

podrían hacer que esta noche sea aún más exitosa.

Veo a la alcaldesa Porter abriéndose paso hacia nosotros entre la multitud, su vestido de lentejuelas capturando la luz con cada paso determinado. Lleva la expresión de alguien con un horario que cumplir y la autoridad para hacerlo realidad.

—¡Aquí están! ¡Nuestros invitados de honor! —exclama cuando nos alcanza, prácticamente vibrando de emoción—. ¡Todos están esperando la presentación oficial! ¡El total de la recaudación está más allá de nuestras expectativas más descabelladas!

Nos conduce hacia el pequeño escenario en un extremo del salón, donde Benjamin Foster espera con un cheque de tamaño exagerado y un micrófono. El zumbido de conversación disminuye cuando la alcaldesa Porter toca el micrófono.

—¡Damas y caballeros, bienvenidos a la primera Gala Heartbeat anual! —anuncia, su voz resonando por la sala—. ¡Esta noche, celebramos no solo la exitosa recaudación para la unidad cardíaca de nuestro querido hospital, sino la extraordinaria colaboración que lo hizo posible!

Me quedo junto a Ryan en el escenario, agudamente consciente de su presencia, del calor que irradia, del leve temblor en su mano que coincide con mi propio nerviosismo.

La alcaldesa Porter presenta a Benjamin, quien revela el total de la recaudación ante jadeos y aplausos. La cantidad es casi el doble de nuestro objetivo original, suficiente para no solo salvar la unidad cardíaca sino para expandir significativamente los servicios.

—Y ahora —continúa la alcaldesa Porter—, me gustaría invitar a Ryan Hayes y Zoe Miller a compartir algunas noticias emocionantes sobre un programa especial que esta recaudación apoyará.

Ryan da un paso adelante, su expresión cambiando a algo que nunca he visto antes: una mezcla de confianza profesional y vulnerabilidad personal que me deja sin aliento.

—Gracias a todos por su increíble generosidad esta noche —comienza—. Más allá de las necesidades de equipamiento y personal para la unidad cardíaca, estoy emocionado de anunciar un nuevo programa llamado Heart-to-Heart.

Mi cabeza se levanta de golpe, la sorpresa recorriéndome. ¿Heart-to-Heart? Ese es el nombre de mi programa.

—Esta iniciativa proporcionará apoyo integral para parejas que enfrentan juntas desafíos de salud cardíaca —continúa Ryan—. Desde educación médica hasta asesoramiento en relaciones, Heart-to-Heart reconoce que las afecciones cardíacas afectan no solo a los pacientes sino también a sus seres queridos.

Lo miro fijamente, mi discurso cuidadosamente preparado olvidado. Está describiendo exactamente lo que he estado desarrollando secretamente con Benjamin durante la última semana.

—El programa incluirá recursos para involucrar a los seres queridos en las decisiones médicas —explica Ryan—, creando espacio para una comunicación honesta sobre miedos y expectativas, y asesoramiento profesional para navegar los desafíos de relación que las crisis de salud suelen desencadenar.

Continúa:

—Por ejemplo, ofreceremos retiros de fin de semana donde las parejas pueden aprender simultáneamente de cardiólogos y expertos en relaciones, ayudándoles a desarrollar estrategias personalizadas para su situación única.

Doy un paso adelante sin pensarlo.

—Heart-to-Heart también contará con grupos de apoyo para parejas en diferentes etapas de atención cardíaca —añado, incapaz de contenerme—. Desde el diagnóstico inicial hasta el

tratamiento y manejo a largo plazo.

Ryan se vuelve hacia mí, la sorpresa evidente en su expresión.

—Sí, exactamente. Junto con materiales educativos sobre cómo mantener la fortaleza de la relación durante la incertidumbre médica.

—Y asesoramiento especializado para familias que navegan el impacto emocional de los diagnósticos cardíacos —continúo, una sonrisa comenzando a formarse mientras me doy cuenta de lo que está sucediendo—. Incluyendo talleres mensuales donde las parejas pueden practicar conversaciones difíciles en un entorno de apoyo.

Hemos desarrollado independientemente el mismo programa. El mismo concepto. El mismo nombre. Nuestros grandes gestos son idénticos.

Un murmullo recorre la multitud mientras presencian nuestro inesperado intercambio improvisado. La alcaldesa Porter mira entre nosotros, la confusión dando paso a un entendimiento encantado.

—¡Parece que nuestros expertos en relaciones han estado en la misma sintonía! —anuncia a la multitud—. ¡Qué perfecta sincronía para Full Circle Relationships!

El público ríe apreciativamente, pero apenas los escucho. Los ojos de Ryan están fijos en los míos, el asombro y la felicidad transformando sus rasgos.

—¿Tú también estabas planeando esto? —pregunta suavemente, acercándose a mí.

—Durante semanas —admito—. Reuniones secretas con Benjamin. Desarrollo del programa. Asignación de presupuesto.

—Para mostrarme que entiendes —dice, no como una pregunta sino como una comprensión.

—Para mostrarte que estoy lista para enfrentar el futuro juntos —confirmo—. Cualquiera que sea ese futuro.

La multitud se desvanece, el ruido de la gala retrocediendo hasta que se siente como si solo estuviéramos nosotros dos parados en una burbuja de comprensión. La alcaldesa Porter está diciendo algo sobre el éxito de la noche, pero ninguno de nosotros está escuchando.

—Creo que necesitamos hablar —dice Ryan, tomando suavemente mi codo y guiándome hacia una esquina tranquila del salón.

Nos encontramos en la sección "Conexión Creciente", rodeados de fotos de parejas de Evergreen Falls a través de los años, incluyendo, noto con sorpresa, una foto nuestra de la universidad que alguien debe haber contribuido. Estamos parados a unos dos metros de los invitados más cercanos, lo suficientemente cerca para seguir siendo parte de la celebración pero lo suficientemente lejos para una conversación privada.

—Tú primero —dice Ryan, su voz suave pero firme—. ¿Qué intentabas decirme con Heart-to-Heart?

Respiro profundamente, mis dedos encontrando el medallón nuevamente.

—Que entiendo por qué te fuiste hace diez años. Que te perdono, no porque lo que pasó no importe, sino porque lo que podría pasar importa más.

Su expresión se suaviza, la esperanza amaneciendo en sus ojos.

—¿Y qué podría pasar?

—La vida —digo simplemente—. Juntos. Con toda su incertidumbre y riesgo y belleza y dolor. —Me acerco a él—. Hace diez años, trataste de protegerme tomando decisiones por mí. Heart-to-Heart es mi manera de decir que quiero que tomemos decisiones juntos de ahora en adelante, incluido cómo enfrentamos tu condición de salud.

Los ojos de Ryan brillan con emoción.

—Yo intentaba decirte lo mismo —admite—. Que he aprendido la lección más dura de mi

vida: que proteger a alguien del dolor no es lo mismo que amarlos.

—Realmente estamos en la misma página, ¿verdad? —digo con asombro—. Después de todo este tiempo.

—Círculo completo —está de acuerdo. Luego, con cuidadosa deliberación, toma mis manos entre las suyas—. Hace diez años, intenté protegerte marchándome. Ahora te pregunto si me dejarás protegerte quedándome. Enfrentando juntos lo que venga.

Mi corazón se siente demasiado grande para mi pecho, una opresión que no tiene nada que ver con el miedo y todo que ver con la alegría.

—Me gustaría eso —le digo—. Mucho.

—¿Entiendes que no hay garantías? —pregunta, su expresión seria—. La miocardiopatía está controlada, pero sigue ahí. Siempre estará.

Asiento.

—Lo sé. Y te elijo de todos modos. Todo tú, incluida tu condición cardíaca.

El alivio y la felicidad transforman sus rasgos.

—Te amo, Zoe Miller. Nunca dejé de hacerlo.

—Yo también te amo —susurro, las palabras sintiéndose tanto nuevas como familiares—. Lo suficiente para arriesgarlo todo. Lo suficiente para ser valiente.

Me atrae suavemente hacia él, una mano elevándose para acunar mi mejilla. Nuestros labios se encuentran en un beso que se siente como volver a casa: tierno, seguro y lleno de promesa. No el final de nuestra historia, sino el comienzo de un nuevo capítulo.

Cuando nos separamos, soy consciente de los aplausos que se extienden por el salón. Nos giramos para encontrar toda la gala observándonos con expresiones que van desde la sonrisa triunfante de la alcaldesa Porter hasta la sonrisa llorosa de Tessa y el orgullo tranquilo de mi madre.

—Parece que tenemos público —murmura Ryan, el humor iluminando sus ojos.

—Es Evergreen Falls —respondo con una risa—. ¿Esperabas algo menos?

Pero de alguna manera, la atención del pueblo ya no se siente intrusiva. Estas personas presenciaron nuestro comienzo, nuestra dolorosa separación, nuestra cautelosa reconexión. Han estado involucrados en nuestra historia no por curiosidad ociosa sino por genuino interés. No son solo espectadores, son comunidad. Familia.

—¿Me concedes este baile? —pregunta Ryan, extendiendo su mano mientras la orquesta comienza a tocar una melodía familiar: "At Last" de Etta James. Nuestra canción.

Mientras nos movemos hacia el centro de la pista de baile, su mano cálida y firme contra mi espalda, me sorprende lo diferente que se siente esto de todas las otras veces que hemos bailado juntos desde su regreso. Sin vacilación. Sin incertidumbre. Sin muros entre nosotros.

—Entonces —dice Ryan mientras me guía a través de un suave giro—, ¿qué pasa ahora?

—Bueno, tenemos un programa Heart-to-Heart que implementar —digo, sonriéndole—. Y una asociación Full Circle que construir.

—¿Y personalmente? —insiste, sus ojos nunca abandonando los míos.

Considero esto, sintiendo el peso del medallón contra mi piel.

—Lo tomamos un día a la vez. Enfrentamos juntos lo que venga. Nos elegimos mutuamente, cada mañana, sabiendo que nada está garantizado.

—Eso suena notablemente como matrimonio —observa Ryan, con una pregunta en su tono.

—Eventualmente —estoy de acuerdo—. Cuando estemos listos. Sin prisas esta vez.

Me hace girar en un giro elegante que hace que varios espectadores aplaudan.

—Sin prisas —está de acuerdo—. Pero sin huir tampoco.

—Sin huir —prometo—. Estoy exactamente donde quiero estar.

Mientras seguimos bailando, la sala llena de personas que nos han apoyado a través de este viaje, me sorprende la hermosa simetría de todo. Una casamentera y un especialista en rupturas, encontrando su camino de regreso el uno al otro. Perfect Pairs y Clean Break Consultations, fusionándose para formar Full Circle Relationships. Dos personas que trataron de protegerse mutuamente de todas las formas equivocadas, ahora lo suficientemente valientes para amarse correctamente.

La música se intensifica a nuestro alrededor, y Ryan me inclina suavemente, una referencia a nuestros muchos bailes a lo largo de los años, pero con una confianza y ternura que es completamente nueva. Cuando me levanta, sus ojos contienen una promesa que hace que mi corazón se acelere de la mejor manera posible. La suave presión de su mano en mi cintura y el gentil ritmo de nuestro movimiento a través del suelo pulido se siente como la encarnación física de la confianza recuperada.

—Te elijo a ti —susurra—. Hoy y todos los días. Lo que sea que venga.

Alzo la mano para tocar su rostro, memorizando el momento.

—Y yo te elijo a ti. Condición cardíaca y todo.

Mientras la canción termina, permanecemos en los brazos del otro, reacios a romper la conexión. A nuestro alrededor, la gala continúa: la alcaldesa Porter dirigiendo a los ganadores de la subasta silenciosa para recoger sus premios, Benjamin Foster discutiendo planes de expansión con miembros de la junta del hospital, habitantes del pueblo disfrutando de los elegantes refrescos y decoraciones.

Pero en nuestro rincón de la pista de baile, el tiempo parece suspendido. Diez años de separación, semanas de cuidadosa reconexión, y ahora este momento de perfecta comprensión: realmente hemos completado el círculo.

El futuro se extiende ante nosotros, incierto como todos los futuros, pero enfrentarlo juntos hace que incluso las posibilidades más aterradoras sean manejables. Mi madre tenía razón: el corazón es un músculo que se fortalece con el uso. Y el mío nunca se ha sentido más fuerte que ahora, latiendo al compás del de Ryan, ambos imperfectos pero perfectamente emparejados.

No por métricas de compatibilidad o técnicas de asesoramiento de relaciones, sino por la elección que estamos haciendo. La valiente, imperfecta y hermosa elección de amarnos a través de lo que venga después.

Círculo completo, sin duda.

Epílogo

Ryan

Reviso mi reflejo por quinta vez en los últimos minutos, ajustando mi corbata con dedos que no están del todo firmes. La seda azul marino—elegida para combinar con los ojos de Zoe bajo cierta iluminación—sigue pareciendo ligeramente torcida, aunque Marcus insiste en que está perfecta.

—Si vuelves a toquetear esa corbata una vez más, voy a grapártela al pecho —me advierte, levantando la vista de donde está puliendo sus zapatos de vestir—. Está recta. Tú estás recto. Todo está bien.

—Es su día de boda. Déjalo inquietarse si quiere —dice mi padre desde la puerta del dormitorio de mi apartamento. Está apoyado en el marco, ya vestido con su traje, viéndose más saludable de lo que ha estado en años. El programa Corazón a Corazón que lanzamos también ha sido bueno para él: revisiones semanales con su cardiólogo, un grupo de apoyo para pacientes cardíacos mayores y un nuevo protocolo de medicación se han combinado para darle una vitalidad que no esperaba volver a ver.

—No estoy inquieto —miento, finalmente dejando caer mis manos a los costados—. Estoy haciendo ajustes.

Marcus resopla. —¿Así es como lo llamamos? Porque desde donde estoy sentado, pareces un hombre con nervios prenupciales.

—No son nervios —le corrijo—. Solo es... conciencia de la importancia del momento.

Y es importante. Un año después de nuestra reconciliación en la Gala Heartbeat, Zoe y yo vamos a casarnos. No en la Iglesia Episcopal de San Andrés donde se planeó nuestra primera boda, sino en el quiosco de la plaza del pueblo, el lugar donde le propuse matrimonio por primera vez, donde bailamos en la recaudación de fondos comunitaria, donde han ocurrido tantos momentos cruciales en nuestra relación.

Se siente correcto. Un círculo completo, como hemos empezado a decir.

—Una forma muy diplomática de expresarlo —dice papá, entrando en la habitación—. Aunque recuerdo que tenías más que "conciencia" antes de tu primera boda. Prácticamente estabas trepando por las paredes.

La referencia a nuestra primera boda planeada habría sido dolorosa hace un año. Ahora, es solo una parte de nuestra historia, una con la que ambos hemos hecho las paces. El marcado contraste entre entonces y ahora no me pasa desapercibido. Hace diez años, estaba en pánico por mi condición cardíaca, por someter a Zoe a una posible pérdida, por tomar decisiones basadas en el miedo en lugar del amor.

Hoy, la condición persiste—todavía tomo mis medicamentos, sigo teniendo revisiones regulares, aún enfrento un futuro médico incierto. Pero todo lo demás ha cambiado. Ya no huyo

de las verdades difíciles. Zoe ya no se aferra a una ilusión de parejas perfectas. Ambos hemos crecido para convertirnos en personas que pueden enfrentar juntas las incertidumbres de la vida.

—Circunstancias diferentes —digo simplemente—. Personas diferentes.

Papá asiente, con comprensión en sus ojos. Se acerca a mí, metiendo la mano en su bolsillo. —Tengo algo para ti. Iba a esperar hasta justo antes de que nos fuéramos, pero ahora parece el momento adecuado.

Saca una pequeña caja de terciopelo, demasiado grande para un anillo, demasiado pequeña para un reloj. —Esto perteneció a mi padre —dice, abriéndola para revelar un par de gemelos de plata, cada uno grabado con una estilizada letra H—. Y a su padre antes que él. Los hombres Hayes se han estado casando con estos durante cuatro generaciones.

El significado del gesto no me pasa desapercibido. Papá está reconociendo no solo mi matrimonio, sino mi lugar en el linaje familiar, algo que una vez temí no vivir lo suficiente para continuar.

—Gracias, papá —digo, con la voz ronca por la emoción mientras tomo la caja—. Son perfectos.

—Hay algo más —dice, sacando algo de su bolsillo interior del traje. Extrae un reloj de bolsillo antiguo con una cadena de plata—. Este era de tu abuelo. Me lo dio el día de mi boda.

El reloj brilla a la luz de la mañana, plata pulida con grabados intrincados. Cuando lo abro, veo que ha sido revisado recientemente. El mecanismo marca constantemente, manteniendo el tiempo perfecto.

—Dejó de funcionar después de que tu madre se fue —explica papá, con una sombra de viejo dolor cruzando su rostro—. Nunca me molesté en arreglarlo. De alguna manera parecía simbólico. Pero cuando tú y Zoe os reconciliasteis en la gala el año pasado, lo llevé a un especialista en Austin. Pensé que era hora de que volviera a funcionar.

El simbolismo no es sutil: un reloj roto restaurado, así como nuestra relación ha sido restaurada. Así como el propio papá ha sido restaurado, en muchos sentidos, desde el lanzamiento de Corazón a Corazón. Ha estado viendo a un consejero a través del programa, trabajando en décadas de dolor no resuelto sobre la partida de mi madre. Lo ha cambiado, ha suavizado los bordes que una vez parecían permanentemente endurecidos.

—Es hermoso —digo, adjuntando cuidadosamente la cadena a mi chaleco—. Gracias.

Marcus se aclara la garganta dramáticamente. —No quiero interrumpir este emotivo momento padre-hijo, pero nos quedan veinte minutos antes de que debamos estar en el quiosco, y creo que el novio tenía planeado llegar temprano.

—Siempre puntual —dice papá con una sonrisa—. Algunas cosas nunca cambian.

Mientras hacemos nuestros preparativos finales, me encuentro sorprendentemente tranquilo. El nerviosismo de antes ha retrocedido, reemplazado por una silenciosa certeza. Esto no es un salto de fe. Es un paso deliberado hacia adelante en un camino que Zoe y yo hemos construido cuidadosamente juntos, a través del éxito de Full Circle Relationships, a través del programa Corazón a Corazón, a través de innumerables conversaciones honestas sobre nuestros miedos y esperanzas.

Este es exactamente donde debo estar. Y por una vez, no estoy huyendo de esa verdad, sino dirigiéndome hacia ella con los brazos abiertos.

El quiosco se alza en el centro de la plaza del pueblo, transformado para la ceremonia de hoy. Cintas blancas y flores silvestres adornan cada poste y barandilla. Filas de sillas blancas se despliegan en semicírculo, ya ocupadas por los residentes de Evergreen Falls con sus mejores galas dominicales. El sol de la tarde proyecta un resplandor dorado sobre todo, el aire cálido pero

no incómodamente para principios de verano.

Me encuentro al pie de las escaleras del quiosco, Marcus a mi lado, observando cómo los últimos invitados encuentran sus asientos. El pueblo ha acudido en masa—no solo amigos y familia, sino también clientes de ambos negocios, personal del hospital que trabaja con el programa Corazón a Corazón, incluso la señora Abernathy y su perpetuamente malhumorado esposo Harold (quien ahora abiertamente usa etiquetas codificadas por colores en su equipo de jardinería gracias a la consejería de relaciones de Full Circle).

La alcaldesa Porter sube apresuradamente los escalones hacia el quiosco, resplandeciente con una banda de alcalde que ha añadido a su atuendo formal para la ocasión. Cuando le pedimos que oficiara, derramó lágrimas reales antes de lanzarse a una extensa investigación sobre "los componentes de ceremonia de boda más significativos de diversas tradiciones culturales". Hoy lleva una carpeta que parece preocupantemente gruesa para lo que Zoe y yo habíamos planeado como un servicio sencillo.

—¡A sus puestos, todos! —susurra teatralmente con la proyección de alguien acostumbrado a hacerse oír en la última fila de reuniones municipales—. ¡La novia llegará en dos minutos!

Marcus me da un codazo en el hombro. —Última oportunidad para huir —dice con un guiño.

—Ni siquiera es gracioso —respondo, aunque estoy sonriendo.

—No lo pensaba —dice, su expresión suavizándose hacia algo genuino—. Por lo que vale, estoy realmente orgulloso de ti, amigo. Volver al pueblo, enfrentar tu pasado, construir algo real con Zoe... ha sido increíble de ver.

Antes de que pueda responder, el cuarteto de cuerdas comienza a tocar. No es la marcha nupcial tradicional—Zoe y yo acordamos algo más personal. La melodía de "At Last" de Etta James fluye por la plaza, arreglada para cuerdas de una manera que mantiene su resonancia emocional sin letra.

Nuestra canción. La que bailamos en el baile de graduación, la que habíamos planeado para nuestra primera boda, la que sonó en la Gala Heartbeat cuando finalmente encontramos nuestro camino de regreso el uno al otro.

La multitud se levanta, girándose hacia el camino que conduce desde la calle hasta el quiosco. Y allí está ella.

Zoe camina del brazo de su madre, llevando no un vestido de novia tradicional sino un vestido sencillo y elegante de seda marfil que cae justo por debajo de sus rodillas. Su cabello está recogido de forma suelta, con algunos mechones enmarcando su rostro, flores silvestres entretejidas en el arreglo en lugar de un velo. Lleva el medallón en forma de corazón de su abuela alrededor del cuello y porta un pequeño ramo de margaritas de su jardín.

Se ve exactamente como ella misma—hermosa, real, presente. No una princesa de cuento de hadas o una novia de revista, sino la mujer que amo en toda su auténtica gloria.

Nuestras miradas se encuentran a través de la distancia, y su sonrisa se profundiza, revelando el hoyuelo en su mejilla derecha que aparece solo cuando está verdaderamente feliz. Todo lo demás desaparece—los invitados, las decoraciones, los dramáticos gestos de la alcaldesa Porter urgiéndonos a mantener el ritmo adecuado. Solo existe Zoe, caminando hacia mí con pasos firmes y ojos claros.

Cuando llega a mí, Margaret coloca la mano de Zoe en la mía con un suave apretón antes de tomar asiento en la primera fila. El calor de la palma de Zoe contra la mía me ancla en este momento.

—Hola —susurra.

—Hola a ti —respondo, incapaz de dejar de sonreír.

Subimos juntos los escalones del quiosco, volviéndonos para enfrentar a la alcaldesa Porter, quien nos sonríe con deleite sin restricciones.

—Queridos amigos —comienza, su voz resonando por la plaza sin necesidad de amplificación—, nos hemos reunido hoy en este lugar significativo para presenciar la unión de dos personas cuyo viaje ejemplifica lo que realmente significa el compromiso verdadero.

Mientras habla sobre la resistencia del amor y la belleza de las segundas oportunidades, echo un vistazo a Zoe. Su perfil está iluminado por el sol de la tarde, su expresión serena y concentrada. La suave brisa transporta el aroma de las flores silvestres de su ramo, mezclándose con su perfume familiar—vainilla y algo únicamente suyo. Ella me atrapa mirándola y da un suave apretón a mi mano, una comunicación silenciosa que dice más que las palabras.

—Zoe y Ryan han elegido escribir sus propios votos —anuncia la alcaldesa Porter, retrocediendo ligeramente para darnos el centro del escenario.

Nos volvemos para enfrentarnos, todavía tomados de las manos. Hemos acordado que yo iré primero. Respiro profundamente, mirando a los ojos de Zoe, extrayendo fuerza de la confianza que veo allí.

—Zoe —comienzo, mi voz firme a pesar de la emoción que brota en mi pecho—, hace diez años, cometí el peor error de mi vida cuando dejé que el miedo me alejara de ti. Pensé que te estaba protegiendo, pero lo que realmente estaba haciendo era negarnos a ambos la oportunidad de enfrentar juntos los desafíos de la vida.

Un murmullo de aprecio recorre la multitud. Continúo: —Hoy, estoy tomando una decisión diferente. Elijo el valor sobre el miedo, la honestidad sobre la protección, y el amor por encima de todo lo demás. Prometo enfrentar lo que venga—las alegrías y las penas, las certezas y las incógnitas—contigo a mi lado. No porque pueda garantizar un viaje perfecto, sino porque sé que incluso los momentos imperfectos son mejores cuando los compartimos.

Meto la mano en mi bolsillo, sacando la pequeña banda de plata que elegimos juntos. —Este anillo es un símbolo de mi compromiso con la honestidad, con la presencia, con elegirte cada día durante todos los días que tengamos juntos. Por muchos o pocos que sean, prometo que los viviremos plena y verdaderamente, sin más huidas y sin más ocultamientos.

Mientras deslizo el anillo en su dedo, una lágrima solitaria recorre la mejilla de Zoe. Ella la aparta con una sonrisa antes de comenzar sus propios votos.

—Ryan —dice, su voz clara y fuerte—, durante años, construí mi carrera sobre la idea de las parejas perfectas. Pero lo que he aprendido—lo que hemos aprendido juntos—es que la perfección no se encuentra en la compatibilidad impecable o en la ausencia de desafíos. Se encuentra en cómo elegimos enfrentar juntos las imperfecciones de la vida.

Ella toma la banda correspondiente de Tessa, quien está a su lado como dama de honor. —Con este anillo, prometo amarte no a pesar de tu condición cardíaca, sino con pleno conocimiento de ella. Prometo valorar la honestidad sobre las ilusiones cómodas, el crecimiento sobre la seguridad estancada, y la realidad desordenada de una verdadera asociación sobre la fantasía de las parejas perfectas.

Mientras desliza el anillo en mi dedo, comienza de repente una ligera lluvia—solo una suave llovizna de gotas cayendo de un cielo que permanece mayormente azul. El inesperado chaparrón provoca risas entre la multitud, particularmente cuando la alcaldesa Porter saca un enorme paraguas con estampado de corazones de debajo de su podio, sosteniéndolo sobre nosotros con un floreo.

—¡Hasta los cielos están bendiciendo esta unión! —declara. —Aunque quizás con un

momento ligeramente inconveniente.

La lluvia pasa tan rápido como comenzó, y cuando el sol emerge de detrás de la pequeña nube, un perfecto arcoíris se arquea sobre el cielo por encima de la plaza del pueblo. El simbolismo no pasa desapercibido para nadie—un puente de color apareciendo después de la tormenta, así como nuestra relación ha resistido sus propias tempestades para llegar a este momento de claridad.

—Por el poder que me confieren el gran estado de Texas y el consejo municipal de Evergreen Falls —proclama la alcaldesa Porter con la gravedad adecuada—, os declaro marido y mujer. Podéis sellar vuestros votos con un beso.

Cuando nuestros labios se encuentran, los invitados reunidos estallan en aplausos y vítores. La señora Abernathy se seca las lágrimas mientras su marido finge no darse cuenta. Benjamin Foster silba entre sus dedos. Mi padre y Margaret intercambian sonrisas cómplices desde lados opuestos de la primera fila. Tessa sorbe ruidosamente mientras se seca los ojos con un pañuelo.

Nos giramos para enfrentar a nuestra comunidad, con las manos aún unidas, corazones latiendo en ritmos imperfectos pero complementarios. No es un final de cuento de hadas, sino un verdadero comienzo, construido sobre la honestidad, la comprensión y el valor de amar a pesar de la incertidumbre.

Un círculo completo, sin duda.

La cervecería de Marcus ha sido transformada para la recepción. Luces de cuerda cuelgan de las vigas expuestas, creando un dosel de cálida iluminación dorada sobre largas mesas dispuestas para una cena en familia. El espacio industrial-chic con sus tanques de cobre y paredes de ladrillo proporciona el telón de fondo perfecto para nuestra celebración: lo suficientemente casual para sentirse auténtico, lo suficientemente especial para marcar la ocasión.

—Te has superado —le digo a Marcus mientras me entrega una copa de la cerveza especial que ha elaborado para nuestra boda: una ale de miel llamada "Segunda Oportunidad" con una etiqueta que presenta dos corazones entrelazados.

—Nada más que lo mejor para la segunda primera boda de mi mejor amigo —responde con una sonrisa—. Aunque técnicamente, nunca tuviste la primera, así que ¿quizás esta es solo tu primera boda con un período de compromiso de diez años?

—Quedémonos con esa versión —acepto, chocando mi copa contra la suya—. Suena menos complicado.

Al otro lado de la sala, Zoe está enfrascada en una conversación con Ellie Howe, quien está cubriendo nuestra boda para la Gaceta de Evergreen Falls. Después de posponer su compromiso el año pasado, Ellie encontró su verdadera vocación en el periodismo, ascendiendo de interna a reportera de estilo de vida en tiempo récord. Está tomando notas en una elegante tableta mientras Zoe gesticula animadamente, probablemente describiendo la última expansión del programa Corazón a Corazón.

El programa ha superado todas nuestras expectativas, ayudando a docenas de parejas a navegar por desafíos de salud juntos mientras fortalecen sus relaciones. Durante el último año, hemos visto a parejas que parecían destinadas a separarse encontrar nuevas formas de comunicarse y apoyarse mutuamente. Benjamin Foster recientemente consiguió una subvención para extender los servicios a los condados vecinos, y estamos desarrollando una plataforma en línea para llegar a comunidades rurales con acceso limitado a recursos presenciales.

Full Circle Relationships también ha florecido. Los primeros seis meses después de la gala fueron desafiantes: fusionar nuestros diferentes enfoques, establecer confianza con clientes que conocían nuestra historia, encontrar nuestro ritmo como socios comerciales mientras

reconstruíamos nuestra relación personal. Pero esos desafíos solo fortalecieron nuestra base. Zoe todavía se encarga de las combinaciones iniciales mientras yo me centro en las transiciones de relaciones, pero colaboramos en cada caso, aportando nuestras perspectivas complementarias a la situación de cada cliente. Nuestra tasa de éxito es ahora del noventa y ocho por ciento, mejor de lo que cualquiera de nosotros logró por separado.

—Tu padre parece estar disfrutando —observa Marcus, señalando hacia donde papá está charlando con Margaret Miller cerca de la mesa de postres. Están examinando lo que parece ser un libro antiguo, con las cabezas inclinadas muy juntas.

Sigo su mirada, notando cómo papá se inclina ligeramente más cerca de lo necesario mientras Margaret señala algo en la página. Hay una comodidad entre ellos que no he visto compartir a papá con nadie en años.

—Han estado pasando mucho tiempo juntos últimamente —admito—. Algo sobre viejas cartas que ella encontró en los archivos de la biblioteca. Correspondencia médica del médico fundador del pueblo, aparentemente.

—Ajá —Marcus toma un sorbo de su cerveza, observándolos por encima del borde de su vaso. No profundiza más en el tema, pero su ceja levantada habla por sí sola.

Mi esposa. La frase me envía una sacudida de felicidad. Después de todo lo que hemos pasado, Zoe es finalmente, oficialmente mi esposa. No porque necesitemos el estatus legal para validar nuestro compromiso, sino porque queríamos celebrar ese compromiso con la comunidad que ha apoyado nuestro viaje.

El sonido de cubiertos golpeando contra las copas señala el comienzo de los brindis. Marcus se disculpa para tomar su lugar en el micrófono, aclarándose la garganta dramáticamente.

—Para los que no me conocen, soy Marcus Parker: mejor amigo, padrino de boda y proveedor de la mejor cerveza artesanal en tres condados —levanta su copa entre risas apreciativas—. Conozco a Ryan desde la universidad, lo que significa que he tenido un asiento en primera fila para la mayor historia de amor que Evergreen Falls ha producido jamás, incluidos todos los giros argumentales, separaciones dramáticas y eventual reconciliación que harían llorar de envidia a Nicholas Sparks.

La multitud ríe mientras Marcus continúa, relatando nuestros días universitarios, mi partida del pueblo y mi eventual regreso, con una mezcla de humor y una sorprendente profundidad emocional. Concluye levantando su copa aún más alto.

—Por Ryan y Zoe, prueba de que a veces el camino más largo es el atajo hacia casa. Que vuestro futuro sea tan rico y complejo como mi mejor cerveza añejada en barrica, y considerablemente menos amargo.

Tessa sigue con un brindis que logra equilibrar humor, sentimentalismo y una sorprendente cantidad de metáforas de panadería. Para cuando termina comparándonos a Ryan y a mí con "sabores complementarios que se realzan en lugar de abrumarse mutuamente", no estoy segura de si reír o tomar notas para futuras selecciones de repostería.

El cuarteto de cuerdas hace la transición a música de baile mientras concluye la cena, y Zoe y yo nos dirigimos al centro de la pista para nuestro primer baile. Las notas familiares de "At Last" llenan nuevamente la habitación, esta vez con la vocalista Sarah Wilson, cuya poderosa voz hace justicia al clásico de Etta James.

—La tercera es la vencida —murmura Zoe mientras la tomo en mis brazos.

—La cuarta, si contamos la recaudación del centro comunitario —corrijo suavemente—. Aunque esa terminó con nosotros en el suelo.

—Evitemos esa tradición en particular esta noche —dice con una risa mientras comenzamos

a movernos juntos.

Siempre hemos sido buenos compañeros de baile, nuestros cuerpos encontrando instintivamente el ritmo correcto juntos. Esta noche no es una excepción: nos deslizamos por la pista con facilidad practicada, mi mano en la parte baja de su espalda, la suya descansando ligeramente sobre mi hombro, nuestras manos libres entrelazadas.

—¿Cómo te sientes? —pregunta Zoe suavemente—. Con respecto al corazón, quiero decir. Ha sido un día emotivo.

Su pregunta, directa pero gentil, preocupada pero no ansiosa, ejemplifica lo lejos que hemos llegado. No evita la realidad de mi condición, ni deja que el miedo a ella ensombrezca nuestros momentos de alegría.

—Fuerte —le digo honestamente—. Estable. El nuevo protocolo de medicación está funcionando bien.

Ella asiente, con satisfacción en sus ojos. —Bien. Porque planeo mantenerte a mi lado por mucho tiempo, Ryan Hayes.

—Qué conveniente, ya que tengo planes similares para ti —respondo, haciéndola girar suavemente bajo mi brazo antes de atraerla de nuevo hacia mí.

A medida que la canción llega a sus notas finales, la alcaldesa Porter anuncia que todas las parejas deben unirse a nosotros en la pista de baile. El espacio se llena rápidamente: David y Sarah Wilson, Benjamin Foster y su esposa, incluso Harold y la señora Abernathy, quien se mueve con sorprendente gracia para alguien que pasa la mayor parte de su tiempo organizando arreglos florales.

Papá tímidamente ofrece su mano a Margaret. Ella acepta con una cálida sonrisa, y se unen a la creciente multitud de bailarines, moviéndose con la cuidadosa coordinación de personas que aún están aprendiendo los ritmos del otro.

—Vaya, eso es nuevo —observo en voz baja a Zoe, señalándolos con la cabeza.

—Han estado trabajando estrechamente en la recaudación de fondos de la biblioteca —responde Zoe—. Los he visto almorzando juntos en la panadería de Tessa varias veces durante el último mes.

A medida que más parejas se unen al baile, la pista se vuelve cada vez más concurrida. La señora Peterson, en su entusiasmo, retrocede directamente hacia nosotros, causando un enredo momentáneo de extremidades y disculpas. Varios de los residentes ancianos del pueblo parecen estar bailando a un ritmo completamente diferente al que toca el cuarteto, creando una energía caótica pero alegre.

—¿Quieres escabullirte un momento? —sugiero, señalando con la cabeza hacia el patio trasero de la cervecería—. ¿Tomar aire?

Zoe asiente agradecida, y hacemos nuestra discreta salida, emergiendo a la tranquila noche. El patio da a un pequeño jardín que Marcus ha plantado detrás de la cervecería: hierbas y flores utilizadas en algunas de sus cervezas especiales. Las luces de cuerda proyectan un suave resplandor sobre bancos de madera y plantas en macetas, creando un retiro íntimo de la celebración interior.

Nos sentamos lado a lado en un banco, mi brazo alrededor de sus hombros, su cabeza apoyada contra mí. El aire de la noche de verano trae el aroma del jazmín y la lluvia distante, un contrapunto pacífico a los sonidos amortiguados de música y risas del interior.

—Ha sido todo un año —dice Zoe después de un cómodo silencio, sus dedos entrelazados con los míos—. ¿Recuerdas dónde estábamos el Cuatro de Julio pasado?

Me río suavemente. —¿Cómo podría olvidarlo? El picnic del pueblo donde ambos

aparecimos con diferentes clientes y pasamos toda la tarde fingiendo no observarnos mutuamente.

—Y luego terminamos discutiendo sobre filosofías de relaciones frente a todo el comité de jueces de pasteles —añade, con la sonrisa evidente en su voz—. La pobre alcaldesa Porter casi tuvo un ataque.

—Ese fue el día en que supe que todavía teníamos una oportunidad —admito—. Incluso peleando, estábamos más conectados de lo que me había sentido con cualquier otra persona en diez años.

Ella cambia de posición para mirarme. —Para mí, fue aquella noche en el hospital, cuando la esposa de Benjamin entró en trabajo de parto prematuro. Viniste a la sala de espera aunque era mi cliente, no tuyo.

—Los límites con los clientes nunca fueron nuestro fuerte —reconozco con una sonrisa.

—No, pero la honestidad se ha convertido en uno —dice pensativamente—. Ese ha sido el mayor cambio este año: aprender a decir las verdades difíciles en lugar de las mentiras cómodas.

Pienso en los desafíos que hemos navegado durante los últimos doce meses. Las primeras reuniones de negocios incómodas tratando de establecer la estructura de Full Circle. La discusión a altas horas de la noche cuando tuve que cancelar nuestra cena de aniversario debido a palpitaciones cardíacas sobre las que no quería preocuparla. El retiro de fin de semana en Hill Country donde finalmente establecimos reglas básicas para hablar sobre mi condición: sin ocultarla, pero sin catastrofizar tampoco.

—Tengo algo para ti —digo, alcanzando mi bolsillo interior y sacando un sobre—. Un regalo de bodas.

Zoe lo abre, sacando la confirmación de nuestro alojamiento para la luna de miel. Sus ojos se ensanchan al reconocer la ubicación. —¿Austin? ¿En el hotel cerca del campus?

—Pensé que podríamos revisitar donde todo comenzó —explico—. El laboratorio de química donde nos conocimos por primera vez. La cafetería donde tuvimos nuestra primera conversación real. El camino alrededor del lago donde solíamos caminar entre clases.

Su sonrisa es luminosa bajo la suave iluminación. —Es perfecto —traza el borde del sobre con su dedo—. Aunque pensé que habíamos acordado que lo perfecto no existe.

—Perfecto para nosotros —aclaro—. Lo que significa hermosamente imperfecto para cualquier otra persona.

Ella ríe, un sonido que me calienta desde dentro. —Yo también tengo algo que decirte —dice, girándose ligeramente para encontrar mis ojos—. He estado trabajando con el consejo escolar en un nuevo programa.

—¿El de educación sobre relaciones que mencionaste el mes pasado?

Ella asiente, con entusiasmo iluminando sus facciones. —Recibimos la aprobación preliminar ayer. A partir de este otoño, ofreceremos talleres para estudiantes de los últimos años de secundaria sobre comunicación saludable y comprensión de las diferentes etapas de las relaciones, desde el encuentro hasta el noviazgo y el posible compromiso a largo plazo.

—Es brillante —digo, genuinamente impresionado—. Darles herramientas antes de que las necesiten en lugar de después de que los problemas se desarrollen.

—Exactamente —su expresión se vuelve más seria—. Trabajando con todas esas parejas este último año, especialmente con las que vinieron a nosotros en crisis, sigo pensando en cuánta angustia podría haberse evitado si hubieran tenido mejores herramientas desde el principio. Si hubieran entendido que las relaciones requieren mantenimiento y honestidad, no solo pasión y compatibilidad.

—Como nosotros —digo suavemente.

—Como nosotros —ella está de acuerdo—. Sigo pensando en quiénes éramos a los dieciocho años, lo poco que entendíamos sobre lo que requieren las relaciones reales, lo poco preparados que estábamos para los desafíos que vinieron después. Si alguien nos hubiera ayudado a desarrollar mejores habilidades de comunicación entonces...

—Podríamos haber tomado decisiones diferentes —termino por ella—. Pero entonces no estaríamos exactamente donde estamos ahora, con todo lo que hemos aprendido en el camino.

—Cierto —reconoce—. Aunque me gustaría ahorrarles a otros algo de nuestra particular curva de aprendizaje.

—La ruta escénica no es para todos —coincido con una sonrisa.

Nos sentamos en un cómodo silencio un momento más, los sonidos de la recepción filtrándose por las ventanas abiertas. Dentro, la vida continúa: Tessa riendo con James, el editor de la revista de gastronomía con quien ha estado saliendo, Marcus sumergido en una conversación con varios inversores de la cervecería, Ellie tomando notas para su artículo de periódico. La comunidad que ha presenciado todo nuestro viaje celebra la culminación de este capítulo y el comienzo del siguiente.

Atraigo a Zoe más cerca, respirando el aroma de su perfume, la sutil fragancia de las flores silvestres en su cabello. El último año ha estado lleno de crecimiento: momentos de frustración y alegría, aprendiendo y reaprendiendo a estar juntos. No solo retomando donde lo dejamos, sino construyendo algo nuevo desde los cimientos de quienes nos hemos convertido.

—Probablemente deberíamos volver —dice Zoe finalmente, aunque no hace ningún movimiento para levantarse—. Antes de que envíen un grupo de búsqueda.

—Probablemente —coincido, igualmente reacio a abandonar nuestro momento de tranquilidad—. Aunque conociendo este pueblo, ya están haciendo apuestas sobre lo que estamos haciendo aquí fuera.

Ella ríe, un sonido que me calienta por dentro. —Algunas cosas nunca cambian.

—Y algunas cosas cambian de todas las formas correctas —respondo, tomando su mano entre las mías. El metal de nuestras alianzas de boda refleja las luces de cuerda mientras nuestros dedos se entrelazan.

Cuando finalmente regresamos a la recepción, la celebración está en pleno apogeo. La pista de baile se ha convertido en un libre para todos, con la alcaldesa Porter liderando una entusiasta conga alrededor del perímetro. Marcus se ha puesto un sombrero ridículo que estoy relativamente seguro proviene de las decoraciones del Oktoberfest de la cervecería. Tessa está demostrando la técnica adecuada para cortar el pastel a James, quien la observa con admiración sin disimulo.

Mientras nos reincorporamos a las festividades, aceptando felicitaciones y buenos deseos de amigos y vecinos, me impresiona la imperfección perfecta de este momento. No un final de cuento de hadas sino un verdadero comienzo, rodeados por una comunidad que ha presenciado todo nuestro viaje: la alegría, la angustia y ahora la reconciliación.

Más tarde, mientras la noche avanza y los invitados comienzan a marcharse, sostengo a Zoe cerca durante un último baile. El cuarteto toca suavemente, la mayor parte de la multitud se ha dispersado, y nos balanceamos juntos en el centro de la pista, saboreando estos últimos momentos de nuestro día de boda.

—¿Feliz? —pregunto suavemente.

—Más que eso —responde ella, sus ojos encontrándose con los míos con perfecta claridad —. No porque todo sea perfecto, sino porque incluso las partes imperfectas se sienten bien

cuando las enfrentamos juntos.

Pienso en el viaje que nos trajo aquí: de compañeros de laboratorio de química a pareja comprometida, a extraños, a competidores, a socios en todos los sentidos de la palabra. El camino no fue recto ni simple ni libre de dolor. Pero nos llevó exactamente donde necesitábamos estar.

—Algunas parejas —susurro contra su cabello— valen la pena para romper todas las reglas.

Su sonrisa contra mi hombro me dice que está de acuerdo. Quizás no una pareja perfecta, pero sí la correcta. La que vale la pena elegir cada día, a través de lo que venga después.

Cerrando el círculo, por fin.